La última apuesta

CRISTINA HIDALGO



CRISTINA HIDALGO

La última apuesta



Phoebe

Primera edición: septiembre de 2026

Copyright © 2025 Cristina Hidalgo López
© de esta edición: 2026, ediciones Pàmies, S.L.
C/ Monteverde
28042 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 979-13-87787-79-0
BIC: FRD

Arte de cubierta: CalderónSTUDIO®
Imagen interior casco: imaginationlol de Flaticon
Imagen interior gato: berkahicon de Flaticon

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Índice

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

Epílogo

Agradecimientos

Para ti, que te enamoras de personajes de papel y sientes cada palabra como si fuera tuya.
Diviértete.

«No sé si el destino existe, pero, si lo hace…, estoy seguro de que el mío ha sido encontrarte».

Xander Cole



1

XANDER

Dicen que ser una estrella de la NFL es el sueño americano. Que consigues todo lo que cualquiera querría: fama, dinero, mujeres, poder.

Mentira.

¿Sabes lo que no te cuentan? Que todos esperan que seas perfecto. Que sonrías para las cámaras, que firmes autógrafos después de un partido de mierda, que no te cagues en el mundo aunque tu hombro esté hecho polvo y no hayas dormido más de tres horas.

Y ahora resulta que quieren ponerme un cuidador.

Llego al vestuario y abro mi taquilla. Miro una foto mía de cuando tenía tres años, con mi padre, y le pido paciencia.

Sé de sobra que no me estoy comportando de la mejor manera. Me han echado mucha presión encima y demasiados ojos pendientes de mí. Tampoco veo normal que me saquen una novia cada tres días. ¿Salgo con chicas? Sí, pero nada que ver con lo que pintan de mí en las noticias o en las redes sociales. La última fue una fan loca a la que ni siquiera conocía, pero se enganchó a mi cuello a la salida de un hotel y ya fue suficiente para salir en todos los titulares.

No es la imagen adecuada que quieren de mí para el equipo, pero también sé que les hago falta. Lo que no me esperaba era la llamada de mi entrenador anoche antes de irme a dormir para

decirme que debía hablar conmigo hoy, que era importante, que me iban a buscar a alguien que me ayudase a llevar la situación.

Así que cierro la taquilla y salgo del vestuario directo al despacho del míster. Encima la máquina de café está rota. ¿Puede empezar peor el día? Solo quiero que acabe esta charla, sea la que sea, para irme al gimnasio a descargar la tensión. Además tengo que hablar con Chase, mi mejor amigo, porque vamos a organizar la fiesta del finde. Empieza la temporada, y si voy a acabar con un cuidador, me hace falta no una fiesta, sino «La Fiesta». La idea de llevar a alguien pegado al culo todo el día me desagrada muchísimo. Solo me queda la esperanza de convencer al míster de que puedo cuidarme solo y hacer las cosas mejor, pero obviamente no me cree.

—Te lo digo en serio, Xander —gruñe el míster mientras me lanza ese sermón que repite cada maldito lunes—. El equipo necesita estabilidad y tú también. Por eso hemos contratado a alguien para que te ayude.

—¿Alguien que me sujete la mano mientras lanzo el balón? ¿O que me limpie el sudor entre jugada y jugada?

El entrenador se mantiene inexpresivo. Ni siquiera pestañea. ¿Estará respirando? A veces pienso que es un robot.

—Es una asistente personal. Estará encima de ti, organizando tu agenda, asegurándose de que llegas a las reuniones, a los entrenamientos, a las entrevistas. Y ya está contratada. Se llama Gia y empieza hoy.

—Ah, ¡sí! Una niñera, genial. Perdón si no me ves saltando de alegría. —Me dejo caer en la silla con los brazos cruzados y jugueteo con un bolígrafo—. ¿Me va a poner un babero también?

—No me importa cómo lo llames. Solo está para ayudarte: si te comportas como debes tú solito, no va a agobiarte.

Genial. Otra persona más diciéndome qué hacer, qué decir, cómo actuar. Como si no llevara años cargando con este puto equipo sobre mis hombros…

Me levanto, tiro el bolígrafo sobre la mesa y me largo dando un portazo.

Cuando salgo de la reunión, mi humor está aún peor que cuando entré. Necesito un café. Y aire. En ese orden. Giro la esquina hacia

el pasillo que lleva a la salida, sin prestar atención a nada ni a nadie de mi alrededor; solo pienso en salir.

Pero parece que la vida se está riendo de mí y me choco contra alguien.

—¡Oh! Perdona, no te había visto… —dice una voz femenina, dulce y suave.

Bajo la cabeza. Y la veo.

Morena. Pelo largo y ondulado, como recién salido de un maldito anuncio de champú. Ojos marrones tan oscuros que parecen tragarse la luz. Con una sonrisa forzada a ser educada, en unos labios carnosos que, joder, me gustan.

—¿Estás bien? —pregunta, con una amabilidad que me desconcierta.

No, no estoy bien. Pero no pienso decirlo. La miro de soslayo y noto cómo arquea una ceja.

—Soy… soy Gia Clarke. —Extiende una mano hacia mí, mientras sus mejillas se tiñen de rojo—. Un placer.

Mierda.

Sin responder, le doy la espalda y me voy. No me apetece ser encantador ni fingir. Ya bastante hago lidiando con los gilipollas de mi equipo y con los focos. No pienso sumar un problema más a la lista.

Cuando me alejo, noto su mirada clavada en mi espalda. Esa mezcla de sorpresa y decepción que ya he visto mil veces.

Perfecto. Ya sabe quién soy. Un completo idiota.

Justo lo que quería.

Salgo por la puerta principal y respiro hondo. ¿Una asistente?

¿Una maldita niñera vestida de secretaria que me va a decir qué hacer, a qué hora levantarme y cuándo entrenar, como si fuera un crío? Que se jodan. Yo no necesito a nadie que me vigile. Y mucho menos una pija de voz suave que aparece en el vestuario con una sonrisa de catálogo y pretende que le dé la bienvenida.

Gia Clarke.

Bonito nombre. Para ser alguien que ya me está tocando los cojones.

Tiene esa mirada que parece que lo ve todo…, como si supiera exactamente lo que estás pensando. Y no me gusta. No me gusta sentirme observado, ni juzgado. Bastante tengo con la prensa, con los gritos del míster y con el jodido equipo arrastrándose como si estuviéramos en pretemporada. No me hace falta una chica metida en medio, tomando notas cada vez que enarco la ceja o si llego dos minutos tarde.

Y lo peor no es eso. Lo peor es que es guapa. Muy guapa.

Pero no una guapa cualquiera. Tiene ese tipo de belleza que jode. Que te distrae. Que te mete ideas en la cabeza que no deberían estar ahí.

Y lo sabe. Se mueve como si no le importara llamar la atención, como si supiera que todos la están mirando…, pero no te da el gusto de saber si ella se fija en ti. Jodidamente irritante.

Encima va y me suelta *«Un placer».*

¿Un placer? Claro. El placer será mío… el día que cojas tus carpetitas y te largues por donde viniste.

Y aun así, hay algo que no me cuadra. Esa forma de clavar la vista en mí cuando le he dado la espalda.

No ha sido sorpresa. No ha sido decepción.

Ha sido como si ya supiera que yo iba a ser un imbécil. Como si se lo esperara.

Y por alguna maldita razón, eso me cabrea más de lo que debería.

Café en mano, por fin. Marco el número de Chase. Necesito desahogarme con alguien, y él tiene toda la paciencia que me falta a mí.

—¿Qué cara es esa, Cole? —pregunta Chase; se coloca la gorra hacia atrás y me lanza una botella de agua como si acabáramos de salir de entrenar, cuando lo único que he hecho hoy es cabrearme.

—¿Te acuerdas de lo que dijo el míster la semana pasada? ¿Que iban a tomar «medidas internas» para controlar mi actitud? —pregunto, serio.

—Ajá… —Chase alza una ceja con ese aire despreocupado suyo—. Pensé que te iban a poner más multas o algo.

—Ojalá. —Me siento en un banco y apoyo los codos en las rodillas —. Lo que me han puesto es una asistente personal.

—¿Qué? —Suelta una carcajada tan fuerte que un par de *rookies* que pasan por el pasillo giran la cabeza—. ¿Una niñera para ti solito? Joder, colega, eso es oro puro.

—Sí, descojónate. —Se sienta a mi lado—. Es una tipa que va a estar todo el día encima de mí. Programas, entrevistas, entrenamientos, revisiones… Dice el míster que me va a «organizar la vida».

—A lo mejor lo que te viene bien es que alguien te organice algo más que los horarios, cabrón. —Me da un codazo sin dejar de reírse. Está claro que le he alegrado la mañana a este capullo.

—Vete a la mierda —gruño; abro la botella de agua y le doy un trago largo—. Y lo peor no es eso. Me la he cruzado saliendo de la reunión; de hecho, me he chocado contra ella.

—¿Y qué? ¿Típica friki con gafas y agenda en mano?

Sinceramente, ojalá fuera una friki que pasase totalmente desapercibida. Porque no sé qué coño tiene esa tía, pero me ha bastado un cruce de palabras para saber que va a ser un dolor de cabeza. Con esa mirada de chica lista, de las que no se tragan tus tonterías aunque vengas con tu mejor sonrisa. Aunque yo ni se la he enseñado aún. No me ha hecho falta para que me calara igual.

Gia Clarke. No paro de escucharlo en mi cabeza. Como un reloj de cuco estropeado. De verdad, qué nombrecito de mierda perfecto para una chica como ella. Elegante, afilado, como si te besara y te cortara al mismo tiempo.

No quiero jugar a esto. Pero sé que acabaré haciéndolo. Porque es lo que hago. Porque cuando algo me atrae, me cuesta no tocarlo. Aunque luego me queme.

—No. Eso es lo jodido. Es guapa, tío. De esas que sabes que son un problema con piernas desde el minuto uno… —Suspiro al terminar la frase.

—Esa no te la esperabas, ¿eh? —Noto cómo contiene una carcajada—. ¿Y tú qué has hecho?

—Nada. Me ha soltado «Un placer» con una sonrisita de chica educada y yo me he ido sin decirle ni una palabra. —Me tiro lo que me queda de agua por el cuello.

—¿Otra vez con tu encanto natural? Eres la hostia.

—Es lo que hay. —Me encojo de hombros—. No quiero que se piense que esto va a ser fácil. No va a ser mi amiga, ni mi colega ni mi terapeuta emocional. Si ha venido a ponerme la correa, que se prepare, porque pienso darle por culo cada minuto.

—¿Literalmente? —Se vuelve a descojonar. A veces dudo que sea mi amigo—. La verdad, pienso que te esfuerzas demasiado por parecer un capullo —dice Chase entre risas, y se pone de pie—. ¿Y si resulta que te cae bien?

—No me va a caer bien.

Chase me coge del brazo para levantarme.

—¿Y si está buena?

—Ya te he dicho que lo está.

Aunque tampoco he tenido tiempo de fijarme bien. Pero solo con su olor dulce… se me remueve algo por dentro.

—Entonces, estás jodido. —Se echa a reír y me da un codazo bastante fuerte en el brazo. Lo fulmino con la mirada, pero él solo se ríe más fuerte—. Escucha, Xand…, trata de no liarla desde el primer día, ¿vale? Ya sabes cómo está el equipo, los medios, la directiva. Lo último que les hace falta ahora mismo es otra «historia con Xander Cole».

Ufff, cuando se pone modo padre no hay quien lo aguante.

—Yo no soy una historia —murmuro, apretando la mandíbula—. Solo soy una persona con vivencias… —le echo un vistazo— curiosas.

—Ya, don Curioso, pero a veces te comportas como si fueras el puto protagonista de una telenovela. —Me observa más serio de lo que deseo ahora mismo.

—Y tú como el secundario gracioso que muere en la primera temporada —le espeto.

Chase me empuja de broma por el hombro y seguimos andando.

Pero por dentro… no puedo dejar de pensar en ella.

Gia.

La niñata nueva con labios bonitos y expresión desafiante.

Tengo el presentimiento de que sí que me va a tocar los cojones.

Y también el de que… me va a gustar.

Debía soltar todo esto.

Las palabras, los pensamientos, la tensión que me ha estado apretando el pecho desde la reunión de esta mañana. Chase ha intentado distraerme, bajarme los humos con su buen rollo, pero ni siquiera él ha conseguido calmarme esta vez. Así que voy al único lugar donde consigo acallarlo todo: el gimnasio.

Los golpes secos de mis puños contra el saco llenan el silencio. Uno, dos, tres, directo, gancho, directo. Respirar. Sudar. Repetir.

Una gota me resbala por la frente cuando la puerta se abre de golpe.

—¡Ey, Cole! —La voz de Tanner retumba por todo el gimnasio—. ¿Estás entrenando para pelear o para follar?

Me giro lo justo para verlo entrar con Brody y Malik, todos de buen humor, riéndose entre ellos, como siempre. Maldita sea. Justo lo que no necesitaba: sus putas bromas en estos momentos.

—Mira la cara que lleva. Joder, ¿quién te ha escupido en el café esta mañana? —bromea Brody, lanzándome una toalla que dejo caer al suelo —. Te juro que esta vez no he sido yo.

—Este no quiere café, solo meterla —dice Tanner, riéndose, mientras se cuelga su toalla al cuello—. Lleva más de setenta y dos horas en sequía y ya se está volviendo loco.

—La polla le está mandando señales de socorro, tío —añade Malik, con una risa de fondo—. Está implorando por un coño, y el cabrón la ignora.

La verdad es que en otro momento hasta me habría unido a los chistes, pero hoy me están tocando los cojones entre todos.

Me giro tan rápido que hasta el saco de boxeo casi se balancea por la ráfaga de aire. El sudor se me escurre por las cejas, los puños me arden, y esa broma ha sido la gota que colma el puto vaso.

Me acerco tanto a su cara que nuestras respiraciones parecen una sola. Se quedan todos en silencio.

Pero de repente mi móvil empieza a vibrar.

—Salvado por la campana, Malik. A dar diez vueltas al campo. Ahora. —Respiro hondo.

—¿Qué? —Se quedan todos sorprendidos, pero yo no aparto los ojos de Malik.

—Que te vayas a correr antes de que te saque a hostias —gruño, y miro a los demás como si pudiera fulminarlos y dándoles a entender que se larguen todos.

Malik levanta las manos en señal de rendición, y sale trotando al tiempo que murmura algo que no quiero oír. Los demás lo siguen.

El móvil sigue vibrando en mi bolsa. Me paso la toalla por la cara y el cuello y voy a por él. Necesito un puto respiro.

Pantalla iluminada. Número desconocido.

Deslizo para contestar.

—¿Diga?

—Hola, ¿Xander Cole? Soy Gia Clarke, tu nueva asistente…

—Sé quién eres —la corto, seco como una bofetada—. ¿Qué quieres?

Hay un breve silencio al otro lado de la línea, como si intentara procesar mi tono. Y juraría que la escucho tragar con dificultad.

—Mmm, vale. Bueno —dice con un tono de completa indiferencia. ¡Aj! Esta tía me pone de los nervios—, solo te llamaba para ver si podríamos concretar una cita para mañana por la mañana. Así me dejas tu calendario de entrenamientos y partidos y te puedo organizar…

Una vez más no le permito acabar.

—Genial. Gia, ¿verdad? —Me seco otra vez la cara con la toalla—. Me pillas ocupado y no tengo tiempo de hablar ahora. Ya te mandaré un mensaje con la hora y el lugar.

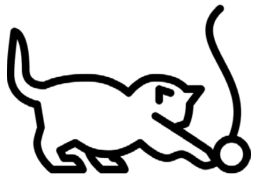
Y cuelgo.

Sé que iba a decirme algo más, probablemente algo educado, y quizá hasta útil. Pero no me apetecía oír ni una palabra más de su boca. Ahora no. Cuando su cara sigue clavada en mi memoria como una espina, y no sé por qué me jode tanto.

Agrego su número al móvil, demasiado rápido. Aunque solo con su nombre. Gia. Ni *emojis,* ni apellidos ni mierdas. Como algo

pasajero que espero que no dure. Solo eso. Lo suficiente para tenerla localizada. Aunque hay algo que me dice que no la guarde…

Y lo peor es que, por dentro, una parte de mí también se está preguntando qué coño me pasa.



2

GIA

—¿Este tío es gilipollas o se entrena para ello? —murmuro, fulminando la pantalla del móvil con la vista.

Xander Cole acababa de colgarme el teléfono sin más, cortándome a mitad de frase como si yo fuese una llamada de *spam*. Ni un «gracias», ni un «nos vemos» ni una mierda de cortesía básica. Nada. Solo su voz borde y seca, y después ese pitido final que deja claro que la conversación ha terminado. Por decisión suya, claro.

Suelto un bufido, tiro el móvil al asiento del copiloto y me paso una mano por la cara. Estoy en mi coche, aparcado frente a una cafetería del centro, y por un momento me quedo mirando por la ventanilla, procesando la llamada más corta y desagradable que he tenido en semanas.

—Bien, Gia…, respira hondo —me digo, aunque el nudo en el estómago no se deshace. Arranco el motor y pongo rumbo a mi casa. Necesito achuchar a mi mimado gato naranja.

Pero mientras los semáforos cambian y el sol empieza a colarse entre los edificios, mi cabeza regresa inevitablemente a la mañana de hoy.

Todo ha empezado con esa reunión en las oficinas del club. Me habían citado a las nueve y media, y yo, puntual como una condena, he llegado incluso antes. Me han presentado al cuerpo técnico, al

jefe de operaciones y al entrenador principal, al que todos llamaban simplemente «el míster».

—Queremos que seas los ojos, la cabeza y el control de Xander Cole —me ha dicho el míster, sin preámbulos.

—¿Perdón? —he respondido, un poco incrédula.

—Has oído bien. Ese chico necesita estructura y límites y alguien que le recuerde que no está por encima de todo. Lo han consentido demasiado porque es bueno en el campo, pero fuera de él… es un puto caos.

Yo me he limitado a asentir, intentando mantener la compostura, aunque por dentro solo pensaba: *Genial, me ha tocado ser la niñera del* quarterback *estrella con complejo de Dios.* Aunque luego recordaba el contrato y lo que me iban a pagar y se me pasaba; un poco al menos.

—Tu trabajo será gestionar su agenda, sus compromisos, sus entrenamientos alternos, su nutrición, sus reuniones con la prensa, y lo más importante, asegurarte que cumple —ha explicado con seriedad—. Y cuando digo asegurarte, me refiero a que no le quites los ojos de encima: Xander es muy escurridizo, y hará lo posible por que lo pierdas de vista.

Después de ese resumen glorioso y motivador de lo que iba a ser mi trabajo, hemos firmado el contrato. Me han dado acceso a los sistemas del equipo y una carpeta con toda la información actual que necesitaba de Xander. El resto lo tendría que organizar yo.

Así que, después de eso, me he ido a la cafetería del centro con el portátil y mi libreta de planificación y he pedido una taza de té americano con extra de canela.

Lo he abierto todo, me he puesto música de fondo y he empezado a trabajar en lo que sería el plan de Xander para las dos semanas próximas.

Entrenamientos, revisiones médicas, entrevistas. Le he dejado huecos para descanso y vida personal, claro…, aunque después de ese choque que he tenido con él, me han dado ganas de llenarle toda la agenda con horarios de pilates y sesiones de *mindfulness* obligatorias.

Después de un buen rato y con todo casi organizado, solo me faltaba lo más importante: hablar con él y cuadrar una reunión para ponernos al día y oír sus preferencias.

He recogido, he pagado la cuenta y me he ido al coche; prefería llamar desde ahí, más tranquila.

He marcado el número que me ha dado el míster. Un tono. Dos tonos. Tres tonos. Cuatro tonos. Y he oído cómo descolgaba.

—¿Diga?

—Hola, ¿Xander Cole? Soy Gia Clarke, tu nueva asistente…

Y ahí ha sido cuando ese energúmeno me ha interrumpido como si le hubieran dado un codazo en el cerebro.

Lo que ha venido después de eso, hasta que hemos colgado, no ha sido mucho más agradable. He de decir que es bastante capullo.

Parada en un semáforo en rojo, miro mi reflejo en el retrovisor y frunzo los labios.

—Vale. Muy bien. Perfecto. Un gilipollas arrogante con cara bonita. Qué cliché más predecible —murmuro, mordiéndome el labio.

Pero entonces algo en mí se ha endurecido. El tono en el que me ha hablado. La forma en que ha colgado. Esa sensación de que cree que está por encima del resto del mundo… no me era ajena.

Ya he lidiado con gente así. Con personas que consideraban que podían pisarte sin consecuencias. Que estaban convencidos de que el mundo giraba a su alrededor solo porque habían tenido suerte, talento o apellido.

Y si él quería jugar a eso…, yo también sabía. Pero iba a hacerlo a mi manera: con cabeza, elegancia y dulzura maquillada con una sonrisa.

Que no me subestime. Porque si él es fuego, yo puedo ser gasolina.

Aparco frente a mi edificio y subo a casa arrastrando el bolso, que parece pesar una tonelada. Apenas he cerrado la puerta cuando un pequeño torbellino naranja sale disparado hacia mí.

—¡Hola, Cronos! —Suelto una pequeña risa, agachándome para recogerlo en brazos—. ¿Cómo está mi rubio favorito? —Lo lleno de besos y él a mí, de pelos.

Su ronroneo es inmediato. Mi bola de pelo consentida y medio demonio con esos ojos amarillos, que siempre parece entenderme. Me da un par de cabezazos en la barbilla y luego se baja de un salto, caminando como si él gobernara este lugar. Lo sigo hasta el sofá, donde tiro el bolso, y me descalzo.

Me quedo un rato echada con mi bola, recibiendo toda la amabilidad que no he recibido en todo el día. Estos animales sanan, lo juro.

Lo bueno se acaba y tengo que ducharme, así que me dirijo al baño, abro el grifo de agua caliente y me desnudo. Me recojo el pelo en un moño. Solo espero que el agua corriendo por mi espalda pueda arrancar la tensión de la jornada. Pero no es así. Porque en el momento en el que cierro los ojos, su voz vuelve a mi cabeza.

«Sé quién eres. ¿Qué quieres?».

Tan borde. Tan seca. Tan… irritantemente masculina. ¿Cómo puede un tono de voz ser tan jodidamente atractivo y a la vez tan odioso?

Apoyo la frente en los azulejos y dejo que el agua siga corriendo. No quiero admitirlo, pero hay algo en él que me ha descolocado. No es solo su fama ni lo que me habían contado: es su energía. Esa mezcla de arrogancia, rabia contenida y algo más… Algo roto.

Me estremezco, aunque no tengo frío. *No. No caigas en esa. No empieces a analizar a un tío al que ni conoces, Gia.*

Salgo de la ducha y me pongo mi albornoz. Cronos me mira desde el lavabo, como si juzgara el caos mental en el que estoy sumida. Paso por el salón hacia la cocina y, al hacerlo, cojo el móvil del bolso.

Pantalla encendida. Cero notificaciones. Ni un solo mensaje de Xander.

Lo ha dicho claro en la llamada: *«Ya te mandaré un mensaje con hora y lugar».*

Pues genial. Aquí estoy. Esperando como una idiota. Voy a la cocina y dejo el móvil boca abajo. Me ato el cinturón del albornoz y abro la nevera. Saco un *tupper* con pasta boloñesa que me sobró de ayer y lo meto en el microondas. Mientras este hace su magia, abro el portátil y lo pongo en la isla de la cocina. Tecleo:

«Xander Cole, noticias recientes».

Los titulares aparecen en segundos, como una bofetada en la cara.

«Xander Cole se salta el protocolo de prensa tras la última derrota».
«Fotografían a Cole saliendo de un club a las 4 a. m. tras romper el toque de queda con el equipo».
«El quarterback estrella de los Seattle Titans, envuelto en una nueva polémica amorosa».
«¿Quién es la misteriosa rubia con la que se le vio en Las Vegas?».
«El talento indomable del golden boy: ¿genio o bomba de relojería?».

Paso el cursor por los artículos, uno tras otro. Fotos borrosas, flashes, rumores, poses con copas en la mano y sonrisas ladeadas que destilan confianza y cero arrepentimiento. En cada imagen, él parecía estar perfectamente cómodo en el caos que generaba.

Cierro el portátil de golpe. Cronos da un respingo y protesta.

—Lo sé, lo sé… No es culpa mía que mi nueva responsabilidad sea el protagonista de todos los dramas deportivos del país.

El microondas pita. Saco el plato y lo pongo sobre la encimera. No tengo hambre, pero necesito tener algo en el estómago si no quiero dedicarme a planear su funeral.

Mientras como lentamente, vuelvo a mirar el móvil. Nada. Ni siquiera un *«Mañana a las 10».* Bufo.

—Muy bien, señor Cole. Si tu plan es hacerme perder el tiempo desde el día uno, te aviso de que yo también sé jugar a eso. Pero lo hago con más clase, cariño.

Cronos maúlla para mostrar su acuerdo. Me levanto para fregar el plato, y mientras el agua corre, no puedo evitar pensar: ¿y si esto es una trampa? ¿Y si este tipo consigue hacerme perder el control?

Pero no. Otra vez no. Ya me había pasado una vez en mi vida. Y no iba a volver a permitir que nadie me arrastrara consigo. Ni siquiera él. Aunque tenga la sonrisa más jodidamente sexy del planeta.

Me aparto del ordenador con un suspiro y reposo la cabeza unos segundos sobre la mesa. Miro el móvil por octava vez en los cuarenta últimos minutos. Nada. Ni un maldito mensaje. Ni una ubicación. Ni una hora. Nada.

—Es gilipollas —murmuro mientras me froto los ojos—. Un gilipollas con abdominales de infarto, pero gilipollas al fin y al cabo.

Y no pienso perder el sentido por su cara bonita. No pienso ser una más en su lista. No voy a caer.

Agarro el teléfono con más rabia de la necesaria y busco entre mis contactos.

Marco el número de la única persona que siempre está disponible para mí. Mi mejor amiga.

Me pongo el aparato en la oreja, y espero el sonido de su voz.

—Vamos, Savannah, cógelo…

—¿Hola? ¿Sabes qué hora es, loca? —*Traidora,* pienso mientras miro la hora.

—Son las diez y media, exagerada —le reprocho.

—Para mí eso es noche profunda. Llevo toda la semana con horarios de abuela, no me juzgues.

Me echo a reír y me dirijo al salón.

—¿Cómo ha ido tu semana? —le pregunto, con la esperanza de que le haya ido mucho mejor que a mí.

—Fatal. El jefe del despacho se ha vuelto a pelear con la becaria nueva, el martes se cayó internet y, para colmo, mi cita del viernes tenía halitosis. ¿Tú qué tal, reina del *multitasking*?

Me dejo caer en el sofá con una manta sobre las piernas. Cronos ronronea en mi regazo, inconsciente del caos existencial de su humana.

—Pues… tengo curro nuevo.

—¿Qué? ¿Cómo que nuevo? ¿Y yo sin enterarme?

Me río soltando el aire por la nariz.

—Ha sido todo muy de repente. Es temporal, y es una locura.

—Dímelo ya. ¿Dónde, con quién, cuánto te pagan y por qué siento que me estoy perdiendo algo importante?

Al oírla juraría que se ha puesto a hablar a doble velocidad.

Sonrío. Lo necesito. Necesito esa energía.

—Estoy trabajando con los Seattles Titans. Soy la nueva asistente personal de Xander Cole. Algo así como su niñera, básicamente.

Absoluto silencio.

¿Se habrá dormido?

—¿Que qué? —grita, tan fuerte que me tengo que separar el móvil de la oreja.

—Lo que oyes.

—¡Tía! ¡¿Xander Cole?! El de las fotos en calzoncillos. El que se lio con tres modelos en un yate. El del escándalo en Las Vegas. Ese. ¿Ese Xander Cole?

—Ajá, el mismo. —Río. Joder, sí que lo tiene controlado.

—¿Y cómo es en persona? ¿Es tan guapo como en las fotos o más?

—Peor. O mejor. No sé. Es… demasiado. Alto, moreno, con cara de chulo, despeinado en plan «me acabo de levantar así de sexy sin querer»… y con unos brazos que podrían abrir una nuez con solo mirarla.

—¿Gia? —me dice con un tono bastante serio.

—¿Sí? —le respondo con la misma seriedad.

—Estás jodida

Y ahí está mi amiga.

—No. No lo estoy. —Intento sonar realista.

—Sí, lo estás. Si describes sus brazos antes que su actitud, es porque estás medio frita.

—¡No estoy frita! —me justifico—. Me ha colgado el teléfono, Savannah. Lo he llamado para coordinar la primera reunión oficial y me ha contestado como si yo fuera una puta teleoperadora.

—¿Te ha colgado? ¿Así sin más?

—Tal cual. «No tengo tiempo, ya te escribiré». Pum. Fin de la llamada.

Cada vez que lo recuerdo me dan ganas de pegarle a algo.

—Uf, qué gilipollas.

—Es lo que he pensado, sí. Y lo he dicho. En voz alta. En el coche.

Así suena hasta ridículo.

—¿Y te ha escrito ya?

No, seguramente tendré que quedarme toda la noche despierta…

Es lo que me gustaría decirle, pero obviamente eso no saldrá de mi boca.

—No. Y no pienso esperarlo toda la noche. —No sé si ha sonado muy creíble.

—Claro que sí. Solo revisarás el móvil cada cinco minutos hasta que lo haga.

Cabrona, me conoce demasiado bien.

—Eres una bruja.

—Soy tu mejor amiga.

Touché.

Suspiramos al mismo tiempo. Cronos se despereza y se va directo al cojín del sillón, como si también le hubiese aburrido ya la conversación.

—Mira, Gia. Has trabajado con gente difícil. Has lidiado con artistas caprichosos, con jefes intensos y con modelos con el ego más grande que sus currículums. Puedes con esto.

—Lo sé. Solo que, no sé, Sav… —y es verdad, no sé qué siento cuando pienso en que tengo que trabajar con Xander—, algo en él me pone nerviosa.

—Porque te gusta.

¿Y a quién no, Sav? ¿A QUIÉN NO?

—No —me limito a decir.

—Sí.

—No. —*Sí…*

—Gia.

—Vale, un poquito, tal vez. Pero, siendo realistas, a todo el mundo le gusta Xander.

—¡Lo sabía! —grita al otro lado del teléfono.

—Pero eso no significa nada. No pienso mezclar nada. —Y lo creo de verdad—. Esto es un trabajo, punto.

—Claro, claro…, como cuando dijiste que no ibas a volver con Ryan y acabaste en su coche dos semanas después.

—¡Eso fue distinto!

No, no lo fue. Pero es que esta chica tiene más memoria que un disco duro.

—Igualito. Lo visualizo y digo sí, es igual —me dice mientras se echa a reír.

—¡Savannah!

—Mira, cariño. No te voy a juzgar si te lo tiras, ¿vale? —No me puedo creer que lo haya soltado, la muy…—. Solo no te enamores si sabes que es idiota.

—No pienso acostarme con él. —No me van los tipos guapos y altos y morenos y con cuerpazo y con una sonrisa que tendría que ser ilegal.

—Ajá. ¿Y cuándo te vea con ese vestido negro que te queda como un crimen perfecto? —se ríe.

—Voy a colgar.

—Te quiero, bruja.

—Yo también, loca. —Se podría decir que es la única persona que quiero de verdad—. Te escribo si me escribe.

—O si se mete en tus sueños.

Nos reímos, pero suelto rápido un…

—¡Adiós! —Y cuelgo entre risas.

Pero me quedo con esa sensación punzante. Miro el móvil. Nada.

Me levanto y voy hasta la cocina a por un vaso de agua. Y antes de irme a la cama, mientras Cronos me sigue con sus patitas sigilosas y bosteza, me repito lo que me he dicho antes: *No voy a caer.*

Aunque algo dentro de mí no esté tan seguro.

Justo cuando apago la luz y me acomodo en la cama con un suspiro resignado, el móvil vibra en la mesita. Giro la cabeza lentamente y leo el mensaje.

Xander Cole: *Mañana. 9:00. Campo de entrenamiento. No llegues tarde.*

Sonrío con sarcasmo, bloqueo el móvil y murmuro al techo: —Qué bien, el rey ha hablado.

Y ahora sí…, empieza el juego.



3

XANDER

No sé por qué he tardado tanto en mandarle ese maldito mensaje.

Bueno, sí lo sé. Pero tampoco es que me guste reconocerlo.

Después de colgarle el teléfono, he estado como veinte minutos dándole vueltas en el vestuario. A ella, a su olor y a saber que voy a tenerla muy cerca todo el rato.

Me he duchado en silencio mientras el resto del equipo bromeaba sobre alguna historia que no me interesaba. Y cuando me he puesto los pantalones y una camiseta limpia, el puto número seguía ahí, sin respuesta. Como si me estuviera retando.

«Ya te mandaré un mensaje con hora y lugar».

Mis propias palabras me sonaban como una excusa barata. ¿Tan difícil era escribir dos líneas? ¿Qué coño me pasaba?

No me cuesta tratar con chicas. Al contrario. Pero algo en esa voz me ha jodido el sistema. Era suave pero firme. Segura. Como si no necesitase nada de mí. Como si fuera yo el que estuviera en deuda con ella. Y eso me ha irritado.

Por eso he tardado tanto en mandar ese mensaje. Porque no la quiero trabajando conmigo. Porque no quiero tenerla a mi lado todo el día. Porque sé que va a ser una complicación.

Cuando he llegado a casa solo tenía ganas de echarme y meter la cabeza entre almohadas. Pero ahí ha resonado su voz otra vez: *«Soy Gia Clarke, tu nueva asistente…».*

He tirado la almohada contra la pared y he bufado. He apagado el móvil para convencerme de que eso iba a evitar mi responsabilidad de mandar el mensaje.

Y me he dormido. Y para sorpresa de nadie me he despertado por culpa de una pesadilla. Me he incorporado, he cogido el móvil y lo he encendido. La 1:00. Joder, era momento de mandar ese mensaje. Y eso he hecho.

Y ahora, aquí estoy, despierto probando de mi propia medicina. Ha pasado un buen rato desde que se lo he enviado, y no dejo de mirar el teléfono, esperando a que me responda. Pero es obvio que no lo va a hacer, y menos después de cómo le he hablado. O porque está dormida, claro.

Suspiro y me paso una mano por la cara. Dejo el móvil debajo de mi almohada e intento conciliar el sueño otra vez.

Me suena la alarma a las 7:30 a. m. y miro las notificaciones de mi móvil. Algunas del grupo de los chicos. Algunos mensajes en redes sociales de chicas con las que ya he tenido algo y nada, nada, por parte de Gia. Obvio.

Me siento en el borde de la cama, estiro el cuello mientras mis pies tocan el frío suelo. El apartamento está en silencio. Me gusta así. Sin ruido. Sin nadie.

Me dirijo a la cocina y saco un zumo de naranja de la nevera. Me preparo una tostada a la plancha con aguacate y huevos revueltos. Mi desayuno favorito.

Me siento a la mesa y pongo las noticias en la televisión. Nada interesante. Y nada de mí. Eso me gusta.

Me doy una ducha rápida, intentando no pensar en la reunión que tengo en menos de una hora. Intentando no pensar en ella. Pero es demasiado tarde. La curiosidad me está ganando. ¿Sería tan segura en persona? ¿Tan estirada como sonaba? ¿O sería una de esas chicas que se hacen las duras y luego no soportan el ritmo?

Me seco un poco el pelo sin mucho cuidado. Dejándolo al aire, como siempre, y me visto. Camiseta gris *oversize* y unos *joggers* negros.

Café, necesito mi café. Me pongo las gafas de sol, cojo las llaves del coche y salgo.

El aire de Seattle por la mañana está más limpio de lo que debería y la ciudad, demasiado tranquila para lo que tengo en la cabeza. Bajo las ventanillas del coche y conduzco hacia la pequeña cafetería en la esquina de Pike y 6th. No es nada del otro mundo, pero ellos saben cómo me gusta el café: doble *espresso* con un toque de vainilla, nada de azúcar y caliente como el mismísimo infierno.

—¿Lo de siempre, Xander? —me pregunta la chica del mostrador con una sonrisa extremadamente amable.

—Sí. Gracias. —No estoy de humor para sonreír.

Espero con las manos en los bolsillos. Mi teléfono vibra, y lo miro de reojo, aunque sé que no es ella. Un mensaje de Chase, seguramente, para recordarme lo de la fiesta. Genial.

Cojo el café, asiento en señal de agradecimiento y salgo de nuevo a la calle. Son las 8:30. El campo de entrenamiento está a veinte minutos de aquí. Llego con tiempo, pero no porque sea puntual, sino porque me gusta ver quién entra a su hora y quién se retrasa.

Hoy no va a ser un día normal. Hoy voy a conocer oficialmente a Gia Clarke.

Y por algún jodido motivo… me importa.

Son las 09:02.

Odio la impuntualidad.

Estoy apoyado contra la barandilla metálica del campo, con el café aún en la mano y las gafas de sol puestas. La mayoría del equipo no va a venir hasta dentro de una hora, así que tengo paz. De momento.

Me vuelvo hacia la entrada principal del complejo. Y entonces la veo.

Tacones. Vestido corto amarillo. Pelo suelto, castaño y ondulado, moviéndose al son de sus pasos.

Un bolso grande colgando del hombro y una carpeta sujeta contra el pecho.

Gia Clarke. Joder.

No sé qué me esperaba. Quizá más… neutra. Más formal. Más aburrida. Pero esto… esto es una jodida contradicción con piernas. Se mueve con seguridad, pero no está intentando impresionar a nadie. Sabe que llama la atención, pero no la busca. Es como si viniera de otro planeta, uno en el que las mujeres no necesitan esforzarse para ser un puto escándalo.

Trago saliva. Me paso la lengua por el labio de abajo y me lo humedezco. Se me tensa la mandíbula. No me gustan las sorpresas. Y ella lo es.

Se acerca. Mierda, tiene hoyuelos cuando sonríe. Y unos labios tan carnosos que podrían distraer a cualquiera con media neurona.

Pero yo no soy cualquiera.

—Xander Cole —dice, clavando sus ojos oscuros en mí.

No pregunta. No duda. Me nombra como si me conociera de toda la vida.

—La impuntualidad es un mal comienzo, Clarke.

Procede a echarle una ojeada al móvil, que tiene apoyado contra la carpeta.

—Llegar dos minutos tarde no es impuntualidad. Es tener vida —responde, sin inmutarse.

Casi se me escapa una sonrisa, pero no le voy a dar esa satisfacción. En vez de eso, me doy media vuelta, me quito las gafas y le hago una seña con la cabeza.

—Sígueme.

La guío por el pasillo hacia una sala de reuniones pequeña. Cristales tintados, una mesa larga en el centro y pantallas por todos lados. Silencio. Aquí nadie molesta.

Cierro la puerta tras ella.

Gia se sienta y deja su carpeta sobre la mesa. Se cruza de piernas. El vestido se pega a sus piernas y deja a la vista un pedazo de muslo que no debería mirar. Pero lo hago. Obvio que lo hago.

No soy de piedra. Soy de carne, sangre, testosterona y mala leche. Y ella está empezando a calentarme el alma… y otras partes más útiles.

—Bien —dice; abre la carpeta y saca una *tablet*—. Quiero repasar tus horarios, partidos, rutinas y todo lo que necesite para organizarte el caos al que llamas vida.

Empezamos bien.

—¿Crees que mi vida es un caos? —replico, desafiante.

—No lo creo, lo sé —responde con total indiferencia.

No me gusta nada la gente que se cree que lo sabe todo de mí por el simple hecho de que yo sea famoso. O sea, ella no se equivoca en esto. Pero que lo dé por hecho tan rápido me molesta.

—No me conoces, Clarke. —Tamborileo con los dedos sobre la mesa.

—No me hace falta conocerte para saberlo, Cole.

Enarco una ceja.

—¿Y qué sabes de mí? —le pregunto.

Me mira de reojo, sin levantar la cabeza, y sonríe irónicamente.

—Lo justo. Lo suficiente. Lo que me dicen. Y lo que aparece si pones tu nombre en Google, por ejemplo.

¿En serio ha necesitado buscar mi nombre en Google para saber de mí? Viniendo de ella, que es una chica, me ofende un poco. Cualquier mujer sabe bastante de mí. Tampoco es por ser egocéntrico, pero no ha habido ni una sola chica con la que haya mantenido más de diez minutos de conversación y que no lo supiera todo sobre mí.

—¿Has buscado mi nombre en Google? —La estudio con curiosidad.

—Soy tu asistente, no una *groupie.* —Se pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja—. Lo he hecho por necesidad, ya que no sabía si íbamos a tener esta conversación.

Toco la mesa con los dedos, divertido.

—Ya, eso dicen todas —le sonrío—, pero no lo parecía por cómo me has mirado al llegar.

Se incorpora un poco más en la silla.

—Perdona, ¿y cómo se supone que lo he hecho?

Me va a gustar esto.

—Como si te estuviera costando no quedarte con la boca abierta.

No aparta la vista de mí, y eso me incomoda y me gusta a la vez.

—¿Estás bien? ¿Tienes fiebre o siempre hablas así de egocéntrico? —Aprieta los labios.

Sonrío con ganas, por fin. Ahora sí. Esto empieza a gustarme.

—Me sorprende que no estés babeando. Es lo que suele pasar cuando las chicas me conocen en persona.

Se ríe echando el aire por la nariz.

—Sí, claro. Lo que suele pasar… —hace un gesto con la mano, señalándose la sien— en tu cabeza.

Se me escapa una carcajada breve. No lo puedo evitar. Tiene carácter. Y me pone nervioso. Y eso, en mí, es lo más parecido al deseo.

—¿Vas a enseñarme la agenda o vas a seguir intentando leerme la cartilla? —Me cruzo de brazos.

—¿Puedo hacer las dos cosas a la vez?

La muy cabrona me lanza una sonrisa ladina y enciende su *tablet*. Se echa un poco sobre la mesa, y es inevitable notar el escote sutil de su vestido. *Joder. Huélela, mírala, trágatela con los ojos…, pero no lo demuestres, Cole.*

Mientras habla sobre entrenamientos, horarios de vuelo, sesiones de fisioterapia y otros detalles técnicos, me doy cuenta de que he dejado de prestarle atención. Su voz es suave pero firme, y cuando habla se muerde ligeramente el labio inferior. Cuando se concentra saca un poco la punta de la lengua. Tiene algunas pequitas por el cuello, y una piel que debe de ser muy suave al tacto. Tiene unas manos bonitas. Dedos largos. Uñas impecables, sin exagerar.

Imagino cómo sería sentir su piel, o sus manos, en mi espalda, en mi pelo…, bajando más.

Céntrate, joder.

—¿Xander? —me dice de repente, enarcando una ceja—. ¿Has escuchado lo que acabo de decir?

Obvio que no.

—Obvio que sí —le respondo haciéndome el ofendido.

—Ajá. Vale, pues ¿qué he dicho? —Levanta una ceja mientras me mira impaciente.

Me encantaría mentir. Pero sus ojos me atraviesan como si supiera perfectamente que estoy en Babia.

—Algo sobre fisioterapia. —Miento. Me río y me encojo de hombros.

Ella niega con la cabeza y sonríe, satisfecha de haberme pillado.

—Te va a costar seguirme el ritmo, Cole —dice, bloqueando la *tablet*.

—Te sorprendería lo rápido que aprendo cuando me interesa la materia —sonrío, pícaro.

Me va el corazón a mil. Tenerla cerca me gusta más de lo que habría imaginado.

La tensión flota en el aire. Nos estudiamos unos segundos de más. De esos segundos que queman por dentro.

Ella rompe el contacto visual primero, bajando la vista a la *tablet*. Pero la sonrisa sigue en sus labios. Y eso me da la certeza de que no soy el único al que le ha subido un par de grados la temperatura.

Esto va a ser divertido. Esto va a ser un problema. Y probablemente, las dos cosas a la vez.

—No me interesa tener que ir detrás de ti —dice, sin mirarme—. No soy tu niñera ni pretendo serlo.

—¿Y si te dijera que soy muy obediente cuando quiero? —Vaya… No sé a qué ha venido eso. Pero lo he soltado.

Levanta la cabeza con una ceja arqueada y me mira.

—¿Y quieres?

Estoy empezando a adorar su voz.

—Todavía no lo he decidido.

Su risa escapa bajita, como si le divirtiera más de lo que está dispuesta a admitir. Se apoya en el respaldo de la silla, cruzando los brazos. Ese gesto debería parecer a la defensiva, pero en ella me está evaluando. Y creo que le gusta lo que ve. Aunque tampoco va a admitirlo.

—Mira —dice—, me han contratado para hacerte la vida más fácil, no más difícil. Si tú me das el mínimo, yo también.

—¿Eso es una amenaza? —digo.

—Es un trato.

Ladeo la cabeza, observándola en silencio. Me gusta cómo negocia. Directa, sin rodeos. Pero no es fría. Tiene esa mezcla jodidamente atractiva de temple y carisma. Y me estoy dando

cuenta de que, si no me ando con cuidado, va a volverse más peligrosa que cualquier defensa rival.

—Vale. Trato hecho —acepto por fin.

Extiendo la mano por encima de la mesa.

Le clava la vista un segundo y luego me la estrecha. Su mano es pequeña y firme. El contacto dura un poco más de lo que debería. Algo se enciende en mi estómago. Una chispa eléctrica, rápida y aguda.

Cuando nos soltamos, hay un segundo de silencio. Uno raro. Como si nos acabáramos de poner una bomba entre los dos y nadie quisiera ser el primero en moverla.

—Así que… ¿dices que entrenas a las diez? —pregunta ella, volviendo a comprobar su *tablet*.

—Correcto. Hora sagrada.

Aunque por ti me la saltaría, sin dudarlo.

—¿Y antes de eso no tienes nada más que hacer? —insiste, con algo parecido a… ¿timidez?

—Solía tener paz. Luego llegaste tú. —Le doy una pequeña patada por debajo de la mesa.

—Y ahora tienes la misma paz…, pero con agenda —sonríe, y se le marcan esos hoyuelos de los que no puedo apartar la mirada.

Touché.

Xander, cierra la boca, que se te cae la baba, colega. ¿Qué coño me pasa?

Ella teclea algo rápido. Me fijo en su concentración de nuevo, en cómo se muerde un poco el interior de la mejilla cuando algo la pone nerviosa. Joder, cómo puede hacer que algo tan simple parezca sexy.

—¿Qué miras?

—¿Siempre haces tantas preguntas, Clarke?

Se sorprende. No se esperaba mi pregunta. Supongo que ella siempre va a contar con respuesta claras y concisas.

—¿Siempre evades las respuestas?

Me río. No puedo evitarlo. Y me doy cuenta de que es la segunda vez que me hace reír en menos de una hora. Peligroso.

—Estaba pensando —contesto, más tranquilo— que si vamos a trabajar juntos, no estaría mal que intentáramos no fastidiarnos la vida mutuamente.

Se sonroja un poco.

—Para eso estoy aquí, ¿no? Para facilitarte las cosas.

—Y yo para no complicártelas —admito, encogiéndome de hombros.

La expresión de Gia se suaviza. Mi respuesta ha debido de pillarla un poco desprevenida. El ambiente se relaja, por fin.

—¿Tienes algún límite? —cuestiona entonces, y parece una prueba.

—Muchos —suelto, sin saber muy bien cuáles son.

—¿Vas a decirme alguno?

—La impuntualidad, por ejemplo. Y que me hablen como si tuviera cinco años.

Asiente varias veces, como en señal de aprobación.

—Bien. Yo odio a la gente que ignora los correos y los mensajes.

Otra carcajada más. Esta chica empieza a conocerme.

—Entonces, te voy a caer fatal —digo, y pongo una cara un poco decepcionada.

—Ya lo voy asumiendo.

Nos reímos los dos. Y, por un instante, el tono cambia. Hay algo… cómodo. Casi natural. Y no lo esperaba. Me gustaría alargar esta conversación. Algo en mí quiere seguir observándola, ver hasta dónde puede llegar con ese humor afilado y esa sonrisa que todavía no sé si es coqueta o simplemente letal.

Le echo un vistazo al reloj.

Las 9:58.

—Tengo que irme —digo, sin querer levantarme.

—Lo sé —responde, recogiendo su *tablet*—. Yo también tengo cosas que hacer. Como buscarte una nueva aplicación de calendario. O una niñera.

—Muy graciosa.

Me pongo de pie y abro la puerta. Ella me sigue.

—Te escribo luego, ¿vale? —propone ella.

—Esta vez te responderé —sonrío.

Y la verdad es que me sale más natural de lo que pensaba.

Nos quedamos frente a frente en el pasillo. Es más bajita de lo que me ha parecido al entrar. Le saco una cabeza, y eso que va con tacones. Pero aun así, se planta frente a mí con esa actitud de «no me das miedo, ni un poco».

—Gia —la llamo antes de que se dé la vuelta.

—¿Sí?

—No me mires así cuando llegues. Me desconcentra.

—¿Cómo? ¿Qué dices? —Frunce el entrecejo.

—Con esa expresión. La que llevas puesta ahora mismo.

Se contempla en el reflejo de la ventana y relaja el ceño.

Se vuelve hacia mí.

—Es mi cara normal, Cole.

Me río ante su respuesta.

—Entonces, estamos jodidos. —Y suelto el aire por la nariz.

—Estabas a punto de caerme bien, Cole, ¡no lo estropees! —Va alzando la voz poco a poco a medida que se aleja por el pasillo, negando con la cabeza.

Se está riendo, seguro.

Solo escucho el sonido de sus tacones. Suenan decididos sobre el suelo. Yo me quedo contemplándola un par de segundos antes de girarme y volver hacia el campo.

El entrenamiento arranca puntual a las diez.

La sesión es dura, como debe ser. *Sprints,* pase, fuerza, presión, sudor. Mis músculos responden como una máquina en automático, pero mi cabeza… sigue medio atrapada en unos labios carnosos y una voz que se mete bajo mi piel.

Gia. Mierda.

Vuelvo al vestuario empapado. Me echo agua por la cabeza antes siquiera de quitarme la camiseta. El vapor se mezcla con el olor a esfuerzo, metal y linimento. Todo familiar. Todo en su sitio. Pero yo no lo estoy.

Me meto bajo la ducha. El agua caliente golpea mis hombros y me resbala por la espalda. Respiro hondo. Necesito centrarme.

Temporada nueva, enfoque nuevo. Y sin distracciones.

—¿Vas a venir a la fiesta o vas a seguir comportándote como un abuelo antisocial? —pregunta Chase desde la ducha de al lado, con esa sonrisa cabrona que se gasta siempre que quiere algo.

—Estoy valorando mis opciones.

—Valorándote los huevos, querrás decir. Vas a venir, sí o sí. Es la bienvenida oficial. No te puedes rajar.

—Iré —digo, haciéndome el resignado—, solo si no me pones con ninguna de tus amigas *influencers*.

—¿Y si te pongo con la chica nueva?

—¿Gia? —respondo rápido.

La verdad, no se me había ocurrido que fuese a venir. Forma parte del equipo. De algún modo. Supongo que es lógico.

—Mmm…, ¿ya sabes su nombre? Qué rápido eres, Cole.

Le lanzo una mirada entre el vapor. Chase se ríe, encantado, claro.

—Relájate, colega. Solo digo que podrías hacerle un hueco, ya sabes, en tu apretadísima agenda de soltero.

Y que, por cierto, lleva ella. Y eso me hace recordar…

—Es mi asistente. —Y me sorprende lo fácil que me sale esa excusa. Como si intentara convencerlo a él… o a mí mismo.

Nos cambiamos sin prisa. Camiseta limpia, vaqueros, gorra del revés. Y a comer.

El sitio es el de siempre. Hamburguesas, batidos de proteína y silencio cómodo. Chase habla de la defensa, de una chica que conoció la semana pasada y de la fiesta que está organizando con detalle de boda. Yo asiento, escucho a medias, pero mi cabeza sigue girando en bucle por otro lado.

La forma en que Gia se echó sobre la mesa. El movimiento de sus labios cuando habla. El modo en que me mira, como si no le impresionara una mierda… y aun así me observa como si lo hiciera.

Regreso a casa cuando el sol empieza a bajar. Es temprano, pero mi cuerpo ya acusa el cansancio del día.

Una vez allí, paso por la cocina, suelto las llaves y pongo música baja. Algo instrumental, solo por tener ruido de fondo. Me tumbo en el sofá y pongo una peli que me sale en recomendación de Netflix.

Me despierto, sin darme cuenta de que me había dormido. La peli no ha terminado aún, así que no ha sido mucho tiempo. Me levanto y voy a comer algo a la cocina. Apago todas las luces y me voy directo a la cama. Estoy muerto.

Me echo de espaldas, soltando un suspiro largo. El cuerpo me duele del entrenamiento, pero no es ese tipo de dolor que te tumba. Es el que te hace sentir satisfecho, vivo.

Reviso el móvil por última vez antes de dormir. No espero nada especial. Hasta que lo veo.

> ***Gia Clarke:*** *Te he dicho que te escribiría…, pero no te he prometido que fuese por trabajo. Buenas noches, Xander.*

Una sonrisa me cruza la cara de inmediato. Pícara. Tentadora.
Justo como imaginaba que sería cuando no la tengo de frente.
Le respondo rápido. No me lo pienso.

> ***Yo:*** *Menos mal. Porque si esto va de trabajo, necesito saber si eso de hacerme pensar en ti todo el día cuenta como una distracción laboral o como un puto delito de acoso. Buenas noches, Gia.*

No hay respuesta inmediata. Pero con eso ya es suficiente.

Apoyo el móvil en la mesilla de noche. Y ahí me quedo. A oscuras. Con su imagen clavada en la cabeza.

Vestido amarillo. Caderas marcadas. Muslos firmes. Ese escote sutil que se mostraba al echarse sobre la mesa. Esos labios gruesos, carnosos, perfectos. Que me los imagino alrededor de mi polla.

Su voz diciéndome *«Te va a costar seguirme el ritmo, Cole».*

Joder. Me noto la polla durísima. Me meto la mano en los calzoncillos, sin pensarlo dos veces.

Me rodeo la erección dura, caliente. La envuelvo con la presión exacta, lenta al principio.

Cierro los ojos y la imagino de rodillas. Con esa expresión retadora, las pupilas oscuras, la lengua asomando entre los labios mientras me sostiene la vista sin pestañear. No necesita palabras. Ella no implora. Ella ordena sin decir nada.

Muevo la mano más rápido. La palma se desliza desde la base hasta la punta y recojo la humedad que ya empieza a brotar. Respiro. Corto. Profundo.

Ahora ella está encima de mí. Cabalgándome lentamente, con esa melena sobre los hombros, la boca entreabierta. Y yo sujetándola de las caderas; sus gemidos haciéndome perder la razón.

Joder, Gia.

Gruño bajo. El abdomen se me tensa. Subo la otra mano a mi pecho, clavo los dedos, como si con eso pudiera sacarme la ansiedad de tenerla tan cerca, o de estar dentro de ella.

—Gia… —murmuro, casi sin voz.

La última imagen mental es la suya mordiéndose el labio, justo antes de que se corra sobre mi polla… o de que ella haga que me corra.

Y exploto… El cuerpo se me tensa ligeramente y me corro en mi abdomen. Tengo la respiración entrecortada, los dientes apretados; el nombre de ella aún latiendo en mis labios.

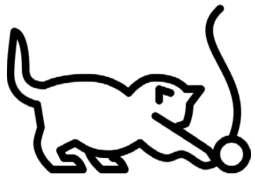
Me quedo quieto. Sudado y agotado. Pero más tranquilo. Más… jodidamente obsesionado. Nunca me ha pasado esto con nadie. Tan rápido.

Me limpio con la camiseta que pensaba usar mañana —da igual— y me meto bajo las sábanas.

Cierro los ojos. Y sé, sin una puta duda, que esta mujer va a ser un problema de los grandes. Pero ya es demasiado tarde. Ya está en mi cabeza.

Gia Clarke.

Primer día. Y ya está en mi cama.



4

GIA

7:42 a. m.

Me despierta la luz suave que se cuela por la rendija de la persiana. Estiro una mano sin abrir los ojos y tanteo a ciegas sobre la mesilla de noche hasta encontrar el móvil. Lo desbloqueo, todavía medio dormida, y reviso las notificaciones.

Ahí está. Un mensaje de Xander. Poco después de que me fuese a dormir.

Termina con un *«Buenas noches, Gia».*

Me incorporo de golpe, con el corazón en la garganta. He asustado al pobre Cronos, que dormía hecho una bolita a mi lado.

«Gia». «Clarke» no. «Gia».

Corto, íntimo. Casi… suave.

Y, joder, ¿por qué eso me acelera tanto?

Vuelvo a leerlo. Otra vez. Y otra. Sonrío como una idiota.

Él ha estado pensando en mí. Y no solo lo admite, lo lanza así, sin filtros, con esa arrogancia que me pica…, pero que también me pone nerviosa. Porque lo peor es que ahora sé que no soy la única que se fue a dormir con la mente desordenada por su culpa.

Me paso una mano por el pelo y suelto un suspiro largo, mirando a Cronos.

Esto no puede estar pasándome.

Me levanto, me pongo una *playlist* de Hans Zimmer y me preparo un té americano. Mientras espero a que se caliente la leche, empiezo

mi pequeña rutina: limpiar la encimera, recoger el cojín que quedó en el suelo, regar la planta que casi mato la semana pasada…

Intento mantenerme ocupada. Con los pies en el suelo.

Pero mi mente está en sus manos grandes, en las pecas de su nariz, en esa mirada que me atraviesa, en la forma en que me observaba ayer…, como si no supiera si quería discutir conmigo o empotrarme contra la pared.

Y lo peor es que no estoy segura de qué me apetecía más a mí.

Después de tomarme el té, de una buena ducha, y de pelearme con el secador, me visto con unos vaqueros claros que realzan mi figura, una camisa blanca con mangas algo anchas y unas zapatillas cómodas. Nada de maquillaje. Solo efecto buena cara, gafas de sol a la cabeza y el pelo suelto. Natural. Lo justo para no parecer que lo he pensado demasiado…, aunque lo haya hecho.

Cuando llego al centro de entrenamiento, son casi las diez. La mayoría de los jugadores ya están en el campo, así que me voy a mi oficina y me pongo a terminar unos datos del cuadrante.

Dos horas más tarde, salgo por la puerta. Siguen aún en el campo, así que me acomodo en la zona lateral de apoyo, con mi *tablet* lista para hacer algunas anotaciones.

Desde lejos, lo veo.

Xander. Sudado, centrado, imponente.

Corre, da indicaciones, se ríe con un compañero. El sol le cae sobre la espalda y le marca todos los músculos del cuello y los brazos. Tiene una expresión es de absoluta concentración.

Joder.

Cuando termina, lo veo caminar hacia la zona de descanso. Me acerco justo en el momento en que él levanta la cabeza y me localiza.

Una sonrisa ladeada se le escapa al instante. No dice nada. Yo tampoco. Nos acercamos hasta quedar frente a frente, como si el mundo se apagase a nuestro alrededor.

—Buenos días, Cole —saludo, solo para provocarlo.

—¿Otra vez con lo del apellido? Ayer me llamaste por mi nombre, no finjas demencia —responde con esa sonrisa canalla. Lleva el pelo mojado y la camiseta ligeramente pegada al cuerpo. Se le marcan

todos los abdominales. Parece recién salido de una escena de película.

—No finjo. Es que fue antes de dormir. Podría haber sido un sueño.

—¿Y fue bueno? —pregunta, mirándome a los ojos.

Me echo a reír. Noto el rubor subiendo por mis mejillas, pero mantengo el tipo.

—Lo suficiente como para no quejarme.

En ese momento, se acerca otro jugador. Alto, rubio, con una sonrisa fácil. Lo reconozco al instante.

Chase Donovan. El mejor amigo de Xander.

—Hola, tú debes de ser Gia, ¿no? —pregunta sin preámbulos—. He oído hablar de ti.

—Ah, ¿sí? —*Vaya*—. ¿Y qué has oído? —inquiero, bastante intrigada.

—Que has hecho que Xander llegue a todos sus compromisos dos días seguidos. Ya te queremos todos —bromea.

Xander le da un codazo suave.

—¿Quieres dejar de quedar como un golden retriever delante de ella? —ríe Xander.

—Es mi encanto natural, tío —responde Chase, guiñando un ojo —. Por cierto, vamos a ir a comer algo después de una buena ducha. ¿Te apuntas?

Parpadeo, un poco sorprendida.

—¿Con vosotros? —Mi mirada se desvía a todo el equipo, que está detrás de ellos.

—Claro. Bueno, vamos nosotros dos —dice Chase—. Puedes venir si no tienes que salvar el mundo con tus horarios de asistente prodigiosa.

Me vuelvo hacia Xander. Él se encoge de hombros, pero hay un punto cómplice en su expresión.

—Prometo no morder —añade este, observándome de reojo. —

¿Eso es una promesa o una amenaza? —le contesto.

—Depende de cuánto te guste el riesgo.

Cabrón. ¿Cómo puede sonar tan sexy con solo siete palabras? Me muerdo el labio sin darme cuenta.

Vale. Esto empieza a salirse de control.

Y, curiosamente, no quiero parar.

—Está bien. Vamos a comer.

Al cabo de un rato, veo a los chicos salir del vestuario. Chase va con sus rizos rubios cayéndole por la frente, vestido con una camiseta negra ceñida al cuerpo y unos vaqueros color beis.

Xander va con el pelo mojado y una gorra hacia atrás, y una camiseta ancha con el logo de los Seattles Titans y unos vaqueros flojos.

Está guapísimo.

—Gia, vamos en mi coche —propone Chase.

Me monto en la parte trasera del SUV negro. Para mi sorpresa, Xander se sienta detrás conmigo.

Chase conduce con la música a tope y las ventanillas bajadas, como si estuviésemos en una escena de película adolescente donde el chico popular del instituto y su mejor amigo se llevan a la chica nueva a comer.

Solo que yo no soy esa chica nueva.

Y no estoy para juegos.

Pero aun así, me siento ridículamente viva.

—¿Os importa si ponemos algo menos… de discoteca? —pregunto, cuando siento la vibración del bajo hasta en el esternón.

—No te hagas la dura, Gia. Sé que te encanta —responde Chase; sube un poco más el volumen y me guiña un ojo por el retrovisor.

Xander va a mi lado, con el brazo apoyado en la ventanilla, mirando hacia fuera. Se le ve relajado, casi feliz. Se gira y me dice en voz baja:

—No le hagas caso. Nació sin vergüenza. Y sin cerebro. —Encoge un poco la nariz.

Uf, no puedo con esas pecas. Ni con esos ojos color caramelo con motas verdes.

—Ah, ya me he dado cuenta —susurro, con una sonrisa contenida.

Acabamos en un *diner,* con mesas de colores brillantes, camareras con delantales y olor a café quemado. Nos sentamos a una mesa al fondo, junto a la ventana. Chase se lanza a hablar sin parar, contándome anécdotas del equipo, de cómo Xander se metió en un lío por aparecer borracho en una entrevista una vez y de cómo casi incendian una barbacoa en su último viaje.

—Es decir —dice Chase entre risas—, que si sobrevives las dos primeras semanas sin arrepentirte, te haces inmortal.

—¿Así funciona? —respondo, riendo con él.

—Más o menos. Y si aguantas a este —señala a Xander con la cabeza—, ya es para ponerte una medalla y reservarte un sitio al lado de Dios.

—Qué considerado eres —murmura Xander; se quita la gorra y se pasa una mano por el pelo—. ¿Quieres contarle también lo de aquella vez que te pillamos llorando mientras veías *Titanic*?

—Era un momento sensible, joder —replica Chase—. Y Jack muere. ¡No tengo el corazón de piedra!

Me río con ganas. Me estoy divirtiendo. Mucho más de lo que pensaba.

La comida llega: hamburguesas enormes, patatas fritas, batidos espumosos… y una ensalada césar para mí, que claramente es juzgada por ambos.

—Eres de las que no se pringa en la primera cita —dice Chase, señalando mi plato.

—Soy de las que no son capaces de comerse eso —señalo su comida—, y no os conozco tanto como para dejaros la mitad —respondo entre risas, cogiendo una patata del plato de Xander sin pedir permiso.

Xander me observa con una sonrisa muy lenta. No dice nada. Pero se le nota algo distinto en la cara. Algo más denso.

—¿Ves? Ya te ha robado comida. Oficialmente es parte del grupo —dice Chase, levantando su batido a modo de brindis.

—No sé si eso es bueno o una trampa mortal —murmuro.

—Un poco de ambas cosas —habla Xander, por fin—. Pero tranquila, Gia. Te adaptarás. Eres lista.

No aparta los ojos de mí. Y ese «lista» suena a algo más. Como si dijera «jodidamente peligrosa».

Sonrío sin decir nada. Pero me vibra algo en el estómago.

Después del almuerzo, Chase tiene que reunirse con otro jugador, así que nos deja en el aparcamiento del centro.

Quedamos Xander y yo, junto a su coche. Un Mercedes GLS negro.

—No ha estado mal comer con vosotros. Aunque tengo que admitir que pensaba que ibas a ser más difícil —le digo.

—¿Difícil? —Se lleva una mano al pecho—. ¿Yo?

—Ajá. Te imaginaba más borde. Más… gilipollas.

Xander se acerca un poco más. Estamos solos. Y hay una electricidad entre nosotros que me cuesta ignorar.

—Sigo siéndolo. Solo que tú… —hace una pausa; su mirada baja un segundo a mi boca y regresa a mis ojos— no pareces tan fácil de ignorar como el resto.

El corazón me da un golpe seco. Y noto cómo mis braguitas se humedecen.

—¿Eso es un cumplido?

—Depende. ¿Te gustan los cumplidos? —Me llega su aroma. Una mezcla de almizcle, ámbar y algo salvaje.

—Depende. ¿Sueles hacerlos así de enredados?

Se ríe, bajo, ronco. La sonrisa le nace en los labios y se le sube a los ojos. Durante un segundo eterno me pregunto si va a besarme.

—Nos vemos mañana, Gia. —Se da media vuelta y se sube al coche. Sin más.

Yo me quedo allí. Con calor en las mejillas, un poco mareada y sin saber si quiero golpearlo… o volver a verlo ya.

Aparco frente al edificio y me quedo dentro del coche unos segundos más de lo necesario. Las luces del interior parpadean, advirtiéndome de que debo volver a la realidad.

Pero no quiero.

Sigo dándole vueltas a lo mismo desde que Xander se ha marchado. La forma en que me ha mirado. Cómo ha bajado los ojos

a mi boca. Y, sobre todo…, cómo mi cuerpo ha respondido. Maldita sea.

No me lo esperaba. Tan pronto. Tan intenso. Ni tampoco esa humedad entre mis piernas como si tuviera dieciséis años y acabara de hablar con mi primer amor de instituto.

Ni siquiera me ha tocado. Ni un roce. Y yo ya me derretía.

Suspiro, apago el motor y subo por las escaleras.

Cronos aguarda detrás de la puerta, frotándose contra ella como si llevara semanas sin verme.

—Hola, señor dramático —lo saludo; lo cojo en brazos y me lo planto en el hombro. Él ronronea tan fuerte que vibra—. Hoy te vas a tener que aguantar sin mimos excesivos. Tengo la cabeza… llena de problemas. Humanos. Con barba. Y sonrisa peligrosa.

Lo suelto, me pongo una camiseta ancha y tiro del móvil para pedir algo a domicilio.

Comida china. Porque tengo antojo. Porque no tengo fuerzas para cocinar. Y porque me apetece llenar ese vacío que me ha dejado él.

Aunque no lo admitiré jamás en voz alta.

Cronos salta al sofá cuando yo me tumbo y abro el portátil. Tecleo su nombre.

«Xander Cole». Bum. Cientos de resultados.

Fotos saliendo de clubs.

Con chicas. Muchas chicas. Algunas vestidas. Otras no tanto.

Y titulares tipo:

«El golden boy de los Titans lo vuelve a hacer».

«Xander Cole: problemas, fiestas y camisetas rotas».

Genial.

¿Este es el tipo de hombre con el que voy a tener que tratar a diario? ¿Ese es el que me ha puesto cachonda con solo mirarme?

Cierro la pantalla con fuerza. Me paso las manos por la cara.

—Estás jodida, Gia.

Tocan el timbre. La cena.

Cena para una, aunque parezca para tres. Me la llevo al sofá, con Cronos enroscado en mis piernas y el mando en la mano.

Pongo algo al azar. No lo estoy viendo. Mi cabeza está demasiado ocupada repasando mentalmente cada palabra, cada gesto, cada risa de esa comida con Xander.

Su voz. Su olor cuando se ha acercado. La forma en la que ha dicho mi nombre esta mañana.

Siento cómo me arde el estómago. Y más abajo también.

Tranquila. No vas a perder el control, me repito. Ni por él ni por nadie.

El móvil vibra. Savannah.

—Eh —digo, con la boca llena de rollito de primavera.

—¿Cenando sola como buena antisocial? —pregunta.

—Exacto. Antisocial y deliciosa —río, soltando el aire por la nariz.

—¿Cómo ha ido tu primer día? ¿Ya le has dado alguna patada en la espinilla a algún jugador?

—No, aún no. Pero he estado cerca. Aunque…

—¿Aunque…?

Le doy un trago a la Coca-Cola.

—Joder, Sav. Xander… no es como imaginaba. Es peor.

—¿Peor?

—Es más guapo. Más encantador. Más molesto. Me hace sentir… No sé. Rara. Como si tuviera que estar a la defensiva, pero a la vez quiero que me vuelva a hablar. Que me mire otra vez como hoy.

¿Eso lo he dicho en voz alta?

Savannah se ríe.

—¿Te pone?

—¡Savannah! —grito.

Casi me atraganto con la comida.

—Dímelo. ¿Te pone el *quarterback,* sí o no?

Sabe perfectamente la respuesta.

—Voy a colgar.

—Te pone mucho —ríe—, que te huelo desde aquí, tía. Confiesa.

—Te odio.

—Dale una oportunidad. Pero sin enamorarte. Ya sabes la norma.

—No hay nada de eso. Solo… tensión.

—Esa tensión, amiga, es cómo empieza todo. Tened cuidado con lo que hacéis. Ponle protección a esa chispa.

Suspira, se despide y cuelga.

Yo me quedo sola. La comida ya se ha enfriado. Y yo… sigo pensando en él.

Ese imbécil que me hace hervir con solo una mirada.

Mañana lo veré otra vez. Y no pienso mostrar ni una grieta.

Pero esta noche… no pienso hacerme la fuerte.

No tengo por qué. No hay nadie conmigo. Nadie lo va a saber.

Solo estoy yo. Mi cuerpo. Y ese calor que no se ha ido desde que esta tarde se ha acercado demasiado a mí.

Desde que ha bajado la vista a mis labios.

Desde que, por un segundo, he creído que iba a besarme.

Me levanto del sofá con decisión, Cronos ni se inmuta.

Voy al baño, cierro la puerta y lleno un poco la bañera. Agua caliente, espuma, velas encendidas con mi mechero de emergencia del cajón. Y silencio. Silencio, excepto por los latidos acelerados de mi propio corazón.

Me desnudo despacio, sintiendo cómo se me pone la carne de gallina al recordar su voz.

«Nos vemos mañana, Gia».

Dios. Cómo ha dicho mi nombre.

Me sumerjo en el agua caliente, apoyando la cabeza en el borde. Y me dejo llevar.

Mis manos se pasean por mi vientre, por mis caderas, hasta que deslizo una mano entre mis piernas.

Paso los dedos por los pliegues y descubro que sí, que efectivamente estoy muy húmeda. Y no por el agua. Por él.

Cierro los ojos y me lo imagino delante de mí. De pie. Completamente desnudo. Su sonrisa chulesca. Esa perfecta barba recortada. Esas pecas de la nariz. Esas manos grandes y fuertes. Esos ojos que me atraviesan.

Imagino que se mete conmigo en la bañera. Que se arrodilla. Que me separa las piernas con firmeza y hunde la cara justo en mi centro. Me lame lento, suave, como si saboreara algo prohibido.

Como si me quisiera castigar por provocarlo.

Empiezo a acariciarme con más fuerza; tengo el clítoris hinchado, sensible, necesitado.

Gimo bajito.

Me imagino sus labios sobre los míos; su lengua entrando en mi boca al mismo tiempo que sus dedos entran en mí.

Lentos. Gruesos. Perfectos.

Mi espalda se arquea y mis caderas se mueven solas, buscando más, queriéndolo todo.

Me meto los dedos más y más rápido.

¿Y su polla? Dios. Debe de ser grande. Debe de saber moverse. Saber mandar. Saber tocarme solo con la mirada.

Me imagino que me la mete hasta el fondo, en esta bañera, sin pedir permiso, con esa energía que arrasa.

Me agarra del cuello. Susurra mi nombre. Me folla con la mirada y con el cuerpo.

Estoy a punto de llegar.

Pongo los ojos en blanco. Se me acelera la respiración. Gimo su nombre sin darme cuenta.

—Xander…

Mi cuerpo se tensa.

El orgasmo me llega en una ola caliente, lenta y deliciosa. Mis piernas tiemblan bajo el agua. Mi pecho sube y baja como si hubiera corrido una maratón.

Suspiro.

Cierro los ojos.

Me dejo flotar unos minutos.

Puto Xander.

Me enjuago, salgo y me pongo el albornoz. Miro el móvil antes de irme a la cama.

Nada nuevo. Pero sonrío.

Porque sé que esto acaba de empezar. Y sé que él también lo siente. Porque cuando dos personas arden así con solo mirarse… es cuestión de tiempo.



5

XANDER

La camilla está fría.

El fisio me dice que me relaje, pero no hay forma.

Tengo los músculos cargados y la cabeza también.

Apretar los dientes es lo único que no me cuesta esta mañana.

—Relaja el cuádriceps, Xander —insiste, con sus dedos clavados en el lateral del muslo.

Respiro hondo, pero no por el dolor. Por ella.

Gia y su vestido amarillo. Su voz firme. Su manera de mirarme como si pudiera desmontarme en una frase y no le costara esfuerzo.

Ayer me gustó. Mucho más de lo que debería.

Y eso es un puto problema.

No me gusta meterme donde no debo. Y ella es exactamente eso. Un lugar donde no debería estar.

Pero, joder…, la forma en la que se reía. La manera en que me respondió sin temblarle la voz. El descaro, los silencios incómodos que no evitó, ese cruce de miradas que me dejó medio jodido.

Estuve a punto de besarla.

Ahí, en el *parking,* cuando nos despedimos.

Por un segundo me olvidé de todo lo que no puedo hacer. Solo veía su boca. Y sus ojos. Y cómo se le aceleró la respiración.

Mi polla reaccionó antes que mi cerebro. Y por eso me fui.

Porque eso nunca es buena señal.

—Te he dicho que te relajes —gruñe el fisio, empujando el talón hacia mi glúteo mientras masajea la inserción.

—Lo intento —miento.

Lo que intento de verdad es no pensar en lo duro que me puse con solo olerla.

En la maldita erección que tuve que esconder. En la paja que me hice anoche, solo, en silencio, pensando otra vez en ella. Pensando en cómo sería sentir su lengua tragándose mis gemidos.

Pero no. No puedo. Es mi asistente. Viene todos los días. Organiza mi vida.

No es alguien con quien pueda follar y ya está. Con Gia, una vez no bastaría. Y ese es justo el tipo de problema que no necesito ahora.

Tengo una temporada que preparar. Una reputación que proteger. Y un equipo que liderar.

No me puedo permitir perder el control por unas piernas bonitas y una lengua afilada.

Por mucho que me ponga duro solo con pensar en ella.

Pero la tentación… La tentación es otra historia.

—¿Vas a dejarme trabajar o te vas a quedar todo el día con el muslo tenso como un palo? —suelta el fisio, molesto.

—Haz tu trabajo y cállate —respondo con una media sonrisa.

Cierro los ojos, intentando pensar en otra cosa. En el siguiente entrenamiento. En el calendario.

Pero da igual lo que haga. Gia se ha metido bajo mi piel. Y no tengo ni puta idea de cómo sacarla.

Llega la hora de comer y me voy con Chase al comedor del centro de entrenamiento.

—¿Listo para organizar el último fiestón antes de que empiece la dictadura Clarke? —me dice con una sonrisa torcida mientras deja el almuerzo sobre la mesa.

—Ni que me fueran a meter en la cárcel. —Suelto mi bandeja con desgana y nos sentamos.

La comida de hoy no es de mis favoritas. Crema de verduras y un revuelto con un color cuestionable.

—¿No es más o menos lo mismo? —pregunta con una ceja alzada —. Gia no va a dejarte ni respirar.

Gia. Otra vez.

—Solo hace su trabajo. No me molesta.

—Ya. Y por eso no has parado de comprobar el móvil desde que has entrado —contesta, masticando, sin quitarme la vista de encima.

Lo ignoro.

—Entonces, la fiesta. —Cambio de tema, directo—. ¿Qué has pensado?

—Lo de siempre. En casa de Max o en la tuya. Música, alcohol, poca ropa. Poca ropa opcional, claro.

—Me da igual el sitio. Pero hay que hacerlo este fin de semana. Luego se acabó.

—Exacto. Por eso tiene que ser épico. El último suspiro de libertad antes de que entren las normas, los horarios, los periodistas y… tu asistente sexy.

Pongo los ojos en blanco. Sexy es poco.

—¿De verdad vas a seguir con eso? —le pregunto, terminándome la crema.

—Colega, no soy ciego. Es guapísima. Y tiene esa cara de que parece seria, pero seguro que se sube encima y…

—Corta —le gruño, levantando una mano.

Cambio el plato vacío por el del revuelto alienígena, y empiezo a comer. Porque, sinceramente, no sé dónde meterme.

Chase frunce el ceño y luego sonríe, lento.

—Hostia —dice, soltando el cubierto de golpe.

—Qué —le respondo, sin alzar la cabeza siquiera.

Sé por dónde va a tirar. Y cuanto menos contacto visual haga, mucho mejor.

—¿Te gusta? —Noto sus putos ojos clavados en mí.

—No seas idiota —respondo, seco.

Levanto un poco la vista y ahí sigue, mirándome el muy capullo.

¿Qué pretende descifrar?

—Sí te gusta. Estás celoso —dice, tranquilo.

Mientras él retoma su comida, como si no hubiese dicho nada, suelto los cubiertos y ahora soy yo el que lo mira.

—No estoy celoso. —¿Qué estupidez es esa? ¿Celoso de qué?—. Es solo que no quiero que hables así de ella.

—Ajá. —Me da una patada por debajo de la mesa y se ríe—. Como si tú no pensaras lo mismo.

Le lanzo una mirada que deja claro que no tiene que seguir por ahí, pero Chase no se calla tan fácil.

—¿La vas a invitar? —pregunta rápido.

Ahí está el quid de la cuestión.

Me quedo callado.

No lo sé.

Obvio que lo he pensado.

¿Debería? ¿Sería raro? ¿Sería un error?

—Ella es trabajo. No hay nada más —respondo, como si eso cerrara el tema.

—Tú mismo, colega. Pero si yo fuera tú, y de verdad no quisiera nada con ella, me la quitaba de la cabeza rápido. O me la quitaba de encima, directamente. —Le lanzo el tapón del agua. Ríe—. Tranquilo, que, si tú no lo haces, alguno del equipo lo va a intentar. Más te vale decidir pronto qué vas a hacer con ella, antes de que alguien se le tire encima en tu propia fiesta.

Aprieto la mandíbula.

La idea de otro acercándose a ella me revuelve el estómago de una forma que no quiero analizar.

Y ahí lo tengo claro. Estoy jodido. Y no lo voy a admitir. Al menos aún no.

Seguimos hablando un rato más sobre la fiesta, hasta que empiezan a llegar algunos del equipo con sus bandejas.

Y la conversación que llevan no es la que esperaba.

—¿Quién ha sido el afortunado que ha fichado a la nueva? —suelta Logan, y se deja caer en una silla frente a nosotros.

—¿Qué nueva? —dice Marcus con la boca ya llena de comida.
—La asistente esa. Morena, bajita, con un culazo de infarto. Me la he cruzado esta mañana en recepción y casi me como una columna.

—Ah, ¿esa es la famosa Gia Clarke? —pregunta Cody—. Pues mis respetos. Está tremenda.

—Tiene pinta de que, si te subes, no te quieres bajar —añade Logan con una sonrisa sucia.

Trago saliva.

Siento cómo me hierve la sangre en las venas.

Pero no digo nada. No voy a caer.

Chase me echa una ojeada, con la sonrisita esa de «te lo dije» pintada en la cara.

—¿No es la asistente de Xander? —dice entonces Brody, con la voz cargada de falsa inocencia.

—Lo es —responde Chase, reprimiendo la risa—. Y por eso deberíais hablar de otra cosa si no queréis que os saque los dientes.

—¿Es tu nueva conquista, Cole? —inquiere Logan.

No respondo.

—¿Qué pasa, Cole? ¿La estás vigilando o qué? —se burla Cody.

—Estoy comiendo —respondo seco, sin levantar la cabeza—. ¿Por qué no hacéis lo mismo?

Se hace un pequeño silencio.

Logan alza las manos como si se rindiera, y cambian de tema entre risas contenidas.

Chase, en cambio, sigue con sus ojos plantados en mí, con esa expresión de «estás más pillado de lo que crees, cabrón».

—¿Entonces? —me dice, volviendo al tema—. ¿La invitas o no?

Me quedo unos segundos en silencio.

No es buena idea. No lo es. Pero…

Pensar en verla esa noche, fuera del entorno del trabajo, con otra ropa. Más relajada. Sonriendo. Bailando. Puta mierda.

—Sí —respondo al final—. Díselo tú. O no, ya se lo diré yo.

Chase sonríe, satisfecho.

—Va a estar interesante. —Me sacude por los hombros con emoción.

No tengo ninguna duda.

Seguimos comiendo entre risas y bromas malas.

Malik, que acaba de llegar, se sienta a mi lado. Y ya sé que quiere pedirme algo.

—Eh, Cole… —dice, rascándose la nuca—. ¿Tienes un segundo?

Le dedico una expresión que dice claramente: «Más te vale que esto merezca la pena».

—Habla.

Me giro hacia él.

—Verás, necesito un favor… —Acerca su silla a la mía— pequeñito.

Alzo una ceja.

—¿Tú sabes quién es Hannah? —pregunta, señalándome con la cabeza a la chica que está sentada en la barra—. La contable buenorra del míster.

—Ajá. ¿Y?

No sé por dónde va. Hace meses que tuve algo con ella. Pero nada del otro mundo. Follamos un par de veces. Se terminó y hasta ahora.

—Pues… no me ha respondido a un mensaje que le puse para invitarla a la fiesta. Pero estoy seguro de que, si tú le dices algo, acepta sin dudar. No sé, dile que yo voy también o… invítala tú directamente, y luego ya me encargo yo de conquistarla con mi humor. Y mi rabo —se ríe, aunque sé que habla totalmente en serio.

Lo miro con cara de pocos amigos. Me hierve la sangre con la facilidad con la que este crío quiere usar mi nombre como pase vip.

—¿Y por qué cojones iba a hacer eso?

—Porque tú eres tú, tío. Nadie te dice que no. Si tú vas y le dices algo, viene seguro.

Suspiro con fuerza, intentando no soltarle una bordería más grande de la cuenta. Me acerco a la barra donde está Hannah, acompañada de dos chicas que no conozco, y me pego a ella lo justo para que escuche mi voz.

—Hannah —digo sin preámbulos.

Ella se vuelve hacia mí, sorprendida, con una ceja alzada.

—¡Hola, Xander! —grita, y me da un abrazo.

Genial. Me aparto lo más rápido que puedo sin parecer un cabrón.

—Tengo que decirte algo.

Le explico lo de la fiesta del finde, que todos van a ir, que puede estar bien si se pasa. Nada especial, todo bastante neutral. Le suelto

con disimulo que Malik va a estar allí. Ella sonríe con educación, agradece la invitación y me dice que allí estará.

Me da un apretón fuerte en el brazo, y ahí, cuando me doy la vuelta… la veo.

Gia.

Está apoyada contra una columna, con una carpeta en la mano. No sé cuánto lleva ahí. Está lo bastante cerca como para haber oído algo de la conversación. Y su expresión lo dice todo.

Ceño fruncido. Mandíbula apretada. Escudriñándome como si acabara de pillarme follando con media universidad sobre la barra.

Me acerco despacio, intentando medir mis pasos, mis palabras, todo.

—Hola —le digo con voz baja—. Justo iba a buscarte.

—Ya, qué casualidad —responde, seca como la arena del desierto.

—Quería decirte lo de la fiesta del finde. Será en una casa alquilada. Cerca de aquí. Estás invitada.

—Ajá…

—Vendrán todos. —Echa un vistazo por encima de mi hombro—. No tienes que quedarte mucho si no quieres, pero…

—Me lo pensaré —me corta, sin suavidad alguna—. Creo que ya tengo planes, pero si eso, me paso un rato.

—Gia…

—¿Algo más, Cole?

Me quedo en silencio.

¿Algo más? Sí, joder. Que no me mires así. Que no saques conclusiones. Que no te pongas así solo porque hablo con otra. Pero no digo nada. Porque sé que, si insisto, solo voy a empeorarlo.

—No. Solo eso —respondo, más cortante de lo que pretendía.

Ella asiente y se va por la puerta sin volver la vista atrás.

Y yo me quedo clavado, sabiendo que acabo de meterme en un puto problema…, aunque no sé muy bien por qué.

Me acerco otra vez a la mesa y me dejo caer en la silla.

—¿Todo bien, Romeo? —me dice Chase.

—Me ha visto hablando con Hannah.

Chase se echa hacia atrás como si eso lo confirmara todo.

—Bum. Celosa.

—¿Tú crees? —pregunto.

¿Celosa? Celosa por qué. ¿Por verme hablar con una chica?

—Tío…, ¿has visto cómo te miraba? Se le habría caído fuego por los ojos si no hubiera sido porque llevaba una carpeta.

—Pero es que es mi asistente, joder. Mi asistente. ¿Por qué coño le molesta eso?

—¿Por qué te ha molestado a ti cuando has oído a otros hablar de su culo? —Me callo. Chase sonríe, satisfecho. Le encanta tener razón, y más cuando me descoloca—. Xand, te ha oído invitando a otra chica a la fiesta, a la cual, justo después, la has invitado a ella. —Sigo sin responder—. ¿Ves? Celos por los dos lados. Esto se está poniendo divertido.

—No es divertido, Chase. No quiero follármela y complicarme la vida. Pero es que… no puedo evitar lo que siento. Me hace gracia. Me calienta. Y cuando se pica, me dan ganas de besarla solo para hacerla callar.

—Y tú diciéndome que no te metes en líos… —se burla, bebiendo un trago de agua—. Tienes un problema, Cole.

—Lo sé —afirmo sin dudar.

—Y te gusta.

Hago un gesto con la cabeza, pero no lo niego del todo. Porque en el fondo tiene razón.

Me gusta. Mucho. Y ese es justo el puto problema.

—Entonces, ¿qué vas a hacer con la fiesta? ¿Vas a insistir?

—No. Ha dicho que se lo pensaría. Yo ya he cumplido.

Chase me estudia un instante, suspicaz.

—Mientes. Vas a estar pendiente toda la noche esperando que aparezca por la puerta.

Algo estoy haciendo mal.

—¿Tanto se me nota?

—Como que soy la persona que más te conoce, capullo. — Nos quedamos en silencio unos segundos. Luego Chase me da un leve golpe en el brazo—. Sea lo que sea lo que te pasa con ella, mejor que lo tengas claro antes de que empiece la temporada. Porque si te pilla con la cabeza en otro lado, ya sabes cómo acaba eso.

—Ya lo sé…

Y sí. Lo sé muy bien. Por eso no pienso permitir que esto con Gia me haga perder el control.

Al menos… eso me repito una y otra vez aunque noto que, por mucho que quiera evitarlo, ya estoy jodidamente enganchado a ella.

El resto de la tarde pasa volando.

La fiesta está totalmente organizada. La casa que hemos alquilado para la ocasión tiene piscina, jardín, música asegurada y suficiente alcohol para emborrachar a todo Seattle. Chase está feliz. El resto del equipo, también. Todo debería ser perfecto.

Pero yo llego a casa con una sensación en el pecho que no me deja en paz.

Me quito las zapatillas y suelto las llaves en la encimera. Me sirvo un plato de ensalada y ceno mientras reviso el móvil, aunque no tengo ninguna notificación que me interese. Luego enciendo la PS5, me meto en una partida rápida…, pero no estoy centrado. Muero dos veces seguidas y ni me molesto en seguir.

Suelto el mando, me echo hacia atrás en el sofá y cierro los ojos.

Gia.

Su expresión cuando me vio con Hannah. Su voz cuando me soltó ese *«Me lo pensaré»* como si le diera exactamente igual. Pero no le da igual. Sé que no.

Y por mucho que quiera hacerme el duro, yo tampoco quiero que no venga.

Pillo el móvil. Dudo unos segundos. Pienso si debería, pero al final escribo:

> ***Yo:*** *Sábado, 9 p. m. Calle Greenlake, 82. Fiesta del equipo. Me encantaría que vinieras.*

Lo envío.

Respiro hondo. Miro la pantalla como un idiota durante un minuto, esperando una respuesta que sé que no va a llegar tan rápido.

Pero al menos, ya está dicho.

Y sí…, joder.

Me encantaría que viniera.

Cuando estoy a punto de quedarme dormido, me vibra el móvil en la mesita.

Mensaje de Gia. Me incorporo de golpe.

Gia: *Vaya, parece que alguien quiere verme de verdad en esa fiesta… No te preocupes, quarterback, haré un hueco. Pero solo si me prometes no quitarme los ojos de encima.*

No pensaba hacerlo, cariño.

Xander: *Si voy a tenerte en la fiesta, Gia, ten por seguro que no voy a apartar la vista de ti. Ni un segundo. Ni siquiera cuando parpadee.*

Gia: *Qué intensidad… ¿Siempre eres así con las chicas o es que te estoy afectando demasiado?*

Xander: *Tú no me estás afectando. Tú eres directamente una tentación con piernas sexys.*

Gia: *Culpa tuya por mirarme tanto. Vas a chocar contra una farola un día de estos.*

Xander: *Vale la pena si el último recuerdo antes del golpe eres tú caminando hacia mí (con tacones, claro.)*

Gia: *Tienes un problema, Xander. Pero al menos eres guapo. Compensa.*

Xander: *Y tú eres una insolente con muy mala leche. Pero al menos tienes hoyuelos. Compensa.*

Gia: *Uy, no me hables así justo antes de dormir o voy a soñar contigo.*

Xander: *Ojalá lo hagas. Yo ya sé en quién voy a estar pensando. Buenas noches, Gia.*

Gia: *Buenas noches, Xander. Dulces sueños… o sucios, si lo prefieres.*

Esta chica cada vez me gusta más.

Tranquila, Gia, que si no lo sueño, ya me lo imagino. No sería la primera vez.

Pero ojalá soñara contigo.

Dejo el móvil cargando en la mesilla y cierro los ojos poco a poco. El viernes ha pasado volando.

Entre las entrevistas para los medios, las pruebas físicas rutinarias con el equipo médico y una visita relámpago a patrocinadores, apenas he tenido tiempo de detenerme a pensar. Y lo que más me fastidiaba… es que apenas me he cruzado con Gia.

La he visto de lejos una vez, hablando con uno de los coordinadores de logística. Otra, por el pasillo con una carpeta en la mano, el ceño fruncido y las gafas de lectura puestas. Casi me detengo solo para contemplarla un poco más. Casi. Pero ni un cruce de palabras, ni una pullita ni una sonrisa. Solo trabajo, a contrarreloj.

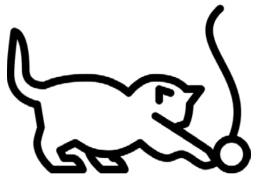
Por suerte, la fiesta ya está a la vuelta de la esquina.

Me he tumbado por la noche en la cama, con el móvil en la mano, repasando la lista por si faltaba algo para la fiesta.

Todo estaba listo. El lugar, la música, la bebida, la lista de invitados.

Solo faltaba ella.

Y si Gia iba…, la noche iba a ser épica. Y, con un poco de suerte, incendiaria.



6

GIA

El jueves fue un caos.

De esos días que pasan rápido pero se sienten eternos. Tuve reuniones con el jefe de logística, repasé el cronograma de la temporada, respondí más correos de los que debería estar permitido en un solo día… y aun así, hubo solo un momento que logró colarse entre todo el ruido.

Ver a Xander hablando con Hannah.

No sé exactamente por qué me molestó tanto. Tal vez la sonrisa de ella, el modo en que se le acercó. O quizás fue ese gesto suyo —el de Xander— cuando se echó hacia ella para decirle algo que no alcancé a oír del todo. Pero tampoco necesitaba toda la información para saber de qué se trataba.

La estaba invitando a la fiesta. A su maldita fiesta.

Y por supuesto, lo siguiente que pensé fue: *«Claro, a mí también me ha invitado…, pero después»*. Como por protocolo. Por cortesía. Porque soy su asistente y no quiere quedar como un idiota. No porque en realidad quiera que esté allí. No porque quiera verme.

Me pasé todo el día intentando sacármelo de la cabeza. Fingiendo que no me importaba. Que me daba igual si él prefería estar con una chica con la que, según todos en el club, ya tuvo algo hace tiempo.

Pero no me daba igual.

Y lo peor era eso. Que no entendía por qué no me daba igual.

No tenía sentido. Solo trabajo para él. Xander es uno más de la lista de jugadores con los que tengo que lidiar. Y sí, está bueno. Es muy guapo. Tiene esa sonrisa de «te voy a dar problemas» que debería venir con advertencia de seguridad…, pero eso no debería afectarme.

No debería hacerme daño que le hablara a Hannah con esa familiaridad. No debería haber sentido ese pinchazo en el estómago. No deberían haberse removido cosas dentro de mí. Pero así pasó.

Y no sé si fueron celos. Pero sentí algo sospechosamente parecido.

Después de decirle a Xander que iba a pensarme si ir a la fiesta, me fui directa a casa. No tenía ni hambre, pero aun así comí, aunque tarde. Algo rápido, sin ganas. Me quedé en el sofá con Cronos dando vueltas sobre mí como si pudiera absorber mi mal humor a través del ronroneo. A veces pienso que ese gato entiende más de emociones humanas que muchas personas.

Me pasé buena parte de la tarde intentando distraerme con él, jugando con cuerdas, dándole premios, incluso hablándole como si pudiera darme consejos. Pero, como era de esperarse, terminé sola con mis pensamientos.

Y mis pensamientos son una mierda cuando no estoy ocupada.

Así que, antes de dejar que mi cerebro hiciera una maratón de hipótesis absurdas sobre por qué Xander invitó a Hannah antes que a mí, le mandé un mensaje a Sav para que viniera a pasar la noche a casa. Necesitaba hablar. O al menos desahogarme sin parecer completamente ridícula.

Sav llegó un rato después, con una bolsa de patatas, una botella de vino blanco y la misma energía de siempre. Le bastó con verme la cara para saber que algo no iba bien.

—¿Qué ha pasado ahora? —preguntó, dejándose caer en el sofá al lado de Cronos.

—Nada —respondí, aunque sabía que no iba a colar.

—Gia…

Suspiré, rindiéndome.

—Lo vi con otra.

—¿Cómo que lo viste con otra? ¿Quién? ¿Xander?

Asentí, me crucé de brazos y me hundí en el respaldo del sofá.

—Estaba hablándole a Hannah, una chica rubia que siempre va ultramaquillada. Es contable. Se rio con él. Le tocó el brazo. Fue… No sé. Una escena demasiado íntima para mi gusto.

—¿Y? —preguntó, como si nada.

—¿Cómo que «Y»? Es una chica con la que ya ha tenido algo y… y me molestó —digo, encogiéndome de hombros.

Sav me miró, divertida.

—Pero tú no quieres nada con él, ¿no?

Me quedé en silencio. Porque esa era la parte difícil.

—No debería molestarme. Solo trabajo para él. Es su vida, su pasado, su fiesta. Pero aun así… me jodió.

—Gia, si tú no quieres nada con él, entonces, vas a tener que acostumbrarte a verlo con otras. Porque Xander, con esa cara y ese cuerpo, no va a quedarse solito en su sofá viendo Netflix un viernes por la noche.

Me reí, aunque no tenía muchas ganas.

—Lo sé. Solo… no pensé que me afectaría.

—¿Y por qué crees que lo hizo?

—No lo sé. Me sentí… desplazada. Como si hubiera sido una segunda opción. Como si me hubiese invitado porque tocaba, no porque quisiera que fuera.

—¿Y si sí quiere que vayas?

—Entonces que se lo curre más. —Puse los ojos en blanco—. Porque yo no soy una *groupie* más del equipo.

Sav me miró con esa expresión suya de «te estás metiendo en terreno peligroso y lo sabes».

—Gia…, tú sabías dónde te estabas metiendo cuando aceptaste este trabajo. Xander tiene esa fama por algo. Y si no quieres complicarte, mantén las distancias. Pero si vas a jugar a este juego no te quejes si te toca perder alguna vez.

Me quedé callada.

Porque lo peor era que tenía razón.

Sav se levantó a por más vino y yo me acomodé en el sofá, con Cronos en el regazo.

¿De verdad quiero jugar a este juego?

Porque eso es lo que parece, ¿no? Un juego. Uno de esos en los que si bajas la guardia, pierdes. Y lo peor es que no tengo ni idea de cuáles son las reglas.

¿Estoy lista para ver cosas que me molesten? ¿Para fingir que no me importa si lo veo con otra? ¿Para actuar como si todo me resbalara cuando, en realidad, me remueve por dentro?

¿Y por qué me molesta tanto?

Solo es Xander.

Solo es… mi «jefe». El *quarterback*. El tío que se tira a medio Seattle y que probablemente tiene una lista de chicas esperando a que les guiñe un ojo. ¿Por qué, entonces, me incomoda tanto imaginarlo tocando a otra como me gustaría que lo hiciera conmigo? ¿Por qué me lastima pensar que puede estar con alguien que no sea yo?

Me odio un poco por sentirme así. Porque no tiene sentido.

Porque yo también dije que no quería problemas. Que no quería líos. Que Xander no era para mí.

Entonces, ¿por qué siento que ya estoy metida hasta el fondo?

—Vale, bajón existencial activado —dijo Sav, dejándose caer a mi lado otra vez—. ¿Vas a ir a la fiesta o no?

La miré, mordiéndome el interior de la mejilla. Lo pensé. De verdad lo pensé. Durante unos segundos, sopesé todas las posibilidades. Lo que podía salir bien. Lo que podía salir mal. Lo que me haría sentir si lo veía con otra. Y lo que me haría sentir si no iba y me quedaba con la duda.

—Sí —respondí al final, soltando el aire de golpe—. Pero solo si tú vienes conmigo.

Sav me miró como si acabara de decirle que le iba a regalar una entrada para conocer a su cantante favorito.

—¿En serio? ¡Obvio que voy, tía! ¿Crees que me iba a perder una fiesta con deportistas de élite buenorros y alcohol gratis?

Me reí por primera vez en horas, con ese tipo de risa que sientes como una bocanada de aire fresco después de estar conteniéndolo.

—Pues prepárate, porque nos vamos a poner como diosas. Van a flipar —me dijo, intentando animarme.

—Van a rogar por tocarnos. —Le guiñé un ojo y me levanté—. ¿Tú crees que mi bikini negro de tanguita sería demasiado tentador?

—¡¿Hay piscina?! —preguntó, abriendo los ojos; parecía que para ella eso lo cambiaba todo.

—Hay piscina. Y probablemente poca ropa. Así que más nos vale sacar la artillería pesada.

Nos pusimos a dar saltitos por el salón como si tuviéramos quince años otra vez, sacando ideas de *outfits,* recordando qué bikinis teníamos en el armario, mirando fotos viejas para inspirarnos.

Durante un rato, dejé de pensar en Xander.

Solo éramos dos amigas, emocionadas por una noche que prometía ser épica.

Claro, que en el fondo, muy muy en el fondo…, yo sabía que esa emoción tenía nombre y apellido.

Y que, si él iba a estar allí, no había forma de que pasara desapercibido.

Nos pusimos a imaginar cómo iba a ser la fiesta. La gente que iba a estar allí. Los cuerpos mojados de los chicos del equipo.

—¿Y te imaginas a Marcus saliendo de la piscina con el agua resbalándole por los abdominales? —dijo Sav, con ojos brillantes y una sonrisa traviesa—. En plan anuncio de colonia de lujo. Me da algo, Gia.

Solté una carcajada y me tapé la cara con las manos, avergonzada pero tentada.

—¡Savannah, por favor! Que Marcus tiene un cuerpo para pecar, pero tú lo dices y parece que estás narrando porno.

—¿Y no es eso lo que queremos? —Se encogió de hombros—. Ver torsos mojados, músculos marcados, miradas peligrosas… Es nuestro deber como mujeres valorar el arte que nos rodea.

—Ya está, voy a ir con una cámara oculta.

—Tú tienes excusa. Eres la asistente de equipo. Yo tendré que fingir que me caigo a la piscina para que alguien me saque como en una escena de comedia romántica.

—Te vas a resfriar —dije riendo mientras me iba a preparar la cena—. Pero venga, a ver con qué modelito de bikini nos coronamos. Nos van a tener que rociar con una manguera.

—Yo solo espero ver a Xander mojado. Literalmente —dice Sav, sin ningún tipo de vergüenza.

—Savannah.

—¿Qué? ¡Tú también lo quieres ver!

Me di la vuelta sin responder, pero mi sonrisa me delataba.

Cenamos entre risas y chismes, compartiendo un par de copas de vino y un buen rato que me hizo desconectar de todo. Cuando nos acomodamos en el sofá para elegir una película, sabíamos que ninguna iba a prestarle atención. Fue Sav quien eligió una comedia romántica que había visto mil veces, pero le encantaba repetirla.

Yo no me quejé.

Obviamente, se quedó dormida en la primera media hora.

Yo me quedé con Cronos en el regazo, acariciando su pelaje; la película seguía sonando de fondo, con las luces tenues y el corazón mucho más tranquilo que al principio del día.

Entonces comprobé el móvil. Y tenía un mensaje.

Un mensaje de Xander Cole. Y lo leí.

Xander: *Me encantaría que vinieras.*

Capullo. Sabe lo que decir para tenerme contenta.

Me quedé mirándolo unos segundos. No podía evitar sonreír. Después del caos de emociones que había sentido ese día, ver ese mensaje tan sencillo, tan suyo…, me tocó justo donde no quería.

Respondí con ese tonito pícaro que tanto me sale sin querer. Y empezamos a escribirnos. Tonteando. Jugando. Provocándonos sin cruzar la línea, pero rozándola.

Fue fácil. Natural. Y jodidamente adictivo.

Sentí cómo se me aceleraba el pulso con cada respuesta. Cómo se me escapan sonrisas que no podía controlar. Cómo me volvía a humedecer sin que hiciera falta que me tocara.

Solo con sus palabras.

Solo con saber que él también estaba pensando en mí.

Y por primera vez en mucho tiempo, no quise analizarlo todo. No quise darle mil vueltas a si era buena idea, a si me iba a hacer daño,

a si me estaba metiendo en terreno pantanoso.

No. Esa noche solo quise disfrutar.

Vivir ese momento.

Sentir que estaba pasando algo especial, aunque no tuviera nombre.

Apagué la tele, me acurruqué en el sofá con Cronos y mi móvil, y seguí esa conversación hasta que se despidió con un *«Buenas noches, Gia»* que me dejó temblando por dentro.

Y sí, me dormí con el móvil en la mano y una sonrisa que no se me borró ni en sueños.

El viernes fue otra locura.

Desde que entré en las oficinas del estadio por la mañana hasta casi después de la hora de comer, no paré ni un segundo. Correos, entrenamientos, más correos, llamadas, gestión de material, una reunión de última hora… Uno de esos días que me hacían plantearme por qué no había elegido ser jardinera o cuidadora de gatitos a domicilio.

No vi a Xander más que un par de veces, al cruzarnos fugazmente por los pasillos. En una de ellas, él iba saliendo del gimnasio con el pelo mojado, una camiseta blanca pegada al pecho y ese aire de «soy el centro del universo» que le salía sin esfuerzo. Me limité a mirarlo en silencio, mientras por dentro mi cuerpo entero gritaba cosas que no eran aptas para horario laboral.

Guapísimo de mierda.

No hablamos. No hubo tiempo para eso. Pero aun así, cada vez que lo veía, mi estómago daba un pequeño salto mortal. Como si mi cuerpo ya estuviera preparado para reaccionar a su presencia.

Terminé tarde. Y reventada.

Pero Sav me estaba esperando en la entrada del centro donde íbamos a pilates, así que no podía echarme atrás. Necesitábamos estirar, sudar un poco, quitarnos el estrés del día. Aunque, siendo sinceras, pasamos la mitad de la clase cuchicheando en voz baja sobre la fiesta. Fue en la ducha de los vestuarios que decidimos que sería mejor arreglarnos juntas el sábado en mi casa. Haríamos la

previa, pondríamos música, tomaríamos vino y nos vestiríamos como si fuéramos las reinas del baile.

Nos emocionamos como adolescentes.

Ese día acabó tranquilo. Llegué a casa, me tomé un yogur con frutas, le di una ración de mimos a Cronos y nos fuimos los dos a la cama a dormir.

Sábado por la tarde. Día de la fiesta.

Con la música a todo volumen, las risas flotando por todo el apartamento, la botella de vino medio vacía ya y ropa esparcida por el suelo del dormitorio como si un huracán estiloso hubiese pasado por aquí.

—¿Y si me pongo este top negro con la falda de cuero roja? —pregunta Sav, asomándose por la puerta del baño con el pelo envuelto en una toalla.

—Sí. Brutal. Sexy, pero no demasiado. Perfecto para que Marcus o cualquier otro se trague su propia lengua.

—¿Tú crees que se va a fijar en mí? —dice, alzando la voz un poco desde el baño.

—Si no lo hace, es ciego. O gilipollas.

Ella se ríe y se prepara para secarse el pelo. Yo me miro al espejo por quinta vez, sujetando el vestido que he elegido. Ceñido. Negro. Corto. Escote tipo barco y la espalda al descubierto. Me encanta mezclar lo sexy y lo elegante. Ser provocativa pero con disimulo.

Hoy busco que llamar la atención. Su atención.

—¿Crees que este vestido es…? —le pregunto levantando las cejas.

Sav, asoma la cabeza desde el baño, me observa de arriba a abajo y sonríe como una cómplice de crimen.

—Vas perfecta. Esa espalda… Esas piernas… Gia, más de uno se va a atragantar con la cerveza esta noche.

Suelto una risa nerviosa, tomando un sorbo de vino.

Cronos no nos quita ojo desde el salón, tumbado en mitad del pasillo como si le pareciera un espectáculo ridículo. Sav le lanza un beso en el aire.

—Tú también te portarías mal si fueras humano, ¿eh, bichito? —le dice Sav.

Mientras me pinto los labios de un rojo mate intenso y me pongo el rímel *waterproof,* veo a Sav salir del baño.

Guau. Sav va vestida con el top negro de escote en V que realza sus pechos. Y una minifalda de cuero roja, que marca todas sus curvas y que deja poco a la imaginación. El peinado es simple: pelo suelto. Que le llega hasta el hombro. Rubia. Muy rubia.

Yo me pongo los taconazos y me suelto el pelo, que me cae en ondas por la espalda al descubierto.

La emoción se nos mete por la piel. Es como una promesa en el aire. Algo va a pasar esta noche. No sabemos el qué, pero se siente. Como esa electricidad que precede a la tormenta.

—Vale, en una hora nos vamos —digo mirando el reloj—. ¿Una copa más?

—¿Es una pregunta?

Sonreímos, chocamos copas y nos prometemos que esta noche va a ser inolvidable. Y aunque aún no lo sabemos… lo será.

Ya listas, con las copas vacías y la emoción al máximo, pedimos un Uber que no tarda mucho en acudir. Durante el trayecto, entre risas, *selfies* y vídeos que nunca se van a subir, intentamos mantener la compostura, aunque mis nervios van en aumento.

Hemos llegado a la fiesta media hora más tarde de lo previsto. La música vibra desde fuera como si fuera parte del suelo. Se escuchan risas, voces, chapoteos en la piscina. Al cruzar la puerta principal, todo se detiene por un segundo. O al menos, eso siento yo.

Todas las miradas vienen a parar a nosotras.

Un grupo de jugadores del equipo interrumpe su conversación, un par de chicos con copas alzadas silban bajito, y otros tantos se giran a observar cómo avanzamos por la entrada, sintiéndonos las protagonistas de una película. Sonreímos con seguridad, con esa complicidad de «sabemos lo que provocamos».

—Tía…, nos estamos comiendo la pista sin movernos —susurra Sav sin borrar su sonrisa.

—Que se preparen —digo, mordiéndome el labio—. Vamos a romper más cuellos que un partido de los Titans.

Soltamos una carcajada y nos vamos directas a la pista de baile, moviéndonos con naturalidad, dejando que la música haga lo suyo. Bailamos, fingiendo que nadie nos mira. O mejor dicho, sabiendo que todos nos miran.

Después de un rato, sudadas y con la piel brillante, decidimos ir a por algo para beber. En la cocina nos topamos con dos chicos altos, bastante simpáticos y bastante borrachos.

—¿Qué dos estrellas acaban de caer del cielo? —dice uno de ellos, con camiseta de tirantes, claramente intentando parecer más sobrio de lo que está.

—¿Así ligas tú siempre o solo cuando llevas tres copas? —le responde Sav, divertida.

—Cinco —admite el chico, levantando todos los dedos de la mano —. Pero con vosotras, sobrio o borracho, me lanzo igual.

—Eso se llama consistencia —intervengo con una sonrisa ladeada.

—Soy Leo, y él es Nico —dice, señalando con la cabeza a su amigo—. ¿Os apetece un gin con limonada? Es la bebida estrella de la noche.

—Venga, va —acepta Sav—. Pero solo si nos lo servís bien.

Sonrío levantando una ceja.

Mientras preparan los vasos, yo miro de reojo hacia la entrada, esperando verlo. Pero nada. Ni rastro de Xander.

Justo cuando estaba a punto de rendirme, una voz familiar me saca de mi búsqueda.

—Bueno, bueno, ¿quién ha dejado entrar tanta belleza junta? —dice Chase, apareciendo entre la multitud con una sonrisa brillante.

—¡Eh! —Le doy un abrazo amistoso—. Pensábamos que no te encontraríamos con tanto jaleo.

—Estaba por la piscina… recuperando la respiración —responde en tono dramático, y luego se vuelve hacia Sav—. ¿Y tú quién eres, guapa?

—Savannah, la amiga que arrastra a Gia a fiestas que no quiere ir. —Le ofrece la mano a modo de saludo—. Encantada.

—Ah, ¿sí? Pues gracias. Xander te lo agradecerá —dice Chase, guiñándome un ojo—. ¿Te apetece que te enseñe los rincones vip de esta fiesta, Savannah?

—¿Zonas vip con aire acondicionado y menos gente sudada?

—Y cerveza muy fría —responde él.

—Por favor, entonces guíame. —Me echa un vistazo, como pidiéndome permiso.

Yo asiento.

—¡Pásalo bien! —le grito cuando se aleja con Chase.

Desaparecen entre bromas, dejándome con mi copa en la mano, sola y algo inquieta. No pasan dos canciones y ya se me acerca un chico, metiéndose en mi espacio personal.

—Hola, guapa. —Se acerca demasiado para que lo oiga bien—. ¿Bailas?

Me apoya una mano en la cintura, aguardando por mi respuesta.

—Puedo bailar sola —le digo, alzando la voz para que me escuche —. Además, estoy esperando a alguien.

De repente, mientras el chico decía algo que no lograba entender, siento una especie de alerta interna. Como si un radar se activara.

Y lo veo. Xander.

Entra por la puerta trasera, sin camiseta, con el pelo goteando aún, el torso medio mojado, marcado, brillando bajo la luz cálida del jardín. Va descalzo, con un bañador negro y la toalla sobre los hombros. Y tiene la mirada clavada en mí.

¿Cómo puede estar tan sumamente bueno? Debería ser ilegal tener ese cuerpo.

La sangre me ruge en los oídos.

Él ya me ha visto.

Camina con decisión hacia la barra, coge una copa sin fijarse en lo que es y se dirige a nosotros. El chico que está a mi lado apenas tiene tiempo de reaccionar cuando Xander lo empuja con suavidad pero con firmeza y lo saca del centro de la pista.

—Gracias, ya bailo yo con ella —dice con una sonrisa calmada pero peligrosa.

Alzo una ceja.

—¿Y tú quién te crees que eres? ¿Mi guardaespaldas?

—Algo así. Te has puesto en el radar esta noche.

—¿Esta noche? —pregunto haciéndome la ofendida, con media sonrisa—. ¿Solo esta?

—Mmm. Desde el primer día, Gia. Pero hoy… Joder. Hoy estás impresionante.

Me río, bajando la cabeza un segundo.

—Lo mismo te digo. Aunque creo que la camiseta se te ha perdido por el camino.

—¿Te molesta?

—¿A mí? Para nada. Pero podrías distraer a más de una. Y a más de uno también.

—Entonces, mejor me quedo contigo —dice, acercándose un poco más—. Así te mantengo controlada y no se te acercan más buitres.

Estamos pegados. Bailando lento, con la música alta, con la tensión flotando entre nuestros cuerpos. Los dedos de él rozan mi cintura. Mis ojos se pierden en sus labios.

—¿Qué pasa, Cole? ¿Vas a estar toda la noche siguiéndome como un perrito mojado?

—Desde que te he visto entrar, y no pienso quitarte los ojos de encima.

—Ten cuidado. Si te acercas tanto…, puede que no quieras alejarte.

No sé si era una advertencia para él o para mí misma.

Xander sonríe. Esa sonrisa torcida, canalla que hace que todas mis defensas se tambaleen.

—No tengo pensado alejarme. Esta noche no.

Y ahí nos quedamos, bailando. Sin prisa. Con sus manos en mi cintura. Como si todo lo demás no importara.

Después de un buen rato moviéndonos pegados, riéndonos y jugando con esa tensión latente que no termina de estallar, Xander me susurra al oído.

—Ven conmigo.

Yo ni siquiera pregunto. Abandono mi copa en una mesa y me dejo llevar por la mano de él, cálida, firme.

Atravesamos el jardín entre risas, entre miradas, entre el sonido del agua y los gritos de la gente que ya se está lanzando a la piscina o jugando.

—¿Vamos a meternos? —pregunto con una ceja levantada—. ¿Tú sin camiseta y yo…?

—Tú como quieras —dice él, encogiéndose de hombros—. Pero si no te metes, me va a doler el ego.

—¿Tu ego necesita que me moje?

—Mi ego necesita que estés cerca. Mojada es un bonus —se ríe.

Yo suelto una carcajada y me quito el vestido y los tacones.

Me quedo con mi bikini negro, de triángulo y tanguita. Bastante ajustado y favorecedor.

Y de repente, silencio.

Varias cabezas se giran. Varias cejas se alzan.

Un par de chicos sueltan un leve silbido que finjo no escuchar. Me yergo, fingiendo que no me importa. Pero sí me importa. Porque en este momento la única atención que busco es la de Xander.

Y él me contempla como si no pudiera creer que estuviera frente a él. Como si yo no fuese real.

—¿Qué? —digo con una media sonrisa.

—Joder, Gia. Estás… estás tremenda. Vas a matarme esta noche.

E intenta acomodarse la erección dentro del bañador.

Sabe que me he dado cuenta y me sonríe. Y noto que me ruborizo.

Antes de que pueda decir nada, Xander me agarra en brazos sin previo aviso.

—¡Xander, no! ¡Ni se te ocurra! —grito entre risas.

—Ya es demasiado tarde.

Y salta conmigo al agua.

El impacto es una explosión de burbujas y gritos. Salimos a la superficie entre carcajadas, empapados, flotando muy cerca. Lo salpico. Él me rodea con los brazos. Yo aprovecho el impulso y me subo encima de él, pasándole las manos por el cuello.

—¡Prepárate para morir! —anuncio, emocionada.

Y con una risa malvada, intento hundirlo en el agua. Él chapotea y finge que lucha por su vida.

—¡Me rindo, me rindo! —grita.

Yo me río tanto que apenas puedo respirar. Entonces, él me agarra por la cintura, y yo automáticamente le envuelvo las caderas con las piernas, para no hundirme. Y nos quedamos así.

Muy pegados. Demasiado.

Sus ojos están fijos en los míos. Pero los míos bajaron sin querer a su boca.

El tiempo parece congelarse. Todo alrededor se vuelve más lejano. Las risas, la música, la fiesta. Solo estamos nosotros dos. Respirando el mismo aire.

Quiero besarlo. Me muero por hacerlo. Tengo la sensación de que, si no lo hago, me voy a arrepentir. Que nunca he sentido esta electricidad, este deseo, esta necesidad tan fuerte…

Pero… no. Aquí no. Con tanta gente mirando. Así no.

Y sobre todo… no estoy segura de si está bien hacerlo.

¿De verdad estoy lista para este juego?

¿Voy a aguantar ver cosas que me molesten? ¿Y por qué me molestan tanto?

El debate interno es como un golpe de frío.

Xander se va acercando. Poco a poco. Como si entendiese que lo deseo.

Le sostengo la mirada hasta el último momento, y cuando él está a punto de besarme, giro levemente la cabeza. Sus labios se posan en mi mejilla.

El suspiro que suelta es sutil. Pero lo noto.

—Lo siento —digo, bajando la voz—. No me siento cómoda con tanta gente alrededor. Y… no estoy segura de si está bien que hagamos esto.

Xander se detiene un segundo. La expresión de su rostro es extraña. Como si algo dentro de él se hubiese tensado. Pero no dice nada que me haga sentir culpable.

Solo sonríe con cierta tristeza y asiente.

—¿Quieres una copa?

Es lo único que dice.

—Sí —respondo.

Xander sale del agua sin decir nada más.

Me quedo flotando unos segundos, intentando organizar el caos de mi cabeza.

Entonces veo a Savannah acercarse desde el otro lado de la piscina, ya sin su top y con el pelo recogido en un minimoño deshecho.

—¿Estás bien? —pregunta; se sienta en el borde y se moja los pies.

Nado un poco hasta ella y me siento a su lado, apoyando la barbilla en las rodillas.

—Acabo de rechazar un beso de Xander.

Sav arquea una ceja.

—¿Tú?

—Sí.

—¿Y estás bien? —insiste, preocupada.

Asiento lentamente.

—Sí. Bueno…, no sé. Me muero por besarlo, Sav. Pero no quiero hacerlo así. Delante de todos. Que parezca algo más físico que lo que yo siento. Y tampoco sé si está bien. Si me estoy metiendo en algo que no debería.

Savannah me mira con dulzura.

—G, no te culpes por sentir. Pero si vas a jugar con fuego, tienes que saber lo que eso significa. Si no quieres quemarte, no te acerques tanto.

Suspiro.

—¿Y si ya estoy quemada y no me doy cuenta?

—Entonces disfruta del calor. Y pon límites antes de que te haga más daño.

Nos quedamos en silencio un momento contemplando el reflejo de las luces de la fiesta que bailan en el agua. No necesitamos decir más. Somos amigas. Y sabemos que la tormenta apenas está comenzando.



7

XANDER

Salgo de la piscina con el cuerpo empapado y la mente aún más revuelta.

Joder, Gia.

¿Qué acaba de pasar?

Camino hacia la cocina con las gotas resbalándome por el pecho, buscando algo de aire, de cordura, de alcohol…, algo que me ayude a no pensar en la forma en que me ha esquivado los labios justo en el último segundo.

No me lo esperaba. De ella no. Después de cómo me miraba no. De cómo se reía. De cómo me había rodeado con sus piernas.

Parecía tan metida como yo. Y sin embargo, me ha girado la cara.

Me ha hecho una puta cobra.

Frunzo el ceño, agarro dos vasos de plástico y los lleno con la primera botella de ginebra que veo. Agrego limonada sin preocuparme mucho por las proporciones. Me arde la garganta antes de beber.

—¡Cole! —me grita Ryder desde el salón—. Ven aquí, campeón.

Genial. Justo lo que necesitaba.

Me acerco con las copas, con el ceño aún fruncido, y ya me rodean como moscas a la mierda. Todos con esa sonrisa de cabrones que huelen sangre.

—¿Esa era Gia? —pregunta Zayn, ya borracho perdido—. Tío, ¿te ha hecho una cobra?

—¿En serio? —suelta otro, riéndose—. ¿Te ha rechazado delante de todos?

—Eso sí que no me lo esperaba —añade Nate con una sonrisa torcida—. ¿La única tía que pasa de ti?

Todos estallan en carcajadas. Me empiezo a tensar. Las copas me tiemblan en las manos, así que las dejo en una encimera cercana antes de derramarlas.

—Está claro —dice Zayn, levantando los brazos como en una declaración oficial—: Gia Clarke tiene inmunidad contra Xander Cole. Alguien que lo apunte, por favor.

—A ver si ahora no va a poder una tía decir que no —dice Chase, medio en serio, medio queriendo apagar la mierda—. Dejadlo ya.

Pero los otros siguen riéndose. Y algo dentro de mí se revuelve.

Orgullo. Enojo. Dolor, tal vez. Pero no de ese tipo que admito fácilmente.

—Si quisiera tirármela, ya lo habría hecho —sueno seco. Frío. Como si no me importara.

—¿Sí? Pues demuéstralo —dice Nate con media sonrisa. Sus ojos brillan de alcohol y provocación.

Lo miro de reojo.

—¿Qué cojones estás diciendo?

—Cien pavos a que no folláis antes del lunes —responde sin vacilar—. No necesito una conquista. Ni una cita. Algo rápido. En plan polvo… Como sabes hacerlo tú.

Chase frunce el ceño.

—Estáis muy borrachos. Es una gilipollez de apuesta —dice Chase —. Dejadlo ya.

Pero Nate parece estar convencido de que voy a caer en su juego.

Y, joder, estoy dolido. Estoy cabreado. Estoy borracho.

Y tengo a todos estos riéndose a mi costa.

Y ella… ella me miraba como si fuera algo más. Como si le importara. Como si le gustara lo suficiente como para romper su regla de no soportarme.

Y luego nada.

A la mierda.

—Hecho —digo para sellar el trato.

El grupo se queda en silencio un segundo.

—¿En serio? —pregunta Ryder, alucinando.

—Sí. Cien pavos. Antes del lunes. Ya lo veréis. Si quiero, lo consigo.

Nate y yo nos damos un apretón de manos.

Y aunque suelto las palabras con una sonrisa ladeada y segura, por dentro noto un pinchazo raro.

Porque esto no va de sexo. Y yo lo sé.

Pero ahora mismo me importa más mi puto orgullo que lo que siento.

Chase se me acerca cuando los otros se dispersan, riéndose, jaleando como si acabáramos de cerrar una apuesta de póker en Las Vegas.

—Tío, ¿en serio? —me dice en voz baja—. Esto sigue siendo una gilipollez.

No digo nada. Solo cojo mi copa y bebo un buen trago.

—No me jodas, Xander. Te gusta esa chica. Se te nota. Y si no quieres aceptarlo, vale, pero no la metas en este juego de mierda.

Frunzo el ceño. Me escuecen sus palabras porque tiene razón. Porque me conoce demasiado bien.

—No va de eso —respondo, tenso—. Me ha rechazado delante de todo el puto mundo, cuando parecía que me lo estaba dando todo. ¿Sabes cuántas veces me ha pasado eso?

—¿Cero? —pregunta Chase.

—Cero —confirmo.

Me encojo de hombros, haciéndome el duro, fingiendo que no me afecta, que en realidad me importa más la humillación que otra cosa.

—No es por ella. Es por mí. Por mi orgullo. Punto.

Eso es lo que digo. Lo que dejo que salga de mi boca. Pero por dentro…, por dentro todo está jodido.

La verdad es que sí me importa.

La verdad es que la quiero cerca. Que me ha descolocado. Que me ha roto todos los esquemas y ni siquiera me ha besado.

Y sí, ahora tengo un motivo para acercarme a ella sin que nadie pregunte.

Pero es una mierda, porque al final, esto no va solo de orgullo. Va de necesidad.

Porque con ella me siento distinto. Vivo. Nervioso. Al borde de algo que ni siquiera sé si quiero… o si puedo soportar.

Y esa idea me asusta.

Porque yo no me enamoro. Yo no me apego. Yo no permito que me quieran.

Porque ya aprendí cuando era un crío que amar significa perder.

A veces me cuesta recordar cómo sonaba la risa de mi madre. Pero el silencio que dejó es lo único que escucho cada vez que cierro los ojos.

Tenía once años cuando ocurrió. Llovía tanto que el mundo parecía a punto de derrumbarse. Mi padre me había prometido llevarme a mi primer partido de la NFL en directo esa tarde, pero el coche nunca llegó al estadio. Ni él ni mi madre salieron con vida de aquel amasijo de metal.

Recuerdo las sirenas, el sonido de la lluvia golpeando el parabrisas del coche del policía que me recogió. Recuerdo cómo todo en mí se rompió, despacio y sin aviso. Como si alguien hubiera apagado una luz que jamás volvió a encenderse del todo.

Después vinieron las casas de acogida. Una tras otra. Gente extraña, camas nuevas, reglas nuevas…, pero nada de cariño. Me convertí en un experto en cerrar puertas antes de que alguien las atravesara.

Desde entonces, aprendí que el amor no es algo que se gana. Es algo que te arrebatan. Algo que pierdes. Y yo ya había perdido suficiente.

Así que crecí convencido de que si no me aferraba a nadie, no dolería. Que si no reconocía que me importaban, no me romperían otra vez. Me volví el tipo que se va antes de que le pidan que se quede. El que ríe fuerte para que nadie escuche el temblor en su voz.

Y ahora, de repente, aparece ella.

Con esos ojos. Esa risa. Ese carácter que me patea el ego cada vez que abre la boca.

Y me jode. Me jode que me guste. Porque con ella no sé jugar. No hay reglas.

Y si me dejo llevar…, sé que voy a salir perdiendo.

Así que sí, he aceptado la apuesta.

Porque es más fácil fingir que esto es un reto estúpido que admitir que ella ya me tiene. Que ya me importa demasiado.

Y eso… es muy peligroso.

—Ahí estás… —dice una voz familiar a mi lado, que me saca del trance.

Me giro y la veo. Hannah.

Vestido corto, sonrisa larga, expresión cargada de intenciones. Se me cuelga del brazo sin preguntar.

—Te estaba buscando —susurra, acercando su cuerpo al mío—. Esta fiesta es un coñazo si no estás tú conmigo.

No respondo. Me termino la copa de un trago, mirando hacia otro lado.

—¿Has nadado ya? Estás empapado… —Pasa la mano por mi abdomen, despacio, como si lo hiciera a cámara lenta—. Podríamos ir arriba. A alguna habitación. Y quitarnos el agua el uno al otro…

Sabe perfectamente lo que está ofreciendo. Ya lo ha hecho antes. Y siempre le funcionó.

Antes.

Mi mente viaja. Gia. A sus ojos enormes cuando me ha esquivado el beso. A cómo se ha mordido el labio, nerviosa. A cómo me ha dicho que no se sentía cómoda.

A cómo se veía tan jodidamente sexy con ese bikini.

Y entonces me pierdo.

Porque hace una semana me habría subido a esa habitación con Hannah.

O con cualquier otra que me lo pidiera.

Habría follado con la primera que me calentase la polla. Sin pensarlo. Sin sentir nada.

Pero ahora…, ahora quiero otra cosa.

Quiero a Gia.

Quiero tocarla. Sentirla. Oler su piel. Saber a qué suenan sus gemidos. A qué saben sus besos cuando no tiene miedo. Quiero perderme en ella.

Y me jode. Me jode porque no debería desearla solo a ella. Porque no sé tenerla sin destruirlo todo.

—¿Estás pensando en algo? —pregunta Hannah, divertida, indiferente.

No le contesto. Y en ese momento, se pasa la lengua por los labios… y luego la desliza por los míos.

Como una provocación. Como para arrastrarme al pasado con solo una caricia.

Y ahí se me cruza un cable.

—No vuelvas a hacer eso —le suelto, quitándomela con brusquedad.

Ella da un paso atrás, sorprendida. Su cara cambia.

—¿Perdona?

—Ya no quiero nada contigo. Así que mejor vete. No va a volver a pasar nada entre nosotros. Nunca más.

Me mira como si no me reconociera.

—Eres un puto capullo.

Y se va, ofendida, abriéndose paso entre la gente.

Me quedo quieto. Tenso.

Sí, tengo ganas de follar. Muchas.

Pero no quiero cualquier cuerpo. No quiero cualquier boca.

La quiero a ella.

Y si tengo que excusarme con esta estúpida apuesta para conseguirlo sin que nadie me juzgue…, lo haré.

Porque necesito tocarla.

Y al menos ahora tengo una razón para hacerlo.

Una justificación que me impida aceptar que ya no puedo sacármela de la cabeza.

Y en ese momento mi cabeza empieza a idear.

—¿Sabes qué? ¿Puedes hacerme un favor? —le digo a Chase, que acaba de salir del salón con una copa.

Este tío es una esponja.

—Dime —responde, aunque ya está poniendo cara rara.

—Quédate con Savannah. Llévala luego a su casa si hace falta. Yo me encargo de llevar a Gia.

Chase evalúa mis intenciones un segundo. Luego suelta el aire por la nariz y asiente.

—Vale. Pero no hagas ninguna tontería, Xander. No jodas esto.

—No voy a joder nada —respondo, aunque ni yo me lo creo del todo.

Voy hacia el jardín. El calor del alcohol aún me arde por dentro, pero no tanto como las ganas de verla. Y ahí está.

Sentada al borde de la piscina, con Savannah.

El reflejo del agua le ilumina la piel. Tiene el pelo mojado pegado a los hombros. Las piernas cruzadas. Parece un puto pecado.

Me acerco.

—Savannah —le digo con voz suave—, Chase te está buscando.

Ella me mira, luego se vuelve hacia Gia, y entrecierra los ojos como un gato protector.

—¿Estarás bien? —le pregunta a Gia.

Gia esboza una pequeña sonrisa, como si ya supiera lo que va a pasar. Savannah se levanta, y antes de irse, me dedica una expresión de advertencia que básicamente me dice: «Como le hagas daño, te mato».

Cojo una toalla doblada del banco, me agacho junto a Gia y se la pongo con cuidado por encima de los hombros.

Me acerco y le susurro al oído.

—¿Quieres que te lleve a casa?

Le brillan los ojos, sonríe y acepta con un gesto.

Nos vestimos. Ella con una camiseta que le he dejado y que le queda demasiado grande. Pero me encanta.

Yo me pongo unos vaqueros y una camiseta. Por fin seco.

Vamos hacia mi coche, que reluce bajo las farolas, y Gia se monta en el asiento del copiloto.

Durante el trayecto, no decimos casi nada. La música va bajita, algo suave, sin letra. Le echo un vistazo de reojo mientras conduzco por la ciudad dormida.

Y entonces rompo el silencio.

—¿Sabes que creo que ese tío que te estaba bailando se va a apuntar a clases de ajedrez después de esta noche?

Ella suelta una carcajada, ligera, musical.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque lo he intimidado tanto que seguro se buscará un *hobby* menos peligroso. Como mover torres y alfiles en vez de bailar con bombas sexys como tú.

—¿Bombas sexys? —repite, divertida.

—Confirmo.

Nos reímos. Y a partir de ahí, todo fluye otra vez. Como siempre. Y de pronto el agua, el rechazo, la fiesta, todo… no importan.

Y llegamos al destino.

Paro el coche frente a su edificio. Gia se desabrocha el cinturón y se gira hacia mí.

—Gracias por traerme.

Y ahí la observo.

Pelo mojado. Piel brillante. Cejas rectas. Labios carnosos. Jodidamente perfecta.

Y entonces lo suelto. No lo planeo.

—Eres preciosa —murmuro, casi sin darme cuenta. Me sale solo.

Ella parpadea. Sonríe. Se sonroja. Y se acerca para besarme en la mejilla.

—Buenas noches, Xander.

Se baja del coche, y echa a andar hacia la puerta.

Pero yo no puedo dejar que se vaya así.

No puedo.

Salgo del coche como un loco. La alcanzo justo antes de que abra la puerta.

Ella se da la vuelta, sorprendida.

Y no le doy tiempo a nada.

La beso.

Mis manos en su cuello, mis dedos entre su pelo mojado… Su cuerpo se pega al mío, como si ya me estuviera esperando. Sus labios son suaves, dulces, cálidos y perfectos.

Me besa como si me necesitara. Como si también se estuviera muriendo por esto.

Su lengua se entrelaza con la mía con una mezcla perfecta de deseo e inocencia.

Unos gemidos suaves escapan de su boca, y eso me vuelve completamente loco.

Uno de mis brazos baja a su cintura, y la pego más a mí.

No puedo parar.

No quiero parar.

Su boca sabe a ginebra y a limonada, y a algo más que no sé nombrar, pero que me hace sentir vivo.

La beso con hambre, con fuego, con ganas acumuladas durante días. Y ella me responde igual.

Esto parece lo único que necesitamos para sobrevivir.

Sus labios. Su lengua. Su maldito sabor.

La tengo entre mis brazos, y todo lo demás desaparece.

Su cuerpo encaja con el mío como si nos hubieran diseñado el uno para el otro.

Y joder… Mi polla está tan dura que duele.

Se aprieta contra el vaquero con desesperación. No hay marcha atrás.

Gia huele a vainilla, a sol y a piel mojada. Y besa como un puto sueño. Con hambre. Con dulzura. Con deseo contenido.

Cada vez que gime, me enciendo más. Cada vez que tira de mi camiseta, me pierdo más.

Y entonces, me mira.

—¿Subes? —dice. jadeando.

La voz me llega como un susurro en llamas.

Asiento sin dudar.

Subimos a su apartamento. El trayecto en el ascensor parece eterno. No nos tocamos, pero el aire entre nosotros arde. Me dan ganas de detenerlo y tomarla ahí mismo.

Cuando abre la puerta, un gato naranja y loco aparece corriendo entre nuestras piernas.

—Cronos —dice con una risita, agachándose a acariciarlo—. Este es mi compañero de piso.

—Genial —respondo, sin apartar los ojos de ella—. Me cae bien.

Pero no tengo paciencia para mucho más.

Me acerco por detrás, la rodeo con mis brazos y hago que se vuelva hacia mí.

Y la beso de nuevo.

Esta vez más lento. Más profundo. Más oscuro.

Gia jadea contra mi boca, y yo ya no pienso. Solo actúo.

Nos movemos a ciegas por el pasillo; ella me guía, tirando suavemente de mi camiseta, hasta llegar a su habitación. Cierra la puerta tras nosotros.

Y ahí, sin aviso, la empotro contra ella.

Su espalda golpea la madera, y mi cuerpo se funde contra el suyo. Meto los dedos por debajo de esa camiseta ancha que le he dado. Suspiro contra su cuello al sentir su piel.

Y le agarro el culo con fuerza.

Gia gime. Se pega aún más a mí.

Mi polla, dura como una puta piedra, se clava en su vientre a través del vaquero. Ella arquea la espalda buscando más contacto, y eso me enloquece.

Suelto su boca, y le beso el cuello, paso la lengua por su piel húmeda, le doy pequeños mordiscos. Su olor me aturde. Su sabor me consume.

Le levanto un poco la camiseta con una mano, y la otra baja lentamente.

Deslizo los dedos por su muslo y los meto por el lateral del bikini.

Encuentro su piel, su calor y…

Joder. Está empapada.

Paso los dedos por sus pliegues, despacio, sintiéndola. Gia tiembla. Gime fuerte. Se agarra a mis hombros, como a punto de desmayarse.

Está tan mojada que me dan ganas de que follemos aquí mismo, contra la puerta.

Y pienso que esto es increíble.

Que no hay nada que me excite más que sentirla así. Mojada por mí. Por mis besos. Por mis caricias. Por cómo la deseo.

Me arrodillo frente a ella como si su cuerpo fuera mi religión.

Le bajo suavemente el tanguita del bikini y lo dejo caer a sus pies.

La contemplo un segundo. Joder, está perfecta. Empapada, temblando y lista para mí.

Le levanto una pierna y la apoyo en mi hombro. Tengo una vista perfecta de su sexo. Y es el más bonito que he visto nunca. Gordito, con los labios rositas y con una pequeña gota que le chorrea desde el centro.

Me agacho y paso la lengua lento, para recoger esa humedad. La saboreo como un manjar que llevo toda la vida deseando. Y sabe a gloria. Dulce. Salada. Caliente.

Ella se agarra a mi pelo y lanza un gemido ahogado. La devoro con la boca abierta, con hambre, con necesidad, y entre un lametón y otro deslizo un dedo dentro de ella.

Muy despacio.

Está caliente. Muy caliente. Y tan mojada que mi dedo se desliza con facilidad, aunque lo tiene apretadísimo.

Siento cómo sus paredes me abrazan, cómo se adapta a mí; su cuerpo sabe ya que soy suyo.

La miro desde abajo mientras empiezo a mover el dedo dentro de ella, despacio, sintiéndola bien.

Ella tiene la boca entreabierta, y se muerde el labio de vez en cuando. Se arquea hacia mí y su respiración cada vez es más agitada.

Saco el dedo, brillante por sus flujos, y le meto un segundo dedo.

Más profundo. Más intenso. Comienzo despacio, y mi lengua juega con su clítoris hinchado.

Ella gime mi nombre. Y eso me vuelve loco.

Mis labios suben hasta su vientre, su ombligo, luego su cuello. La voy besando y ella no deja de gemir.

—Joder, nena… —le susurro al oído—. Sabes tan bien… Tenía tantas ganas de sentirte así… Toda para mí.

Ella me besa con ansia, baja una mano y me agarra la polla por encima del vaquero.

La embisto con los dedos más fuerte y ella se estremece.

—Estás tan mojada… —Le muerdo la oreja—. Y tan apretada. Tu coño es una puta maravilla, Gia.

La acaricio con la lengua, con los labios, con cada parte de mí. Y la deseo como no he deseado a nadie nunca.

—¿Lo notas? —murmuro—. ¿Notas lo dura que me la pones?

Ella jadea más fuerte, me aprieta la polla con fuerza y gime como si le faltara el aire.

Y eso hace que pierda la cabeza.

Empiezo a ir más rápido y profundo con los dedos, intensificando cada movimiento.

Mi otra mano le agarra el cuello, apretando ligeramente. Mi boca está rozando sus labios. Tragándose cada gemido que le provoco.

Ella no para de temblar, de apretarme más y más fuerte con cada embestida de mis dedos.

—Córrete para mí, preciosa —le digo contra el oído—. Quiero sentir cómo lo haces. Dame eso. Regálamelo.

Tiene la respiración acelerada, arquea su cuerpo, se aferra a mi cuello, y me muerde el labio contoneando las caderas.

Y entonces lo siento.

Sus paredes se contraen en torno a mis dedos. Fuerte. Intensa. Incontrolable.

—Joder… Xander —gime Gia mientras se corre.

Joder… Lo hace tan bonito que casi me corro yo también con solo mirarla y escucharla.

Le saco los dedos despacio, sin apartar la vista de ella.

Está preciosa. Con las mejillas encendidas, los labios hinchados y el pecho subiendo y bajando a toda velocidad.

Parece que intenta leerme el alma.

Y no puedo evitar hacerlo.

Me llevo sus dedos a la boca y los chupo. Despacio. Con ganas.

—Uf… —susurro—. Es oficial: acabo de encontrar mi nuevo sabor favorito.

Ella se ríe, nerviosa. Esa risa suave que hace que me den ganas de volver a besarla.

Así que lo hago.

La beso de nuevo, con ternura esta vez. Con calma. Con cariño. Porque me encanta besarla. Porque la necesito.

Pero algo cambia.

Lo noto enseguida. Su cuerpo se tensa. Su boca ya no se mueve igual.

Se separa de mí, lentamente, intentando hacerlo sin que me dé cuenta.

Frunzo el ceño.

—¿Qué pasa?

Ella baja la cabeza y se cruza los brazos como intentando protegerse de mí… o de ella misma.

—No tendría que haberme dejado llevar… —murmura—. Trabajo para ti. Esto… esto no está bien. No quiero mezclar las cosas. Me asusta lo que me haces sentir, Xander.

No me jodas.

Eso es lo primero que pienso.

¿En serio? ¿Ahora?

Acaba de correrse en mis dedos, de gemirme en la boca… ¿y me dice que no quiere sentir nada?

Cierro los ojos un segundo. Inspiro hondo. Porque estoy tan caliente que me hace daño.

Mi polla sigue palpitando, durísima. Y ella me frena.

Ella.

La única que me ha hecho sentir así.

Pienso en lo bien que estábamos. En lo increíble que ha sido todo esto. En cómo parecía verme de verdad.

Y me da una rabia interna de la hostia.

Pero no lo muestro. Me muerdo la lengua. Me trago mi orgullo.

Y ahí, como una puñetera sombra, me acuerdo de la apuesta. Cien dólares. Hasta el lunes.

Y me lo planteo. No sé si de verdad quiero ganarla o si solo la uso de excusa para poder seguir acercándome a ella.

Quizá es lo único que me queda ahora.

Así que sonrío. Forzadamente, pero le sonrío. Me acerco y le doy un beso suave en la mejilla.

—Gracias por esta noche —le digo con voz calmada—. Descansa.

Ella asiente, sin saber muy bien qué decir.

Y yo me marcho.

Me subo al coche, con la música baja, el cuerpo tenso y la cabeza ardiendo.

Durante el camino a casa no pienso en otra cosa que no sea en Gia.

La chica que no me aguanta, pero que me besa como si me necesitara para respirar. La que dice que no quiere sentir pero se corre gritando mi nombre.

La que me jodió la cabeza desde el primer día.

Me encanta cómo huele. Cómo se ríe.

La forma en que me contempla cuando cree que no me doy cuenta.

Y joder…

Me ha encantado besarla. Probarla. Sentirla estremecerse bajo mis dedos.

Deseo más. Mucho más.

Pero no sé si es por la apuesta o por mí. Y eso me cabrea.

Porque no quiero hacerle daño. No quiero usarla. Pero tampoco puedo alejarme.

Me gusta de verdad.

Y eso no entra en mis planes.

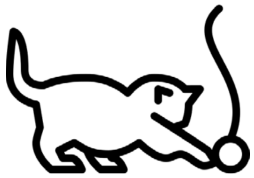
Cuando llego a casa, me tumbo en la cama, con el móvil entre las manos.

Miro la pantalla durante un rato. Entro en el chat de Gia.
Dudo. Pero termino escribiéndole.

> ***Yo:*** *No sé qué te ha pasado esta noche. Pero para mí ha sido jodidamente perfecto. Duerme bien, Gia.*

Pulso enviar.

Me quedo con los ojos clavados en el techo, con su olor aún en mi cuerpo, con una sonrisa idiota en la cara y el corazón latiéndome más fuerte de lo que me gustaría admitir.



8

GIA

El domingo me despierto más temprano de lo habitual.

El cielo está todavía gris, y la luz entra en mi habitación apenas filtrada por las cortinas. Me estiro en la cama, despacio, intentando no molestar al rey peludo que duerme acurrucado a mis pies, sin una sola preocupación en el mundo.

Alargo un brazo y cojo el móvil de la mesilla de noche. Lo desbloqueo y veo las notificaciones. Todo pasa desapercibido, hasta que veo su nombre. Un mensaje de él.

Lo leo y el corazón me da un vuelco. Sonrío y vuelvo a leerlo. Dos veces. Tres.

«Jodidamente perfecto».

Cierro los ojos y respiro hondo para volver atrás y revivirlo solo con pensarlo.

Me llegan las imágenes, todas, una tras otra, como un torrente.

Su coche. El silencio entre nosotros, roto por alguna broma tonta que me hizo reír.

Esa mirada suya, antes de que me fuese, como intentando atraparme en ese momento.

Y ese beso justo antes de que entrase al edificio.

Su boca. Mis labios. Su lengua.

Esa mezcla de calor, deseo y un hambre audaz.

Me besó como si le fuera la vida en ello.

Y yo… yo no quería que parase jamás.

Me encantó su forma de besarme. Era directo, intenso. Con ese punto de ternura que no me esperaba de él. Con esa mezcla suya de chulería y vulnerabilidad que me vuelve loca.

Lo que pasó después… aún puedo sentirlo entre mis piernas. Pegado a mí.

Joder, Xander.

Cómo me besó con fuerza. Cómo me agarraba y me tocaba.

Sus dedos eran fuego. Su boca, una maldita adicción.

Noté su polla dura contra mi vientre y… jamás he sentido nada igual.

Parecía enorme. Era deseo puro. Era instintivo y salvaje.

Cuando me tocó, creí que iba a volverme loca. No solo por cómo lo hacía, sino también por todo lo que me hacía sentir.

Me encantó hacerlo. Me encantó tener su lengua en todas partes. Me encantó escuchar las cosas que me decía.

Sí, me corrí en sus dedos. Con su boca besándome y con su voz susurrándome cosas que me hacían vibrar.

Y ahora estoy aquí, temblando solo de pensarlo. Con el móvil entre las manos y el corazón desbocado.

Pero todavía tengo el runrún molesto en la cabeza. *Trabajas para él. Esto no está bien. No deberías hacerlo.*

Y sin embargo, no me arrepiento de lo que pasó.

Porque siento que fue real. Intenso. Y por una vez me dejé llevar, a pesar de mis sentimientos. Aunque del todo no…

No sé qué siento exactamente por él. Pero sí sé que no me lo puedo sacar de la cabeza.

Y tampoco quiero hacerlo.

Me rayé, y odié la sensación. Y odié aún más el momento en el que se me pasó.

No me gustó sentir cómo ese instante tan perfecto se resquebrajaba dentro de mí sin que él hiciera nada malo.

Solo fui yo. Mi cabeza. Mi culpa.

Porque si con él solo fuese sexo, podría haberme abandonado a él. Disfrutarlo y luego pasar página.

Como ya he hecho tantas otras veces.

Pero con Xander no es solo sexo. No lo es. Y eso es justo lo que me asusta.

Porque no estoy segura de querer esto. No deseo algo que me desestabilice, algo que me haga sentir más de lo que puedo controlar.

Y él… él tiene esa jodida capacidad.

La capacidad de mirarme y desmontarme. De besarme y robarme el aliento. De tocarme y hacerme olvidar quién soy.

Pero he trabajado mucho para ser quien soy ahora. Para mantenerme fuerte e independiente. Dueña de mis emociones. Libre.

Y sí, a veces me siento sola. Pero es mi soledad. Yo la elijo. Es mejor que el vacío que sentía cuando no tenía elección.

Porque si no puedes confiar en tu propia familia…, ¿cómo vas a confiar en alguien más?

Mi madre fue la primera en enseñarme eso.

Me crie con su voz repitiéndome que sin ella no sería nada. Que ella lo había sacrificado todo por mí. Que era mi deber cuidarla. Como si yo hubiera nacido para cargar con sus heridas.

Y durante mucho tiempo lo creí. Hasta que entendí que no me quería; al menos, como se quiere a una hija.

Solo deseaba tenerme cerca para no estar sola. Para no trabajar. Para que yo fuera su colchón emocional y económico. Me hizo sentir culpable por pensar en mí. Por tener sueños. Por querer marcharme.

Y cuando mi padre se fue y formó otra familia, fue como si yo hubiera dejado de existir. Pasé de ser su hija a ser una sombra. Un recuerdo borroso en sus nuevos domingos felices.

Me pasé el final de mi adolescencia intentando encajar. Esperando que alguien se quedara. Que alguien me eligiera.

Pero nadie lo hizo. Y entonces decidí que… nunca más.

No voy a darle mi corazón a nadie que pueda romperlo.

Y me ha funcionado. A mi manera, sí.

Sexo sin compromiso. Citas esporádicas. Nada más.

Y ahora… llega Xander. Con sus ojos infinitos, su nariz recta, sus labios carnosos, su sonrisa chula y su forma de besar.

Su forma de contemplarme como si me viera de verdad.

Y no es lo que tenía previsto.

Porque no puedo controlarlo. Porque es él, y él lo complica todo.

Y no solo eso: también trabajo para él.

Joder, estoy en medio de su mundo. Con su equipo, su vida, sus rutinas. ¿Y si esto nos explota en la cara? ¿Y si me ilusiono y luego me abandona? ¿Y si él no piensa lo mismo de mí?

¿Y si pierdo y tengo que seguir viéndolo cada día?

Pero… ¿y si siente lo mismo?

¿Y si permito que me quiera y me vuelven a romper?

No puedo. No quiero.

Y aun así…

Aun así pienso en sus dedos en mi interior. En cómo me tocó, sabiendo exactamente lo que necesitaba. En cómo me miró, cómo me susurró, cómo me deseó.

Y en cómo yo también lo deseo a él.

Xander me complica la vida. Y lo peor es que… no sé si quiero que pare de hacerlo.

Salgo de la cama con un ruido de tripas impresionante. Y con cuidado de no mover a Cronos, por supuesto.

No me lo pienso mucho: ni siquiera he comprobado la hora y ya estoy llamando a Savannah.

Tarda unos tonos en contestar.

—¿Gia…? ¿Tú sabes qué hora es? —Su voz suena ronca, adormilada.

—Hora de que te levantes, dormilona. Ha venido Papá Noel —le digo con una sonrisa.

—No juegues así con mi época favorita del año Gia, me hieres —dice en tono dramático.

—Va, levanta. Tengo hambre y necesito una sesión de cotilleo. ¿Desayunamos? —propongo, con una mano en mi estómago que no para de rugir.

—¿Ahora? ¿No puedes comerte tus dramas con una tostada y llamarme en dos horas?

—No —respondo sin piedad—. Quiero té, y quiero saber si pasó algo anoche, después de la fiesta. ¿Vamos o qué?

—Aj… Dame veinte minutos, sinvergüenza.

Cuelgo la llamada y me dispongo a vestirme.

Me decido por un vestido corto, negro y fluido. Y una chaqueta vaquera *oversize* remangada. Y por supuesto mis Vans negras. Es domingo de olvidar los tacones en el armario.

Me miro al espejo y decido no hacerme nada en el pelo, así que me lo dejo suelto, al natural.

Me pinto los labios de un color neutro, le doy un beso a mi bola de pelo, que sigue durmiendo, y me voy.

Llegamos a la cafetería y nos sentamos a una mesa de la terraza donde ya está empezando a dar el sol.

En el aire se puede respirar un olor a *croissants* recién horneados. Se escucha el murmullo suave de un domingo por la mañana. El té está caliente, y Savannah lleva unas gafas de sol enormes y cara de no haber dormido nada. Literalmente.

—¿Vas a contármelo ya o tengo que torturarte con mis teorías? —le digo, dándole un sorbo al té.

Ella sonríe con esa carita de culpable satisfecha.

—Vale, vale. Me fui con Chase. Y acabé en su casa.

Levanto las cejas.

—¿Y? —le pregunto, impaciente.

— Y follamos.

—¡¿Y?! —repito, escandalizada.

—Gia, follamos muy bien. Muy muy bien. Tiene un cuerpo de pecado y unas manos que deberían estar prohibidas por la ONU.

Suelto una carcajada y no digo nada.

Ella ríe y baja la voz, acercándose a mí.

—Me comió el coño como si tuviera hambre desde 1999, tía. Me dejó temblando. Literal. Y luego follamos contra la pared de su salón; ni siquiera pudo esperar a llegar a la cama.

—Dios… —Respiro hondo, sorprendida y encantada—. ¿Y algo más?

—Después fuimos a su cama y lo hicimos otra vez.

—Joder, Savannah —le digo, mientras pateo su pie—, ahora entiendo tu forma de caminar.

Nos reímos con ganas y me devuelve la patada.

—Ya —dice mordiéndose el labio—. Y después me llevó a mi casa y me dijo que quería una cita en condiciones. Que le gustaba de verdad.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Que me encantaría.

Y ahí, me quedo unos segundos en silencio, sonriendo como una idiota. Me hace ilusión verla así. Tan emocionada, tan feliz.

—Me alegro mucho por ti. De verdad. Chase es un buen tío, se nota a leguas.

—Sí, ¿no? —pregunta, como esperando mi aprobación.

—Sí. Tiene mirada de protector sexy. Y llora viendo *Titanic*. Es un partidazo.

Ella se ríe y se echa hacia atrás, feliz.

—¿Sabes qué es lo mejor? Que no tengo miedo. Estoy tranquila con él. Siento que, si salto, me va a agarrar. Y lo acabo de conocer.

—Ay, por favor… —le digo con la mano en el pecho, emocionada —. Qué bonito. Me vas a hacer llorar en medio de un *brunch*.

—Cállate y cuéntame tú ahora. ¿Qué pasó con Xander?

Me tenso ligeramente. Y lo nota. Me echa un vistazo agudo por encima de las gafas de sol.

—Gia.

—Bueno… —Suspiro y juego con la cuchara del té—. Fue… intenso. Increíble, en realidad.

Sus ojos se abren como platos.

—¿Os acostasteis?

—No. Pero estuve muy muy cerca de hacerlo.

Le da un sorbo a su café, un poco decepcionada.

—¿Y por qué no?

—Porque soy idiota —respondo sin pensarlo.

Ahora está seria.

—No lo creo. Cuéntamelo todo.

Y eso hago.

Savannah se acomoda en la silla con una sonrisa maliciosa y me escucha atentamente.

Al cabo de un rato, y de soltarlo todo con hasta el más mínimo detalle, ella me dice:

—O sea, ¿te corriste? —Asiento—. ¿Y luego no os acostasteis? —pregunta, sorprendida.

Yo también lo estaría si me contase todo lo que él me hizo y luego… nada.

—No. —La sonrisa se me borra poco a poco—. Paré. Me agobié. Empecé a pensar que no debía. Que trabajo para él. Y que no quería sentir nada con él.

Savannah me mira en silencio durante unos segundos, que se me hacen eternos. Luego deja la taza en la mesa.

—Gia, te voy a decir algo. Y quiero que me escuches bien. —Espero, porque sé que viene su discurso—. Tú llevas años cargando con un pasado de mierda. Una madre que te manipuló hasta vaciarte. Un padre que te dio la espalda. Has tenido que cuidarte sola desde siempre. Y lo has hecho jodidamente bien. Eres la mujer más fuerte que conozco. Eres independiente y brillante. Pero no puedes vivir eternamente cerrando las puertas por miedo a que te hieran.

—Savannah…

—No. Escúchame. Entiendo que tengas miedo. Entiendo que no quieras sentirte vulnerable. Pero, tía…, lo necesitas. El amor también es refugio. No sé si Xander es ese refugio, pero si algo dentro de ti vibra diferente con él, no lo mates antes de que empiece.

—Es que… no quiero volver a sentirme atrapada. Ni usada. Ni sola.

—No vas a estar sola si te permites estar acompañada. Es así de simple. Tampoco te digo que te cases mañana. Solo que no huyas de lo que te hace sentir viva.

—¿Y si me hace daño?

—Pues te hará daño. Pero será tu dolor. Por una decisión tuya. No por las heridas que te dejaron otros.

Me quedo callada, procesándolo todo.

Tiene razón. Joder, tiene toda la maldita razón.

—Vale, voy a intentar abrirme. Poco a poco. Volveré a confiar. Aunque no prometo nada, pero… quiero dejar de tener miedo.

Ella me agarra la mano sobre la mesa y me sonríe.

—Eso es lo único que importa. Y, tía…, si te vas a enamorar de alguien, que sea de alguien que te empotre contra una puerta con tremendo miembro.

Suelto una carcajada tan fuerte que varias personas nos miran.

—Gracias por venir, Sav. De verdad. Te necesitaba.

—Siempre que haya café, cotilleo y pollas de por medio, cuenta conmigo.

—¿Te imaginas que acabamos saliendo tú con Chase y yo con Xander?

—¡Un viaje en pareja a Las Vegas, nena! —me dice, ilusionada.

—Seriamos imparables.

Brindamos con nuestras tazas medio vacías, riendo como idiotas.

Y por primera vez en mucho tiempo, creo que sí, que quizás no estoy tan sola. Que quizás… puedo permitirme sentir.

Estoy viendo mi serie favorita tirada en el sofá. Con una calma que no había sentido en muchos días.

Cojo mi móvil y vuelvo a leer el mensaje que Xander me mandó anoche.

Y decido escribirle.

Yo: *Si no tienes nada que hacer luego…, ¿te apetecería cenar conmigo?*

Tardo menos de un minuto en ver los puntitos de escritura.

Xander: *¿Dónde y a qué hora?*

Sonrío. Es directo. Sin rodeos. Y me encanta.

Le escribo una dirección junto con la hora. Y es en ese preciso momento cuando me empiezo a poner nerviosa.

¿Le acabo de pedir una cita? ¿Y ha dicho que sí?

Me dirijo corriendo a mi habitación y abro el armario. Empiezo a sacar ropa y más ropa, pensando qué me puedo poner.

Elijo un vestido negro de satén que abraza mi figura y parece cosido directamente en mi piel. Llega hasta la mitad del muslo, con una abertura lateral que permite entrever el nacimiento de mi pierna cada vez que me muevo. Unos tirantes finos dejan al descubierto mis hombros, y el escote en forma de corazón enmarca mis clavículas y el inicio de mis pechos con una elegancia provocadora, sin exagerar.

El pelo lo llevo suelto y ondulado, en cascada por mi espalda. Con esa textura natural que parece rebelde aunque esté perfectamente colocado.

Algunas ondas me caen por el rostro, enmarcando mis labios, pintados de un rojo profundo que contrasta con mi piel clara.

De zapatos he optado por unas sandalias de tacón fino, negras, que alargan mis piernas.

Ahora sí. Estoy lista para comerme la ciudad. Y a Xander.

Cojo el bolso, guardo las llaves y salgo de casa.

Hemos quedado en un sitio cerca de aquí. Algo formal, y tranquilo.

Cuando llego, él ya está sentado en la terraza con una sonrisa torcida que me acelera el corazón.

—Hola, Gia —dice al levantarse para saludarme, y me da un beso en la mejilla—. Estás impresionante.

Lo sé, pero él no se queda atrás.

Xander lleva una camisa negra, de esas que se pegan al pecho lo suficiente para adivinar los músculos que hay debajo, remangada hasta los antebrazos —ese maldito punto débil mío—. Unos vaqueros oscuros, no muy ceñidos, y unos botines de cuero que le dan ese toque desenfadado.

El pelo revuelto, la barba perfectamente imperfecta. Y esa mirada medio insolente y medio hambrienta que me desnuda sin tocarme.

Está jodidamente guapo. Y él lo sabe.

—Hola, Xander —respondo con una sonrisa tímida.

Nos sentamos y pedimos. No tardamos en soltarnos. Y él empieza a contarme anécdotas suyas que no dejan indiferente a nadie.

—Así que me estás diciendo que confundiste un exfoliante con pasta de dientes —digo, posando el tenedor en el plato y riéndome

tan fuerte que tengo que taparme la boca.

Xander se encoge de hombros, con esa sonrisa torcida que me derrite.

—Era de menta; ¿cómo iba a saber que no se comía?

—Porque tenía bolitas —respondo entre carcajadas, limpiándome una lágrima del rabillo del ojo—. ¿No te pareció raro estar masticando arena?

—Pensé que era ecológica o algo así. Natural, ya sabes —dice alzando las cejas, intentando justificar su estupidez.

Niego con la cabeza, aún sonriendo.

—Eres increíble…

—¿Para bien o para mal?

—Para muy mal —contesto, mordiéndome el labio, aunque la sonrisa me traiciona.

—Te encanta el mal que te hago, Gia.

Se me pone la carne de gallina. Me echo hacia atrás en la silla para esconder mi reacción, pero Xander lo nota.

—Cállate —le digo, y jugueteo con la copa de vino.

—Haz tú que me calle.

Me subiría en su regazo, lo besaría y me olvidaría del mundo. Pero no es lugar para hacerlo, así que tiro por lo fácil.

—Ayer tuviste una entrevista por la mañana, ¿no? —le digo, pillándolo por sorpresa—. ¿Qué tal te fue?

Me cuenta que fue surrealista, que el periodista confundió su posición en el campo con la de un portero de hockey.

—Te juro que por un momento pensé en decirle que sí, que tenía un *stick* escondido debajo del pantalón.

—Bueno… —señalo su cuerpo con un dedo—, con ese palo tuyo tampoco ibas tan desencaminado.

—¿Me estás llamando *stickman*? —dice, levantando una ceja.

—Te estoy diciendo que deberías registrarlo como arma blanca.

Ambos reímos. La comida es ligera, deliciosa. Compartimos el postre y nos robamos miradas. Hay algo entre nosotros, algo que flota, algo que ninguno se atreve a nombrar aún, pero que se siente en el aire.

—Xander —murmuro cuando nuestras dedos se rozan por encima de la mesa—. Quiero decirte algo. —Él aguarda, atento—. Quiero pedirte perdón —empiezo diciendo.

—¿Por qué? —pregunta, sorprendido.

—Por lo que hice anoche. Por frenarlo todo así, de golpe. Sé que fue feo. Lo estaba disfrutando… muchísimo, en realidad. Pero me asusté.

Xander frunce el ceño, no con enfado, sino con interés genuino.

—¿Y qué fue lo que te asustó?

Suspiro.

—Lo que siento por ti. Es más de lo que debería. Más de lo que me esperaba. Desde el principio has sido como… un huracán en mi vida. Siempre he sabido protegerme muy bien, manteniéndome al margen. Pero tú… tú haces que me olvide de eso. Y no sé manejarlo.

Él me coge de la mano.

—¿Y crees que yo sí sé manejarlo? Gia, no eres la única que está sintiendo algo. Anoche…, joder, anoche fue increíble. Pero no por lo sexual, o por lo cerca que estuvimos. Fue porque eras tú.

Bajo la vista, un poco abrumada.

—Yo tenía ganas de que pasara. De ti. De tus besos. —Me sonrojo y él sonríe—. Pero también tenía ganas de más. Y eso me dio miedo.

—¿Más cómo? —pregunta.

—Más de ti. Más de lo que hay detrás de esa fachada. Más de lo que siento cuando me miras así… —Trago saliva—. Y cualquier otro se habría largado de mi casa molesto. Pero tú sonreíste. Me diste un beso en la mejilla. Fuiste jodidamente amable.

Xander me aprieta la mano suavemente.

—Porque vi algo en tus ojos. Y lo entendí. No tienes que justificarte conmigo. No soy perfecto, Gia. También tengo mis fantasmas. Pero lo que pasó… fue real. Y no pienso dejar que lo arruines por miedo.

Hay una mezcla extraña en su expresión: deseo, ternura, y algo más… ¿Esperanza?

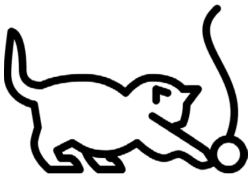
—Gracias por entenderlo. Por no mandarme a la mierda.

—Bueno, ganas no me faltaron —dice, bromeando, y ambos reímos—. Pero la verdad es que me gustas, Gia, y sé que quiero seguir conociéndote, aunque sea paso a paso.

Nos quedamos mirándonos. La luz de la vela se refleja en sus ojos, brillando como si el universo me diera una señal. Entrelazo mis dedos con los suyos, y Xander me los estrecha y me hace sentir que no me soltará jamás.

Y no decimos nada más.

Y por ahora, no hace falta.



9

Gia

El aire de la noche es fresco, con ese olor a asfalto húmedo y mar que tiene Seattle cuando la ciudad empieza a dormirse. Paseamos despacio, sin rumbo, con las manos rozándose a cada rato como si aún estuviéramos midiendo la distancia. Xander va a mi lado, en silencio, pero lo siento todo el tiempo. Su calor. Su presencia. Su forma de mirarme de reojo como si no pudiera evitarlo.

—¿Estás cansada? —me pregunta, y su voz suena más suave de lo que estoy acostumbrada.

—No —respondo, sin pensarlo.

Y es verdad: no quiero que esta noche se acabe.

Pasamos junto a una librería cerrada, las luces apagadas, los reflejos de las farolas sobre los cristales. Él me observa mientras yo me detengo un segundo frente a un escaparate lleno de libros.

—¿Quieres venir a casa un rato? —pregunta, como si fuera la cosa más intrascendente del mundo.

Giro la cabeza hacia él: tiene esa media sonrisa suya, la que parece guardar un millón de significados ocultos.

—Sí —respondo, sin dudar.

Porque lo deseo. Porque, por mucho que me asuste, no quiero seguir huyendo.

Sonríe, me agarra la mano, y me lleva en dirección a su coche.

Subimos y en pocos minutos llegamos a su edificio.

Es uno de esos rascacielos modernos con portero las veinticuatro horas, mármol en la entrada y un ascensor que huele a dinero. El apartamento está en uno de los pisos más altos.

Cuando abre la puerta, siento que he entrado en otro universo.

Todo es amplio, minimalista, lujoso sin esfuerzo. Colores neutros, ventanales gigantes con vistas a la ciudad, un sofá enorme de piel oscura, una cocina abierta digna de revista, arte moderno en las paredes… Huele a limpio, a madera y a algo masculino que solo puede ser suyo.

—Vaya… —digo sin poder evitarlo—. Esto no es lo que me imaginaba.

—¿Y qué imaginabas? —pregunta, curioso.

—Algo más… desordenado. Más de chico de veintitantos que vive solo.

—Tengo a alguien que me ayuda a que no lo parezca —ríe, guiñándome un ojo.

Nos quedamos mirándonos. Y ahí está otra vez esa tensión. Esa electricidad que nunca se va.

Xander da un paso hacia mí. Yo doy otro. Y no sé quién se lanza primero, pero de pronto sus labios están sobre los míos y todo desaparece. El beso es lento al principio, como una promesa. Luego se vuelve más intenso, más hambriento. Me atrapa por la cintura y yo me cuelgo de su cuello, dejándome llevar.

Sus manos bajan por mi espalda y las mías empiezan a desabrochar los botones de su camisa, uno a uno, sintiendo cada centímetro de piel caliente que voy descubriendo. Él hace lo mismo con los tirantes de mi vestido, y me lo va bajando por los costados hasta que cae a mis pies.

Sus ojos me recorren sin prisa, se detienen en mis pechos y me contempla como si acabara de descubrir un secreto solo suyo. No es solo deseo: es hambre. Calor. Veneración.

Y yo, yo me derrito por dentro. Siento cómo se me pone la carne de gallina, cómo se me encoge el vientre, cómo se enciende algo entre mis piernas con solo ese silencio suyo cargado de intención.

Me siento hermosa. Salvaje. Completa.

Solo con mirarme así, Xander ya me tiene completamente desnuda, por dentro y por fuera.

—Joder, Gia… —susurra contra mi boca.

De repente, me levanta como si no pesara nada. Instintivamente rodeo su torso con mis piernas y seguimos besándonos. Me lleva por el pasillo sin apartar sus labios de los míos, hasta entrar en su habitación.

El cuarto es amplio, elegante, con una cama inmensa de sábanas oscuras. Me deja caer con cuidado sobre el colchón y se aleja un poco, sin apartar la vista de mí mientras se quita los vaqueros.

Y entonces se queda en calzoncillos. La tela tensa, marcando una erección que ya me hace tragar saliva.

Se los baja despacio, sin prisa.

Y ahí está.

Me incorporo levemente sobre los codos, y no puedo evitar quedarme embobada. Su cuerpo parece esculpido en mármol: abdomen definido, brazos fuertes, hombros anchos, cuello firme… Pero lo que de verdad me deja sin aire es lo que hay entre sus piernas.

Su polla está completamente dura. Es enorme. Gruesa, larga, perfecta. Con venas suaves que recorren su base, y una punta redondeada, rosada y brillante por una pequeña gota de líquido preseminal.

Es imponente. Poderosa. Innegablemente deliciosa.

Y es mía. Al menos esta noche.

Me humedezco los labios, con la respiración ya descontrolada y el corazón en la garganta.

Lo deseo. Y sé que él también me desea a mí.

Lo veo ahí, tan perfecto, tan increíblemente excitante, y lo único que puedo pensar es que necesito tenerla en mi boca.

Xander da un paso hacia la cama, y yo, sin pensarlo, gateo hasta el borde. Me quedo de rodillas sobre el colchón, con su erección tan cerca que me tiemblan los muslos. La observo un segundo, casi con reverencia.

Él no dice nada. Me acaricia el pelo despacio, enredando los dedos con suavidad, y yo levanto la mirada hasta encontrarme con la suya.

Su expresión es pura lujuria…, pero también hay algo tierno, íntimo, como si este momento significara más de lo que parece.

Desliza un dedo por mis labios. Lo recibo, lo envuelvo con la boca, lo chupo lentamente. Xander deja escapar un suspiro ronco, y yo sonrío, sabiendo exactamente lo que estoy provocando.

Entonces me acerco. Paso la lengua por la punta de su polla, recogiendo esa gota brillante que lo delata. El sabor es salado, cálido, excitante. Casi puedo sentir cómo se le tensa cada músculo del cuerpo.

Xander gime muy bajito y echa la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos un segundo.

—Joder, Gia… —susurra.

Me la meto poco a poco en la boca, acomodándome, explorándolo con lentitud, sintiendo cómo se abre paso entre mis labios.

—Es muy grande… —murmuro, con una sonrisa ladeada.

Él suelta una risa ronca.

—Y tú sabes muy bien cómo subirle el ego a un hombre. —Sonrío otra vez, sin parar de mirarlo, y dejo caer un hilo de saliva sobre él. Lo deslizo con mi lengua, lubricando, y lo tomo más profundo esta vez, sintiendo cómo tiembla bajo mi boca—. Me vas a matar —dice entre jadeos—. ¿Cómo puedes ser tan jodidamente sexy?

Gimo en respuesta, y la vibración del sonido hace que sus caderas se muevan apenas. Siento cómo sus dedos se tensan en mi pelo, cómo su respiración se acelera. Me dejo llevar por el ritmo, por su sabor, por el deseo que crece sin freno entre los dos.

Tener su polla en la boca me hace sentir poderosa. Lo escucho jadear, maldecir en voz baja, y cada sonido suyo me enciende más.

Su sabor, su calor, la forma en que tiembla cuando hago presión con los labios… es adictivo.

Me llena la boca por completo, tan grueso y largo que apenas he podido moverme al principio. Me cuesta respirar, pero me encanta.

Me roza la garganta cuando entra más. Es demasiado… y justo por eso me vuelve loca.

Y aunque no hay palabras, en esa entrega silenciosa, en ese calor compartido, siento algo más que simple lujuria. Algo que me consume desde dentro.

—Quiero que te la tragues entera —murmura Xander, con la voz oscura, cargada de deseo. Sus dedos aún están enredados en mi pelo, como si ya supiera que le entregaría justo eso.

Lo contemplo desde abajo, con los labios entreabiertos, y la respiración agitada. No hace falta que responda. Solo lo tomo en la boca, con todo mi cuerpo temblando de anticipación.

Lentamente guío su polla a mis labios y comienzo a recibirla, centímetro a centímetro, hasta sentir cómo roza el fondo de mi garganta. Me arden los ojos. Las lágrimas me brotan solas, como un reflejo inevitable, pero no retrocedo. Aprieto los muslos contra el colchón, respiro hondo por la nariz y permito que me invada por completo.

Un jadeo apenas audible escapa de su garganta.

—Oh, Dios…

Y entonces, sin advertencia, sus caderas comienzan a moverse. Empieza a follarme la boca con una cadencia lenta pero firme, marcada, como si mi garganta le perteneciera. La punta me golpea al fondo, y me empapa de su sabor, haciéndome gemir con suavidad, con la lengua extendida, y me entrego a cada embestida.

Me sujeta la cabeza con fuerza por la nuca, sin empujar, pero sin soltarme. Me sostiene así, en el límite, mientras yo me abandono a él y todo mi cuerpo se centra en ese acto íntimo y crudo.

Cuando sus movimientos cesan, no me detengo. Continúo a mi ritmo. Su polla brilla de saliva; la lamo y la rodeo con mis labios, con cada movimiento envolvente y húmedo. Una de mis manos desciende entre mis piernas, y al rozarme, descubro que estoy completamente empapada. Chorreo deseo. Me acaricio sin soltarlo de la boca, perdida en el sabor, en el poder de tenerlo así, temblando para mí.

Él lo siente. Lo ve.

—Gia… —dice con un tono quebrado—. Como sigas así, me voy a correr.

No le doy tregua. No le doy salida. Sigo chupando con más firmeza, con más hambre, entregada, devota.

Y entonces sucede.

Su polla palpita entre mis labios y el primer chorro caliente me golpea en la garganta. Lo recibo todo. Trago sin apartarme, sin dejar de mirarlo, y siento cada sacudida de su cuerpo, cada descarga profunda que llena mi boca.

Lo sostengo hasta que no queda nada. Solo su respiración agitada, su cuerpo vencido por el placer y mi boca aún caliente, aún húmeda de él.

Lo suelto lentamente; su polla brilla al salir, mojada, sensible, temblorosa. Me limpio las comisuras con los dedos, y sin decir nada, subo sobre él, buscando sus labios con los míos.

Me recibe con un beso lento, lleno de asombro y de deseo aún latente.

Cuando me separo apenas un poco, le sonrío, satisfecha y le susurro, repitiendo sus propias palabras, ahora mías.

—Es mi nuevo sabor favorito.

Xander sonríe y yo lo observo con los labios entreabiertos, los ojos brillantes por la intensidad de lo que acaba de pasar. Pero sé que esto no ha terminado.

Me toma suavemente por la cintura, me tumba en la cama, y comienza a quitarme el tanga con una calma peligrosa, y parece que cada centímetro de mi piel descubierta fuese un regalo que necesita saborear. Cuando por fin me tiene aquí, completamente desnuda frente a él, abierta, vulnerable, Xander se queda mirándome como si acabara de encontrar la octava maravilla del mundo.

—Joder… —susurra—. Me vas a matar de verdad… Eres perfecta, Gia. Absolutamente perfecta.

Yo no digo nada; me quedo ahí, con los labios hinchados de los besos y de lo que no son besos, con el pecho subiendo y bajando rápido por la anticipación. Él se agacha y me besa con hambre, con entrega, memorizándome con su lengua. Luego baja lentamente por mi cuello, dejando un reguero de besos y mordiscos suaves hasta llegar a mis pechos.

Xander toma uno con la mano, firme, y captura el pezón del otro con los labios, succionando con fuerza y mordiéndolo lo justo para que gima. Arqueo ligeramente la espalda, hundiendo los dedos en su pelo, y él sonríe contra mi piel antes de seguir bajando.

Cuando llega a mi centro, se detiene un segundo, contemplándome. Nuestros ojos se cruzan, intensos, cargados de deseo. Él se humedece los labios.

—Tienes el coño más precioso que he visto nunca…

Yo gimo bajito ante sus palabras, siento cómo se me encoge el estómago de deseo. Lo agarro del pelo, y sin dudar, lo guío hacía mí, empujándolo con suavidad pero con firmeza, pidiéndole sin palabras que me devore.

Xander no duda ni un segundo más.

Él no aparta la vista de mí mientras me pasa la lengua lenta, profundamente, de arriba a abajo por mis pliegues húmedos. Gimo, con la respiración entrecortada, sintiendo cómo cada caricia de su lengua caliente me desarma un poco más.

Él no tiene prisa. Se toma su tiempo para explorarme con devoción, como si su única misión fuese hacerme temblar. Se detiene en mi clítoris, lo envuelve en suaves círculos, y luego vuelve a deslizar la lengua hacia mi centro, profundo, húmedo, cálido. Me recorre de nuevo de arriba a abajo, marcando un ritmo que parece escrito solo para mí.

Arqueo la espalda, sintiendo el temblor que comienza en mis muslos. Lo agarro del pelo, lo mantengo pegado a mi cuerpo; necesito ese contacto para no desvanecerme. El gemido que suelto es tan profundo que me vibra en el pecho. Mi clítoris está tan hinchado, tan sensible, que un solo movimiento más me lanza al abismo.

Y entonces lo noto.

El placer se me acumula en el bajo vientre, tenso, palpitante, como una cuerda a punto de romperse.

Cada movimiento de su lengua es una descarga eléctrica que me recorre entera. Me retuerzo, jadeo, le sujeto el pelo con fuerza sin poder controlar nada.

El calor crece, sube, me consume. Estoy justo en el borde. El mundo se reduce a su boca, a ese ritmo perfecto, a ese momento suspendido donde todo dentro de mí está a punto de estallar.

Estoy tan cerca… que me hace daño. Y a la vez, no quiero que se detenga jamás.

Me corro en un gemido ahogado, con una mano aferrada a las sábanas y otra en el pelo de Xander. Las piernas me tiemblan con cada latido.

Su lengua no para, firme, perfecta, sabiendo exactamente como desarmarme.

El orgasmo me sacude desde el vientre, como una ola cálida que se expande por todo mi cuerpo. Me arqueo contra su boca, me abro más, me dejo ir por completo.

Siento fuego, vértigo, alivio.

Y a él… devorándome como si el placer fuera solo suyo.

Cuando mis caderas paran de moverse, sube por mi cuerpo, con la boca brillante y la mirada encendida. Me besa, y me fundo en sus labios, saboreándome a mí misma en su lengua, y sintiéndome completa.

Su erección está aún firme, latente, hambrienta. Me muerdo el labio. El deseo me vuelve a prender como una chispa.

Xander sonríe, estira el brazo y saca un condón de su mesilla. Pero antes de que pueda abrirlo, lo detengo suavemente.

—¿Siempre los usas? —pregunto, mirándolo a los ojos.

—Siempre —asiente Xander, sin dudar.

Respiro hondo. Le acaricio el abdomen, bajando despacio hasta rozar con la yema de los dedos esa erección palpitante que me llama.

—Estoy tomando la píldora —digo, con la voz ronca y segura—. Y te quiero así. Piel con piel.

Siempre tomo precauciones con los demás chicos, pero con Xander… Con él necesito que sea de otra forma. Con él, quiero sentirlo todo.

Él me observa, intenso. Como si pudiera leer dentro de mí.

—¿Estás segura? —pregunta con ansia.

Asiento. Gimo muy bajito, sin apartar la vista de él.

—Completamente.

Me sonríe con esa mezcla entre deseo y ternura que solo él sabe llevar. Se echa sobre mí, atrapando mis labios en un beso profundo, lleno de promesas. Siento su cuerpo entre mis piernas, su respiración agitada rozando mi piel, y cómo se acomoda entre mis

muslos mientras nuestras bocas siguen encontrándose con hambre contenida.

Me besa tan lento, tan profundo, que me hace olvidar todo lo que alguna vez me asustó.

—Dios, Gia… —susurra contra mi boca—. No tienes ni idea de lo que me haces sentir.

Y entonces presiona, suave, pero firme, contra mi entrada. Mi cuerpo se tensa al instante, un gemido escapa de mis labios sin que pueda evitarlo. Su grosor, su calor… todo en él me hace perder el aliento.

—Xander… —jadeo, sin poder dejar de mirarlo—. No… no me va a caber.

Suelta una risa ronca, segura. Sus ojos arden.

—Claro que sí. Estás hecha para mí.

Y entonces, sin previo aviso, empuja lento hasta el fondo. Un grito escapa de mi garganta. De dolor no: de puro *shock,* de placer, de intensidad. Me arqueo contra él, las manos aferradas a su espalda, sintiéndome completamente llena, invadida…, suya.

—Dios, Xander… —gimo; mis paredes se van adaptando a su tamaño.

—Joder, Gia —gruñe contra mi cuello—. Me encanta escucharte decir mi nombre así.

Y empieza a moverse. Fuerte. Intenso. Con ese control casi salvaje que solo él puede tener. Cada embestida es una descarga de electricidad por todo mi cuerpo, y aun así quiero más. No puedo dejar de gemir, de pedir, de rogar por más. Sube mis piernas hasta sus hombros, y lo siento aún más profundo. Una presión deliciosa me hace perder el control por completo.

—No pares —le suplico, casi llorando de placer—. No pares, Xander…

—Tienes el mejor coño que he probado en mi vida, Gia —dice, entre jadeos—. Me aprietas tanto… Estás tan perfecta…

Me aferro a él, envolviéndolo con las piernas, sintiendo cada centímetro de su cuerpo contra el mío. El calor, el sudor, las respiraciones entrecortadas. Todo se vuelve una mezcla perfecta de deseo, conexión y locura.

Me abre más y más con cada embestida, su polla dura y gruesa me llena tanto que me falta el aire. Me sujeta las caderas con fuerza, marcando el ritmo como si conociera mi cuerpo mejor que yo. Cada vez que se hunde más profundo, un gemido escapa de mi garganta, imposible de contener.

—Joder, Xander… —gimoteo, mordiéndome el labio y con las piernas temblorosas—. Tienes un polla enorme… Me estás matando…

—¿Te gusta mi polla? —gruñe contra mi cuello, con la voz ronca y cargada de deseo—. ¿Te gusta cómo follamos?

—Me encanta… No pares, por favor —suspiro, hundiendo las uñas en su espalda, buscando más, siempre más.

Se incorpora un poco para mirarme a los ojos, sus caderas empujando con fuerza y precisión, golpeando justo donde me hace ver las estrellas.

—¿Te vas a correr para mí? —pregunta, con una sonrisa peligrosa en los labios.

Asiento jadeando, incapaz de fingir lo que siento.

—Sí… Me voy a correr… para ti…

—Eso es, vamos, preciosa… Córrete en mi polla —murmura, apretando los dientes mientras acelera el ritmo, más salvaje, más crudo, como si mi cuerpo fuera suyo y no existiera nada más.

El calor me explota por dentro.

Grito su nombre sin vergüenza cuando el orgasmo me sacude, haciéndome arquear la espalda y apretarlo aún más contra mí.

Siento su polla palpitando dentro, y justo cuando creía que ya no podía más, él empuja dos veces, profundo y desesperado.

—Me corro, Gia… Joder… —Suelta un gemido gutural, y lo siento derramarse dentro de mí, caliente, intenso, llenándome por completo.

Se deja caer sobre mí, ambos jadeando, su pecho contra el mío, nuestros cuerpos sudorosos y sacudidos por lo que acabamos de compartir. Yo aún estoy temblando.

Le acaricio la espalda con suavidad, en círculos lentos, disfrutando de la calma después de la tormenta.

—Ha sido increíble… Me ha encantado.

Xander alza la cabeza para mirarme. Tiene el pelo revuelto, las mejillas rojas y esa sonrisa que me desarma. Me besa despacio, profundo, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Ha sido el mejor polvo de mi vida, Gia.

—¿Sí? —suelto una risa suave, aún sin aliento—. ¿Así de bien lo hemos hecho?

—¿Lo dudas? —dice, aún dentro de mí—. Eres tan increíble que no pienso permitir que nadie más te toque.

Sale despacio, y no puedo evitar gemir otra vez. Su semen empieza a gotear entre mis piernas, caliente y espeso.

—Me estás chorreando… —le digo, enarcando una ceja.

—Mmm… Me encanta cómo te queda —se ríe y me besa de nuevo.

—Deberíamos ducharnos… —digo, aunque no me muevo ni un centímetro.

—Dame un minuto…, estoy muerto —dice, dejándose caer a mi lado.

—Vaya *quarterback* estás hecho. —Me río a carcajadas, me levanto de la cama y le tiro una almohada.

Él tarda un segundo en seguirme y echarme sobre sus hombros para llevarme al baño.

Nos metemos en la ducha. Entre risas y caricias, mientras el agua caliente cae sobre nosotros, me enjabona con las manos, lento, como si quisiera volver a empezar, y yo no paro de sonreír ni un segundo.

—¿Te quedas a dormir conmigo? —pregunta Xander, envolviéndome con una toalla.

—Por supuesto.

Le doy un beso suave y tierno.

Terminamos en su cama, entre las sábanas, con sus brazos rodeándome y mi respiración calmada cerca de su cuello.

—Buenas noches, Xander.

—Buenas noches, preciosa.

Dormimos juntos, por fin, como si el mundo se hubiese quedado en pausa solo para nosotros.



10

XANDER

El sol se filtra tímidamente por las rendijas de la persiana, acariciando con su luz cálida la piel dorada de Gia. Está profundamente dormida, con el pelo revuelto sobre mi almohada, los labios entreabiertos y el cuerpo medio enredado entre las sábanas.

Y joder… Qué cuerpo.

La observo en silencio, con la cabeza apoyada en una mano, sin atreverme a moverme por miedo a despertarla. Sus curvas son arte. Sus piernas largas, esa cinturita… Y su coño. Perfecto. Sabe a gloria.

No sé si tenía más ganas de follar o de despertarme a su lado.

Anoche fue… brutal.

Cuando se metió mi polla en la boca, pensé que iba a morir feliz en ese instante. Joder, cómo lo hizo. Cómo me miraba mientras tragaba cada centímetro… Lo tengo grabado a fuego. Ninguna otra me ha hecho sentir así.

Y después, su entrega. Su cuerpo temblando bajo el mío. Su coño apretándome como si no quisiera soltarme.

Fue sexo, sí. Pero también fue otra cosa. Algo más profundo. Algo que me toca los cojones de verdad porque me hace sentir vulnerable.

Está tan tranquila, es tan bonita. Y de pronto, me golpea una verdad como un puñetazo en el pecho: he ganado la puta apuesta.

He ganado.

Hemos follado.

Y no siento ni un gramo de victoria por eso. Solo culpa.

¿Qué coño he hecho?

No era así como debía pasar. Al principio era solo un juego. Una forma de callar a los idiotas del equipo. Orgullo. Diversión. Pero ahora… Ahora no puedo pensar en ella como una apuesta. Porque ya no lo es. Para mí no.

Me revuelvo un poco en la cama y me paso una mano por la cara. No puedo ocultárselo para siempre. Debería decirle la verdad. Pero… ¿cómo? ¿Cómo le explico que todo empezó como una broma de mal gusto y que acabé deseándola más que a nada en la puta vida? ¿Cómo le digo que me importa de verdad sin que salga corriendo?

Entonces se mueve.

Sus pestañas se agitan, parpadea unas cuantas veces y me encuentra observándola.

—Mmm… ¿Estás mirándome mientras duermo, Cole? —susurra con voz ronca, medio somnolienta aún.

—Quizá —respondo con una sonrisa ladeada—. Tenía una vista bastante espectacular delante de mí como para no hacerlo.

Gia sonríe con los ojos entrecerrados, se acerca y me da un beso lento, cálido, perezoso… de esos que calientan desde dentro.

—Buenos días —dice, acariciándome el pecho.

—Buenos días, preciosa.

Y durante unos segundos, me permito quedarme ahí. En ese momento. Sin culpa. Sin verdad. Sin miedo.

Solo ella y yo, bajo las sábanas.

Su cuerpo encaja tan perfectamente contra el mío que me cuesta separarme. Pero en lugar de pensar en lo que debería decirle, me dejo llevar. Por su olor, su piel caliente, la suavidad de su cuerpo desnudo pegado al mío.

—Date la vuelta —le ordeno en voz baja, rozándole el lóbulo de la oreja con los labios.

Ella gime y se acomoda sin rechistar, con una sonrisa pícara en los labios.

La giro con cuidado, la pongo de lado, mi pecho contra su espalda, mis caderas pegadas a su culo.

Deslizo una mano por su cintura hasta su entrepierna, y sonrío al comprobar lo mojada que está.

—Joder… Estás empapada, nena.

Mi polla late contra su muslo, impaciente, y cuando la empujo dentro de ella, despacio, suelto un gemido ronco.

Ese coño suyo es una maldita droga.

Caliente. Apretado. Perfecto. La sensación de entrar en ella es indescriptible. Como volver a casa.

Ella se arquea levemente, echándose hacia atrás para recibirme, y yo me hundo hasta el fondo.

Empiezo a moverme con un ritmo lento pero firme, controlado; cada embestida nos hace jadear entre suspiros.

Mis labios se pierden en su cuello, lamiendo, mordiendo suave; le acaricio los pechos y acabo rodeándole el cuello con los dedos. La escucho gemir mi nombre en voz baja, y eso me enciende aún más.

—Xander… —jadea.

—Shhh… —le digo al oído—. Déjate llevar.

Ella me agarra la mano que tengo en su cuello y hace más presión.

Continúo así, suave, profundo, intenso, sintiendo cómo su coño me aprieta cada vez más. La abrazo con fuerza mientras le doy embestidas que nos hacen estremecer a ambos, y cuando siento su cuerpo temblar, sé que está a punto.

—Dios…, me voy a correr —susurra ella, casi sin voz.

—Hazlo, preciosa… Córrete en mí.

Y lo hace. Y su orgasmo arrastra el mío como un maldito huracán.

Me corro dentro de ella con un gruñido ahogado, hundido hasta el fondo, sintiendo cómo mi polla late y su coño lo aprieta como si no quisiera soltarme jamás.

Permanecemos así unos segundos, jadeando. Después, salgo de ella despacio y la abrazo por detrás, besándole el hombro.

Gia se da la vuelta y sonríe. Esa sonrisa que me desmonta.

Se levanta de la cama sin pudor, completamente desnuda, y coge mi camisa de anoche, que estaba tirada en una silla. Se la pone, abrochándola mal, y la deja abierta por abajo, lo justo para que le llegue a medio muslo.

Dios…, está para morirse.

—¿Te das cuenta de lo sexy que estás con eso? —pregunto, incorporándome, con la vista clavada en sus piernas.

—¿Esto? —dice, deslizando un dedo por su muslo—. Solo son nuestras corridas goteando por mi pierna.

Suelto una carcajada tan fuerte que casi me duele el pecho.

—Bueno, me refería a la mejor camisa que tengo, que la llevas puesta ahora mismo.

—Ah, sí, sí —dice, haciéndose la inocente—. Yo también me refería a eso.

Ella se ríe y se acerca para darme un beso.

La agarro de la mano y le lamo el dedo que ha recogido nuestros fluidos.

—Aunque esto también te queda muy sexy.

Ella se sonroja y tira de mí.

—Va, a desayunar —dice, intentando levantarme—. Que me tienes muerta de hambre.

Nos vamos a la cocina y empezamos a preparar algo rápido de desayuno, entre risas y tonteo.

Tostadas que casi se queman, huevos revueltos y algún que otro manoseo descarado mientras espero que el café salga.

—¿Vamos juntos al campo hoy? —pregunta ella, untando mantequilla en una tostada.

—Claro. Así todos pueden ver que mi asistente es la más guapa de todas.

—Idiota —dice ella entre risas.

Terminamos de desayunar y nos vamos a vestir, pero antes de salir, Gia se señala a sí misma con una ceja levantada.

—Necesito pasar por casa; no pienso ir al trabajo con tu camisa. Por muy sexy que digas que estoy.

La miro de arriba abajo, y me acerco hasta atraparla por la cintura. —Para mí estás perfecta así. De hecho… —le doy una nalgada suave—, podrías ir así siempre.

—Xander… —me dice riendo, y se sacude—. Para. Que llegamos tarde.

—Una última cosa… —La beso con suavidad.

Salimos entre risas rumbo a su casa para que pueda cambiarse.

Mientras Gia entra al baño para arreglarse, yo me dejo caer en su sofá. Cronos aparece al segundo; al parecer ha decidido que ahora soy yo su entretenimiento.

Se me sube al regazo sin preguntar y me mira con esos ojos de demonio adorable que tiene.

—¿Qué pasa, fiera? —le digo, rascándole detrás de las orejas—. No me mates, ¿vale? Prometo portarme bien con tu humana. El cabrón ronronea fuerte y creo que le gusta la idea. Tiene una energía rara, como si pudiera detectar cosas. Empieza a lamerme el antebrazo—. Colega, ni tu madre me ha dado tanto cariño en la vida —le suelto riéndome.

Jugamos un rato, le hago cosquillas en la panza —aunque casi pierdo un dedo en el proceso— y luego me levanto, curioseando el lugar, y él me sigue como un guardaespaldas peludo.

Paso por la estantería y me detengo, leyendo algunos títulos: *Cincuenta sombras de Grey, Bienvenida a mi infierno, Haunting Adeline…* Joder, ¿estas son novelas o advertencias?

Saco una de ellas al azar; tiene varias páginas marcadas con *postits* de colores y l abro por curiosidad. La lectura me vuela la cabeza. Literal. La tía del libro está siendo follada por un arma mientras el protagonista le susurra cosas sucias al oído y le lame hasta el alma.

Joder…

Paso otra página y la escena sigue con una descripción tan explícita que hasta yo me sonrojaría si no fuera por todo lo que hicimos anoche.

—¿Siempre lees porno con argumento? —digo en cuanto Gia sale del baño, vestida ya con ropa normal, pero tan preciosa que casi se me olvida lo que acabo de leer.

Ella frunce el ceño y se cruza de brazos.

—¿Has estado leyendo mis libros?

—Solo uno… o diez páginas. Las que tenías marcadas, en concreto. —Levanto una ceja con cara de pillo—. Así que te pone

que te follen con una pistola, ¿eh?

—¡Xander! —dice entre risas, y me lanza un cojín.

—No te juzgo, cariño. Solo necesito saber si tengo que ir consiguiendo licencia de armas… o tomar notas —añado guiñándole un ojo.

Se ríe aunque su cara está muy roja. Nos despedimos de Cronos y salimos dirección al campo.

Durante el camino, ella me va contando anécdotas de compañeros del equipo y nos reímos bastante. Y aunque intento no hacerlo obvio…, mi forma de estar a su lado, de rozar su mano, de mirarla cuando habla… no es casual.

Al llegar al campo, no me escondo. Ella se adelanta y la veo saludar a uno de los entrenadores, entonces cuando termino de coger mi bolsa, me acerco por detrás de ella, la rodeo por la cintura con un brazo y le doy un beso rápido en el cuello.

—Buenos días, señorita Clarke —le susurro en el oído.

Ella sonríe, algo nerviosa, pero no se aparta.

Algunos chicos del equipo silban o sueltan risitas. Sí. Lo han pillado.

Incluso en algún momento, cuando estamos en el gimnasio del complejo, me apoyo en la pared de fuera, la veo pasar con su carpeta y la observo sin disimulo.

—Dios, estás tan rica que no sé si concentrarme en el peso muerto o en ti —le digo bajito al pasar.

Y ella, lejos de reñirme, me lanza una sonrisa ladina que me remata.

Pero entonces, noto cierta tensión. En concreto, cuando Hannah me lanza una mirada desde el fondo del pasillo. Se acerca, con los brazos cruzados.

—¿En serio, Xander? ¿Gia?

Levanto una ceja.

—¿Y eso qué significa?

—Nada —dice con sarcasmo—. Solo que ahora entiendo por qué todos en el equipo están cuchicheando. Supongo que tendrá que ver con esa apuesta, ¿no?

Me quedo quieto. El golpe en el estómago es inmediato.

—Hannah… —empiezo.

—No te preocupes —interrumpe, con una sonrisa amarga—. Ya lo entiendo todo. Solo asegúrate de no seguir rompiendo corazones, ¿vale?

Y se va antes de que pueda decir nada más.

Mierda.

Me quedo un momento con los ojos clavados en el lugar hacia donde se ha ido, con la mandíbula tensa.

Ese comentario…, esa forma de decirlo…

Me devuelve de lleno a la realidad: la apuesta.

La jodida apuesta.

Y por primera vez, siento miedo.

No de que me descubran, sino de perder a Gia cuando lo haga.

El entrenamiento empieza fuerte. Después del calentamiento, nos meten una rutina de cardio y resistencia con cuerdas, escalas y *burpees* que nos deja a todos sudando como caballos. Me siento más encendido que nunca, con la mente centrada, el cuerpo respondiendo como si el sexo mañanero me hubiera recargado las baterías.

Cuando entramos al campo, nos separan por posiciones. A mí me toca trabajar rutas de pase. Me alineo, escucho la señas del *quarterback* y salgo disparado. El césped cruje bajo mis tacos mientras corro la ruta cruzada. Giro la cabeza y ahí viene el balón. Lo atrapo. Giro. Corro. Derribo a un defensa que se me lanza encima con un empujón seco de hombro.

—¡Vamos, Cole! —grita el entrenador desde la banda—. ¡Eso es lo que quiero ver!

Las repeticiones se suceden, una tras otra. Rutas, bloqueos, recepción.

Me lanzo al suelo a por una bola baja y caigo de lado. Me levanto sonriendo, escupiendo un poco de césped, con el pecho latiendo con fuerza.

Joder. Esto. Esto me hace sentir vivo.

Cuando termina el entrenamiento, nos quitamos los cascos y nos dirigimos a los vestuarios. El sudor me cae por el cuello y me paso la toalla por la cara. Entonces escucho las risitas. No necesito girarme para saber que se viene algo.

—Así que lo lograste, ¿eh, Xander? —dice Tyler; con una sonrisa de cabrón, me da una palmada en la espalda.

—¿De qué hablas? —respondo, aunque mi tono no engaña a nadie.

—Tío, te hemos visto con Gia esta mañana. En el campo. En la sala común. En el pasillo. En tus putas pupilas.

Se descojonan. Nate, que estaba guardando su equipo, resopla, saca la cartera de mala gana y saca un billete.

—Hijo de puta… —gruñe, y me lo lanza—. Ahí tienes. Has ganado.

Miro el dinero sin cogerlo. Me arden las manos.

—No lo quiero —murmuro.

—¿Qué? —Nate alza una ceja.

—Lo que oyes. Quédatelo. Ya no tiene sentido.

Se hace un silencio raro. Me siento observado. Juzgado. O algo peor.

Chase, que estaba a un lado, me estudia con atención. Espera a que los demás se aparten un poco antes de acercarse. Nos sentamos los dos en un banco del vestuario, con las camisetas aún empapadas y el casco a nuestros pies.

—¿Qué ha pasado, Xand? —pregunta, tranquilo.

Me paso una mano por el pelo, suspirando.

—No lo había planeado. Al principio sí, pensé en ganar la apuesta…, en ver cómo lo podía hacer… Pero después… Joder, Chase. Es diferente. Es divertida, jodidamente lista. Me calienta como nadie, pero también ve más allá de toda la mierda que cargo.

Chase me observa un segundo y luego asiente con una media sonrisa.

—Y, entonces…, ¿vas en serio?

—Sí. Mucho más de lo que pensaba que sería posible.

Se queda en silencio un rato, luego me da un codazo.

—En ese caso, deberías decírselo.

—Lo sé… —admito, bajando la voz—. Quiero hacerlo. Solo que no tengo ni puta idea de cómo.

Chase se ríe suavemente.

—Hermano, tú has sobrevivido a cuatro *tackles* seguidos de *linebackers* que parecen muros de hormigón. Pero le tienes miedo a una conversación con una chica.

Le doy un empujón con el hombro.

—Porque esta sí importa, capullo.

—Precisamente por eso. Si quieres algo real con Gia, tienes que empezar por la verdad. Antes de que se entere por algún bocazas de aquí.

Lo sé. Lo tengo clavado en el pecho como una espina. Ella confía en mí. Me mira como si fuera su refugio. Y no puedo permitir que eso se rompa por cobardía.

—Voy a decírselo. Solo necesito encontrar el momento… y las palabras.

Chase me palmea la espalda.

—Hazlo antes de que el momento te encuentre a ti.

Me quedo un rato callado, asimilándolo todo.

—Gracias, hermano. De verdad.

—Eh, ¿para qué estamos los mejores amigos si no es para darte collejas emocionales?

Nos reímos juntos. Por primera vez en mucho tiempo, siento que estoy haciendo algo diferente. Algo que va más allá del sexo, del ego, del juego.

Gia me ha cambiado. No por quién soy con ella en la cama…
, sino por cómo me hace querer ser fuera de ella.

El agua caliente cae con fuerza sobre mi espalda, pero no consigo borrar el nudo que tengo en el pecho.

Apoyo las manos en la pared de la ducha, con la cabeza gacha y los ojos cerrados.

Chase tiene razón.

No puedo seguir con esto colgando entre los dos, y menos después de todo lo que hemos compartido, de cómo me mira Gia, de

cómo me toca, de lo feliz que me siento a su lado.

—Se lo voy a decir —murmuro, casi como un compromiso en voz alta—. Esta noche.

Respiro hondo para armarme de valor.

No quiero perderla. Y tampoco ocultarle nada.

Tengo miedo, pero la decisión está tomada.

Cierro el grifo, y salgo de la ducha, sabiendo que ya no hay vuelta atrás.

—Por cierto —dice Chase mientras vamos hacia la cafetería, con ese tono que siempre anuncia puro salseo—. ¿Recuerdas la noche de la fiesta?

—¿Cómo olvidarla? —respondo con una media sonrisa, recordando a Gia contra esa puerta.

—Pues… después de salir de allí, me llevé a Savannah a casa… y me la tiré.

Me freno en seco.

—¿Qué?

Él se encoge de hombros como si no acabara de soltar una bomba.

—Sí, tío. Fue raro. Estaba borracha, se quedó en el coche diciendo que estaba cachonda. Y ya sabes…, entre risas y un «No sabes lo que te pierdes», acabamos en mi cama.

—Joder, Chase. ¿Savannah?

—Lo sé. Lo sé. Ni yo me lo creo. Pero oye, no estuvo mal. Tiene algunas manías raras, eso sí. Me pidió que le hablara como si fuera *quarterback* o algo así. Casi me da un ataque de risa.

Me echo a reír tan fuerte que toda la gente que teníamos alrededor se nos queda mirando.

—Definitivamente estás más loco que yo.

—Nah, tú sigues teniendo el récord, Cole.

Entramos al comedor, y entonces el universo se alinea y en ese momento aparece Gia, bandeja en mano, buscando un sitio. Le hago una seña.

—Gia, ven con nosotros.

Ella duda un segundo y viene hacia la mesa donde estamos unos cuantos del equipo. Se sienta a mi lado. Y el ambiente se pone tenso al instante.

—Bueno, bueno… —dice Tyler, alzando las cejas—. Nunca pensé que vería el día en que Xander Cole trajera a una chica de verdad a almorzar con nosotros.

—Lo chungo no es que venga hoy…, es que repita —añade Nate con una sonrisa ladina.

—Debe de ser que la polla de Xander es mejor de lo que pensábamos —suelta uno de los *rookies,* medio en broma, pero con curiosidad.

Gia se sonroja. Se queda callada un segundo. Y luego sonríe, con esa malicia juguetona que me encanta.

—Bueno, digamos que… no decepciona —dice, y le da un sorbo a su bebida, sin mirar a nadie más que a mí.

La mesa estalla en carcajadas. Yo no puedo evitar reírme también.

—Joder —dice Nate, golpeando la mesa—. Esta tía me cae bien

—¿Ves? Por eso me gusta —murmuro junto a su oído.

El almuerzo fluye. Hablamos de todo un poco: partidos pasados, alguna anécdota ridícula del equipo, incluso de música. Gia se suelta. Encaja de forma natural. Y yo no puedo dejar de contemplarla. Está preciosa.

Y me doy cuenta de que me encanta verla aquí, conmigo, en mi mundo.

Después de un rato los chicos se dispersan y nos quedamos solos en la mesa. Gia sigue comiendo despacio, jugando con un tomate que empuja con el tenedor.

—¿Cómo va tu día? —le pregunto, acariciándole el muslo por debajo de la mesa.

—Bien —responde, girándose hacia mí—. Mucho curro con los materiales para redes, pero me estoy organizando. ¿Y tú? ¿Cómo va todo?

—Intenso. He entrenado como una bestia —respondo con una sonrisa orgullosa—. Me siento bien. Mejor desde que estás tú —le digo, bajito.

Ella sonríe, bajando la vista. Luego se endereza un poco y me observa con más atención.

—¿Estás nervioso?

Ahí me ha pillado.

—¿Por qué?

—Porque en nada arranca la temporada. Y sé que te importa más de lo que dejas ver.

Me quedo callado. Parece saber exactamente qué parte tocar para llegar hasta donde casi nadie llega.

—Un poco, sí —confieso—. Quiero que todo lo que he hecho este año sirva para algo. Quiero demostrar que valgo. Y… no sé, que todo tenga sentido.

Gia me aprieta la mano bajo la mesa.

—Va a servir. Te van a ver. Porque lo vales. No solo por cómo juegas, Xander. Sino por quién eres cuando dejas de fingir que todo te da igual. —No sé muy bien qué decir—. Lo tienes todo. Todo. Solo no lo jodas —dice con una sonrisa traviesa.

—Haré lo posible —respondo, mirándola a los ojos—. Por ti, haría cualquier cosa.

Y juro que en ese segundo me dan ganas de decirle todo. La verdad, la apuesta, lo que siento.

Pero no lo hago.

Aún no.

Porque por primera vez… tengo miedo de perder algo real.

Nos quedamos un rato más en la mesa, Gia recogiendo las últimas migas de su postre mientras yo jugueteo con su mano, entrelazando nuestros dedos.

—En los viajes de equipo estarás tú también, ¿no? —le pregunto, sin soltarla.

—Claro, voy como parte del *staff,* ya lo sabes —responde, sonriendo.

—Perfecto —digo, acercándome a su oído—. Vamos a follar en cada ciudad a la que vayamos.

Gia se atraganta con su agua y me da un pequeño codazo, riendo.

—¡Xander!

—Lo digo en serio. Cada destino, una postura distinta. Podemos hasta coleccionar recuerdos.

—Eres un cerdo, Cole. Pero me gusta cómo piensas.

Justo cuando iba a besarla otra vez, aparece Chase por detrás y apoya el brazo sobre mi hombro.

—¿Estoy interrumpiendo vuestro momento de babas?

—Como siempre —respondo sin apartar la vista de Gia.

—Solo pasaba para decir que he quedado con Savannah más tarde. Vamos a ir al cine a ver una peli de miedo. ¿Os apuntáis, parejita?

Gia sonríe.

—¿Peli de miedo? ¿Con Savannah? Me apunto —acepta Gia, emocionada—. ¿Tú qué dices? —Antes de que pueda responder, ella añade—: Si quieres venir, claro… —Y lo suelta con una sonrisa inocente que no engaña a nadie.

Frunzo el ceño, ofendido de mentira.

—¿Perdona? ¿«Si quieres venir»? —Le doy un golpecito en la nariz con el dedo—. Yo estoy invitado desde el principio. A ese idiota —digo, señalando con la cabeza a Chase— le acojonan las pelis de miedo y necesita refuerzos.

Ella se ríe, se acerca y me da un beso lento.

—Eh, tío, ¿por qué le cuentas mis debilidades? —protesta Chase con voz dramática.

—Tranquilo, Chase, no le diré nada a Sav —dice Gia, riendo—. Será nuestro secreto.

—Además, necesito ver cómo te asustas y saltas encima de mí en medio de la peli —le digo a Gia, dándole un beso suave en la muñeca.

—¿Eso me lo estás diciendo a mí? —pregunta Chase a mi espalda.

Gia y yo nos reímos a carcajadas.

—¡No! —exclamamos al unísono.

Chase chasca la lengua y pone los ojos en blanco.

—Joder, vais a provocarme diabetes con tanta dulzura —se va diciendo mientras se aleja—. ¡Y recordad, será nuestro pequeño secreto!

—¡Eres supervaliente, Chase! —grita Gia.

—¡Yo te llevo los pañales, colega! —añado, girando mi cabeza hacia él.

—Me estáis cayendo fatal… —susurra Chase, aunque lo escuchamos perfectamente—. ¡Cabrones! —Y sale por la puerta riéndose.

Cuando terminamos de comer, la acompaño a la salida. Nos reímos por el camino, nos besamos sin mucha vergüenza. Me importa una mierda quién mire. Ella es mía ahora.

—Entonces, ¿a qué hora paso por ti? —le pregunto al llegar al coche.

—Cuando estés listo, señor —dice, abriendo la puerta del copiloto —. Yo te estaré esperando.

—Perfecto. Te dejo en casa, tú te pones guapísima y yo voy a mi entrevista.

—¿Y vas a ir así? —Me escudriña de arriba abajo.

—¿Así cómo? —pregunto, alzando una ceja.

—Con esa pinta de «me he comido a una diosa y no he tenido tiempo de pensar un *look* de entrevista».

—Bueno, técnicamente, es lo que ha pasado. —Le guiño el ojo y ella se ríe.

La dejo en la puerta de su edificio. Antes de bajarse, me dedica una expresión juguetona.

—No tardes mucho, *quarterback*. Que esta noche quiero que grites más que en el partido.

La veo desaparecer por la puerta y me quedo con esa sonrisa estúpida en la cara. Luego arranco el coche, camino a mi entrevista, pensando que la vida, de repente, sabe demasiado bien.

El set está montado en una terraza con vistas al estadio. Me habían dicho que iba a ser una entrevista corta, algo informal, con preguntas sobre la temporada que estaba a punto de comenzar. Me siento en la silla alta y espero a que enciendan las cámaras.

—Listo, Xander —me dice la reportera con una sonrisa—. Vamos allá.

La primera parte es lo típico. Cómo me siento, qué expectativas tengo.

—Estoy ilusionado —respondo, con sinceridad—. Esta temporada me siento distinto. Me veo con más ganas, más centrado. Y el equipo también. Creo que este va a ser nuestro año.

—Se nota en tus estadísticas, y también en tu actitud. ¿Ha habido algún cambio para que estés así?

Me encojo de hombros, sonriente.

—Digamos que hay una motivación extra, sí.

Ella se ríe y levanta las cejas.

—¿Algo… o alguien?

—Puede ser —contesto, jugando con el borde de la botella de agua—. Puede que alguien tenga algo que ver. Trabajo con un equipo fantástico que me está ayudando.

—Porque hace tiempo que no te vemos saliendo por ahí, con escándalos, chicas distintas en cada fiesta…

—Bueno, eso ya no me interesa —respondo, sincero.

—Entonces, ¿confirmamos que Xander Cole está… pillado?

Me río un poco, sin responder directamente. Solo miro a cámara con una media sonrisa. Que interpreten lo que quieran.

La entrevista termina pocos minutos después. Me despido, le doy las gracias al equipo y salgo de allí, aún con cierta electricidad corriéndome por dentro. Me subo al coche con una extraña mezcla de calma y nerviosismo.

Estoy a punto de arrancar cuando suena mi móvil. Es Chase.

—¿Has visto los titulares?

No me da tiempo ni de reaccionar.

—¿Qué titulares?

—¡Todos! *ESPN, Bleacher Report,* hasta una cuenta de cotilleos de Instagram. Están diciendo que Xander Cole ha caído. Que estás pillado. Que tienes pareja.

—¿Todo eso por una entrevista?

—Tío, creo que lo has dejado caer demasiado claro. Y con la racha que llevabas, eso ya es noticia nacional.

—Joder… —murmuro, aunque por dentro me río.

Siempre me ha dado igual lo que la gente piense y diga de mí. Pero en este caso, no sé por qué, me da más igual aún.

—¿Y? ¿Vas a confirmarlo o desmentirlo?

—No lo sé. No somos pareja. —*Todavía*—. Pero que piensen lo que quieran.

—Pero vas camino de eso, ¿no?

—Creo que es lo que quiero. —No me cuesta admitirlo. Ni siquiera me asusta.

—Entonces, no te rayes. Si no tienes nada que ocultar…, que hablen.

—Exacto —respondo, aunque en el fondo, sé que sí tengo algo que ocultar. Y que debo enfrentarlo.

Cuelgo y me recuesto en el asiento por unos segundos. Luego suspiro, pongo en marcha el motor y me dirijo a casa para prepararme. Esta noche tengo una cita, y me encanta la idea.

Entro en casa y voy directo al vestidor. No me lo pienso demasiado, pero tampoco quiero parecer que no me importa. Es con ella. Y eso lo cambia todo.

Cojo un jersey negro, ancho, de esos que a Gia le quedarían genial sin nada debajo. Vaqueros claros, reloj y un poco de perfume. Me paso la mano por el pelo, y me lo echo hacia atrás frente al espejo.

Listo. Me veo bien. Relajado. Seguro. Pero por dentro, estoy un poco más nervioso de lo que voy a admitir.

No es por el cine, es porque va a estar ella y esta noche sabrá la verdad.

Aparco frente a su edificio y le mando un mensaje.

Yo: Estoy abajo.

No pasan ni dos minutos cuando la puerta se abre y ella aparece.

Y joder.

Va con un top blanco de tirantes, pegado al cuerpo, que le marca cada curva como una segunda piel. Unos vaqueros altos que le

hacen unas piernas de infarto y unas zapatillas blancas con las que camina como si el mundo fuera suyo. El pelo suelto, labios rojos, mirada de «sé exactamente lo que te estoy provocando».

Me quedo contemplándola un segundo más de la cuenta. Ella lo nota. Sonríe y se sube al coche.

—¿Qué? ¿Nunca has visto a una chica guapa antes? —me dice, divertida.

—Sí. Pero no así de guapa —le respondo sin pensarlo.

Ella se ríe y niega con la cabeza, pero sé que le gusta.

El camino al cine es fácil. Charlamos, nos picamos y, cada vez que se ríe, me dan ganas de besarla. Aparco y mientras vamos hacia la entrada, donde ya están nuestros amigos, solo pienso una cosa: estoy jodidamente enganchado a ella.

La sala de cine está vacía cuando nos acomodamos en nuestras butacas. Chase y Savannah se sientan un par de filas más adelante, pero Gia y yo preferimos una esquina un poco más apartada. Oscura. Privada.

La peli empieza, pero no sé ni de qué va. Estoy más centrado en la forma en la que Gia apoya la cabeza en mi hombro y se arropa con mi brazo. Su olor me embriaga. Su cuerpo pegado al mío es una puta tentación. Y no tardo en ceder.

Le acaricio el muslo suavemente, subiendo despacio. Ella gira la cabeza hacia mí y me sonríe de manera cómplice. Sus labios rozan los míos, primero en un beso corto, luego más profundo. Nos besamos en silencio, como dos adolescentes escondiéndose del mundo.

—Sois unos cerdos, ¿sabéis? —escucho a Savannah susurrar desde delante.

Gia se separa de mí, tapándose la boca para no reírse. Yo me encojo de hombros.

—No hemos hecho nada —murmuro.

—Aún —responde Gia, divertida, dándome un codazo suave.

Volvemos a acomodarnos, esta vez más tranquilos, aunque nuestras manos siguen entrelazadas todo el rato. Y es muy reconfortante.

Salimos de la sala de cine entre risas cuando las luces se encienden poco a poco, hablando de los sustos. Tengo a Gia pegada a mi costado, con los brazos cruzados y una sonrisa divertida en los labios.

—Vale, lo admito —dice Chase a nuestra espalda, en voz alta—. Ese puto payaso me ha dado más miedo que mi ex.

Todos nos reímos, pero yo no puedo evitar mirar a Gia. Tiene las mejillas encendidas y los ojos brillantes. Está preciosa.

—¿Tú no te asustas? —me pregunta, enganchándose a mi brazo.

—¿Yo? —Levanto una ceja—. A mí solo me ha dado miedo cuando tú te has agarrado a mi brazo como si te fuera la vida en ello.

—Mentira —dice, mordiéndose el labio para no reírse más fuerte —. Te he visto dar un salto.

—Solo me estaba acomodando —respondo, pasándole el brazo por el hombro.

Ella se ríe y niega con la cabeza. Y mientras vamos por el pasillo hacia la salida, con el eco de las voces y el olor a palomitas aún en el aire, me doy cuenta de que podría vivir mil vidas y seguir eligiendo noches como esta si ella está a mi lado.

Pero la realidad vuelve a mí, y sé que tengo que decirle la verdad.

Cuando salimos del cine, me doy cuenta enseguida de que algo no va bien.

Luces. Flashes. Voces. Y gente. Muchísima gente.

Un grupo de periodistas y *paparazzi* nos están esperando fuera del cine, con móviles y cámaras en alto, gritando mi nombre.

—¿Xander, quién es la chica?

—¿Estáis juntos oficialmente?

—¿Es cierto que ya vivís juntos?

Gia se queda paralizada. La veo palidecer y dar un paso atrás. Mierda.

—Eh, tranquila —le digo en voz baja; me acerco a ella y me pongo justo delante para taparla con mi cuerpo.

—Chase, la saco de aquí. Nos vemos mañana —le digo a mi amigo, que asiente sin dudar.

La rodeo con un brazo y avanzo entre la gente, ignorando las preguntas, las luces y los empujones. Me cuesta abrirme paso, pero

lo logro. Le abro la puerta del coche y ella entra sin decir nada, visiblemente tensa. Cierro de golpe, rodeo el capó, y antes de arrancar les lanzo una mirada asesina a los que siguen grabando.

Conduzco rápido pero con cuidado, echándole un vistazo a Gia de vez en cuando. No dice nada. Se limita a clavar los ojos en la ventanilla, con los brazos cruzados.

—Lo siento —murmuro al fin—. No esperaba eso.

—Yo tampoco… —responde en voz baja—. No sabía que sería así de intenso.

—No volverá a pasar. Tendremos más cuidado. Te lo prometo.

Cuando llegamos a su casa, aparco y la acompaño hasta la puerta. Antes de entrar, se gira hacia mí.

—¿Quieres quedarte a dormir?

Asiento sin pensarlo.

—Claro.

La noche es tranquila. Nos duchamos rápido, sin tonteo esta vez. Nos acostamos en su cama y Gia se acurruca contra mi pecho. La rodeo con mis brazos, y le acaricio el pelo hasta que se queda dormida.

Pero yo no consigo pegar ojo.

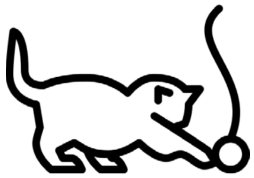
La siento respirar tranquila a mi lado, tan vulnerable…, tan real… No es parte de una apuesta, no es un reto que debía superar.

Me siento como un cabrón.

Tenía que habérselo dicho. Esta noche. En cuanto la he traído a casa. Pero entonces he visto su cara, cómo se ha agobiado, cómo se ha encerrado en sí misma.

No era el momento.

Y lo peor de todo es que siento que me estoy quedando sin tiempo.



11

GIA

Despierto con la sensación de tener el pecho lleno. De aire, de calor, de Xander.

Me lleva un segundo recordar que no estoy sola en mi cama. Que la noche anterior no fue un sueño ni lo que pasó en el cine ni la avalancha de flashes que casi me hace hiperventilar.

Él está ahí.

Detrás de mí, su brazo cruzándome la cintura, su respiración tranquila rozando mi nuca. No sé qué hora es ni me importa. Solo quiero quedarme así un rato más, en ese limbo donde todo parece fácil y bonito.

Pero, claro, la calma es traicionera. Porque ahora que tengo tiempo para pensar, la inseguridad me araña desde dentro.

¿Qué somos? ¿Él piensa en mí como yo en él? ¿O solo estamos jugando a ser algo?

Intento que esos pensamientos se vayan, pero no lo hacen.

Y menos después de ver cómo los medios ya nos han puesto una etiqueta. *«Xander Cole pillado en actitud muy cariñosa con una morena misteriosa».* Esa soy yo, la misteriosa. La no definida. La que no tiene ni puta idea de qué está pasando.

Me muevo ligeramente y él se despierta. Lo noto por cómo sus dedos se tensan sobre mi abdomen.

—Buenos días, preciosa —murmura con la voz ronca, justo antes de besarme el hombro desnudo.

Se me pone la carne de gallina al instante. Me vuelvo hacia él y se me cae un poco el alma cuando veo su sonrisa. Es tan guapo, tan de verdad… Con el pelo revuelto, la barba algo más crecida y esos ojos entrecerrados que parecen estudiar cada gesto que hago.

—Buenos días —le contesto, más bajito.

—¿Estás bien? —pregunta, acariciándome la mejilla.

Dudo. Pero asiento.

No voy a soltarle mis inseguridades recién levantada. Aunque me muera de ganas de preguntarle qué somos. Qué siente. Qué quiere de mí.

—Solo estoy procesando todo lo de anoche —reconozco al final.

Él suspira y se incorpora un poco.

—Siento lo de los fotógrafos. No me lo esperaba.

—No es culpa tuya.

—No, pero… yo debería haber estado más atento. No quiero que te sientas agobiada.

Y justo ahí, con esa frase, me derrito un poco.

Porque no está huyendo. No está evitando el tema. Está cuidándome. Y cuando me besa la frente, algo dentro de mí hace clic.

Estoy jodida. ¿Me estaré enamorando?

Xander comprueba la hora en su móvil y pone cara de: *«Joder, qué tarde es».*

—No te vayas aún —le pido bajito, aferrándome a su espalda como una idiota.

Él se ríe suave.

—Sabes que me encantaría quedarme contigo todo el día, Gia, pero tengo mil cosas que hacer —Me acaricia la mejilla—. Ya sabes…, mi asistente me ha petado la agenda de responsabilidades. Entrevistas, entrenamiento, reuniones. Empieza la temporada.

No puedo evitar sonreír.

—Lo sé —digo, soltándolo con desgana—. Qué bien hace su trabajo esa asistente. Deberíais subirle el sueldo.

Xander se ríe y se viste rápido, pero antes de irse vuelve a la cama. Se agacha sobre mí, me aparta el pelo del rostro y me da un beso lento, suave, como si no quisiera marcharse del todo.

—Te veo luego —me dice.

—¿Sí?

—Sí. No pienso perderme ni un minuto contigo.

Y se va.

Me quedo sola en casa, con Cronos tumbado en el sofá, panza arriba, como si la vida fuera un chiste.

Me echo a reír y le tiro un cojín.

—Espabila, bicho. Haz tu trabajo y dime que no estoy loca por ese tío.

Cronos solo maúlla y estira una pata, exigiendo mimos.

Lo acaricio y suspiro.

Estaré jodida, pero por primera vez, no me da miedo.

Me visto mientras Cronos me sigue con la mirada desde el borde de la cama como si supiera que mi cabeza va a mil por hora.

Llevo el vestido puesto pero sin la cremallera cerrada cuando suena mi móvil. Savannah.

—Dime, *drama queen* —respondo con media sonrisa, colocándome el móvil entre el hombro y la mejilla.

—Drama, dice… —resopla—. ¿Te has visto en los últimos titulares? ¿En las fotos? Parecéis Kendall y Harry Styles versión NFL.

Suelto una risa, aunque no me hace tanta gracia como pretendo.

—Sí…, ha sido un poco… intenso.

—¿Estás bien?

Cierro los ojos un segundo, agradeciendo que me lo pregunte.

—Sí, solo me pilló desprevenida.

—Normal —responde—. Estabas abrazada a un *quarterback* buenorro en plena vía pública, ¿qué esperabas? ¿Un aplauso?

—Bueno…, pues no habría estado mal —respondo con fingida inocencia, y ambas reímos.

Savannah se queda callada un momento, pero luego lo suelta con ese tono que mezcla sarcasmo y curiosidad real.

—Entonces… ¿sois algo oficial o qué? ¿Ya lo puedes llamar novio o todavía está en fase de «nos estamos conociendo»?

Me detengo frente al espejo, con mis dedos a medio camino de cerrar la cremallera del vestido.

—No lo hemos hablado —reconozco, sincera.

—¿Y tú qué quieres?

Me muerdo el labio.

—Quiero intentarlo. Con él. De verdad.

Savannah se queda en silencio un par de segundos y luego suelta un suspiro sonoro.

—Joder, tía. Me encanta. Pero si te rompe el corazón, lo mato.

Colgamos poco después, y termino de arreglarme con más cuidado del habitual. No por él. Por mí. Me gusta sentirme bien. Me gusta cómo me mira cuando llevo los labios rojos y el pelo suelto.

Salgo de casa con bastante tiempo como para ir dando un paseo.

El corazón lo tengo un poco más liviano y los pensamientos, más centrados. El sol se cuela por los edificios de la ciudad y hay una brisa que huele a café y a castañas.

El día en la oficina pasa más rápido de lo que esperaba, aunque el ritmo no me da ni un respiro.

Con la temporada a punto de arrancar, todo gira en torno al calendario oficial: partidos, traslados, hoteles, vuelos, comidas.

Mi escritorio está cubierto de hojas con colores marcados, tablas, rutas de viaje y nombres de ciudades que ya me sé de memoria.

Atlanta. Chicago. Denver. Los Ángeles.

Me paso horas revisando horarios y ajustando alojamientos para el equipo.

Que no falte nada. Que todo esté en orden.

Que ellos solo se preocupen de ganar.

A media mañana recibo un paquete con los uniformes del *staff*. Todos nuevos.

Y al ver mi nombre bordado al lado del logo de los Seattles Titans, sonrío como una idiota.

Nunca pensé que algo tan simple me haría ilusión.

Más de lo que me atrevo a confesar en voz alta.

Hago una pausa para comprar algo en la máquina del pasillo cuando lo siento detrás de mí.

Su presencia es como una descarga eléctrica directa a mi piel.

—Tienes un minuto… —susurra Xander en mi oído, con voz rasgada.

No es pregunta.

Y mi cuerpo ya responde antes que mi cabeza.

Me toma de la mano y me lleva a rastras, sin esperar objeción.

Atravesamos el pasillo con paso firme hasta una de las salas de reuniones vacías. Cierra la puerta tras de sí con un clic seco.

—Xander…

No me deja terminar.

Me acorrala contra la puerta, su boca encuentra la mía con hambre. El beso es rápido, profundo, lleno de fuego. Sus dedos se cuelan por debajo de mi vestido, ávidos. Me agarra del muslo y me sube la pierna, marcando territorio con el roce de su cuerpo contra el mío.

Gimo contra sus labios.

Él gruñe.

—He estado pensando en ti todo el día. Necesito sentirte ya.

Me gira con firmeza y me empuja suavemente hacia la mesa.

En un segundo, me tiene echada sobre ella, con el pecho contra la superficie fría de madera. Me tapa la boca para ahogar cualquier sonido.

Y cuando me la mete de golpe, sin aviso, jadeo contra su palma.

Está duro. Caliente. Salvaje.

Cada embestida me empuja más contra la mesa, y me dejo llevar por esa sensación de peligro, del riesgo de que alguien pase cerca, de que el tiempo es escaso.

—Tienes un coño perfecto, joder… —murmura con la respiración agitada.

Mis caderas se arquean solas, buscándolo más.

Su polla me llena por completo, golpeando justo donde más lo necesito.

Y aunque el momento es fugaz, me parece que el mundo se detiene: solo estamos él, yo, y el calor que nos quema.

Cuando nos corremos, casi al mismo tiempo, tengo que morderme la lengua para no gritar. Xander gruñe contra mi cuello, descargándose dentro de mí, con sus movimientos desacelerando poco a poco, aún dentro.

Nos quedamos unos segundos así. Respirando. Temblando.

Luego se aparta, me acomoda la ropa y me da una nalgada suave.

—Que te vaya bien el día, Clarke —dice con una sonrisa ladina, y me besa en los labios rápidamente—. Luego te vuelvo a distraer.

Le sonrío sin aliento.

—Me parece justo.

Y salimos, cada uno por un lado, fingiendo que no ha pasado nada.

Pero la sonrisa de idiota en mi cara me delata.

Avanzo un poco y me fijo que al final del pasillo, está Hannah. Y nos ha visto salir juntos.

Agacho la cabeza y reanudo mis quehaceres.

Entro a la oficina, y en cuanto cruzo la puerta, lo noto.

El ambiente. La energía. La forma en la que ella me mira.

Hannah.

Antes, solía sonreírme con complicidad. Compartíamos caras de «Yo sé lo que pasa aquí» cada vez que los chicos hacían el idiota.

Pero hoy… su sonrisa no aparece.

Ni siquiera una pequeña.

Solo un gesto neutro, casi frío. Un vistazo rápido, cargado de algo que no entiendo.

—Buenas —le digo con naturalidad, esperando una respuesta.

—Hola —responde, sin emoción, y se vuelve hacia su ordenador como si tuviera algo urgente que hacer.

Me quedo unos segundos de pie, procesando.

Vale. ¿Qué mierda ha pasado aquí?

¿Será porque nos ha oído antes? Y si es así, ¿qué más le da a ella?

Pienso en decirle algo más, en intentar romper el hielo. Pero no lo hago. No me gusta forzar a nadie a estar bien conmigo.

Si está rara, tendrá sus motivos.

Pero sí lastima un poco.

Sobre todo cuando no tienes ni idea de qué has hecho mal.

Suspiro, me recoloco el bolso sobre el hombro y voy hacia el pasillo de los despachos, justo donde sé que en cualquier momento podría cruzarme con Xander.

Y solo espero que siga siendo mi refugio.

Cuando termino mi trabajo, recojo mis cosas con calma. Hannah sigue distante, así que no me esfuerzo en forzar una despedida.

Es poco más tarde de la hora del almuerzo. Así que cuando entro en la cafetería no hay casi nadie.

Cojo una bandeja y me sirvo un plato de pasta.

Me siento junto a una ventana enorme que da al campo. Fuera, algunos jugadores corren en la pista de entrenamiento. El cielo está gris y parece que va a llover, y el murmullo de fondo me envuelve en una calma inesperada.

Tengo el plato delante, pero estoy picoteando sin mucho interés. Cronos estaría orgulloso de mi nivel de pereza en este instante.

Saco el móvil y, por costumbre —o por masoquismo—, abro Twitter. Maldita sea mi curiosidad.

No tardo ni dos segundos en ver mi cara. Bueno, la de Xander… y la mía, justo detrás de él, con esa cara de susto monumental que puse anoche cuando nos asaltaron los flashes.

«¿Nueva pareja del año?».

«Xander Cole pillado en actitud muy cariñosa con una misteriosa morena. ¿Oficial?».

«El quarterback más caliente de la liga parece haber colgado los botines de soltero».

Resoplo, dejando el tenedor sobre la bandeja.

Hay fotos de nosotros entrando al cine, saliendo, con sus brazos envolviéndome para protegerme, su cuerpo bloqueando a los fotógrafos. Parecemos… algo. Una pareja. Un nosotros.

Y aunque debería agobiarme más, solo siento un nudo extraño en el pecho. No sé si es miedo o ilusión.

Muevo el pulgar y leo algunos comentarios.

La mitad son fans de Xander despotricando.

La otra mitad son curiosas investigadoras tratando de saber quién soy.

Una incluso me ha encontrado en Instagram.

Genial.

Tomo un sorbo de agua y apoyo la mejilla en la palma de la mano. No puedo evitar sonreír solo cuando me acuerdo de cómo me abrazó anoche, de lo cuidadoso que fue al taparme con su cuerpo. Lo serio que se puso. Como si de verdad le importara.

Mi móvil vibra. Xander.

Xander: *¿Has comido bien o sigues dándole vueltas a la comida? Te espero fuera.*

Pongo los ojos en blanco, pero se me escapa una risa.

Le contesto con una foto del plato de pasta medio vacío y un *sticker* dramático.

Mi sonrisa dura más de lo que debería.

Y ahí, en medio del comedor, con esos titulares absurdos flotando en el aire digital, me doy cuenta de que una parte de mí no quiere que esto se acabe.

Sea lo que sea esto.

Salgo por la puerta, me acerco y él sonríe en cuanto me ve.

—¿Lista? —pregunta.

—Siempre.

Subimos al coche y, una vez dentro, me atrevo.

—¿Te sientes raro? —le pregunto, girando un poco la cabeza hacia él —. Por lo que se ha dicho en la prensa, digo. Que tengas pareja oficial y todo eso…

Xander frunce un poco los labios para restarle importancia.

—La prensa siempre exagera —responde con un encogimiento de hombros—. Están aburridos.

—Ya… —murmuro, observándolo de reojo.

Pero lo noto pensativo.

Lejos.

Como si su cabeza estuviera a punto de explotar y él solo intentara contener la presión.

Me humedezco los labios y suelto el aire.

No sé por qué, pero creo que necesito saberlo.

Sacarlo.

—Yo no sé si lo que tenemos es algo serio o no —empiezo—. Y tampoco quiero presionarte. Pero sí sé que… contigo me siento bien. Me siento segura. No tengo miedo. —Él vuelve un poco la cabeza hacia mí, atento—. Siempre he tenido miedo de que algo se rompa. De que alguien se largue. Pero tú… me haces querer arriesgarme. Me haces querer quedarme. —Me río un poco, nerviosa—. Eso no me pasa con cualquiera, Xander. De hecho, no me había pasado nunca. Así que… quería saber qué piensas tú. Si esto… —hago un gesto entre los dos— también te está cambiando un poco.

Xander guarda silencio unos segundos.

Lo suficiente para que mi estómago se tense.

—Gia… —dice al fin, con la voz baja—. No sabía que necesitaba algo así hasta que tú llegaste. —Sus dedos tamborilean sobre el volante, y le cuesta sacar las palabras, como si tuviera que obligarse a escarbar dentro de sí—. Estoy acostumbrado a que todo el mundo espere algo de mí. Que juegue bien. Que me porte como un cabrón encantador. Que no me apegue a nadie. Pero cuando apareciste…, joder, me sacudiste el puto mundo. —Y ahí está. Ese brillo en los ojos que aparece cuando no sabe cómo ordenar lo que siente. Xander Cole, el tío seguro de sí mismo, el que tiene a todos comiendo de su mano… ahora parece humano. De carne, hueso y emociones enredadas—. Contigo no tengo que fingir. Me sale solo cuidarte, querer estar contigo, buscarte aunque no lo diga. Y sí. Me importa lo que la gente diga. Me jode que te agobien. Pero lo que más me jodería sería perder esto. Perderte. —Siento una opresión en el pecho—. Así que no tengo ni idea de cómo se hace esto —sigue—. Pero quiero aprenderlo contigo. Y si tú estás dentro…, yo también lo estoy. —Sonríe. Esa sonrisa torcida, sincera, que me derrite desde dentro—. Me importas, Gia. Mucho más de lo que pensé que alguien podría importarme otra vez.

Mi garganta se cierra un poco.

Le tomo la mano. Y la aprieto. Fuerte.

Como si eso bastara para decirle que también estoy dentro.

Y aunque no lo sepa aún, me doy cuenta: estoy jodidamente enamorada de él.



12

XANDER

Hay algo raro en mí últimamente.

Lo noto en los silencios, en la forma en la que la busco con la mirada cuando no está cerca, en cómo el simple hecho de saber que está bien me calma. Es una sensación nueva, y muy intensa. Y me asusta más que cualquier defensa rival con intención de partirme en dos.

Esa chica se ha colado en mi mundo de forma tan inesperada que ni siquiera sé cómo he acabado aquí, en este punto. Pero aquí estoy. Jodidamente metido. Jodidamente atrapado. Y sí, jodidamente feliz también.

La conversación que tuvimos en el coche después del trabajo me dejó dándole vueltas a la cabeza toda la noche. Ella, tan segura, tan valiente, diciéndome que conmigo no tiene miedo, que se siente bien, como si pudiera confiarme su vida, su historia, su corazón.

Y yo…

Yo no fui capaz de decirle la verdad.

Tuve la oportunidad. La tuve ahí, en bandeja, en el instante perfecto. Pero no pude. Algo dentro de mí me gritó que, si se lo decía, si le contaba cómo empezó todo esto, la perdería. Y no puedo. Ahora no, cuando por fin siento que tengo algo real.

Por primera vez en mi vida, tengo miedo de perder a alguien.

No por orgullo ni por posesión: por amor.

Sí. Lo admito para mí mismo aunque no tenga cojones de decírselo todavía: creo que estoy enamorado de Gia Clarke.

Y no tengo ni puta idea de qué hacer con eso.

He intentado convencerme de que tengo que contarle lo de la apuesta. Que es lo correcto. Que ella merece saberlo. Pero luego la veo sonreírme, como lo hizo aquella mañana mientras se recolocaba el vestido, o cuando me mandó un *sticker* idiota, y siento que, si abro la boca, lo echaré todo a perder.

Y no quiero estropear esto. No puedo.

Además, sé que no es justificación, pero no cogí el dinero de la apuesta. Nate me lo ofreció y yo lo rechacé. Porque ya no se trataba de eso. Ya no. Nunca lo fue, si soy sincero conmigo mismo.

Gia es más que una apuesta. Más que un reto. Gia me está cambiando.

Así que me repito que lo mejor es pasar página. Fingir que no ha ocurrido. Enterrarlo. Porque, al fin y al cabo, esto que estamos construyendo es real. Lo siento en los huesos, en el pecho, en cada latido de mi corazón.

Y sí, puede que esté construyéndolo sobre un error… Pero, por ella, estoy dispuesto a hacerlo todo bien a partir de ahora.

Ha pasado ya una semana desde que, sin decirlo con todas las letras, Gia y yo somos algo. No hubo una etiqueta, no hubo una conversación formal. Solo pasó. Natural, inevitable. Y, joder, está siendo la mejor semana de mi vida.

Entre los entrenamientos, las entrevistas y las reuniones por el arranque de la temporada, tengo la cabeza a mil. Pero entonces ella aparece —con esa forma suya de mirarme— y todo se me calma. Su voz tiene un interruptor para bajarme las revoluciones, cada noche a su lado es la pausa que nunca supe que necesitaba.

La rutina con ella me tiene sonriendo como un idiota.

Despertar con su cuerpo pegado al mío.

Ducharme a toda prisa para no llegar tarde, solo para acabar volviendo a la cama a besarla cinco minutos más.

Mandarnos mensajes durante el día.

Comer juntos cuando se puede. Y las noches…, las noches deberían de ser eternas. Nunca son suficientes.

A veces estamos en su sofá viendo una peli mala que ella ha elegido. Otras veces terminamos besándonos como si el mundo se fuera a acabar. Y otras simplemente me quedo contemplándola mientras duerme y Cronos se sube a mis piernas porque ya somos como colegas de toda la vida.

Ese gato me ha adoptado.

Lo juro.

Ahora se me tira encima y me hace creer que soy su humano favorito y me muerde cuando dejo de rascarle.

Gia dice que eso es amor gatuno. Yo digo que me está adiestrando. Y me encanta.

Durante la semana hemos hecho una vida bastante tranquila, la prensa no ha podido pillar casi nada porque nuestras citas han sido entre las paredes de nuestras casas. Y tampoco es porque queramos escondernos —a nadie le queda duda de que estamos juntos—, sino porque lo que tenemos es nuestro. Íntimo. Real.

Uno de esos días Gia me preparó una cena.

Yo llegué destrozado. Había sido uno de esos días que no terminan nunca, con todo encima y mil cosas que no salieron bien. Me juré que pasaría solo a su casa a verla un rato, a besarla un poco y que iba a largarme para poder dormir algo.

Pero abrí la puerta y me encontré con velas encendidas, música suave de fondo y ella… con una camiseta mía enorme, y nada más.

Había cocinado —algo con pasta, champiñones y un queso con el que aún sueño— y supe que me estaba cuidando sin decírmelo. Me senté a la mesa, ella sirvió las copas y hablamos de cualquier tontería mientras yo intentaba no derretirme de lo jodidamente bien que me hacía sentir.

Fue una de las pocas veces en las que no quise sexo.

Solo quise quedarme mirándola.

Solo quise estar ahí.

Como agradecimiento, yo le preparé a los dos días una cita en la playa.

Quería hacer algo diferente. Algo nuestro.

Así que cogí todo lo necesario —mantas, algo de picoteo, vino frío…— y la llevé a una cala casi escondida que encontré hace unos

meses en un entrenamiento cerca de la costa.

No había nadie más. Solo nosotros, el cielo tiñéndose de naranja, y el mar rompiendo con calma.

Gia se quitó los zapatos y metió los pies en el agua.

Se echó a reír cuando una ola la mojó entera. Y yo no pude evitar contemplarla como un idiota.

Estaba tan hermosa. Tan libre. Tan mía.

Nos tumbamos en la arena, tapados con una manta. Le acaricié el pelo mientras hablábamos de cosas sin peso, de tonterías, de sueños, o de teorías del universo.

Y entonces me besó. Despacio, como si no tuviera prisa. Como si besarme fuese su forma de respirar.

La tumbé con cuidado, entre la manta y la arena.

Le subí el vestido, y ella se arqueó contra mí sin decir nada.

Solo sus gemidos suaves, sus uñas en mi espalda, su boca abierta buscando más.

Hicimos el amor ahí, con el sonido de las olas de fondo.

Lento. Con calma. Con esa intensidad que solo se da cuando ya no es solo deseo, sino algo más profundo. Algo que te rompe por dentro de lo bonito que es.

Y después, la tenía en mis brazos con la brisa enfriándonos la piel, y supe que ya no podía volver atrás.

Que ya no quería que nada de esto cambiase. Nada.

Estoy enamorado de ella.

Completamente. Y sin remedio.

La pienso cuidar.

La pienso proteger de todo. Incluso de mí mismo, si fuese necesario.

Y ahora estoy aquí.

Con sus dedos entrelazados con los míos.

Frente al estadio, el lugar donde empezó todo.

Mi pecho sube y baja con un ritmo distinto al de siempre. No es solo cosquilleo previo al primer partido de la temporada, también es algo distinto. Algo más visceral. Como si el corazón me pesara el doble, pero no de miedo…, de significado.

Es ella. Es tenerla aquí conmigo. Mirándome con esos ojos oscuros que me dicen sin palabras que cree en mí más de lo que yo mismo lo hago a veces.

Gia me aprieta la mano. Sonríe. Y todo mi mundo se calma. Aunque el estadio vibre, aunque la afición ruja al otro lado de esas puertas, aunque sepa que en minutos todo va a estallar…, ella consigue que el ruido se disuelva.

Gia lleva mi sudadera de los Titans y esa coleta alta que me hace pensar en todo lo que no debería estar pensando antes de un partido.

Hemos tenido una pretemporada intensa, con dobles sesiones, repeticiones infinitas, videos analizando las jugadas hasta quedarnos ciegos. Mi cuerpo está en forma. Mi mente, centrada. Y el equipo…

Los Seattle Titans estamos listos. Hoy abrimos la temporada en casa, contra Las Vegas Storm, un equipo cabrón, rápido, que viene con sangre en los ojos después de quedar fuera de *playoffs* el año pasado. No nos van a regalar nada.

Pero no me importa.

Porque siento que este año es distinto.

Que yo soy distinto.

Que tengo una razón nueva para ganar. Una que camina a mi lado, con esa melena y esa forma de mirarme que me vuelve loco.

Gia se detiene conmigo a unos metros de la entrada al túnel. Hay prensa. Fans. Gente gritando mi nombre. Pero yo solo la oigo a ella.

—Vas a comerte el campo, ¿lo sabes? —me dice con voz baja pero firme.

—¿Sí? —pregunto, agachándome hacia su oído.

—Sí —sonríe—. Pero yo voy a estar en las gradas, gritando como una loca por ti.

—Dios…, te ves tan sexy cuando te pones modo fanática —le susurro, acercándome un poco más—. Vas a volverme loco.

—Ya estás loco —responde—. Por mí.

—Sí —asiento, sin pensarlo.

Silencio.

Un segundo donde existe nadie más.

—No sabía que podía sentir algo así antes de un partido —admito, mirándola a los ojos—. Antes me llenaba con rabia, con ganas de demostrar algo al mundo. Pero ahora… ahora es distinto, Gia.

—¿Distinto cómo? —pregunta, apretando más mi mano.

—Ahora quiero ganar por algo más que orgullo —respondo—. Quiero ganar sabiendo que, cuando salga de ese túnel, vas a estar ahí. Y que, si me rompo, me vas a ayudar a recoger los pedazos.

Gia parpadea. Su expresión cambia. Es más suave. Más vulnerable.

—Yo ya no sé cómo era mi vida antes de ti, Xander. Y no quiero volver a saberlo.

Dios. Esas palabras. Se me clavan en el pecho como una promesa que ni siquiera sabía que necesitaba.

La abrazo fuerte.

—Te prometo que voy a dejarlo todo ahí dentro —le digo al oído —. Por mí. Por el equipo. Pero sobre todo…, por ti.

Ella se separa un poco, y me acaricia el pecho.

—Si pierdes hoy, no pasa nada —dice, leyéndome la mente—. Pero si no luchas, sí que me vas a decepcionar.

Sonrío. Esa es mi chica.

—Entonces, prepárate para ver a tu hombre dominar el campo.

Gia me besa despacio. Un beso que tiene sabor a fe. A cariño. A un «Te espero fuera, pase lo que pase».

Y cuando me doy la vuelta y me adentro en el túnel, con el casco en una mano y su perfume todavía aferrado a mi ropa, sé que nada va a ser igual.

Lo único que tengo claro es que hoy empiezo la temporada de mi vida.

Esa temporada en la que sé que no voy a jugar solo.

Entro en el vestuario; huele a nervios, a linimento, a cuero, a historia.

Las paredes retumban con las vibraciones de los cánticos de la afición.

Es como estar dentro del corazón del estadio… latiendo al ritmo de la guerra que está a punto de empezar.

Ya tengo las botas puestas. La camiseta con el número 8 me abraza el torso como una segunda piel.

Miro a mi alrededor.

Chase está revisando sus guantes, sentado con la cabeza agachada. Nate se golpea los muslos con los puños, concentrado, en su mundo. Otros pasean de un lado a otro, estirando los brazos, calentando el cuello, murmurando oraciones, mantras, rituales.

Todos tienen esa expresión.

La que solo se ve justo antes de una batalla.

Me levanto.

Cojo mi casco.

Y me acerco al centro del vestuario, donde todos pueden verme.

—Eh, Titans. —Mi voz resuena entre las taquillas metálicas—. Hoy no es solo el primer partido de la temporada. Hoy también es la primera oportunidad de mostrarle a todo el país quienes somos. De demostrar que este equipo no es solo un nombre en una tabla. Es familia. Algunos asienten. Otros se giran del todo para prestarme atención. Siento cómo crece la electricidad. Cómo sube la tensión al notar que estamos al borde de algo grande—. He jugado con muchos de vosotros desde hace años. Y a los que son nuevos, les digo una cosa: aquí dentro nadie juega solo. Nos cubrimos las espaldas. Nos dejamos el alma. Y salimos ahí fuera a hacerles entender que a los Seattles Titans no se les jode.

—¡Vamos, joder! —grita uno de los linieros, encendido.

Yo sonrío. Y por dentro, pienso en ella.

En cómo me ha cambiado. En cómo me ha hecho sentir más completo, más fuerte.

—Salimos ahí —digo, más bajo ahora—. Y jugamos con todo lo que tenemos. Por nosotros. Por nuestra gente. Por lo que hemos perdido. Y por lo que no estamos dispuestos a perder.

Nos juntamos.

Hombro con hombro.

Manos entrelazadas.

Un solo grito.

Un solo equipo.

—¡TITANS!

Y entonces el túnel se abre. Las luces nos ciegan. Los gritos nos arrastran. Y el campo nos espera.

Hoy empezamos.

Y ahí fuera, pienso darlo todo.

El rugido del estadio es ensordecedor.

Todos estamos en modo automático. Cada fibra de mi cuerpo sabe qué hacer. Cada paso sobre el césped me recuerda que este es mi lugar.

El corazón late rápido, pero no de nervios: de hambre.

Alzo la vista hacia la grada. Ahí está. Gia.

De pie, con una gorra de los Titans, los ojos brillando, los brazos levantados junto a Savannah, que agita una pancarta improvisada con mi número.

Se están dejando la voz. Y eso… me prende.

No hay forma de que hoy falle.

Primer cuarto.

Recibo el primer pase. Lo atrapo. Gano quince yardas. Los cascos chocan. Las pisadas truenan.

El juego es violento, pero hermoso. Como un ballet agresivo y coreografiado.

Chase me lanza otra bomba. La atrapo al vuelo, girando en el aire como si todo fuera a cámara lenta.

Caigo sobre el césped, con los brazos bien cerrados en torno al balón.

—¡Vamos, Titans! —grito cuando me levanto, y los míos chocan sus cascos conmigo.

Me vuelvo hacia el banquillo, pero mis ojos vuelan de nuevo hacia la grada. Ella me está mirando. Sonríe y me lanza un beso.

Y me juro a mí mismo que ese beso lo voy a convertir en puntos.

Segundo cuarto.

Las defensas del equipo rival aprietan.

Me bloquean duro. Me tiran una vez y me dejan sin aire por un segundo.

Pero me levanto. Siempre me levanto. Tengo a Gia en la cabeza.

Su risa. Su olor por las mañanas. Su voz cuando me llama idiota entre risas.

Chase asiente.

Sabe que voy a correr esa ruta aunque me partan en dos.

Y lo hago. Me libero. Giro. Salto entre dos defensas.

Y atrapo el balón justo dentro de la zona de anotación.

Touchdown.

El estadio estalla.

Yo me giro hacia la grada, levanto los brazos… y busco sus ojos.

Gia se abraza con Savannah, saltan como locas. Y ese momento vale más que cualquier copa.

Descanso.

Volvemos al vestuario jadeando, empapados en sudor.

El marcador está ajustado, pero vamos ganando por poco. El entrenador suelta su charla y todos lo escuchamos. Pero yo… solo pienso en volver a salir.

A terminar esto. Por mi equipo. Por ella.

Tercer cuarto.

Empiezan a atacarnos fuerte. Nos empatan. El ambiente se tensa.

Mis músculos arden. Me duelen las costillas, pero no me detengo.

Cada vez que cruzo la línea de golpeo, cada vez que encaro a un defensa, me repito que no puedo fallarles.

Gia está ahí. Y no solo quiero impresionarla. También quiero merecerla.

Último cuarto.

Quedan dos minutos.

Estamos a cuatro puntos por debajo. Necesitamos anotar. Es ahora o nunca.

En la reunión, Chase se centra en mí.

—¿Estás listo para hacer historia?

—Siempre —le respondo.

Jugamos la última jugada.

Una ruta larga y peligrosa.

El balón vuela. El tiempo se detiene.

Yo salto. Estiro los brazos y lo atrapo.

Un defensa me golpea al instante, pero ya he cruzado la línea.

Touchdown. Otra vez.

Caigo. El aire se me escapa. Pero el estadio explota de alegría.

Hemos ganado.

La grada es un delirio de aplausos, gritos, bengalas.

Mis compañeros corren hacia mí, saltan encima, me rodean, me zarandean como locos.

Chase me abraza fuerte y grita.

—¡Joder, tío! ¡Eres una bestia!

Estamos todos desbordados de adrenalina. Nos abrazamos, gritamos y nos empapamos de sudor y euforia.

Y mientras el resto del equipo levanta los brazos hacia las cámaras, yo los dejo atrás.

Y lo primero que hago es buscarla.

Gia está llorando, riéndose, temblando de emoción.

Me está esperando con la gorra ladeada, las manos juntas contra su pecho.

Cuando llego a ella, no digo nada.

Simplemente la tomo de la cintura, la alzo sin esfuerzo y la beso.

La beso como si no existiera nada más.

Ni las cámaras. Ni el equipo. Ni el puto mundo entero.

Solo nosotros.

Cuando la bajo, ella se ríe entre lágrimas.

—Has estado increíble —me dice, y yo asiento, jadeando aún, con el corazón desbocado.

El equipo comienza a acercarse, se sacan fotos, se tiran al césped. Hay confeti. Cánticos.

Pero yo solo pienso en ella.

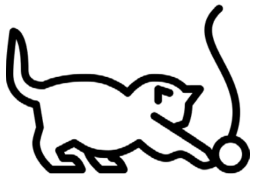
Me paso una mano por el rostro, intentando procesarlo todo.

Y entonces, sin pensar, lo digo.

—No sé si he nacido para este deporte, pero sé que nací para sentir esto.

Para jugar como si ella me mirara siempre.

Y para ganar… solo si es con ella al final del partido.



13

Gia

El sol apenas empieza a colarse por la ventana cuando abro los ojos y lo primero que veo es su espalda. Ancha, fuerte, completamente desnuda. Respira con calma, de lado, abrazado a su almohada como se abraza a mí.

Y yo… yo me siento en paz absoluta. Me siento en casa.

No hay otra forma de describirlo. Estoy en este cuarto. En esta cama. Con ese cuerpo que me he aprendido de memoria en tan poco tiempo. Todo huele a él. Sabe a él. Y aun así no me canso. No me empacha. No me agobia.

Confío en él. Más de lo que pensé que volvería a confiar en alguien.

Me incorporo un poco sin despertarlo. Paso la yema de mis dedos por su hombro, siguiendo una línea imaginaria. Me tiembla un poco el pecho. No por miedo, sino por lo fuerte que me late el corazón. Nunca me había sentido tan segura. Tan cómoda.

Como si en realidad llevara años a su lado.

Han pasado días desde el primer partido de la temporada, y todavía me dura la adrenalina.

El estadio vibraba como una bestia viva. La gente rugía en las gradas y yo no podía dejar de mirar al campo, a él, a Xander, como si estuviera viendo una película en tiempo real.

Fue increíble. Ver al equipo en acción, tan compenetrados, tan fieros. Y él… Dios.

No sé ni cómo describirlo. No era solo su fuerza ni su velocidad, ni la forma en que lideraba cada jugada. También era su presencia. Todo el mundo estaba pendiente de él, y yo también. Pero como los demás no.

Yo lo veía en cada detalle: la forma en que se colocaba los guantes, el momento exacto en que apretaba la mandíbula cuando algo no salía como quería, o ese gesto que hace con la lengua cuando está concentrado. Lo vi. Y me enamoré un poco más.

No se lo he dicho todavía. Pero sé que lo estoy.

—¿Qué hora es? —gruñe con la voz rasposa, abriendo un ojo, todavía medio dormido.

—Temprano. Pero ya tengo que irme —respondo mientras me estiro.

—Cinco minutos más —murmura, y me agarra de la cintura para acurrucarme junto a su pecho.

Me río bajito, enterrando la cara en su cuello.

—Me vas a hacer llegar tarde.

—Que me echen la culpa a mí —susurra con una sonrisa, y me besa en la frente.

Me derrito. Literalmente. ¿Cómo se supone que una persona puede hacerme sentir tantas cosas con un simple beso en la frente?

Me quedaría aquí toda la vida. Pero el mundo no se detiene, y la temporada apenas ha empezado.

Me levanto con cuidado. Xander se estira en la cama, despeinado, con el torso descubierto y una expresión soñolienta que me hace querer saltarme el trabajo solo para volver a enredarme entre las sábanas con él.

Pero me contengo. Porque ahora tengo algo más que ganas. Tengo una rutina. Una relación. Y por primera vez en mucho tiempo, siento que todo está donde tiene que estar.

Todavía me estoy secando el pelo cuando escucho sus pasos arrastrándose desde la cama.

Xander entra en el baño con ese pelo revuelto que debería verse mal, pero que en él, inexplicablemente, se ve perfecto.

—¿Ya te vas entonces? —pregunta con un bostezo, abrazándome por la espalda mientras me cepillo los dientes.

—En diez minutos —le respondo con la boca llena de espuma.

Él asiente, me da un beso lento en el hombro y apoya la barbilla en mi cabeza.

Permanece así unos segundos, en silencio, hasta que murmura.

—Echo de menos a Cronos durmiendo en nuestras piernas.

Sonrío, con la pasta aún en la boca.

—Yo también —digo, y me enjuago la boca—. Aunque el muy traidor se vaya a tus piernas últimamente.

Pongo una expresión de celos desafiante.

—Sí, por eso mismo —dice, con una sonrisa que no le cabe en la cara.

Nos miramos a través del reflejo, y siento ese calor familiar en el pecho, ese que aparece cada vez que me hace sentir como si fuésemos una familia. Aunque no lo diga en voz alta.

Xander suelta un suspiro suave, se despega de mí y se apoya contra el lavabo.

—Estaba pensando… —empieza, rascándose la nuca, con ese gesto suyo cuando no sabe bien cómo decir algo—. No quiero agobiarte ni nada, ¿vale? Solo… se me ha ocurrido una idea.

Me doy la vuelta con curiosidad, limpiándome la boca con una toalla.

—¿Qué idea?

—¿Y si… te vienes a vivir conmigo? —suelta, y luego frunce un poco el ceño—. No sé, así no estamos de un sitio a otro todo el tiempo. No tendrías que levantarte antes cuando duermes aquí. Y podríamos tener a esa bola naranja siempre con nosotros.

Me quedo en *shock*. Pero de los buenos. De esos en los que el estómago se encoge de pura felicidad.

—¿Hablas en serio? —pregunto, casi sin aliento.

Él asiente, sin apartar los ojos de los míos.

—Sí. Sé que llevamos poco, pero me gusta esto, Gia. Me gusta cómo es todo contigo. Y si tú quieres…, sería un paso bonito.

Me lanzo a abrazarlo sin pensarlo dos veces, con una sonrisa tonta en la cara y el corazón a mil por hora.

—Quiero. Claro que quiero.

Él me aprieta fuerte contra su pecho y me besa la sien.

—Aunque me tengas que aguantar todos los días con el pelo revuelto.

—Y tú a mí en bata rosa con dibujos de aguacates —le respondo entre risas.

Se ríe también y, por un segundo, lo único que existe es este momento. Su abrazo. Su olor. Su casa, que ahora quizás también será un poco la mía.

—La verdad es que todo esto lo hago por Cronos, ¿eh? —dice, separándose un poco de mí—. Ese cabrón me ha robado el corazón. Solo quiero que viva aquí, feliz, durmiendo donde le dé la gana.

Le lanzo una mirada divertida.

—¿Y yo qué? ¿No cuento?

Xander se encoge de hombros, haciéndose el pensativo.

—Bueno…, tú eres el complemento colateral. Venís juntos, ¿no? Algo así como: «Adopta un gato, llévate a la dueña». Promoción irresistible.

—Idiota —le digo, riendo, y le doy un empujón suave.

—Te encanta este idiota —dice, dándome un golpecito en la nariz con el dedo.

—Me encanta más MI gato. Mío. Mi bola de pelo —le digo, marcando cada palabra.

Salgo del baño, dejándolo atrás.

—¡Nuestro! —se ríe, alzando la voz.

—Ajá, entonces, a partir de ahora el arenero lo limpias tú.

—¡Tuyo, tuyo! —responde.

Y los dos nos echamos a reír como dos niños pequeños.

Esto está bien. Es fácil. Es como un hogar.

Estoy concentrada revisando por enésima vez los detalles del próximo viaje del equipo cuando escucho que alguien golpea suavemente el marco de mi puerta.

Levanto la vista y me encuentro al míster, con una taza de café en mano y una media sonrisa en el rostro.

—¿Tienes un minuto, Gia?

—Claro, por supuesto —respondo, dejando a un lado la *tablet*.

Entra con la tranquilidad de quien lleva años en este mundo, se sienta frente a mí y le da un sorbo a su café antes de hablar.

—Solo quería decirte algo… y prefería hacerlo cara a cara.

—¿Va todo bien? —pregunto, un poco tensa.

La última vez que un jefe me pidió hablar cara a cara terminé organizando una gira con tres días de margen.

Pero él asiente con firmeza.

—Más que bien, en realidad. Gia, estás haciendo un trabajo impecable. No solo cumples con tus funciones, sino que también vas siempre un paso más allá. La logística está saliendo redonda, el equipo lo nota y la directiva también. Has hecho que todo funcione mejor.

Parpadeo un par de veces, procesando sus palabras.

—Guau… gracias. De verdad. Eso significa mucho viniendo de ti.

—Y sobre… lo de Xander —añade, con una ceja ligeramente alzada—. Sé que hay algo entre vosotros. No soy ciego ni tampoco el único que lo sabe, obviamente. Y no voy a meterme, siempre y cuando eso no interfiera con el trabajo. —Me muerdo el labio inferior, un poco incómoda, pero él levanta una mano para frenarme antes de que diga nada—. No estoy preocupado. Al contrario. Todos hemos notado el cambio en él. Está más centrado. Más comprometido. Y eso, en parte, es gracias a ti. Solo quería que lo supieras. La directiva está encantada contigo.

Sonrío, algo aliviada, pero sobre todo emocionada.

—Gracias, señor. De verdad. Intento dar lo mejor de mí… Y también… trato de que nada se mezcle demasiado. Profesionalidad ante todo.

—Y se nota —dice, poniéndose de pie—. Solo quería asegurarme de que lo sabes. A veces, uno merece escuchar que lo está haciendo bien.

Asiento, agradecida. Y mientras él se aleja, no puedo evitar sonreír como una idiota. Porque sí…, quizás por fin empiezo a sentir que todo, poco a poco, está encajando en su sitio.

Cuando el míster se marcha, me recuesto brevemente en la silla, con una pequeña sonrisa que me sale sin querer. No todos los días te dicen que estás haciendo las cosas bien… y mucho menos desde tan arriba. Pero en medio de esa pequeña burbuja de satisfacción, noto una mirada. Alzo la vista y ahí está Hannah, apoyada contra la

pared del pasillo, y tiene pinta de llevar ya un rato ahí parada. Me observa con esa mezcla extraña entre juicio y frialdad que ya se ha vuelto su nueva forma de saludarme.

No dice nada. Ni siquiera finge una sonrisa. Solo tiene esa expresión que dice «Te estoy viendo»; se da la vuelta y desaparece por el pasillo. Me dan ganas de poner los ojos en blanco. Hace días que se comporta así, como si yo hubiese hecho algo que no termino de entender. Al principio intenté acercarme, mantener el buen rollo de siempre, pero me rendí rápido. No pienso perseguir a nadie para que me trate bien.

Respiro hondo y me enfoco de nuevo en la *tablet*. Debo terminar de cerrar los detalles del próximo viaje. El equipo juega fuera este fin de semana y todo tiene que estar perfectamente organizado: hoteles, transporte, horarios, comidas, acreditaciones. Me sumerjo en los correos, llamadas y hojas de ruta, mi escudo contra el drama.

Y entonces, entre una reunión con logística y la confirmación de las habitaciones, mi mente se distrae por un segundo. Leo el nombre de la ciudad del próximo partido en el calendario, y sin poder evitarlo, sonrío. Es una ciudad preciosa. Xander me ha dicho alguna vez que nunca ha tenido tiempo de disfrutarla cuando juega allí. Quizá esta vez pueda ser diferente.

Me permito pensar en ideas. ¿Y si encontramos un restaurante bonito? ¿O damos un paseo por el centro si el tiempo lo permite? Tal vez pueda organizarle una pequeña sorpresa. Algo que lo desconecte del estrés, que lo haga sentirse tan especial como él me hace sentir a mí.

Sigo trabajando, sí. Pero ya con otra energía. Con ese cosquilleo en el estómago que me recuerda que no todo en la vida es planificar horarios y controlar agendas. También se trata de encontrar pequeños momentos, aunque sea entre partido y partido, para disfrutar de lo que de verdad importa.

Y esta vez, eso incluye a Xander Cole.

Termino de revisar el último correo y lo guardo todo en mi bolso. La jornada ha sido intensa pero productiva. Cuando salgo de la oficina, el sol empieza a caer, tiñendo el cielo con tonos naranjas y

dorados. Debería irme a casa y coger lo más importante para llevarlo a casa de Xander, pero ahora mismo prefiero estar en otro sitio.

Atravieso el pasillo hasta el gimnasio. Desde la cristalera puedo verlo. Xander está junto a uno de los bancos, con la camiseta empapada y el pelo revuelto. El resto del equipo ya se ha marchado, pero él se ha quedado haciendo trabajo extra. Cómo no.

Me apoyo discretamente en la puerta y lo observo un momento sin decir nada. Me encanta verlo así, en su mundo. Concentrado, intenso…, real.

Cuando se vuelve hacia mí, una sonrisa lenta y cómplice se dibuja en sus labios.

—¿Me estás espiando? —pregunta con esa voz ronca de esfuerzo mientras se pasa la toalla por el cuello.

—Estaba decidiendo si quedaba algo decente para admirar a estas horas… —le digo, encogiéndome de hombros con fingida inocencia.

Él ríe y deja las mancuernas a un lado.

—¿Y? ¿He pasado el corte?

—Mmm…, te lo diré si me cuentas qué tal el entrenamiento.

Camina hacia mí con pasos lentos, seguros, secándose las manos.

—Duro. El míster nos ha apretado. Mucho trabajo técnico. Pero me siento bien, la verdad. El cuerpo empieza a recuperar el ritmo. ¿Y tú? ¿Todo bien hoy?

—Sí —le sonrío, y juego con una tira de mi bolso—. De hecho, he tenido una charla interesante con el míster. Dice que está muy contento con mi trabajo, que toda la directiva lo está.

Xander asiente, orgulloso.

—Normal. Eres brillante en lo que haces. Se nota desde fuera. ¿Y… ha dicho algo más?

—Bueno… —Ladeo la cabeza—. Que mientras lo nuestro no afecte al equipo, está encantado de que por fin te hayas centrado.

Xander se ríe por lo bajo, y hace un gesto de negación.

—Eso suena a «gracias por domar a la bestia».

—Más o menos —me río con él, y entonces su expresión se suaviza y se vuelve más tierna.

—No sé si me has domado, Gia… —dice en voz baja—. Pero sí que me has cambiado la vida.

Me quedo quieta un segundo, sintiendo cómo esa frase me golpea directo en el pecho.

—Tú también me la estás cambiando, Xander —respondo en un susurro, tragando saliva.

Se acerca y apoya la frente contra la mía, con sus dedos en mis caderas.

—¿Te vienes a casa? —pregunta.

—Siempre.

Y en ese momento, entre el olor a gimnasio, las luces tenues del final del día y su respiración pegada a la mía, siento que no necesito nada más.

Justo cuando Xander y yo nos sentamos en uno de los bancos del gimnasio, riéndonos aún de la situación, aparece Chase con su energía inconfundible y una expresión entre indignada y exageradamente dolida.

—¡Ah, miradlos! —exclama, llevándose la mano al pecho como si acabara de descubrir una traición—. ¡La parejita feliz, aquí, compartiendo risitas sin invitarme! ¡No puedo con tanto dolor!

—¿Qué te pasa ahora? —responde Xander, sin molestarse en disimular la sonrisa.

—Lo que me pasa es que hace como mil años que no me paso por tu casa, y no ha sido por mi culpa, precisamente —dice; me echa una ojeada con descaro y con una ceja levantada—. No quiero señalar a nadie…, pero, Gia, me siento desplazado. Olvidado. Abandonado por mi mejor amigo.

—¿En serio estás haciendo drama? —le respondo entre risas.

—¿Y cómo no? Antes me llamaba para cada tontería. Ahora, nada. Ni un meme. Ni un vamos a ver el partido. Solo estáis tú y Cronos en su vida.

Xander resopla.

—Vete a la mierda, Chase —dice, guiñándome un ojo.

—Lo haré. Pero antes…, tengo una propuesta. Para arreglar este desequilibrio emocional y social que estoy sufriendo por culpa de tu novia. —Se cruza de brazos, teatralmente—. Esta noche, Savannah y yo…, tu chica y tú…, todos en tu casa. Cena, birras, pizzas, lo que sea. Y así volvemos a ser una familia feliz. ¿Qué dices?

—¿Tengo elección? —pregunta Xander, provocándolo.

—No. De hecho, solo te estoy avisando, en realidad.

—A mí me parece planazo —digo—. ¿Tú qué dices, *quarterback*?

Xander me mira y luego se concentra en su amigo con fingida resignación.

—Está bien. Pero si te emborrachas y acabas cantando con Cronos en brazos otra vez, duermes en el sofá.

—¡Prometido! Bueno…, lo intentaré —acaba diciendo.

—Nos vemos esta noche entonces —añade Chase con una sonrisa.

Hace una reverencia exagerada y se aleja como si hubiese logrado una gran victoria.

—¡Ha vuelto la familia real de Seattle! ¡Y yo soy el rey adoptado!

Xander niega con la cabeza, divertido.

—¿Segura que estás lista para una noche con estos dos en casa?

—Con tal de estar contigo, aguanto lo que sea.

Cruzo la puerta de mi apartamento con una mezcla de nervios y emoción apretándome el pecho.

Todo está en silencio, salvo por el sonido suave de las patitas de Cronos al venir a recibirme. Se frota contra mis piernas como si supiera que algo está a punto de cambiar.

—Hola, mi amor —susurro, agachándome para acariciarlo—. Nos vamos a casa.

La palabra casa me suena diferente ahora. Ya no es este lugar lleno de paredes neutras y estanterías mal puestas. Es él. Xander. Su sofá incómodo. Su forma de dejar las llaves en cualquier sitio. Su olor en las sábanas.

Recorro el piso recogiendo solo lo importante: mi portátil, una caja con mis libros favoritos, algo de ropa, y las cositas de Cronos. Lo esencial. Lo que de verdad quiero tener cerca.

Meto a Cronos en su transportín y me maúlla, protestando por la mudanza.

—No pongas esa cara, gordito. Te va a encantar. Tiene un sofá gigante donde dormir la siesta, y Xander no sabe decir que no

cuando le pones esa carita.

Apago la luz y me detengo un segundo en el umbral, con las llaves en la mano. Respiro hondo. Sonrío.

Esto no es un adiós. Es un comienzo. Y aunque da un poco de miedo…, también me sienta demasiado bien.

Llego al edificio con el transportín en una mano y una mochila colgada del hombro. Cronos va dentro, medio dormido pero quejándose igual porque parece saber que está a punto de instalarse en territorio nuevo.

Cuando Xander abre la puerta, está despeinado, lleva una camiseta gris de tirantes y esa sonrisa suya que me desarma sin esfuerzo.

—¿Ese es mi nuevo compañero de piso? —pregunta, mirando el transportín como si llevara oro dentro.

—Está de mal humor. Pero te acabará queriendo. —Entro con confianza, Cronos incluido.

—¿Y tú? ¿También me acabarás queriendo o eso ha sido desde el principio? —bromea cerrando la puerta tras de mí.

—Desde que te vi en calzoncillos por primera vez —le contesto con una sonrisa ladeada.

Él se ríe y se agacha para saludar a Cronos, que lo observa con desconfianza felina y dignidad de un emperador romano.

—Eh, colega. Soy el que te va a dar atún los domingos. Agradécemelo pronto.

Dejo la mochila en el sofá y veo cómo Xander se queda ahí, en cuclillas, intentando ganarse a mi gato. Y aunque Cronos no se mueve ni un milímetro, puedo ver su curiosidad asomando por los bigotes.

—¿Estás feliz? —le pregunto desde la cocina.

Xander levanta la vista, y por un segundo no hay bromas, ni pullas ni dobles sentidos. Solo sus ojos claros, fijos en los míos.

—Mucho —dice, y su voz suena sincera, suave—. Ahora, ya te puedes ir.

Mierda. Retiro lo dicho. Siempre hay bromas cuando se trata de Xander.

Me río soltando el aire por la nariz.

—Estoy jodidamente feliz, Gia. —Me mira con cara dulce—. Ahora sí parece que vives aquí.

Y juro que, me encanta esa sensación. La sensación de pertenecer a algo. A alguien.

El sonido del cuchillo contra la tabla de cortar me resulta extrañamente terapéutico. Estoy en la cocina de Xander —¿ya puedo llamarla también «mi casa»?— y corto algunas verduras para un par de *dips* mientras él rebusca en los muebles algo que no encuentra.

—¿Dónde están las putas servilletas? —pregunta sin levantar la cabeza, abriendo y cerrando puertas como si fueran casilleros de un vestuario.

—Segundo cajón a la izquierda —le respondo, sin necesidad de volverme.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque vivo contigo la mitad del tiempo, y porque tengo memoria, a diferencia de ti.

—Tú tienes memoria para todo…, menos para recoger los pelos de la ducha —responde, alzando las cejas, y me lanza una servilleta doblada al pecho.

—Eso…, eso es verdad —respondo, resignada—. Pero solo se me olvidó una vez.

—Estuve a punto de ponerle nombre —me dice cuando clavo el cuchillo en la tabla.

Levanta las manos a modo de rendición. Ambos reímos y seguimos organizando.

Aunque vamos a pedir pizza, queremos tener algunas cositas preparadas. Patatas, *crudités* con *hummus*, aceitunas, refrescos, cervezas frías, vinito blanco…, y por supuesto, una bandeja de nachos con queso que huelen tan bien que Xander ya ha intentado robarme uno.

—¡Ni se te ocurra tocar eso todavía! —lo amenazo con el cuchillo en alto.

—Gia, vivimos juntos, me merezco un privilegio.

—Tú tienes privilegios… en otras zonas —le digo bajito, con tono travieso.

Xander se acerca por detrás, me rodea con los brazos y me besa en el cuello.

—Tú eres mi privilegio —susurra, y esa voz rasgada me derrite entera.

—No me calientes —le digo, girándome para besarlo suavemente —. Vienen en nada. Y me he puesto esta camiseta por si sudamos montando la tabla de quesos, no para que me la quites.

—Yo la camiseta te la respeto… Las bragas ya no prometo nada.

Le doy un pequeño empujón, riendo.

—Ve a poner música, capullo.

Xander se aleja tarareando algo, probablemente inventado, y yo sigo en la cocina. Cronos está tumbado en su camita cerca de nosotros, como el guardián oficial de la velada. Me siento en casa. Me siento en paz. Y aunque vamos a cenar con amigos y será una noche tranquila…, tengo la sensación de que esta etapa con Xander recién empieza.

La pizza ha llegado justo cuando la bandeja de nachos salía del horno.

El timbre suena con una melodía cutre que Chase insiste en imitar a gritos cuando entra con Savannah.

—¡Casa de los tortolitos! —anuncia, levantando una caja de cervezas como si trajera el santo grial.

—Estás enfermo —le dice Xander, dándole un puñetazo amistoso en el hombro.

—Y tú estás enamorado. Cada uno con su cruz —le responde con un guiño exagerado.

Savannah y yo intercambiamos una sonrisa y los seguimos hacia el salón.

—¿Has traído lo que te pedí? —pregunta Xander, señalando la caja que Chase lleva bajo el brazo.

—¿Crees que me olvidaría? He cargado esto desde el coche como si fuese un bebé recién nacido.

—¿Qué es? —pregunto, curiosa.

—Un juego de mesa —responde Savannah—. Chase quiere convencernos de jugar al maldito *Verdad o reto* versión adultos.

—Versión «Echo a perder la relación en cinco minutos» —añado entre risas.

Nos acomodamos ante la mesa del salón, con platos improvisados, cervezas abiertas y la pizza cortada aún en su caja. Cronos ronda nuestras piernas, especialmente las de Chase, quien le lanza un trocito de beicon cada vez que cree que nadie lo ve.

—Si lo malcrías así, va a preferirte a ti —le digo a Chase mientras me acomodo junto a Xander.

—Cariño, todos me prefieren a mí. Menos Xander, que es un envidioso —dice Chase.

—Es porque tú haces trampas con el gato —le responde Xander, dándole otro empujón amistoso.

—¿Qué clase de trampas? —pregunta Savannah, arqueando una ceja.

—Le da beicon cuando yo no lo miro. Estás comprando el amor de mi gato.

—Técnica infalible —responde Chase, llevándose una porción de pizza a la boca.

—Vale, pregunta importante para la mesa: si tuvierais que vivir el resto de vuestra vida comiendo solo una cosa…, ¿qué sería? —pregunta Chase.

—Tacos. Sin duda. Con extra de guacamole. Y con margaritas de acompañamiento, obvio —responde Savannah.

No puedo contener la risa.

—¿Eso cuenta como una cosa? —le pregunto a mi amiga—. Porque si tú metes margaritas, yo meto *sushi* y helado.

—Lo que me preocupa no es que metas helado. Es que estoy cien por cien seguro de que comerías solo helado durante meses —me dice Chase, con una sonrisa ladeada.

—Correcto. Helado de vainilla con galleta. O de Kinder. O de *brownie*. O…

—O todos juntos. Porque eres incapaz de decidirte por uno —me interrumpe Xander, dándome con la rodilla en la pierna.

—¡Eh! No me ataques —le digo, alzando una ceja—, que tú te comes cualquier cosa que haya en la nevera. Incluso las sobras de hace una semana.

—Xander, ¿es verdad eso? —pregunta Chase, horrorizado.

—Si no huele raro, está bien. Lo importante es el valor proteico —responde Xander, con seguridad.

—Ay, no, qué horror —dice Savannah—. Voy a comprar etiquetas de caducidad para tu cocina.

—Este grupo es un caos —dice Chase, orgulloso—. Pero uno adorable.

Reímos todos al mismo tiempo. El ambiente es cálido y parece que lleváramos años compartiendo noches como esta. Entre bromas, comida y anécdotas del entrenamiento, la conversación fluye.

En un momento, Xander me coge la mano sin decir nada, entrelazando sus dedos con los míos. Me mira con esa expresión suya que mezcla ternura con deseo y tranquilidad. Y yo siento que no podría estar más en casa que ahora mismo, en esta mesa, con ellos.

Con él.

Mientras Chase y Xander se pelean en el salón por ver quién pone la película —espóiler: ninguno está eligiendo nada útil—, yo me levanto a por más hielo a la cocina. Savannah me sigue con su vaso vacío y una sonrisa que ya me dice que quiere hablar.

—¿No me digas que vienes a por otra copa? —le pregunto, abriendo el congelador.

—No, solo es una excusa para cotillear —responde, apoyándose contra la encimera—. Además, si me tomo otra más, acabaré confesando cosas que no debería.

—¿Cómo qué? —La miro de reojo, divertida.

—Como que Chase y yo llevamos unas semanas viéndonos más… seguido.

—¿Más seguido? ¿En qué sentido?

—En el sentido de que… duermo más en su casa que en la mía últimamente. —Se encoge de hombros con una sonrisa tímida—. Aunque si le preguntas a él, seguro que dice «es algo ocasional». Ya sabes cómo es.

—Es un idiota encantador. Pero le gustas, se le nota —digo, sirviéndole agua—. Se le nota en la forma en la que te mira. Y en cómo deja que Cronos se le duerma encima aunque luego estornude como un loco.

Savannah suelta una carcajada.

—Dios, sí. No sabes la de veces que ha estornudado y aun así lo acaricia como si fuera un bebé. No entiendo a los hombres. Se hacen los duros y luego se derriten por un gato.

—O por una chica. —Le echo un vistazo de reojo.

Ella ladea la cabeza.

—¿Y tú? ¿Tú cómo estás con el tuyo?

Sonrío como una tonta. Porque no podría ocultarlo ni aunque quisiera.

—Bien. Muy bien, en realidad. Hoy me ha dicho algo…

—¿Algo qué?

—Me ha propuesto que me venga aquí a vivir.

Savannah abre los ojos como platos.

—¿Qué? ¿En serio?

—Sí. No ha sido como una superdeclaración formal ni nada. Ha sido algo natural, como si nos hubiésemos pasado meses haciéndolo. Y me ha dicho que lo hace también por Cronos…, pero se le notaba que lo hacía por nosotros. —Me encojo de hombros, aún procesándolo—. Y no sé, no me ha dado miedo. Me ha hecho ilusión.

—Gia, eso es enorme. Quiero decir…, lleváis poco, pero se nota lo que sentís. Y si lo sientes así, ¿por qué no?

—Eso mismo pienso yo. Mira, no sé lo que durará, ni quiero obsesionarme con eso. Pero por primera vez en mucho tiempo creo que estoy justo donde quiero estar. Que no tengo miedo de confiar. Que…, si me lanzo, no me voy a caer sola.

Savannah me abraza de lado, cálida, como quien te entiende de verdad.

—Vas a estar bien. Se nota que se preocupa por ti. Y tú por él.

—¿Y tú y Chase? —Correspondo a su sonrisa—. ¿Vas a dar el paso también?

Ella suelta un bufido suave.

—Paso a paso. Si consigo que un día no huya cuando hablo de sentimientos, me daré por satisfecha.

Las dos reímos. Y cuando volvemos al salón con el hielo, vasos llenos y las mejillas algo sonrojadas por nuestras confesiones, siento esa calma bonita de saber que todo, de momento, va bien.

La velada va llegando a su fin entre risas, platos vacíos y latas desperdigadas por la mesa. Chase y Savannah se despiden entre bromas, dejando en el aire una revancha para el próximo encuentro. Cuando cerramos la puerta, la casa se queda en silencio, apenas roto por los pasitos suaves de Cronos que viene directo a frotarse contra mis piernas para reclamarme.

—Nuestro hijo peludo quiere su momento de mimos —digo, agachándome a acariciarlo.

Xander se acerca por detrás y me envuelve con sus brazos.

—Va a tener que compartirte. Esta es tu primera noche oficial como nueva inquilina y pienso celebrarlo como se merece —murmura contra mi cuello, con voz ronca y sonrisa traviesa.

Me río, apoyándome en su pecho.

—Ah, ¿sí? ¿Tienes un protocolo de bienvenida para nuevas residentes?

—Solo para ti. —Me gira suavemente para mirarme a los ojos—. ¿Sabes? Nunca me había hecho tanta ilusión compartir cama con alguien. Y no hablo solo de dormir.

Le acaricio la mandíbula con cariño; Cronos se tumba a nuestros pies con su típico resoplido resignado.

—Yo tampoco pensé que algo así me gustaría. Pero contigo… me siento como en casa.

—Entonces, vamos a estrenarla.

Xander me toma de la mano y tira de mí hacia la habitación, con esa expresión que mezcla deseo, cariño y una promesa tácita de que

esta nueva etapa apenas ha comenzado.

La luz del pasillo se apaga tras nosotros. Cronos se acomoda en el sofá como si supiera que esta noche tiene que darnos espacio. Y yo, con el corazón latiendo fuerte pero en calma, sé que estoy exactamente donde quiero estar.



14

XANDER

La tengo tumbada sobre mi cama, justo donde la quiero. Y es totalmente mía.

Sus labios están entreabiertos, invitándome a devorarlos, y no pienso negarme.

Me coloco sobre ella, con una rodilla entre sus piernas, y la beso. Despacio al principio, saboreándola. Pero cuando gime contra mi boca, la agarro con más fuerza y la beso con hambre. Como si no hubiese un mañana. Como si no pudiera detenerme ni aunque quisiera.

Mis dedos buscan el borde de su camiseta, y se la subo poco a poco, disfrutando del sonido de su respiración acelerada. Se la quito y la dejo con el pecho desnudo ante mí.

Dios. Sus pechos son perfectos. Redondos, firmes, suaves. Los he visto muchas veces, los he tocado, los he saboreado…, pero cada vez me parecen más adictivos.

Mis ojos se quedan fijos en sus pezones, ya duros por el deseo, ligeramente oscuros y tan bonitos que me dan ganas de quedarme ahí toda la noche, lamiéndolos, succionándolos, viéndola retorcerse solo con eso.

Pero ahora mismo tengo otra necesidad. Ahora la quiero entera.

Me echo sobre ella y vuelvo a besarla, profundo, intenso, demostrando con mi lengua lo mucho que la deseo. Mientras la

beso, mi mano baja por su abdomen, lento, hasta llegar a su ropa interior. La acaricio por encima de la tela, y sonrío contra su boca al notar lo húmeda que está para mí.

—Joder, Gia… —susurro, con la voz ya ronca—. Estás tan mojada…

Ella tiembla debajo de mí, mordiéndose el labio, y eso solo me pone más duro.

Paso mis dedos por dentro de sus braguitas, y cuando toco su sexo directamente, cálido y empapado, me cuesta no gemir con ella. Su cuerpo reacciona a cada caricia, a cada roce, como si estuviera hecha para mí.

Sin parar de besarla, deslizo sus braguitas por sus piernas con una sola mano, con los movimientos apresurados de quien lleva conteniéndose demasiado tiempo.

Las dejo caer al suelo, sin mirar siquiera. No necesito ver nada más para saber que está completamente preparada para mí.

Mi respiración se acelera. Su cuerpo desnudo, temblando bajo el mío, es lo más jodidamente perfecto que he tenido entre mis brazos.

Y no espero.

Le meto dos dedos dentro, directo, sin avisar. Ella ahoga un grito, y su espalda se arquea de golpe y sus caderas se mueven solas, buscando más.

Su coño está tan mojado, tan apretado, que siento que podría correrme solo con tenerla así.

Empiezo a mover los dedos con ritmo firme, preciso, curvándolos justo donde sé que la vuelvo loca.

—¿Te gusta esto, preciosa? —le murmuro al oído; le beso el cuello y le muerdo el lóbulo—. Estás hecha para que te folle así… , húmeda, caliente…, tan mía. —Ella gime sin control, jadea mi nombre y me agarra del pelo con fuerza, tirando de él, desesperada. Sus caderas se levantan, buscan más. Se mueve contra mi mano, perdida ya en el placer—. ¿Vas a correrte para mí, Gia? —le susurro, con la voz baja y rota—. Dime que te encanta correrte conmigo dentro…, que vas a mojar toda la cama. —Su cuerpo entero se tensa y la noto a punto de explotar. Lo sé. La siento temblar, estremecerse, aferrarse a mi pelo con los labios entreabiertos, la

cabeza echada hacia atrás, y el gemido temblando en su garganta. Y justo entonces, detengo mis dedos. Salgo de ella despacio—. Todavía no —digo, con una sonrisa perversa.

Ella gime a modo de protesta, frustrada, con los ojos brillando de deseo y rabia. Pero no le dejo tiempo para decir nada.

Hago que se dé la vuelta con decisión, con la fuerza justa para que me siga sin pensar.

La coloco boca abajo, y luego le levanto las caderas hasta que sus muslos chocan contra mi erección, ofreciéndose para mí sin siquiera pedírselo.

Le separo las piernas; mi pecho está pegado a su espalda, mis dedos bajan para volver a acariciar su sexo.

—Mírate, joder… —le murmuro, besándole la nuca—. Toda dispuesta, con el coño empapado, suplicando por mi polla… Vamos a follar tan fuerte que no vas a querer volver a tu casa. Nunca.

La tengo con el cuerpo rendido sobre mis sábanas. La piel de Gia brilla con la luz cálida que se filtra desde el pasillo. Me quito la camiseta de un tirón y me desabrocho el botón de mis vaqueros con urgencia. La deseo tanto que me arde el cuerpo.

Gia tiene ese culazo perfecto alzándose como una maldita provocación.

Me mira de reojo con una mezcla de deseo y algo salvaje que me vuelve completamente loco.

Dios, cómo la adoro.

Mis manos recorren el contorno de sus caderas. La forma en que se abre para mí, cómo su respiración se agita con solo sentirme cerca… me pierdo en la visión. Me muerdo el labio. Y sin pensarlo, me acomodo detrás de ella, guiando mi erección hasta que la siento justo donde la quiero.

Ella arquea la espalda, buscando más contacto, y mi polla late con fuerza al notar lo mojada que está para mí. La punta roza su entrada y apenas puedo contenerme. Entonces, la deslizo dentro de ella, lento, profundo, sin avisar.

Un gemido desgarrado se le escapa de entre los labios.

—Joder, Gia… —murmuro contra su espalda, recorriéndole la columna—. Se siente increíble.

Está tan estrecha, tan caliente, que me cuesta respirar. Me muevo despacio al principio, marcando cada embestida, queriendo grabar este momento en la memoria.

Cada vez que entro, su cuerpo me recibe como si lo necesitara, como si lo hubiera estado esperando todo el día.

Ella suelta un gemido ahogado, con la mejilla pegada a la cama, las uñas aferradas a las sábanas; el placer la está rompiendo por dentro. La tomo por la cintura, marcando el ritmo con movimientos firmes, llenos de hambre y necesidad. Cada embestida resuena en nuestros cuerpos, húmeda, salvaje, perfecta.

Acaricio su espalda con la mano abierta y bajo hasta sus nalgas, que se mueven contra mí con un ritmo que parece invocar algo primitivo. Le doy un azote suave. Solo para oírla gemir más alto. Para verla temblar un poco. Para hacerla un poco más mía.

—Así… Preciosa —susurro, clavando la mirada en donde estamos unidos—. Me vuelves jodidamente loco.

Ella se mueve conmigo, me lo da todo. Y yo me pierdo entre sus sonidos, su piel, el modo en que mi nombre sale de su boca entre jadeos.

Y en este instante, lo único real en el mundo es ella. Y cómo la estoy haciendo mía.

Acelero el ritmo, mis caderas chocan contra sus muslos y el sonido se mezcla con nuestros jadeos.

Su cuerpo tiembla bajo el mío, completamente entregado, y yo no puedo parar de captar cada detalle de cómo me recibe. La forma en que sus caderas encajan contra las mías, el calor, la humedad, su respiración entrecortada…, es adictiva.

Mi vista baja hasta esa zona que todavía no he explorado del todo.

Me agacho un poco, sin parar de moverme dentro de ella, y dejo que una fina línea de saliva caiga justo donde quiero.

Gia se tensa al sentirlo.

—Xander… —dice con un susurro inseguro, volviendo apenas la cara hacia mí.

Me acerco a su oído, con voz baja y firme.

—Shhh… Relájate —murmuro, acariciándole las caderas—. Confía en mí.

Ella no responde, pero su cuerpo lo hace. Su espalda se arquea un poco más y sus dedos se aferran a las sábanas. Paso la yema del pulgar por esa entrada estrecha, con paciencia, y siento cómo se estremece.

Llevo una mano a su pelo, suave, y tiro de él para levantarle el rostro. Su boca busca la mía y, cuando la beso, todo en ella vibra.

Aprovecho ese instante, ese gemido contra mis labios, para hundir el pulgar lentamente.

Ella jadea, tensa, pero no se aparta. Me mira con esos ojos oscuros llenos de deseo y nervios enredados, como si no supiera si gritarme o rogarme más.

—Eso es… —susurro; le suelto el pelo y me agarro a sus caderas —. Así me gusta.

Y entonces vuelvo a embestir, más fuerte, más profundo. La siento temblar, perder el control poco a poco mientras la domino por completo. Su cuerpo se abre, su respiración se rompe.

—Xander… Me voy a correr —gime, casi con desesperación.

—Hazlo —le ordeno, sin detenerme.

Y lo hace. Su cuerpo se sacude, su espalda se arquea, y su gemido se ahoga contra la almohada. La siento deshacerse por mí.

Cuando se corre, su humedad me cubre, caliente y dulce. Con cuidado, deslizo mis dedos para sacar mi polla de ella, brillante y mojada, y me tumbo en la cama, agotado y satisfecho.

Gia se pone encima, sus manos buscando las mías, que poso en sus pechos, suaves y firmes. Me besa con intensidad, sus labios cálidos y seductores que me envuelven sin prisa.

La luz juega con las sombras que recortan su cuerpo perfecto. Cada curva, cada línea, cada pedazo de piel expuesta parece esculpida para mí. La veo bajar lentamente, sentándose en mi erección, y el calor se expande con cada movimiento.

El roce, el ajuste, lo rico que se siente ella, su cuerpo entregado, su aliento mezclado con el mío. Me pierdo en el momento, en ella, en nosotros.

—Joder, nena… —digo; la abrazo y le permito marcar el ritmo—. Eres perfecta.

Gia se mueve encima de mí con una confianza que me deja sin aliento; tiene una gracia salvaje y provocadora. Sus caderas trazan círculos lentos y profundos, como si estuviera llevando a cabo un ritual secreto.

Siento cada roce de su piel con la mía, el calor que desprende y el modo en que su sexo se cierra justo alrededor de mi pene, apretándose y liberándose en una danza hipnótica. Cada movimiento suyo hace que mi cuerpo arda de deseo, y yo…, yo solo puedo saborearla con la vista, y sentirla con todo mi cuerpo.

Sus manos se posan firmes sobre mi pecho, deslizándose con una mezcla de ternura y dominio. Cada vez que me aprieta, cada vez que se mueve parece desatar una tormenta en mí. Hundo mis dedos hundiéndose en su piel cálida y acompaño su ritmo con mis embestidas, al compás de sus vaivenes.

Ella gime con la cabeza echada hacia atrás, la boca entreabierta, dejando escapar ese sonido cargado de placer y necesidad. Y yo me quemo por dentro al notar cómo se entrega sin reservas.

Verla así, tan dueña de sí misma, tan apasionada y sin miedo, es como una descarga eléctrica que me atraviesa. Me quemo en su fuego, pierdo la razón en su movimiento, y solo quiero que ese instante dure para siempre.

Gia se acerca y me besa con una urgencia deliciosa; sus labios buscan los míos como si quisiera devorarme.

Mientras me besa me susurra al oído con voz baja y ronca, diciendo palabras que me encienden sin remedio. Cada sonido de su voz es un cuchillo de placer que atraviesa mi cuerpo.

Siento su aliento cálido rozar mi piel; sus caderas siguen marcando el ritmo, y se aferra a mis hombros con fuerza, como si necesitara anclarse a mí para no perderse en ese momento.

—Eres jodidamente perfecto —me dice al oído—. No puedo creer lo que me haces sentir… Así, así, más fuerte… —Su voz se quiebra un poco, y eso me enciende aún más. La beso de nuevo y en ese instante sé que nada más importa—. Joder, Xander, tu polla me vuelve loca… Siento cada centímetro dentro de mí —gime, con sus

labios rozando mi piel. —La tomo de las caderas con fuerza, aumentando el ritmo de mis embestidas, sintiendo cómo su cuerpo se adapta al mío con precisión perfecta. Sus manos pasan a mi cabeza, su pecho está pegado al mío—. Quiero que follemos hasta quedarnos sin aliento —susurra, mordiéndome el lóbulo.

La miro con desesperación, la beso con hambre; nuestras respiraciones se entrelazan en la penumbra de la habitación.

—Eres la única que puede hacerme sentir así —le digo, hundiéndome más en ella, sintiendo cómo se tensa, cómo se entrega por completo.

Gia gime mi nombre, perdida en el placer, y yo noto que está a punto.

Me agarra del pelo y me gime en el oído. Y entre su voz quemándome la piel, y el sonido de nuestros cuerpos uniéndose, no puedo más. La necesito, me consume cada segundo que pasa, y el deseo me estalla dentro. Enredo mis dedos en su pelo y tiro suavemente, reclamando su atención; la beso con una fuerza desesperada, como si ese beso fuese el último que vaya a dar en mi vida.

Ella no se resiste. Se deja llevar, entrega todo su cuerpo y su alma en ese instante. Empiezo a darle empellones más intensos, más rápidos, sintiendo cómo su cuerpo responde a cada embestida.

Nos unimos a un ritmo frenético, perdidos entre gemidos y respiraciones entrecortadas. El borde se acerca y, con un último empujón, los dos nos rendimos al placer. Nos corremos juntos, un estallido de fuego y agua, de calma y tormenta.

Nos quedamos ahí, pegados, sintiendo el pulso de nuestros cuerpos latiendo al mismo tiempo, exhaustos pero satisfechos.

Gia está dormida sobre mi pecho, con una pierna entrelazada en la mía y su respiración calmada acariciando mi piel. Aún siento el eco de lo que ha pasado hace apenas unos minutos; su cuerpo sigue grabado en el mío, nuestras pieles parecen haberse mezclado un poco más.

La habitación está a oscuras, con las sábanas revueltas y el olor a ella todavía flotando en el aire. Cronos duerme en su rincón, a los pies de la cama, completamente ajeno a todo. Pero verlo ahí, tranquilo, en mi casa…, en nuestra casa, me hace sentir algo que no sé si había sentido antes.

Giro un poco la cabeza para mirar a Gia. Su pelo está esparcido por mi pecho y sus labios, entreabiertos. Está preciosa. Como siempre. Pero no solo eso: está… en casa.

Le acaricio la espalda despacio, con los dedos apenas rozando su piel desnuda. Y antes de que me lo guarde otro día más, antes de que vuelva a callarme lo que es evidente…, lo dejo salir.

—Gia —susurro.

Ella abre los ojos, aún medio dormida.

—¿Mmm? —murmura, levantando un poco la cabeza.

—Te quiero.

Sus ojos se abren del todo. Se incorpora un poco, como si no estuviera segura de haberlo escuchado bien. Yo solo me quedo ahí, serio, con el corazón latiéndome en la garganta.

Ella sonríe. Esa sonrisa suya que siempre me desarma.

—Yo también te quiero, Xander.

Y me besa despacio. No como antes, con hambre o necesidad. Me besa con calma, con ternura, como para sellar algo sagrado.

Nos acomodamos de nuevo, esta vez los dos tapados hasta el pecho, abrazados, sin prisas. Cronos suelta un pequeño suspiro desde su cama improvisada.

Gia ríe bajito.

—Nuestra primera noche los tres juntos en esta casa.

—Como una familia —digo sin pensarlo.

Le brillan más de lo que cualquier lámpara podría conseguir, y asiente, acurrucándose un poco más.

—Nuestra familia —sentencia ella.

Y así, entre silencios que no pesan y caricias que lo dicen todo, nos quedamos dormidos. Gia, Cronos y yo. Todo lo que estaba roto en mí parece haber encontrado al fin su lugar.

Los días siguientes a nuestra noche juntos pasan rápido. Demasiado.

Todo está yendo bien. Muy bien. Gia se ha instalado de forma casi natural en mi casa y, aunque no hemos hecho una mudanza oficial, sus cosas ya ocupan más espacio que las mías. Y no me importa. Al contrario. Me encanta.

Cronos duerme cada noche pegado a nosotros, y verla a ella dormir con los dedos en su pelaje me hace sentir… completo.

No pensé que algo tan sencillo me hiciera sentir tan pleno. Pero Gia tiene esa forma de convertir lo cotidiano en hogar.

Hoy es el día del vuelo a Arizona. Siguiente partido de la temporada. Y aunque tengo los nervios justos, siento lo mismo que la última vez: paz. No estoy solo.

—¿Has llamado a Savannah? —le pregunto desde la cocina, donde estoy preparándome un café.

Gia, con el móvil en la mano y Cronos en brazos, asiente y se sienta en el sofá con él en el regazo.

—Voy a hacerlo ahora.

Activa el altavoz para que yo también escuche y sonríe porque sabe que me hace gracia que incluya al gato en nuestros planes como si fuera un niño pequeño. Aunque, en cierto modo, lo es.

El tono suena dos veces antes de que Savannah responda.

—¡Hola, hermosa! ¿Estás ya lista para tu escapada romántica con tu *quarterback* favorito?

Gia pone los ojos en blanco con una sonrisa mientras Cronos se revuelca a gusto entre sus piernas.

—Más o menos. Pero necesito un favor de los grandes —dice, acariciando las orejas del gato con ternura—. ¿Puedes venir a quedarte con Cronitos estos días? Solo serán tres. Ya le he dejado su comida lista, su cama en el sofá, y…, bueno, también le he comprado más chuches de las que necesita.

—Obvio que sí. Me muero por mimarlo. Además, así me escapo un poco de mi casa —responde Savannah riendo—. ¿Xander está por ahí?

—Estoy aquí —respondo; me apoyo en el marco de la puerta con la taza—. Te encargo a mi pequeño. Cuídalo más que a Chase, ¿vale?

—Eso es fácil. Chase se quema cocinando y Cronos no cocina. Lo podré manejar.

Nos reímos los tres; Savannah promete pasarse en una hora con algunas cosas para quedarse aquí. Gia cuelga con una sonrisa tranquila, le da un beso a Cronos en la cabeza y se vuelve hacia mí.

—Ya está. Cronitos estará en buenas manos.

Me acerco, dejo el café a un lado y me agacho frente a ella. Cronos me mira con esos ojos medio indiferentes, medio celosos, cuando le acaricio el lomo.

—Sabes que esto me hace feliz, ¿no?

—¿El qué?

—Tú. Aquí. Haciendo esto. Llamando a Savannah como si este fuera tu hogar. Cuidando de Cronos como si fuera nuestro gato. Me gusta esta vida contigo, Gia.

Ella sonríe con suavidad y baja la vista; parece no saber qué decir. Pero no hace falta que diga nada. Sus expresión lo hace por ella.

Y justo entonces, Cronos salta del sofá, y va directo a su fuente de agua.

—Está molesto —dice ella, risueña—. Sabe que nos vamos.

—Lo dejaremos, pero volveremos. Y cuando volvamos, le traeremos una mantita nueva con olor a Arizona —bromeo, poniéndome en pie.

Gia se levanta también. Suspira y echa una ojeada alrededor, intentando congelar el momento. Y entonces me abraza por la cintura.

—Vamos a ganar ese partido, Cole.

—Con suerte…, sí. Y si no… —le doy un beso en la frente—, al menos sé que vuelvo a casa contigo.

—¿Tienes todo? —le pregunto a Gia, mientras guardo mi maleta en el maletero del autobús del equipo. Ella asiente, con su mochila del *staff* colgada al hombro. Lleva la sudadera de los Titans y una coleta alta que deja su cuello al descubierto. Me dan ganas de besarla ahí, justo ahí.

—Todo listo —responde, y me lanza una sonrisa de esas que me desarman.

—Si te portas bien en el avión, puede que te invite a mi asiento —le susurro al oído.

—No podemos follar a diez mil metros de altura, por si no lo sabes.

—Nunca es tarde para un nuevo récord personal.

Ella suelta una risa bajita y me empuja con el hombro, justo cuando aparece Chase con su maleta a rastras.

—¿Vais a subir o vais a cogeros una habitación aquí en el *parking*?

—¿Tú qué crees? —le suelto.

—Yo creo que deberías estar concentrado, Cole. Este partido va a estar reñido. Los Scorpions no se andan con tonterías.

Chase se tensa demasiado antes de los partidos. Aunque tiene razón. Arizona Scorpions es un equipo duro, sobre todo en defensa. Van a querer cortarnos el ritmo desde el minuto uno. Pero estamos preparados. Hemos entrenado bien. Yo me he vaciado esta semana. Y no solo físicamente. Tener a Gia cerca me ha centrado. Me ha hecho dejar de pensar en tonterías. En el ruido.

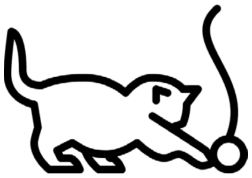
—Estoy más que listo —le digo, y él me choca el puño.

Gia sube al bus con el grupo del *staff,* y yo me acomodo junto a Chase más atrás. El viaje es largo, pero el ambiente está tranquilo. No hay bromas pesadas. Todos estamos ya en modo partido activado. Cada uno con su música, sus rutinas, su forma de visualizar lo que viene.

Yo cierro los ojos por un momento. Apoyo la cabeza y permito que mi mente se transporte al campo. Me veo corriendo, esquivando, lanzando. Me veo ganando. Pero también la veo a ella en la grada.

Con su sudadera. Radiante. Gritando mi nombre como si el mundo fuera solo ese momento.

Y me juro que este fin de semana, voy a darlo todo. Por el equipo. Por mí. Por ella.



15

GIA

El viaje en avión ha sido largo, pero sorprendentemente ameno.

Supongo que ya me he acostumbrado al caos controlado que es volar con los Seattle Titans. Bromas internas que no entiendo del todo, jugadores compitiendo por quién ronca más fuerte, y Chase gritando «¡Alguien que me pase un antifaz de seda o me niego a despegar!».

Xander, a mi lado todo el tiempo, ha mantenido su mano entrelazada con la mía casi durante todo el vuelo. Cada vez que uno de los chicos pasaba y nos veía juntos, dejaba caer algún comentario con segundas. Al principio me incomodaba, ahora simplemente sonrío y me encojo de hombros. Porque estoy feliz. Con él. Incluso con sus compañeros siendo como son.

Cuando aterrizamos en Arizona, el aire seco nos golpea en cuanto bajamos del avión. Hace calor, pero no me molesta. Todo parece parte de una película en la que, por alguna razón, soy protagonista.

Subimos a un autobús privado que nos lleva hasta el hotel, y los chicos se pelean —como críos de secundaria— por las filas de atrás. Yo me siento delante con el *staff,* mientras que Xander le da conversación a uno de los entrenadores.

El hotel es espectacular. De esos que huelen a caro desde el primer paso. En recepción nos organizan por grupos y reparten las llaves. Todo va bastante coordinado, hasta que noto cómo una mano grande se posa en mi cintura desde atrás.

—Tú te vienes conmigo —dice Xander.

No puedo evitar sonreír.

—¿Así, sin preguntar?

—No tengo por qué —responde con esa sonrisa suya, tan arrebatadora—. Ya sabes dónde está tu sitio.

Me río y justo cuando le voy a contestar algo igual de provocador, escuchamos la voz de Chase desde el otro lado del vestíbulo.

—¡Pero qué suerte tienen algunas! —exclama dramáticamente, con las manos en el pecho y expresión de pena fingida—. A mí nadie me dice esas cosas.

Xander le dedica una expresión divertida y yo niego con la cabeza, riéndome.

—Si quieres, en mi habitación hay hueco, cariño —dice uno de los chicos del equipo, acercándose a Chase con una ceja alzada.

—Ni en tus sueños, Anderson. No sobreviviría una noche con tu aliento matutino —responde Chase, y todos estallan en carcajadas.

La tensión se disuelve en risas y todo vuelve a fluir con naturalidad. Me gusta cómo se comportan. Pese a sus bromas pesadas y sus comentarios de vestuario, hay cariño real entre ellos. Como una familia.

Xander me toma de la mano, con su llave en la otra.

—¿Nos vamos?

Asiento. Y cuando subimos al ascensor, no puedo evitar mirar de reojo nuestra habitación en la tarjeta: piso alto, vistas al desierto.

No me importa dónde voy a dormir mientras sea con él, pero tener buenas vistas siempre es un plus.

Subimos a la habitación y en cuanto la puerta se cierra detrás de nosotros, Xander lanza su mochila al sillón como si estuviera en su casa. Se estira, se quita la gorra y suspira con gusto.

—Vale, no está mal. —Echa un vistazo alrededor con aprobación —. Podría acostumbrarme a esto.

Yo asiento en silencio, pero por dentro… no estoy tan tranquila. Tengo mariposas en el estómago. Porque lo he estado organizando desde hace días. Porque quiero que le guste el plan. Porque, aunque él me hace sentir segura, aún me asusta que esto sea demasiado. Que parezca que me estoy «entregando» más de la cuenta.

Me muevo por la habitación, nerviosa, sacando mi neceser, doblando alguna camiseta de más, revisando el móvil a escondidas. Xander se da cuenta. Por supuesto que lo hace. Siempre lo hace.

—¿Estás bien? —pregunta, y se sienta en el borde de la cama, apoyando los antebrazos en las rodillas.

Levanto la cabeza y le sonrío, aunque algo forzada.

—Sí. Solo… estoy un poco nerviosa.

Frunce el ceño, y en dos pasos está delante de mí. Me toma de la barbilla con suavidad para hacer que lo mire.

—¿He hecho algo?

—No, no. Para nada —niego rápido—. Es solo que… te he preparado algo para esta noche. Un plan.

Él parpadea, genuinamente sorprendido.

—¿Una cita?

Asiento.

—Aprovechando que el partido es mañana por la noche y que hoy estamos libres, investigué un poco qué se podía hacer por aquí… y, bueno, quiero que salgamos. Quiero tener un momento a solas contigo, fuera de hoteles y estadios.

Xander no responde al instante. Me observa, procesando lo que acabo de decir. Entonces sonríe. Pero no como suele sonreír cuando está de broma. Esta vez hay algo más suave, más sincero en su expresión.

—¿Me estás diciendo que tengo una cita con mi chica esta noche?

—Sí —respondo bajito, sintiéndome algo idiota, pero también ilusionada.

Él me rodea la cintura y me besa en la frente.

—Dime a qué hora me arreglo. Prometo no preguntar nada más.

—A las ocho. Pero ponte guapo —le digo, sacando un poco el carácter.

—¿Más de lo que ya soy? —responde con una sonrisa chulita. Yo le doy un empujón y él finge tambalearse.

—Xander…

—Gia…

—Vas a hacer que me arrepienta, ¿eh? —río.

Él me atrapa en un abrazo desde atrás y apoya la barbilla en mi hombro.

—Jamás. Me muero de ganas por ver lo que has preparado.

Y en ese momento, todo el nerviosismo se transforma en emoción. Porque no se trata de lo grande o especial que sea la cita. Se trata de que quiero compartirla con él. Porque lo elijo. Cada día.

Nos despertamos de la siesta y le digo a Xander que se vaya arreglando.

Él me obedece y en cuanto entra al baño con su toalla en la mano y cierra la puerta tras él, agarro el móvil del cargador y abro FaceTime con rapidez.

—Vamos, vamos… —murmuro, mientras la pantalla conecta.

Savannah aparece al instante, en pijama, con una coleta alta y cara de ilusión.

—¡Hombre, por fin! —dice, y enseguida gira el teléfono. Cronos está tirado en el sofá como el dueño de la casa. En cuanto oye mi voz, levanta la cabeza y su cola empieza a moverse.

—¡Cronitos! —Sonrío como una idiota—. Ay, Dios… ¡Míralo! ¿Me echas de menos, gordito?

—No sabes cuánto. Se ha pasado toda la mañana llorando en la puerta —bromea Savannah, acariciándolo.

—No digas eso, que me da penita —respondo riendo—. ¿Se está portando bien?

—Sí, más o menos. Me ha robado antes una loncha de pavo.

—Normal. Está en su época delincuente.

Hablamos unos minutos más, de cosas sin importancia. De lo bien que se ha adaptado Cronos, del nuevo exfoliante que ha probado Sav y de que Chase la ha llamado antes, y le ha contado no sé qué frikada que no he entendido.

—Por cierto —dice de pronto con una sonrisa traviesa—, ¿Xander está por ahí?

—Se está duchando.

—¡Oh, Dios! ¿Está desnudo? —exclama, girando la cabeza como si pudiese ver más de lo que muestro.

—¡Savannah! —Me echo a reír.

—¿Qué? ¡Déjame verlo un segundo, solo para confirmar que sigue siendo el mismo semental de siempre.

—Estás fatal —En ese momento dejo de oír el ruido del agua—. Vale, corto, que va a salir. ¡Y no digas nada raro!

—¡Demasiado tarde! —canta ella, justo cuando cuelgo.

Suelto una risa y dejo el móvil sobre la mesita. Un segundo después, la puerta del baño se abre y Xander sale envuelto en la toalla, con el pelo mojado y desordenado, el pecho aún brillando por el agua.

—¿Hablabas sola?

—Hablaba con Sav. Y con Cronos —añado con rapidez, y paso a su lado para ir hacia el neceser—. Todo en orden. Sav dice que ya es oficialmente su gato.

—Sí, ya veremos quién manda en esa casa cuando vuelva.

Sonrío y cojo mi ropa interior y mi vestido.

—Ahora me ducho yo. No me espíes.

—Es difícil no hacerlo, si vas andando así.

Le lanzo una mirada de advertencia por encima del hombro, pero él solo sonríe con esa carita de «yo no he hecho nada».

Y cuando cierro la puerta del baño no puedo evitar pensar en lo feliz que me siento. En lo natural que me resulta todo esto. Y en lo mucho que me apetece lo de esta noche.

La ducha me sienta genial. Cuando salgo me envuelvo en la toalla y me siento frente al espejo del tocador. El corazón me late con fuerza mientras me seco el pelo y me lo peino con calma, dándole forma a mis ondas naturales. Me maquillo sin prisas, buscando un *look* sutil pero que resalte, para que parezca que no me he esmerado demasiado, aunque en realidad llevo casi veinte minutos perfeccionando cada detalle.

Cuando estoy lista, cojo el vestido que había escondido en mi maleta. Es negro, largo hasta los tobillos, de tela suave y ceñida al cuerpo, con una pequeña abertura lateral y escote en la espalda.

Elegante, pero con un toque sexy.

Me lo pongo con cuidado, subo la cremallera, me pongo los tacones y echo una última ojeada en el espejo.

Vale. Estoy lista.

Abro la puerta del baño y, en cuanto salgo, Xander levanta la vista desde donde está sentado, ya vestido. Se queda contemplándome en silencio. Su mandíbula se tensa un poco. Sus ojos bajan por todo mi cuerpo, desnudándome con la mirada, pero de esa forma que me hace sentir deseada, poderosa…, suya.

—Joder, Gia…

—¿Demasiado? —pregunto, fingiendo inseguridad mientras recojo mis cosas del tocador.

Él se pone de pie, todavía observándome.

—Demasiado perfecto, querrás decir.

Suspiro por dentro. Porque, madre mía…

Xander lleva una camisa blanca, remangada hasta los antebrazos, y un pantalón de traje negro que le queda tan bien que no me explico cómo no es ilegal. Se ha peinado hacia atrás con los dedos, pero aún conserva ese aire rebelde que parece imposible de domar. Y huele… Dios. Ese maldito perfume me hace querer olvidarme de la cita para que nos quedemos encerrados aquí toda la noche.

—No sabía que te gustaban tanto las sorpresas —le digo, cogiendo mi bolso.

—No sabía que iba a necesitar defensa personal esta noche —responde, acercándose—. Vas a conseguir que me meta en una pelea en mitad del desierto.

—¿Y qué vas a hacer al respecto?

Me agarra de la cintura, sin tocarme demasiado para no arrugar el vestido, y se agacha para besarme justo debajo de la oreja.

—Lo que me dejes.

Trago saliva y me obligo a sonreír.

—Lo que quieras —respondo casi sin pensar.

Xander me toma de la mano y me pega a él. Me acaricia los brazos y sube hasta mis hombros. Me gira con delicadeza y hace que me eche sobre la mesa de la habitación. Apoyo las manos y el pecho sobre la superficie fría, sorprendida por el gesto. Xander me acaricia la espalda, despacio, trazando líneas invisibles con las yemas de los dedos.

—¿Xander…? —susurro, sintiendo cómo se me acelera el corazón.

—No vamos a hacer nada… —dice, con la voz cargada de deseo, como si estuviera luchando consigo mismo—. Solo quédate así. No te muevas.

El tono de voz es firme, hipnótico. Asiento despacio, conteniendo el aliento, sintiendo cómo se me tensan todos los músculos.

Xander se agacha un poco y me levanta el vestido hasta la cintura. Me da un beso suave en la parte baja de la espalda, luego otro en el muslo desnudo, rozándome apenas con la nariz, haciendo que un escalofrío me recorra el cuerpo. Sus manos no hacen mucho más, pero su cercanía, su calor y el leve roce de sus labios me encienden por dentro.

Me muerdo el labio y cierro los ojos un segundo. En realidad no ha hecho nada, pero tenerlo tan cerca, y saber que me desea así… me deja temblando.

Xander se separa con una sonrisa y se aclara la garganta.

—Dame un segundo. —Se aleja un poco.

Me quedo observándolo a través del espejo que tengo justo delante, y veo cómo se acerca a su mochila y saca algo.

—Eres un peligro —le digo, con impaciencia.

Él regresa con ese aire suyo, confiado y seguro. Entre sus dedos lleva un objeto pequeño que no reconozco. Se lo mete en la boca y lo humedece lentamente sin apartar los ojos de los míos. Trago saliva. El reflejo no ayuda a calmar mi respiración, al contrario. Vernos así, desde fuera, solo añade fuego a la tensión que ya arde entre mis piernas.

Se coloca detrás de mí y, con una lentitud que me acelera el pulso, me separa las piernas. Me aparta el tanga de encaje hacia un lado, y lo escucho soltar una leve risa cuando nota lo mojada que estoy.

—Ni siquiera he tenido que tocarte, Gia —susurra, rozando mi piel con los labios—. ¿Así de nerviosa estás por nuestra cita?

No contesto. No puedo.

Entonces, con esa precisión suya que me desarma, introduce el pequeño juguete dentro de mí.

Entra con facilidad, y yo contengo el aliento. La sensación es intensa, distinta…, íntima. Cuando está completamente dentro,

Xander se agacha y me da un beso suave, reverente en mi sexo. Casi me quiebro con ese gesto.

Luego me acomoda el tanga con cuidado, como si nada hubiese pasado. Me recoloca el vestido y me ayuda a incorporarme con sus manos firmes en mi cintura.

—Perfecta —dice, mirándome a los ojos. Yo sigo sin poder hablar. Tengo las mejillas encendidas, el cuerpo vibrando y un juguete secreto dentro de mí. Me tiemblan las piernas. No sé si por los nervios de la cita… o por lo que acaba de hacerme—. ¿Lista para salir? —pregunta, con una sonrisa traviesa.

Me giro hacia él, sin entender del todo lo que acaba de pasar. Me coloco bien el vestido. Aún con la respiración algo agitada, frunzo un poco el ceño, intentando parecer seria…, pero sé que mis mejillas me delatan.

—¿Y para qué es esto? —pregunto, señalando con un gesto el juguete escondido en mi interior.

Xander saca algo del bolsillo. Un pequeño mando negro, elegante, con un único botón iluminado. Lo pulsa sin decir nada.

Y entonces lo siento.

La vibración comienza suave, como un susurro que me acaricia desde dentro, pero basta para que mi cuerpo reaccione al instante.

Me estremezco y dejo escapar un gemido ahogado, cerrando las piernas por reflejo. Suspiro, sorprendida y encendida a partes iguales.

—Para esto —responde Xander, con esa media sonrisa suya que me vuelve loca, guardándose el mando tan tranquilo. Me estudia de arriba abajo, satisfecho con el efecto que ha conseguido en mí, y sin darme tiempo a decir nada más, extiende la mano hacia la puerta—. Vamos, preciosa. Nos espera la cena.

Yo parpadeo, aún sin creérmelo.

—¿Piensas que así voy a concentrarme?

—Pienso que no lo harás —responde él con un guiño—. De eso se trata.

Y con eso, me toma de la mano, y todo parece completamente normal… excepto por el hecho de que estoy a punto de salir a cenar

por las calles de Arizona con un vibrador dentro y Xander Cole con el control en el bolsillo.

Genial. Simplemente genial.

El viaje en Uber ha sido… muy interesante. Cuando parecía que Xander se calmaba, volvía a activar el botón mágico y me hacía vibrar. Se me han escapado gemidos leves y creo que el conductor ha notado algo. Tanto por mis ruiditos, como por nuestras expresiones.

Ahora, sentados frente a frente en la mesa del restaurante, con las luces tenues y la música suave creando el ambiente perfecto para esta noche que he planeado con tanto cuidado, veo a Xander y me siento emocionada de verdad.

La conversación fluye tranquila, pero sé que Xander está jugando conmigo de una manera que solo él sabe hacerlo.

Siento de nuevo esa vibración inesperada que me recorre, un cosquilleo que hace que me muerda el labio para no dejar escapar ningún sonido. Cada vez que él pulsa ese botón, mi cuerpo se estremece y, aunque trato de disimularlo, sé que lo sabe y le gusta. Es un juego secreto que solo nosotros compartimos, y eso me enciende más de lo que esperaba.

Cuando el camarero se acerca a tomar nota, siento sus ojos clavados en mí, y apenas puedo controlar un pequeño jadeo que logro esconder tras una sonrisa. Intento parecer natural, pero por dentro estoy ardiendo.

La cena sigue, entre risas y miradas cómplices. Justo antes de que llegue el postre, Xander pone esa cara tan intensa que me hace latir el corazón más rápido.

—Dame tu tanga, ahora —me susurra. Y aunque mi sorpresa es evidente, una sonrisa traviesa se dibuja en mis labios. Sin dudarlo, deslizo el tanga con cuidado, sintiendo cómo se me pone la carne de gallina, y se lo doy. Lo veo tomarlo entre sus dedos y noto cómo se enorgullece cuando descubre que está completamente empapado. Eso solo me hace sonreír más y disfrutar de la pequeña travesura que estamos haciendo en medio de esta elegante cena—. Buena chica —me dice con voz baja y llena de satisfacción.

Siento una mezcla de vergüenza y excitación que me hace querer acercarme y acariciarle la mano para reafirmar que este juego acaba de empezar.

Ya no hay tela entre mis piernas, solo la fina piel que arde y se estremece con cada roce. Siento todo mucho de forma más aguda, cada contacto se amplifica como si el mundo se redujera a este instante. Xander, con esa expresión de dueño del juego, pulsa el botón. Una vibración profunda y constante me atraviesa, se enciende un fuego interno que no puedo ni quiero controlar.

Mi clítoris se hincha bajo esa caricia invisible, rozado con precisión y fuerza, y mis piernas se cierran casi sin querer y se aprietan con todo el deseo contenido. Mis pezones se endurecen, tiran de la tela del vestido, y cada parte de mí responde con urgencia. Mi respiración se vuelve rápida y entrecortada, el calor se acumula en mi vientre y se expande como un incendio silencioso.

Los ojos de Xander brillan con esa mezcla de poder y deseo que me domina por completo.

—Córrete, Gia —me ordena con voz firme pero susurrada.

Mi cuerpo se tensa, y mis mejillas se encienden.

—No, aquí no —respondo, incapaz de aceptar la idea de perder el control en medio de todo, delante de tanta gente.

Pero él no cede.

—Sí, aquí sí, Gia. Es una orden.

La autoridad en su voz es un reto que no puedo ignorar.

Las vibraciones no cesan y cada vez son más intensas, como una ola que me arrastra sin piedad. Me aferro a la servilleta que está sobre la mesa, con fuerza, y su mano cubre la mía, firme y protectora. Siento cómo la tensión me envuelve y se libera en un estallido de placer que me hace soltar un jadeo contenido.

Me muerdo el labio con desesperación, giro un poco la cabeza para no delatarme, pero el sonido ronco que escapa de mis labios es inconfundible. Un susurro de éxtasis que solo él escucha.

Estoy completamente entregada, dominada por el temblor de mi cuerpo y la certeza de que, aunque el mundo siga alrededor, este momento es solo nuestro.

Mientras mi cuerpo todavía tiembla por el orgasmo que acaba de arrasar todo a su paso, siento la mirada intensa de Xander clavada en mí. Su voz, baja y cargada de esa mezcla de deseo y control que tanto me enloquece, me susurra cerca del oído.

—Me va a encantar ver cómo te gotea la corrida por la pierna cuando nos levantemos.

Un escalofrío me recorre el cuerpo y una sonrisa traviesa se dibuja en mis labios.

El postre llega a la mesa. Una tarta de chocolate con helado.

Compartimos la cuchara, rozándonos los dedos, intercambiando sonrisas cómplices entre bocado y bocado. El sabor amargo y dulce se mezcla con la electricidad que aún palpita entre nosotros.

Cuando saboreo el último pedazo, Xander me lanza contempla de un modo que me hace sentir deseada y protegida a la vez.

Después de la cena tenemos un plan que he organizado con mucha ilusión. Una visita nocturna al mirador del Parque Papago, un lugar donde las formaciones rocosas se recortan contra el cielo estrellado de Arizona.

El conductor del Uber conduce bajo la noche cálida; el aire fresco nos envuelve cuando llegamos a ese rincón apartado de la ciudad. Nos sentamos en una manta, rodeados de silencio y estrellas, dejando que el cielo infinito nos recuerde lo pequeños que somos, pero también la grandeza de lo que podemos sentir.

Xander me toma la mano y me sonríe con esa luz en los ojos que me derrite por dentro.

—¿Sabes qué es lo mejor de este cielo? —murmuro, tumbada sobre la manta, con la cabeza apoyada en su pecho, señalando el firmamento con un dedo.

—Que lo estás viendo conmigo —responde él, sin pensarlo demasiado, acariciándome el pelo.

Sonrío contra su piel, sin moverme.

—También… Pero no es eso lo que iba a decir. —Me río un poco y luego suspiro—. Lo mejor es que estamos viendo el pasado.

—¿Eh?

—Las estrellas que ves ahora… muchas ya no existen. Están tan lejos que su luz tarda años, siglos, milenios en llegarnos. Así que,

cuando contemplas el cielo, estás viendo cómo eran, no cómo son. Estás viendo el universo como era hace muchísimo tiempo.

Xander guarda silencio por unos segundos, intentando procesarlo.

—Joder…, eso es jodidamente profundo.

—Lo es, ¿verdad? —digo, aún con esa fascinación infantil en la voz—. Es como… romántico y triste al mismo tiempo.

Xander se gira un poco, para mirarme a los ojos. Las luces lejanas de Phoenix no alcanzan a teñir el cielo, que parece más negro y más puro que nunca.

—¿Y qué crees que somos tú y yo? —pregunta, bajito—. ¿Una estrella que aún brilla aunque ya esté muerta… o algo que acaba de empezar a arder?

Me quedo en silencio un momento. Luego sonrío.

—Creo que tú eres mi estrella más brillante. Y que acabas de empezar a arder, Xander.

—Pues prepárate —dice con intensidad—. Porque por ti ardo hasta el puto fin del universo.

Me río, me echo sobre él y lo beso. Un beso lento, lleno de algo más que deseo. Algo más grande. Como el cielo que nos envuelve.

—Te quiero, Xander.

—Yo también te quiero, Gia.

Y justo en ese instante, una estrella fugaz cruza el cielo sobre nosotros: una respuesta del universo.

El viaje de vuelta al hotel es tranquilo; voy echada en su hombro, girada hacia la ventanilla y sintiendo su respiración.

Al llegar a la habitación, los dos mostramos una expresión de complicidad y agotamiento dulce porque sabemos que lo mejor está por venir.

Xander me sienta en el sillón con esa mezcla de ternura y fuego que me vuelve loca. Me abre las piernas despacio, y siento su aliento cálido en mi piel cuando apoya mi pierna en su hombro. Sus dedos comienzan a deslizar con cuidado el juguete de dentro, ya empapado, y cada centímetro que sale me estremece.

Se le dilatan las pupilas, se le tensa la mandíbula y noto cómo se le marca la erección en el pantalón.

—No debería hacer esto antes de un partido —dice, con la voz ronca—. Pero a la mierda.

Ya estoy temblando de deseo. Él se baja los pantalones con prisa, dejando al descubierto lo que hace que mi cuerpo arda en llamas. Me levanta del sillón con fuerza pero con delicadeza a la vez, y se sienta encima de él.

Cuando me penetra de un tirón, el mundo desaparece. Siento su polla llenándome por completo, profunda y firme, y no puedo evitar un gemido, con la cabeza echada hacia atrás. Sus manos hunden en mis caderas y me obligan a moverme con él, marcando un ritmo salvaje y perfecto.

—Eres increíble —susurro, jadeando, con la voz rota—. Así, más rápido…

Los ojos oscuros de Xander parecen devorarme. No duda ni un segundo, y acelera el ritmo. Cada embestida es un golpe de electricidad en mi interior, y mis pezones se endurecen bajo sus manos.

—Mmm, preciosa —gime él—. Me tienes completamente viciado a esto.

Empiezo a moverme más rápido, apretándome contra su polla, sintiendo cómo el calor sube y sube hasta que ya no puedo aguantar.

—Xander… —mi voz es un quejido, casi un suspiro—. Me corro… No puedo más.

Él me estrecha con más ganas, me agarra de las caderas y me empuja con violencia deliciosa. Mis uñas se clavan en su espalda y mis gimoteos se mezclan con los suyos.

—Ven —susurra cerca de mi oído, acercándome más contra su cuerpo—. Quiero sentir cómo te corres solo para mí.

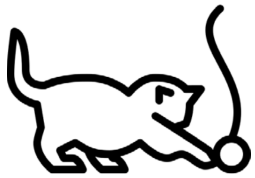
Y entonces exploto, temblando encima de él, con el clímax recorriendo cada fibra de mi cuerpo. Xander sigue embistiéndome, alcanzando su propio éxtasis, y los dos nos derrumbamos juntos; cuerpos sudorosos y corazones desbocados.

Me besa profundamente mientras nuestras respiraciones se calman.

—Después del partido, no quiero que esto acabe —dice con una sonrisa pícara.

—Yo tampoco —le respondo, acariciando su pecho—. Esto es solo el principio.

Nos quedamos así, abrazados, compartiendo el calor y la promesa de todo lo que está por venir.



16

GIA

A veces me cuesta asimilar cómo ha cambiado todo en tan poco tiempo.

Si me lo hubieran dicho hace unos meses, habría jurado que nunca me ibas a verme viajando con un equipo de fútbol americano profesional, vibrando desde las gradas como si mi vida dependiera de un *touchdown,* celebrando una victoria rodeada de jugadores sudados, gritones y eufóricos. Y mucho menos, que iba a hacerlo con el corazón latiendo por uno de ellos.

El viaje a Arizona fue… intenso. Divertido. Cargado de momentos que ahora se han vuelto recuerdos preciosos. El avión iba repleto de bromas, risas y hasta apuestas sobre quién iba a ser el primero en roncar en el vuelo de regreso.

El hotel era precioso, y aunque oficialmente tenía mi habitación, Xander no tardó ni un segundo en recordarme —con una sonrisa ladina y ese tono suyo que derriba cualquier resistencia— que no pensaba dormir sin mí.

Pero lo más impresionante fue el partido. El estadio rugía con fuerza, pero los Seattle Titans rugieron más. Fue un duelo duro, reñido, con momentos de infarto, pero al final… ganamos. Xander jugó poniendo el alma en cada pase. Lo vi en su expresión, en la forma en que corría, en cómo apretaba los dientes cada vez que se le acercaban los defensas. Estaba en llamas. Y cuando el silbato final

sonó y los gritos de victoria estallaron a mi alrededor, supe que estaba presenciando algo grande.

El equipo entero estaba exultante. No solo por la victoria, sino también por la conexión que se ha formado entre todos ellos. Una especie de hermandad indestructible que se forja en cada entrenamiento, cada golpe, cada caída y cada vez que se levantan.

Y yo… yo me sentí parte de ello.

Nunca pensé que pertenecer a algo así, vivirlo tan de cerca, podría ser tan bueno.

Volver a casa fue como respirar después de aguantar mucho tiempo bajo el agua. Y esta vez significaba regresar a una rutina que ya no me resulta ajena. Significaba volver a Xander.

Ese viaje ha solidificado algo entre nosotros. No fue solo una noche especial o un fin de semana lleno de emociones. También fue el principio de una nueva etapa. Nuestro día a día ha cambiado, pero en el mejor de los sentidos. Compartimos más que besos y caricias. Compartimos silencios cómodos, planes tontos y hasta las tareas más mundanas que ahora son especiales solo porque las hacemos juntos.

Vivir en su apartamento lo ha facilitado todo. Su cama ya es mi cama. Cronos, que antes se sentía dueño y señor de mis cojines, ahora ha conquistado el sofá de Xander como si hubiera nacido para gobernarlo. Y lo más bonito es ver a ese gato salvaje restregarse por sus piernas con total confianza y parece que siempre hubieran vivido juntos.

A veces, cuando llego a casa y veo a Xander en calzoncillos tirado en el sofá, con Cronos dormido encima de su pecho y la tele encendida con algún resumen deportivo, me siento… en casa. De verdad. Siento que somos algo más, que estamos construyendo algo real.

Nuestro vínculo se ha vuelto más íntimo, más sincero. Nos reímos por tonterías, nos apoyamos cuando el estrés asoma y cada vez es más fácil hablar de lo que sentimos sin tener que medir las palabras. Me encanta la forma en la que me abraza cuando creo que no lo necesito, pero en realidad sí. Me encanta cómo me contempla en silencio, memorizando cada uno de mis gestos. Me encanta que ya

no tema tocar los temas profundos. Que cuando me dice «Te quiero», lo haga con la certeza de quien ya no tiene miedo a perder.

En el equipo también las cosas han evolucionado. Mi rol como asistente es más firme, más respetado. Al principio algunos jugadores me veían como «la nueva» o incluso como «la chica de Xander», pero ahora soy Gia, la que resuelve, la que organiza, la que mantiene el caos bajo control y tiene solución para todo. Los chicos confían en mí, y yo me siento útil. Siento que aporto algo real, y eso también me hace sentir orgullosa.

Todo parece fluir. Tranquilo. La vida, por fin, me está regalando una temporada de calma.

Esta noche Xander va a salir de fiesta. Es el cumpleaños de uno de los chicos del equipo —no sé bien de cuál, porque entre tantos nombres y motes, a veces me lío—, y han organizado algo en uno de los clubes más exclusivos de la ciudad.

Lo he ayudado a elegir el *outfit*. Bueno, más bien me ha permitido que lo vista: una camisa negra de manga larga —remangada hasta los codos, por supuesto—, unos vaqueros claros y esos botines negros que me vuelven loca. Está increíble. Tan increíble que casi me arrepiento de dejarlo salir solo.

—¿Estás segura de que no quieres venir? —me pregunta mientras se peina rápido frente al espejo de la entrada.

—¿Y perderme mi cita romántica con Cronos, comida china y mi peli favorita? Ni loca —le digo, apoyada en el marco de la puerta, con los brazos cruzados.

Xander se ríe y se acerca. Me besa despacio, con esa sonrisa ladeada que me derrite.

—No te comas toda la comida tú sola. Guárdame un rollito.

—Te guardaré uno… si Cronos no se lo come antes.

Él se agacha y le acaricia la cabeza al gato, que está hecho un ovillo en el sofá. Cronos ni se inmuta. Obvio.

—Este gato me odia —murmura con fingido drama.

—No, simplemente te tolera. Que es lo más cerca del amor que vas a conseguir de él —le contesto, y nos echamos a reír.

Xander me lanza un último beso al aire y abre la puerta.

—Te escribo cuando llegue. Te amo, Gia.

—Yo también te amo, Xander. Pásalo bien.

Cuando se va, la casa se queda en silencio. Cronos levanta la cabeza apenas unos segundos, como para confirmar que no es comida lo que se ha perdido, y vuelve a cerrar los ojos.

Suspiro, me recojo el pelo en un moño rápido y me estiro con gusto en el sofá. Mi móvil ya está en la *app* de comida. Pollo con almendras, arroz frito, *dumplings* y rollitos de primavera. Mi combo ganador.

Mientras llega el pedido, voy a por la manta más suave del mundo, esa de la que Cronos intenta adueñarse siempre, y escojo mi película favorita. Una de esas que me sé de memoria, pero que me emociona desde el inicio. Me meto debajo de la manta, con Cronos acurrucado a mi lado, ronroneando como una pequeña estufa felina, y me permito sentir ese pequeño lujo de estar sola, tranquila y feliz.

La cena ha sido gloriosa. De esas que te dejan con el alma calentita y la tripa feliz. He devorado el pollo, he mojado cada *dumpling* en la salsa de soja con una devoción casi religiosa y he guardado el mejor rollito para el final… Pero he sido buena. Lo he envuelto en una servilleta y lo he metido en la nevera con una notita pegada que dice: *«Para el fiestero sexy. No tocar, Cronos»*.

Cronos, por cierto, ha estado a lo suyo. A ratos encima de mí, ronroneando como una moto, y a ratos con esos arranques locos suyos, corriendo como un poseso por el pasillo y cazando sombras imaginarias. Ahora está dormido, panza arriba, demostrándome que no tiene ninguna responsabilidad en esta casa.

Compruebo la hora en el móvil. Pasa de la una de la madrugada.

Apago la tele, recojo un poco el caos de comida y la manta, y me voy al dormitorio con la sensación de haber pasado una noche tranquila perfecta. Me cepillo los dientes, me pongo una camiseta gigante de Xander y me meto en la cama. Cronos me sigue al trote, como si tuviera miedo de que me escape mientras está distraído.

Estoy a punto de quedarme dormida cuando oigo abrirse la puerta de entrada … y un golpe sordo contra la pared.

—Mierda —la voz de Xander suena amortiguada… y arrastrada.

Sonrío. No necesito verlo para saber que está borracho. Lo escucho reírse solo y tropezar con algo en el pasillo.

—¿Giiia? —dice desde el salón—. ¿Dónde estáááás? Me han abducido unos alienígenas buenorros.

Me tapo la boca para no soltar una carcajada.

—Estoy aquí, astronauta ebrio. Ven antes de que Cronos te mate.

Xander aparece en la puerta del dormitorio con los ojos brillantes, el pelo revuelto y una sonrisa tonta.

—Eres… tan guapa que me duele el pecho. No sé si es amor o… o indigestión. Pero algo me arde aquí —dice, dándose golpecitos dramáticos en el corazón.

—Definitivamente es el alcohol —río.

—Uno del equipo me ha dicho que, si me canso de ti, él me adopta.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Que me cansaría antes de la pizza. Y tú sabes lo que yo siento por la pizza.

Me levanto, lo agarro de la mano y lo ayudo a quitarse la camisa, mientras él intenta sin éxito desabrocharse los pantalones entre risas.

—¿Por qué esto tiene tantos botones? ¿Por quéééé? —gime, y yo no puedo más de la risa.

—Shhh, anda, deja que lo haga yo.

Consigo meterlo en la cama, con Cronos mirándonos como si estuviéramos montando un circo.

—¿Sabes que te amo? —dice él, ya medio tumbado, con la voz más baja, más dulce.

—Lo sé, Xander. Y yo a ti.

Me tumbo a su lado y le acaricio el pelo.

Él se acurruca como un niño grande, con una sonrisa feliz y esa calidez que solo tiene cuando está relajado del todo.

Y así, entre risas, olor a colonia mezclado con alcohol y el peso de su brazo sobre mi cintura, me duermo.

El aroma del café recién hecho empieza a llenar la cocina; Cronos devora su desayuno como si no hubiera comido en años. Le rasco detrás de la oreja, justo donde le gusta, y él cierra los ojos con una expresión de éxtasis total.

Xander sigue durmiendo como un tronco. A veces, ronca bajito, otras se abraza a la almohada como lo hace conmigo. Me encanta verlo así. Tranquilo, vulnerable, sin la fachada de tipo invencible que tiene puesta durante el día.

Yo, en cambio, ya estoy modo «productivo». Sentada a la isla de la cocina, con una taza caliente entre las manos y la *tablet* delante. Revisando el correo, el calendario del equipo, alguna actualización de los Titans…

Hasta que aparece.

Una notificación de una página de cotilleos deportivos. Y luego otra. Y otra.

El titular me hace fruncir el ceño.

«Xander Cole de vuelta en las calles, ¿nueva conquista para el golden Boy de los Titans?».

Click.

La imagen me golpea en el estómago como una bola de demolición.

Xander, con la misma ropa que llevaba anoche, saliendo del local con su grupito del equipo. Y una chica. Morena, alta y demasiado pegada a él. Lo agarra del brazo y se estira para besarle el cuello. Él está mirando hacia otro lado. No parece responderle. Pero la foto es jodidamente ambigua.

—Venga ya… —murmuro, dejando la taza sobre la encimera con más fuerza de la necesaria.

Cierro la *tablet,* la vuelvo a abrir para ver la imagen, como si pudiera cambiar algo en ella. Como si al observarla más despacio fuera capaz de descubrir lo que pasó en realidad.

Y lo peor es que una parte de mí lo sabe. Lo conozco. Xander no es así. Y mucho menos conmigo. Pero la imagen está ahí. Y la

prensa no perdona.

Suspiro. Me vuelvo hacia el pasillo, desde donde aún no se oye ni un ruido. Sigo intentando convencerme de que fue un mal ángulo, un mal momento. Que fue ella la que se le lanzó sin permiso. Que él ni se enteró.

Pero también me hierve la sangre. Porque aunque haya sido algo sin importancia, ahora está por todos lados. Y eso lastima.

Cuando Xander aparece por fin en la cocina, despeinado, en pantalón corto y con cara de niño medio dormido, sonríe al verme. Yo también sonrío. Pero es ese tipo de sonrisa que duele en los bordes.

—Buenos días, dormilón. ¿Te lo pasaste bien anoche? —pregunto, dándole la taza de café que ya le tenía lista.

—Mmm…, sí. Aunque no sé cómo llegué a casa. ¿Volé? —bromea, y se rasca la cabeza, sentándose en el taburete.

—Seguro que alguien te dio alas. —Levanto una ceja, cruzándome de brazos.

—¿Eh?

—Nada. Ya vi que no estuviste solo. —Le pongo la *tablet* delante con la pantalla encendida. Justo en la foto.

Xander frunce el ceño y coge el dispositivo. Lo mira. Luego me mira a mí.

—Gia… Esto no es lo que parece.

—¡Vaya frase de mierda para empezar! —suelto, dando un paso atrás—. Ya sé que no lo es. Sé que no eres tan idiota como para dejarte besar por otra en mitad de una jodida calle con fotógrafos alrededor.

—Esa tía se me tiró encima. No sabía ni su nombre. Juro que fue cuestión de segundos, ni la vi venir.

—¿Y eso tengo que explicarlo yo ahora? ¿Tengo que leerlo en los comentarios? ¿Aguantar los titulares que me señalan a mí?

—Gia… —Xander se levanta, se acerca despacio, temiendo asustarme—. ¿De verdad dudas de mí por esto?

Por dentro quiero creerlo. Pero la imagen sigue ahí. Ardiendo.

—No. No dudo de ti. Pero no me gusta cómo se ve. No me gusta cómo me hace sentir. Y no me gusta que el mundo entero lo esté

viendo y lo esté comentando.

Él asiente, serio. Se pasa una mano por el pelo y suspira.

—Te prometo que no fue nada. Y si quieres, ahora mismo subo un video diciendo que estoy contigo, que te amo, y que cualquiera que se acerque sin permiso se come una demanda.

—No hace falta montar un *show*. Solo… ten cuidado. Porque yo te conozco. Pero ahí fuera, no.

Xander me abraza, y aunque mi cuerpo está tenso al principio, termino apoyando la frente en su pecho.

Él me besa el pelo.

—Te amo, ¿vale?

—Lo sé. Solo no me hagas tener que recordármelo con una foto así, otra vez.

He estado toda la mañana en la oficina, intentando concentrarme.

Pero las imágenes siguen ahí. Cada vez que abro el móvil, me sale algún meme nuevo, alguna cuenta de cotilleo que hace *zoom* en el rostro de la chica, o en la cara de Xander, o incluso en mi perfil, etiquetado con un corazón roto. Patético.

La vibración del móvil me saca de mis pensamientos.

Savannah: *Tía…, ¿lo has visto? ¿Estás bien? ¿Qué coño pasó anoche?*

Gia: *Luego te llamo, ¿vale?*
Tiene explicación. Solo necesito que me des un rato.

Suspiro. La quiero. Pero ahora mismo no tengo ni ganas ni claridad mental para dar explicaciones.

Bloqueo la pantalla y dejo el móvil boca abajo, sintiéndome expuesta. Como si de pronto todo el mundo me estuviera observando, esperando que haga o diga algo.

Pero pienso en Xander. Con él me siento genial. Nunca me había sentido así con nadie. Pero a veces, cuando algo va demasiado bien… empiezas a temer que se rompa. Y sobre todo cuando tu relación la conoce todo un país.

No debería pensar así. Pero la verdad es que el amor también da vértigo. Y amar a Xander es como estar al borde de un acantilado con los pies descalzos, con el viento en contra y el corazón latiéndome en la garganta.

No hay red. No hay garantías. Solo fe. Y ganas.

Vuelvo a suspirar, me ajusto la coleta y le echo un vistazo al reloj. Es tarde. Otra vez.

En la oficina todo está como siempre. Pantallas encendidas, gente entrando y saliendo, el zumbido de fondo de las impresoras y esa energía medio caótica que flota cuando hay fechas límite cerca. Me pierdo en mi trabajo durante horas, editando fotos, respondiendo correos, organizando las próximas ruedas de prensa del equipo.

Hasta que aparece Marcus.

—Buenas, Clarke. —La voz de mi jefe hace que me gire hacia la puerta de su despacho—. ¿Puedes venir un momento?

Me levanto con el iPad en mano y entro. Marcus me observa con esa sonrisa suya que siempre me ha parecido… incómoda. Demasiado blanqueada. Demasiado calculada.

—¿Va todo bien? —pregunta, con tono distendido, aunque su mirada baja brevemente a mis piernas antes de volver a mis ojos.

—Sí. Perfectamente —contesto, un poco tensa.

—Hoy estás especialmente guapa.

Lo dice como quien comenta el clima, con una normalidad que no me gusta.

Fuerzo una sonrisa educada.

—Gracias.

—¿Tienes planes para comer? —pregunta después, con esa falsa naturalidad que ya empiezo a anticipar.

—Sí —miento—. He quedado con alguien.

No es cierto, pero no me apetece jugar con ambigüedades. Marcus no es estúpido. Y si algo he aprendido de este tipo de hombres es que la única forma de pararles los pies es no darles espacio ni margen.

Él asiente; finge que le da igual, pero noto su mandíbula tensarse un poco.

—Esta mañana he visto lo de tu chico. El *quarterback,* ¿no? —dice, revisando unos papeles para simular que no le importa, pero claramente está disfrutando del tema—. Vaya fiestecita se montó. Aunque si te soy sincero…, no sé qué hace un tipo como ese con alguien como tú.

Levanto una ceja.

—¿Alguien como yo?

—No te ofendas. Eres lista, profesional, seria… Él es más de otra clase de ambiente. Fiesta, fama, chicas… Ya sabes. Tal vez deberías considerar otras opciones. —Se apoya sobre el escritorio, demasiado cerca—. Alguien que te valore por algo más que tus curvas.

Se me revuelve el estómago. No por lo que insinúa de Xander, sino por lo que está haciendo él.

—Señor, ¿necesita algo o solo quiere soltarme indirectas baratas?

Él sonríe, pero se tensa un poco.

—Tranquila. Solo hablaba. Pero si alguna vez quieres tomarte algo después del trabajo y despejarte…, ya sabes dónde encontrarme.

Le sostengo la mirada con frialdad, sin decir nada. Y salgo del despacho.

Intento no darle más vueltas y me sumerjo de nuevo en mis tareas. Pero cuando levanto la vista, me encuentro con Xander apoyado en la entrada de la oficina, observándolo todo desde el pasillo.

Concentrado directamente en Marcus.

Y en cuanto nuestros ojos se encuentran, lo sé.

Lo ha visto.



17

XANDER

Salimos del edificio del equipo sin decir una sola palabra. Ella va a mi lado, con su mano rozando la mía, tranquila. Como si lo de antes no hubiese pasado. Como si no hubiese tenido que presenciar cómo ese imbécil de Marcus la miraba como si le perteneciera.

No he dicho nada. Ahí no. Delante de todos no. Pero me hervía la sangre.

Cuando llegamos al coche, nos sentamos, pero antes de arrancar, se gira hacia mí. Sus ojos, oscuros y serenos, me atraviesan.

—Suéltalo ya —me dice, sin rodeos—. ¿Qué te pasa?

Agarro el volante con más fuerza de la necesaria antes de arrancar. Respiro. Una vez. Dos. No sirve de nada.

—Marcus —escupo su nombre y me hace sentir mal sabor de boca—. No me gusta cómo te mira últimamente. Ya me había dado cuenta en alguna reunión, pero hoy… hoy se ha pasado.

Ella suspira, se acomoda el cinturón y gira la cabeza hacia mí.

—Creo que ha sido por lo de la foto de anoche —explica, con un tono más suave—. Tal vez se ha pensado que ya no estamos juntos. O que podía aprovechar la oportunidad. Yo qué sé. Pero le he puesto las cosas claras, Xander. No hay que darle más vueltas. Ha sido algo puntual.

Aprieto la mandíbula.

—¿Puntual? Es que no tendría que haber sido ni algo puntual, Gia —intento hablar calmado, aunque no tengo muy claro que lo esté consiguiendo—. Es tu jefe, y uno de los directivos del equipo. No debería ser así.

—Sí, ha sido algo puntual porque lo he frenado en seco. Porque no ha pasado de ahí. —Su voz no tiembla. Está firme y segura—. No voy a justificarlo. Pero tampoco quiero que te hagas películas. Sé cuidarme.

Tan jodidamente hermosa, tan fuerte… Y tan ajena al nudo que tengo en el estómago…

Porque no se trata solo de celos. Se trata de la sensación de que algo o alguien puede joder lo que hemos construido. Lo mucho que estoy apostando por esto… por ella.

Porque no entiendo esa reacción de él así, tan de repente.

Pero no digo más en todo el trayecto, pero me conozco. No voy a dejarlo pasar tan fácil. Marcus ha cruzado una línea. Y como vuelva a hacerlo, no me quedaré quieto, por muy directivo que sea.

Llegamos a casa sintiendo todo el peso del día encima. Gia suelta las llaves en la mesa del recibidor y suspira, como para librarse de todo lo que no ha dicho desde el coche. Cronos aparece de la nada, ronroneando como loco, y ella se agacha a acariciarlo.

Yo cuelgo la chaqueta y la observo en silencio. Podría quedarme horas mirándola moverse por casa.

—¿Quieres olvidar este día de mierda conmigo? —pregunta de pronto, girándose hacia mí con una media sonrisa.

—¿Qué tienes en mente?

—Un baño. Espuma, agua caliente, tú y yo. —Se encoge de hombros—. Nada del otro mundo.

Pero para mí lo es todo. Asiento sin pensarlo dos veces.

Cuando la bañera está llena y la espuma cubre la superficie del agua, la luz tenue del baño nos baña con calidez. Me apoyo en el borde y Gia se acomoda entre mis piernas, con su espalda contra mi pecho. Huele a vainilla, y juro que su sola presencia me relaja el alma.

—¿Sabes qué estaba pensando antes? —dice, girando un poco el rostro—. Que si Cronos pudiera hablar, nos regañaría cada vez que

lo dejamos fuera de la habitación.

Suelto una risa, baja y ronca.

—Seguro. Pero también es un cotilla. Siempre está intentando colarse.

—Porque quiere ser el protagonista de todo.

—No puede competir. Yo soy el protagonista —respondo en tono chulo, besándole la clavícula.

—¿Tú? Por favor… —resopla, divertida.

Nos reímos un rato. Se entretiene poniéndome espuma por todos lados. Pero cuando se relaja, sus dedos acarician mi muslo bajo el agua y mi cuerpo empieza a reaccionar solo. Luego siento sus labios en mi cuello, lentos, suaves. Y, sin que diga una palabra, se desliza entre mis piernas y su boca se hunde en mi polla, húmeda y caliente, haciéndome soltar un gruñido profundo.

Al salir del baño, Gia se pone una camiseta ancha y me lanza una mirada que es puro fuego.

—Voy a revisar unos informes y a llamar a Savannah. Hoy me ha escrito sobre lo de esta mañana… y quiero explicarle las cosas.

Asiento, aún algo atontado por lo de hace unos minutos.

—Entonces…, me voy al *gym*. Necesito soltar energía.

—¿Más? —pregunta, con una ceja levantada.

—Siempre —respondo, guiñándole un ojo.

Ella sonríe y me lanza un beso desde la puerta del despacho.

El gimnasio está casi vacío a esta hora. Y me viene bien. Necesito levantar hierro, sudar y pensar menos.

Estoy haciendo *press* banca cuando Liam aparece con una camiseta de tirantes y una toalla en la mano.

—¿Vas a reventar esa barra o vas a decirme qué coño te pasa? —pregunta, apoyándose a mi lado.

—¿Pueden ser las dos cosas?

—Te conozco, Cole. Cuando vienes a esta hora, con esa cara de asesino silencioso, es porque estás a punto de cargarte a alguien.

Me siento y cojo aire.

—Marcus. Uno de la directiva del equipo y jefe de Gia. Hoy le ha echado una mirada que me han dado ganas de partirle la cara.

—Sé quién es, tío. ¿Le ha dicho algo?

—Le ha dicho guapa. Ha estado encima de ella, que lo ha cortado, sí, pero…, no sé, joder. Me pone enfermo —digo, pasándome una mano por el pelo—. Él sabe que estamos juntos. Todos lo saben. Y no sé a qué viene ahora esto.

Liam chasca la lengua.

—¿Se lo has comentado?

—¿A Gia? Claro. Me ha dicho que no era para tanto. Que lo ha frenado y ya está. Pero no es solo eso. Es el tipo de hombre que cree que tiene derecho a todo. Y no me gusta tener a Gia cerca de alguien así. Ni un poco.

—Cole…, sé cómo eres. Pero piénsatelo dos veces antes de perder la cabeza. No dejes que ese capullo tenga ese poder sobre ti.

Me conoce bastante. Y sabe que, si Marcus vuelve a acercarse a Gia, voy a perder los papeles. Y es algo que no me conviene nada. Ni por el equipo ni por Gia.

Han pasado varios días desde el incidente con Marcus. Y aunque intento no pensarlo, no verlo, no sentirlo…, cada vez que ese cabrón se cruza con Gia por el pasillo, se me revuelven las tripas.

No ha vuelto a decirle nada. Que yo sepa. Solo miradas. Sutiles. Disimuladas. Pero yo las veo. Las reconozco. Porque son las mismas que he lanzado yo alguna vez, con la diferencia de que Gia ahora es mía. Y no pienso permitir que ningún idiota trate de joder eso.

He estado ocupado. Entrenamientos, sesiones de video con el equipo, comidas rápidas entre reuniones… Reuniones en las que estaba él.

Gia y yo nos estamos viendo menos por culpa del ritmo de lo que conlleva estar en mitad de una temporada y con la emoción de no haber perdido ni un solo partido. Pero cuando ella y yo estamos juntos…, todo es más intenso. Más íntimo.

Hace un par de noches cocinamos pasta casera. Ella con harina hasta las cejas y yo quemándome los dedos porque no podía dejar de besarle el cuello.

Ayer salimos a pasear con Cronos, que ahora exige salir al patio como un perro. Y esta mañana me he despertado con sus piernas

enredadas en las mías y su respiración suave contra mi pecho. Me jode que algo tan perfecto tenga que estar manchado por un imbécil.

En el trabajo, he intentado mantenerme al margen. No quiero meter la pata. No quiero ser ese tío que la sobreprotege ni que estropea su espacio. Pero cada vez que Marcus aparece, me doy cuenta de que me mira como si esperase algo de mí.

Y lo peor es que Gia sigue actuando tan tranquila. Quizá no quiera darle importancia. Quizá no quiera preocuparme. Pero yo ya estoy en modo alerta; algo dentro de mí está convencido de que esto no ha terminado.

Liam me dijo el otro día que sabe cuál es el problema que tiene Marcus conmigo. Y la verdad que es algo que no me esperaba.

Resulta que hace casi un año, en una fiesta, como tantas otras, una chica se me acercó. Estuvimos hablando, no me contó mucho de su vida privada, pero nos acabamos liando y sí, me comió la polla en el baño. La cosa quedó ahí, aunque obviamente los chicos del equipo se enteraron.

Pues resulta que esa chica era la prometida de Marcus. ¿Cómo coño iba yo a saberlo?

Liam dice que la noticia de la cancelación de su compromiso saltó hace poco. Y que ese puede ser el motivo por el que Marcus actúa así con Gia. Y la verdad que a mí me parece un juego muy sucio. No por lo que me quiera hacer a mí, sino porque Gia no tiene por qué aguantar algo así.

Y yo no sé cuántas veces más voy a poder mirar hacia otro lado.

Solo hace falta que ese cabrón dé un paso más, solo uno, y no respondo de mí.

Estoy sentado en el banco del vestuario, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza agachada, como si así pudiera deshacerme el puto nudo que tengo en el pecho desde hace días.

—Estás muy callado para lo que sueles ser —dice Chase, dejándose caer a mi lado con una botella de agua en la mano. Le echo un vistazo de reojo. No tengo ganas de hablar, pero si hay alguien del equipo que entiende cuándo callar y cuándo decir las cosas…, es él—. ¿Marcus? —pregunta, directo.

Asiento.

—No sé si estoy exagerando, si me estoy volviendo loco… pero no me cuadra. No me gusta cómo la mira. Y no me gusta cómo actúa cuando yo estoy cerca. Parece estar todo el rato midiendo lo que puede hacer sin que dé la impresión de que hace algo.

Chase toma un trago largo, luego se pasa la mano por la barbilla.

—No estás loco, tío. Lleva tiempo actuando raro contigo. Yo también me he fijado. En la reunión del martes, cuando Gia estaba explicando lo de la campaña, él no le quitaba los ojos de encima. Pero no a la *tablet* precisamente. No sé si sabes a lo que me refiero. —Por fin alguien lo dice en voz alta. No es mi imaginación—. Y no solo eso —añade Chase—. Cuando tú entras, se pone tenso. Como si supiera que estás a punto de partirle la boca.

Me paso las manos por la cara y resoplo. Me cuesta no saltar, no hacer algo estúpido. Pero no soy tonto. Quiero protegerla, no echar a perder lo que tenemos.

Nos ponemos de pie y salimos por el pasillo. A lo lejos, veo una escena que me revuelve todo el cuerpo.

Gia, Marcus y el míster están hablando frente a una *tablet*. Debe de ser una revisión de materiales. Todo normal. El míster se despide con una sonrisa, le da una palmada amistosa a Gia en el hombro y se marcha.

Pero Marcus se queda.

Dice algo. Ella escucha con una media sonrisa incómoda. Y entonces él lo hace.

Pone una mano donde no debe, justo en la parte baja de su espalda, rozándole la cintura. Como si tuviera derecho, como si Gia le perteneciera. No es grosero: es sutil. Pero yo lo veo. Y él me ve. Y no me hace falta nada más.

Gia se la aparta rápido, con esa educación que a veces me desespera, y se da media vuelta para irse. En ese momento, Chase me pone una mano en el pecho.

—Tranquilo, hermano.

Tengo la mandíbula tan apretada que me duele. Y he apretado los puños por reflejo.

Gia se acerca con su sonrisa de siempre, fingiendo que no ha pasado nada.

—¡Eh! ¿Vais a la sala de vídeo? El míster quiere repasar lo de la jugada del cuarto *down*.

Simula que todo está bien. Pero yo no me trago esa mierda.

Y esta vez… tampoco voy a dejarlo pasar.

Gia se fija en mí sabe que algo no va bien.

—Estoy bien —me dice a toda prisa, cogiéndome del brazo—. No ha sido nada. Ya está.

—¿Eso «no ha sido nada»? —le suelto, señalando con la barbilla hacia Marcus, que aún sigue ahí, sonriendo con esa cara de imbécil satisfecho—. ¿Eso es lo que tú llamas «nada»?

Me suelto de su mano. Todo dentro de mí hierve.

Marcus se acaba de meter en su despacho y me doy cuenta de que es mi ocasión.

—Xander, no —me dice, Gia.

Ni la miro. No le contesto. Solo quiero ir hasta allí.

Gia me lo pide con esos ojos que me pueden y que me dicen que lo tiene controlado, que no haga una estupidez.

Pero hay una línea que no se cruza. Y ese cabrón la ha cruzado hace rato.

Escucho a Chase decir mi nombre y soltar una maldición.

No pienso. Solo voy por los pasillos de las oficinas como una puta tormenta a punto de estallar. Mis botas retumban. Cada paso que doy es más fuerte en mi cabeza que en el suelo. Y tengo los puños apretados desde que he visto su mano encima de Gia. Algunos del equipo me saludan al pasar, pero apenas los veo. Tengo la mirada fija en una cosa.

Llego a su despacho y abro la puerta sin llamar.

—¿Te has perdido, Cole? —pregunta con media sonrisa, apoyándose en la mesa como lo haría en una puta conversación de colegas.

Me acerco dos pasos. Estoy plantado frente a él, con los dientes apretados y el corazón bombeando rabia.

—Aléjate de ella.

Levanta una ceja, divertido.

—¿De quién? ¿De la chica que salió en todas las fotos contigo la otra noche?

—Sabes bien de quién estoy hablando, Marcus. No me toques los cojones.

—Eh, chaval —dice, alzando un dedo—. No me hables así. Tu contrato en este equipo depende de mi firma.

—Me importa una mierda. No vuelvas a ponerle una mano encima a Gia.

—¿Vienes a marcar territorio? Qué clásico. Tranquilo, campeón. Si no sabes cuidarla bien…, lo puedo hacer yo.

Y entonces pasa.

No lo pienso. Solo veo su cara, su sonrisa de mierda… y lo siguiente que noto es el dolor en mis nudillos al estamparse contra su mandíbula.

El puñetazo lo sacude hacia atrás; una taza cae al suelo y se hace trizas. Él se tambalea, se agarra la cara con una mueca de sorpresa mezclada con miedo.

Yo respiro agitado, con el pecho ardiendo y la adrenalina rugiéndome en la sangre.

Marcus se incorpora con dificultad, tocándose el labio partido.

—Estás jodido —gruñe—. Muy jodido, Cole.

Y lo sé. Lo sé desde el momento en que he entrado a su despacho. Pero no me arrepiento.

Porque nadie toca lo que es mío.

—¡Eh, eh, eh! —grita alguien desde el pasillo.

Por la puerta entran dos del equipo de seguridad del estadio. Detrás de ellos, uno de los asistentes del entrenador, con cara de haber visto un incendio.

Marcus levanta una mano, sangrando aún por el labio. Teatrero.

—Ha sido él. Me ha agredido —dice, como si no se lo esperara. Como si no se lo hubiera buscado.

Uno de seguridad se pone entre nosotros, aunque yo ya estoy quieto. No me muevo, no digo nada. Solo aprieto los dientes y le echo un último vistazo a Marcus. No por arrepentimiento, sino por rabia contenida.

—Vamos, Cole. Sal de aquí —ordena uno de los asistentes.

Camino por el pasillo con todos los ojos clavados en mí. Chase se aparta de la esquina, se cruza conmigo y suelta por lo bajo:

—Te he dicho que te calmaras.

Pero no hay vuelta atrás. Y es algo que sabes desde el momento en el que lo haces.

Busco a Gia por los pasillos, pero no la encuentro. Pero alguien sí que me localiza a mí.

—¿Qué cojones has hecho, Xander? —pregunta el míster desde la puerta de su oficina.

Está ahí, con los brazos cruzados. Su expresión es dura, como cuando perdemos un partido por culpa de la arrogancia.

—Él se lo ha buscado.

—Eso no importa. Aquí no resolvemos las cosas a golpes. —No respondo. No puedo. Porque sé que tiene razón, pero tampoco me voy a disculpar por proteger lo que es mío—. Hay testigos. Y cámaras —añade el míster—. La directiva al completo ya ha sido informada, y no tardarán en notificarte la sanción oficial. He intentado que no sean muy duros para no perjudicar al equipo a estas alturas. Pero, Xander, no me falles más.

Asiento con la mandíbula apretada. No hay nada que decir. Solo tragar.

Después de salir de la sala de vídeo, donde todos tenían cara de querer matarme, me vibra el móvil.

Una notificación. Breve. Fría. Formal.

«Xander Cole, jugador de los Seattle Titans, queda suspendido durante los dos próximos partidos oficiales por conducta antideportiva y agresión física dentro de las instalaciones del club».

Bloqueo el móvil.

Y lo primero que pienso es en Gia.

En el castigo no, ni en la directiva ni en el puto Marcus.

Pienso en cómo se lo voy a explicar… y en si ella me va a mirar con los mismos ojos después de esto.

Me monto en el coche y antes de arrancar, echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos. Mi mente no deja de dar vueltas.

¿Por qué ahora?

¿Por qué justo ahora ha decidido ir a más con ella?

¿De verdad es una venganza?

¿De verdad se cree que, por la maldita foto de la fiesta, mi relación se ha tambaleado lo suficiente como para que él tenga una oportunidad?

¿O siempre ha estado esperando el momento? Como una serpiente agazapada.

Lo pienso y me hierve la sangre. Porque no es solo deseo lo que veo en su expresión cuando la observa. Es algo más sucio. Más calculador. Parece que le jode que yo esté con ella y que disfruta probando hasta dónde puede llegar.

Y no lo voy a permitir

Nunca lo voy a permitir.

Tal vez la he cagado al dejarme llevar por el impulso. Tal vez hoy no haya sido el día más inteligente de mi vida. Pero si alguien piensa que puede tocar lo que es mío sin consecuencias…, se ha equivocado de jugador.

Cuando abro la puerta de casa, Gia ya está allí. Sentada en el sofá, con Cronos en el regazo y el rostro más serio que nunca.

No me dice nada al principio. Solo me mira.

Y sé que tengo que ser yo quien empiece a hablar.

—Ya lo sabes, ¿no? —Asiente despacio, sin apartar la vista—. ¿Te lo han dicho desde el club?

—Sí. Y, bueno, ha salido en todas las noticias —responde—. Estaba preocupada… y bastante decepcionada, para ser sincera.

Me dejo caer en el sofá, suspirando. Cronos salta y se va como si supiera que esta conversación no es para él.

—¿Qué quieres que te diga, Gia? Lo he visto. Llevo todo este tiempo viéndolo. Y me conozco. No he podido aguantarme.

—Xander… —Su tono no es duro, pero sí desencantado—. Te han suspendido dos partidos. ¿Eres consciente de lo que significa eso?

—Sí. Lo soy. Pero ¿de verdad esperabas que me quedara quieto viendo cómo ese cabrón te toca?

Ella frunce el ceño.

—Lo tenía controlado. Iba a hablar con Recursos Humanos. Iba a hacer las cosas bien.

—¿Y mientras tanto qué? ¿Me quedo de brazos cruzados mientras ese imbécil se piensa que puede rozarte, insinuarse, jugar contigo porque cree que entre nosotros hay grietas?

—Xander…

—Gia, lo ha hecho por joderme. Lo ha hecho porque yo le jodí su relación. Él ha estado buscando esta situación desde el minuto uno.

—¿Cómo que le jodiste su relación? —pregunta, sorprendida.

—Bueno, tuve algo hace un tiempo con su prometida. —Por su expresión, diría que le he pegado a un animalito—. Yo no sabía quién era ella, Gia. Lo prometo. Pero parece ser que se enteró hace poco de lo que hicimos y rompió su relación.

Gia no dice nada, solo me mira; parece esperar a que diga algo que salve la situación.

—Gia, no lo he hecho por orgullo. Lo he hecho porque me supera la idea de que alguien te vea como él te ve, como un reto que alcanzar. Porque me importas tanto que… me hace daño imaginar que otro se atreva siquiera a pensarlo. Me dejo la vida por este equipo, pero tú… Tú eres otra cosa. Y si eso me convierte en impulsivo, en celoso o en un imbécil, lo acepto. Pero no voy a quedarme de brazos cruzados.

Ella me observa en silencio. Sus ojos se suavizan. Sé que está procesando todo lo que he dicho. Y aunque me gustaría que me perdonara, no la presiono.

Entonces se acerca. Se sienta a mi lado. Y apoya su cabeza en mi hombro.

—No me gusta que pierdas el control, Xander…, pero entiendo por qué lo has hecho. Solo prométeme que la próxima vez, me dejarás hablar a mí antes.

—Lo intentaré. Pero contigo… me cuesta pensar antes de sentir.

Ella sonríe, resignada.

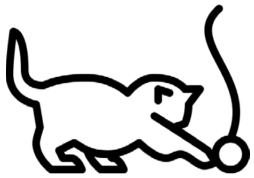
—Maldito bruto adorable.

—Lo dices como si fuera un cumplido.

—Tal vez lo sea.

Nos quedamos así, en silencio. Sin necesidad de más palabras.

Porque a veces, incluso cuando todo se tambalea, el amor sabe cómo aferrarse a lo que importa.



18

Gia

La oficina huele a café requemado y a carpetas viejas. Las teclas del teclado suenan demasiado fuerte. Y mi cabeza… no para de dar vueltas.

Evito las miradas. Paso rápido por los pasillos. No estoy para conversaciones incómodas ni para cuchicheos.

En mi pantalla, los titulares no dan lugar a dudas.

«Xander Cole suspendido dos partidos tras altercado con miembro de la directiva».

«El quarterback de los Seattles Titans, en el ojo del huracán».

Cierro las pestañas. No necesito leer lo que ya sé.

El incidente. El puñetazo. Marcus. Todo sigue rondándome como si no hubiera pasado ni una hora… y, sin embargo, fue ayer.

Recuerdo el silencio que quedó tras el caos. Ese silencio denso, lleno de pensamientos que no se dijeron en voz alta.

Xander llegó a casa con la mandíbula apretada, los nudillos rojos y la expresión vacía. Tenía rabia aún, sí… pero también culpa. Culpa por haberse dejado llevar. Culpa por poner en riesgo lo que más ama. Por mí.

Y sin embargo, no discutimos. No hubo más reproches. Esa noche no.

Solo nos abrazamos.

Nos metimos en la cama en silencio, con la única necesidad de saber que el otro seguía ahí. No me soltó. Y yo no quise hacerlo tampoco.

Dormimos como si el mundo no se hubiera roto un poco.

Pero esta mañana… fue diferente.

Hicimos el amor despacio. Sus manos pretendían explicarme lo que las palabras no podían, mi piel intentaba convencerlo de que yo seguía creyendo en él.

No hubo prisas ni pasión desbordada. Solo nosotros. Recolectando desde el sitio más vulnerable: el alma.

Fue la clase de sexo que no buscaba placer, sino calma. Xander intentaba demostrarme que no todo lo suyo era rabia y músculos tensos. Que también sabía amar en silencio.

Ahora, sentada frente al ordenador, con el cuerpo aún sensible y el corazón latiendo raro, intento no pensar demasiado. Pero es imposible. Marcus está aquí. En alguna parte de este edificio.

Abro una carpeta. Luego otra. Y otra más. No retengo nada de lo que leo.

Mi cabeza sigue atrapada en lo mismo. La suspensión de Xander.

Dos partidos.

No es el fin del mundo, lo sé. Pero para alguien como Xander… es más que un castigo. Es una herida directa a su orgullo, a su disciplina, a todo por lo que ha trabajado.

Y, aunque no puedo justificar lo que hizo…, tampoco puedo condenarlo del todo.

Porque yo también lo vi.

Vi la mano de Marcus donde no debía estar. Vi su sonrisa torcida, calculada, venenosa.

Y por un segundo, me descompensó incluso a mí.

Sé que Xander tiene que aprender a controlarse. Que no puede ir por ahí soltando puñetazos cada vez que algo no le gusta. Pero también sé lo que sentí estar allí, entre ellos dos; en la piel, en el estómago.

Y no puedo evitar pensar que me defendió, que me protegió de una forma que no pedí, pero que tampoco rechazo del todo.

Anoche, después de todo, hablamos de ello. No mucho. Pero lo justo.

«Gia, lo ha hecho por joderme». «Le jodí su relación».

No le respondí al instante. Estaba agotada. Pero sus palabras se me quedaron clavadas.

Y ahora que lo pienso, hay cosas que empiezan a encajar.

Las miradas. Los comentarios «fortuitos». La manera en que siempre parecía estar cerca cuando Xander no estaba.

Yo quise pensar que era solo mi jefe. Quise creer que exageraba.

Pero quizás no. Quizás Xander lo supo desde mucho antes. Y quizás fui yo la que no lo quiso ver.

Estoy en la sala de descanso sola, con una taza de té, cuando la puerta se abre de repente.

—Buenos días —dice Marcus, y deja unos papeles sobre la mesa de al lado.

Sé que no es casualidad que haya pasado por aquí. Él lo sabe. Yo también.

—Señor —lo detengo, girando ligeramente mi silla—. ¿Podemos hablar un segundo?

Levanta la cabeza, con esa expresión neutra que esconde todo menos neutralidad.

—Claro —responde, pero el tono ya es gélido.

Me pongo de pie despacio. No quiero alzar la voz ni armar más lío. Solo quiero entender las cosas.

—¿Por qué hizo eso ayer? —pregunto directo—. ¿Por qué iba a provocar así a Xander?

Sus cejas se alzan, como si la pregunta fuera absurda.

—¿Provocar? Vaya, no sabía que ahora hay que pedirle permiso a Cole para hablarte —responde con una sonrisa cínica.

—No fue solo hablarme —le contesto, cruzándome de brazos—. Sabe perfectamente a qué me refiero.

Suspira, da un paso hacia mí.

—Ese chico tiene el ego más grande que el estadio, Gia. Se cree intocable. Alguien tiene que recordarle que no lo es.

—¿Ese alguien es usted?

—Alguien tiene que ponerle límites. Solo porque sea bueno con una pelota no significa que se le pueda consentir todo.

La frialdad de sus palabras me provoca una punzada en el pecho. No tanto por él, sino porque empiezo a entender de dónde viene todo esto. Y no tiene nada que ver conmigo.

—Esto no es por lo que pasó ayer —digo en voz baja, casi para mí misma.

Marcus no responde. Solo me sostiene la mirada, tenso, desafiante. Pero en sus ojos… hay algo más.

Algo que me confirma que sí, que esta guerra no es nueva. Y que yo solo fui el detonante.

—¿Sabes qué pasa, Gia? —responde finalmente, pero esta vez sin sarcasmo, sin esa superioridad fría de antes—. A veces, uno se entera demasiado tarde de con quién ha estado compartiendo su vida.

Mi estómago se contrae. Ya sé a dónde va a parar esto.

—¿Esto tiene que ver con ella? —pregunto, casi sin voz.

Marcus suelta una risa sin alegría y se vuelve hacia la ventana por un segundo.

—Tenía que enterarme por otro. Por rumores. Por una maldita foto en el móvil de un amigo. Al principio pensé que era una broma. Pero no… Era él. Cole. Con ella.

Silencio.

—¿Xander no sabía quién era? —añado, aunque ya sé la respuesta. Ya la he escuchado de él.

—No. Y eso es lo peor, ¿sabes? Que para él fue solo una noche más. Pero para mí fue el fin de todo. —Me quedo quieta. Sin palabras—. Cancelé mi compromiso hace un mes, Gia. Y desde entonces no puedo ni mirarlo sin que me hierva la sangre. Lleva unos años dándole problemas al equipo. Demasiado ego para una sola persona. Demasiados titulares que no nos convenían. Así que decidimos probar una última cosa antes de rescindir su contrato. Y por eso estás tú aquí —sigue—, porque había que pararle los pies de alguna manera. Así que sí, lo provoqué. Lo busqué. Porque a veces necesitas que alguien pierda los papeles para recordar que no son

tan perfectos como todo el mundo cree. Porque a veces necesitas que alguien como él muestre su verdadera cara. Que pierda el control. Que todos lo vean. —Ya no hay desafío, ni rabia en su expresión: solo un dolor disfrazado de orgullo. Me quedo en silencio, procesándolo todo—. Y tú, Gia… tú te mereces algo mejor. —Clavo la vista en él, tensa—. Ya viste lo que pasó con esa chica la otra noche. Las fotos. El escrutinio. Esa gente no cambia. Por mucho que quieran maquillarlo de pasión o impulsividad. Es caos. Y te va a arrastrar con él. —Me dice eso con una voz que mezcla reproche y… ¿pena?—. Xander no es bueno para ti. A largo plazo no.

Y se va. Sin esperar mi respuesta.

Y yo me quedo ahí, con un nudo en el estómago y la cabeza dándome vueltas. No por lo que Marcus piensa de Xander…, sino porque por primera vez, empiezo a entender lo profundo que es el dolor que lleva encima.

Pero también sé algo más. Yo no soy su redención. Y Xander… no es el villano de esta historia.

Apoyo los codos sobre el escritorio y me paso las manos por la cara, respirando hondo.

No quiero ni pensar en que alguien que compartió tantas horas conmigo, que trabajó a mi lado durante tanto tiempo, pudo haberse movido por algo tan retorcido.

Y por primera vez, no sé si quiero seguir trabajando aquí… Y me pregunto por qué he estado tan ciega todo este tiempo.

Estoy repasando por tercera vez una nota de prensa que ya he corregido, cuando escucho un golpecito rítmico en el borde de mi escritorio.

—¿Estás bien, o estás planeando la destrucción de la humanidad desde ese correo? —dice Chase, apoyado en la esquina de mi mesa con su típica taza de café.

Levanto la vista y luego fuerzo una sonrisa.

—Solo estoy concentrada.

—¿Concentrada en fulminar a alguien con la mirada, tal vez? —Arqueo una ceja—. Porque si es Marcus, te apoyo. Si es Xander, me

lo pienso.

Suelto una pequeña risa, algo seca.

—Es un poco más complicado que eso.

—¿Por qué no me sorprende? —Chase echa una ojeada a su alrededor y luego arrastra una silla sin preguntar y se sienta frente a mí. Su expresión cambia apenas, se vuelve un poco más seria—. Va en serio. ¿Estás bien?

Suspiro y cierro el portátil.

—He hablado con Marcus.

—¿Y?

—Y básicamente me ha confirmado que todo ese numerito de ayer fue… personal. Que lo provocó sabiendo cómo iba a reaccionar Xander.

Chase asiente despacio y no parece sorprendido.

—Lo intuíamos. Pero escucharlo de su boca…

—Me ha dicho cosas horribles sobre él. Y sobre mí, por estar con él. Como si no mereciera la pena intentarlo siquiera.

—¿Y tú qué piensas?

Me quedo callada un momento, revolviendo un papel ya medio arrugado en mi mano.

—Pienso que lo que Xander hizo hace un año no define quién es ahora. ¿Qué se equivoca? Sí. ¿Qué tiene impulsos que necesita aprender a controlar? Sí. Pero también sé cómo me hace sentir. Y cuánto se está esforzando por no sabotear lo que tenemos.

Chase sonríe de lado.

—Eso ya es más de lo que muchos pueden decir. Créeme.

—¿Y él? —pregunto, bajito—. ¿Qué tal ha estado hoy?

—Orgulloso por fuera, jodido por dentro. Típico. Pero no ha roto nada, lo cual es un avance. Y aunque no lo diga, le pesa la bronca. Está arrepentido. Cree que te ha fallado a ti más que al equipo.

—No me ha fallado —digo enseguida—. No apruebo lo que hizo, pero… me defendió. Y en el fondo, aunque no fuera de la mejor forma, me sentó bien que alguien lo hiciera.

Chase me estudia con atención. Luego se levanta y pone su taza en mi mesa a modo de ofrenda.

—Solo te voy a decir una cosa, Clarke. A ese tío le importas de verdad. Lo veo en cómo te mira cuando cree que nadie más lo ve. Y para ser él, lo está haciendo bastante bien. —Me sonrojo un poco—. Eso sí, no se lo digas. No lo quiero con el ego más grande. Bastante tiene ya.

—Lo intentaré —sonrío.

—Y si Marcus vuelve a hacerse el listillo…, tengo café caliente. Y buena puntería.

Ahora río de verdad.

Chase me guiña un ojo y se marcha, dejándome un poco menos revuelta de lo que estaba.

El día ha sido agotador mentalmente. Pero cuando llego a casa, huele a especias. Y a algo que, probablemente, ha estado a punto de quemarse.

Cuando abro la puerta, veo a Xander en la cocina, en pantalón de chándal, sin camiseta y con el ceño fruncido ante una sartén.

—¿Estás cocinando? —le digo, riéndome por lo bajo.

—Intentándolo —gruñe, dándole vueltas a algo irreconocible.

Me acerco, dejo las llaves y la chaqueta, y lo rodeo por detrás con los brazos. Siento cómo suspira.

—Hola —susurro.

—Hola —contesta, más suave de lo que esperaba.

Nos quedamos así, sin hablar. Solo sintiendo. Y, por primera vez en todo el día, el nudo en mi estómago afloja un poco.

Minutos después, sentados en el sofá con dos platos medio comestibles delante, él es el primero en romper el silencio.

—¿Cómo ha estado Marcus hoy?

Levanto la vista. No me sorprende que lo sepa.

—¿Quieres la versión políticamente correcta o la real?

—La real, siempre.

Bebo un poco de agua y me aclaro la garganta.

—Me ha buscado. Se ha hecho el ofendido. Me ha dicho que no sabía que había que pedirte permiso para hablarme. Que tu ego no cabía en el estadio. Que no se te puede consentir todo solo porque seas bueno con una pelota. —Xander aprieta la mandíbula. Pero no dice nada—. Y después… Después me ha soltado lo que ya sabíamos. Lo de su prometida. Que eras tú. Que lo supo hace unas semanas. Y que desde entonces…, básicamente me usó para joderte.

—Hijo de puta —murmura Xander.

—Me ha dicho que me merezco algo mejor. Que la gente como tú no cambia. Que vio lo de la chica el otro día en el bar.

Xander me mira entonces. A los ojos. Y por primera vez, veo dolor, pero también miedo. No por él. Por lo que pueda sentir yo.

—Gia… —empieza, pero lo interrumpo.

—Sé que no la conocías. Lo sé. Pero esto me ha hecho pensar. Marcus… ha estado cerca de mí todo este tiempo. Y yo nunca lo vi. O no quise verlo. Y si me ha usado para hacerte daño, entonces el problema no es solo él. Es que yo no he sabido poner distancia.

Xander niega con la cabeza y se me acerca más.

—No es culpa tuya. Es mía, si acaso. Yo fui quien jodió su relación sin saberlo. Yo fui quién armó un historial de mierda para que otros lo usen en mi contra.

—No somos responsables de lo que los otros hacen con nuestros errores, Xander. Pero sí de cómo elegimos vivir con ellos.

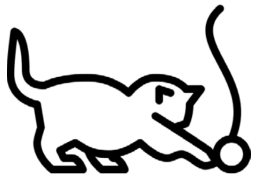
Nos quedamos en silencio un largo rato. Entonces él desliza la mano sobre mi rodilla y dice, casi en un susurro:

—No me sueltes, Gia. Aunque parezca que me alejo. No lo hago. Solo tengo miedo.

Le tomo la mano. Se la aprieto.

—Yo también tengo miedo. Pero si tú te quedas…, yo también.

Y por primera vez en días, siento que aún podemos construir algo, incluso sobre ruinas.



19

GIA

Los días siguientes pasaron con el ritmo desacompasado de quien intenta mantener la calma en medio de una tormenta interna.

Xander entrena todos los días. Como si con cada repetición pudiera borrar lo que había hecho y el sudor bastara para lavar la culpa. No hablaba mucho de ello, pero lo veía en su forma de moverse, en los puños apretados cuando creía que no lo veía, en la mandíbula tensa cuando pasaba por delante del televisor y las noticias mostraban titulares como: *«EL TEMPERAMENTO DE COLE, OTRA VEZ EN EL PUNTO DE MIRA».*

Lo animaba todo lo que podía. Lo abrazaba después de los entrenamientos. Le recordaba que esto iba a pasar, que el equipo lo necesitaba y que lo que había hecho, aunque malo, no lo convertía en el villano de la película. Pero él se castigaba solo. Con palabras no: con silencios.

Hace una semana viajamos a Portland para jugar contra los Cougars. Fue el primer partido sin él. Yo fui con el equipo. Y Xander se quedó en Seattle.

Todo fue… bastante regular. No hay otra manera de expresarlo. Jugamos bien, pero nos faltó corazón. Perdimos 21a 17 y el vestuario olía a derrota incluso antes de que sonara el silbato final.

Algunos titulares culparon a Xander de lo sucedido en el partido. *«LOS TITANS SIN COLE: ¿LA CAÍDA INEVITABLE?».*

Como si un solo jugador pudiera salvar o hundir a un equipo entero. Pero Xander se lo creyó. Se tragó cada palabra y dejó que se convirtieran en peso en su espalda. No lo decía, pero lo sentía. Y yo se lo notaba.

Aquel domingo, al volver del viaje, lo encontré sentado en el suelo del salón, con las piernas estiradas y la cabeza apoyada en la pared, sin música, sin televisor, sin nada. Solo él y el silencio.

—No es culpa tuya —le dije.

—Sí lo es —respondió sin abrir los ojos—. Si no hubiera hecho esa estupidez…

—Si Marcus no te hubiese provocado, tampoco habría pasado. Y lo sabes.

No contestó. Pero cuando me senté junto a él, me tomó la mano sin decir nada. Y eso fue suficiente para saber que me necesitaba ahí, incluso si no sabía cómo decirlo.

Xander se desvive por hacerlo bien. Pero a veces se olvida que no tiene que cargar con todo solo. A veces, incluso a los más fuertes, hay que recordarles que pueden apoyarse en alguien.

Esta semana he pasado de pie más horas de las que puedo contar, con el portátil pegado a las manos y el teléfono sin parar de vibrar. He coordinado entrevistas, he redactado notas internas, he organizado la agenda del míster, he planificado los desplazamientos, he repasado hasta la temperatura en cada ciudad donde jugarán las próximas semanas.

Todo. Lo he dejado todo preparado para que este fin de semana, cuando el equipo viaje a Denver para enfrentarse a los Kings, yo no tenga que ir.

Tampoco es que no quiera hacer mi trabajo. Pero esta vez Xander me necesita más aquí que ellos allí.

Y a mí también me hace falta quedarme. Quiero respirar. Deseo ver algo más que titulares hirientes y rostros decepcionados.

Así que lo decidimos. Este fin de semana, por primera vez en mucho tiempo, ni gente ni estrategias ni cámaras. Solo nosotros.

El viernes por la tarde, justo después de que el autobús partiera, quité el modo vibración del teléfono y lo apagué por completo. Nada de silenciarlo: lo apagué. Un pequeño acto de rebeldía. O de amor.

Xander lo notó. No dijo nada, pero sonrió de ese modo tan suyo. Ese que aparece cuando le das algo que no sabía que necesitaba.

Hicimos la compra juntos, discutiendo si el arroz va con curry o con tomate, y terminamos comprando ambas cosas, como buenos indecisos. Cocinamos con música alta, él bailando ridículamente mientras picaba verduras, yo riéndome a carcajadas cada vez que Cronos intentaba robar un trozo de pollo de la encimera.

Jugamos a videojuegos. Bueno, él jugó, yo perdí miserablemente.

Paseamos al atardecer, sin rumbo, hablando de cosas sin importancia: películas, canciones, recuerdos de la infancia. Esa noche dormimos como si el mundo no se estuviera cayendo alrededor. Como si todo estuviera bien, aunque solo fuera por un rato.

Y por un momento, sí lo estaba.

A veces, amar a alguien no significa hacer grandes gestos ni dar discursos profundos. A veces, solo es quedarse. Ser un refugio. Un respiro.

Ese día no salvamos el mundo. Solo nos salvamos a nosotros.

El sábado amanece perezoso, con esa luz suave de los días que no exigen nada. Hemos pasado casi toda la mañana en pijama, tirados en el sofá con una manta compartida y una película de comedia absurda de fondo. Una de esas que es tan mala que termina siendo buena… O al menos eso decimos para justificar las carcajadas que soltamos cada dos por tres.

Cronos, como siempre, no para de hacer rondas por el salón, persiguiendo su propia cola, subiendo al respaldo del sofá, tumbándose sobre nuestros pies, y luego saltando sin motivo aparente. Parece saber que estamos en modo desconexión, y él también quiera participar del caos relajado.

—¿Sabes qué es lo único bueno de la peli? —dice Xander, girando la cabeza hacia mí sin parar de sonreír.

—¿Que ya casi se acaba? —respondo con una ceja levantada.

—Que si no fueras tan buena sumisa, no me habrías permitido ponerla —dice, con ese tono burlón y malicioso que le sale tan natural.

Suelto una risa y le lanzo un cojín sin mucha fuerza.

—¿Sumisa? Te recuerdo que te he puesto de rodillas más de una vez.

—Eso fue porque me dejé ganar —responde, llevándose una mano al pecho, fingiendo dignidad herida—. No hay quien me domine si yo no quiero, Gia.

—Oh, por favor. —Me giro hacia él, cruzando las piernas sobre el sofá con una sonrisa peligrosa—. Yo he aprendido del mejor. Pero ahora el alumno ha superado al maestro.

Xander enarca una ceja y ese brillo competitivo se enciende en sus ojos.

—¿Superarme? Ni en tus mejores sueños, preciosa.

—¿Quieres que te lo demuestre? —le digo, acercándome un poco para rozarle el cuello con los labios, dejando que el silencio entre nosotros se cargue de intención.

—Me estás retando, Gia…

Y ahí noto cómo se le está poniendo dura debajo del pantalón.

—Siempre —le digo, mirando de reojo su erección y luego a él.

Se queda en silencio unos segundos, procesando mi atrevimiento, y luego suelta una risa ronca que me hace estremecer.

—Vale. Demuéstramelo —suelta; enreda sus dedos en mi pelo y me acerca a su boca—. Pero cuando me toque a mí y me supliques que pare, no digas que no te avisé.

—¿Yo? ¿Suplicando? Por favor, cariño. Eso sí sería una buena comedia.

Nos besamos. Lento. Y cuando nos separamos, nos quedamos mirándonos unos segundos, y luego estallamos en carcajadas. Cronos salta encima de nuestras piernas para pedir atención también, interrumpiendo el momento con sus patitas blandas.

Xander se agacha para rascarle la cabeza.

—Al menos alguien aquí me respeta —murmura.

—Él solo quiere vernos pelear por el dominio. —Le guiño un ojo —. Es un espectador.

Xander se ríe de nuevo y me pega a él para besarme.

Lo tomo de la mano y tiro suavemente de él hacia la habitación. Nuestros dedos entrelazados son un lenguaje propio. Íntimo. Cargado de electricidad.

Una vez dentro, lo beso con todo el fuego contenido durante el día. Un beso lento al principio, pero que va ganando hambre, urgencia, deseo. Mis manos recorren su torso como si quisieran grabarlo en mi memoria. Su piel arde.

Con las yemas de los dedos le bajo el pantalón y los calzoncillos, y libero su longitud. Él levanta los brazos y se quita la camiseta. Nuestros cuerpos se hablan sin palabras.

—Túmbate. Y no te muevas —le ordeno con voz baja, ronca.

Xander traga saliva y obedece. Se deja caer sobre las sábanas. Pero esa sonrisa ladeada sigue ahí porque, a pesar de todo, aún cree que puede recuperar el mando.

—¿Estás segura de esto? —me pregunta, divertido.

Voy hacia él sin responder y me desvisto, notando cómo sus ojos me recorren abrasando hasta el último centímetro de mi piel.

Me pongo encima de él y me agacho para besarlo. Un beso suave. Lento.

—Llevo mucho tiempo pensando esto —le susurro, pegada a sus labios—. Estoy más que segura.

Dejo que mis labios recorran su cuello, su pecho, su abdomen… Con cada curva, con cada línea, lo dibujo con mis labios. Mi lengua traza caminos lentos, mi aliento cálido enciende cada rincón.

—Te estás tomando tu tiempo, Gia —gruñe con voz rasposa.

—Es lo que hace una buena dominante. Tortura…, lenta y deliciosa.

Lo estoy disfrutando más de lo que pensaba. No por el poder, sino por lo que significa. Xander está ahí, quieto, obedeciendo, vulnerable, pero con los ojos llenos de deseo por mí. Por lo que yo soy. Por lo que compartimos.

Mi mano baja despacio por su abdomen hasta encontrarse con su polla, dura y palpitante, esperándome.

La acaricio con lentitud, con firmeza. Me lamo la palma de la mano para humedecerla, y vuelvo a envolverle el miembro con mis dedos, sintiendo cómo se tensa bajo mi toque.

—Joder, Gia… —murmura con la voz cargada de deseo.

—¿Te rindes? —susurro pegando mi boca a su punta, que ya tiene mojada.

—Nunca —jadea, con los ojos encendidos—. Pero si sigues haciéndome esto…, juro que me lo pienso.

Le doy un par de lametones lentos, provocativos, solo para escucharlo jadear.

Luego me la meto en la boca, profunda, caliente, húmeda. Empiezo a un ritmo lento, usando mi lengua para saborearlo, succionando mientras mis labios se deslizan de arriba a abajo con una entrega absoluta. Mis dedos acarician la base, aprietan con suavidad, dándole más estímulo.

—Mierda… —suelta Xander, con los dedos enredados en las sábanas—. No pares, joder. Eres tan buena en esto…

Gimo con su miembro en mi boca, provocándole una vibración que lo hace tensarse aún más. Bajo un poco más, lamiendo sus testículos sin parar de masturbarlo con la mano, y siento cómo se le tensan, cómo todo su cuerpo se estremece bajo mi control.

—Oh, joder, Gia… Eso es… Mierda, sí… —gime, con la cabeza hacia atrás—. Estás jugando sucio… como una jodida diosa.

Sus palabras son gasolina para mi fuego. El poder que tengo en este momento sobre él es embriagador. Me encanta verlo así: tan fuerte y al mismo tiempo tan rendido. Solo para mí.

Sigo lamiendo con la misma dedicación con la que un pintor detalla los bordes de su obra favorita. Mi mano no deja de acariciar su pene, firme, palpitante, caliente contra mi piel. Siento cómo su respiración se vuelve más pesada, más irregular. Y es ahí cuando deslizo un dedo más abajo, por esa zona estrecha y sensible, la misma donde ya una vez él lo hizo conmigo.

Lo hago con delicadeza, con lentitud, con una intención clara. Su cuerpo reacciona enseguida. Se tensa un poco, aunque no dice nada.

Vuelvo a meterme su longitud en la boca, profunda, mientras mi dedo presiona, suave pero firme, buscando su entrada. Siento cómo intenta resistirse, cómo duda. Pero no me detengo. Y acaba entrando un poco.

—No, no, no —se incorpora un poco y me mira desde arriba, con los ojos abiertos, llenos de deseo y alarma al mismo tiempo.

—Sí, sí, sí —le contesto sin soltarlo, con la lengua húmeda todavía brillando entre mis labios.

—No, Gia. Sácalo —dice, pero su voz no suena del todo seria. Es más un suspiro tenso que una orden real.

—Xander Cole…, ¿quién manda hoy? —le digo, con el dedo ya adentrándose poco a poco, y lo observo como si tuviera todo el control del universo.

—Joder —gruñe, echando la cabeza otra vez sobre la almohada.

—No te he oído. ¿Qué has dicho? —pregunto, con una ironía juguetona, justo antes de volver a metérmelo en la boca.

—Tú, Gia. Mandas tú —responde entre jadeos, vencido, rendido, excitado como nunca.

—Ajá. Exacto. Pues déjame trabajar —replico con una media sonrisa, sin detener el movimiento de mi dedo—. Y relaja el culo, que me vas a partir el dedo.

Él suelta una carcajada entrecortada por un gemido. Su cuerpo vibra debajo de mí, entregado. Le escudriño el rostro desde abajo; mi dedo sigue ahí, paciente, firme… y consigo que se relaje lo suficiente.

Y entonces entra. Todo.

No lo muevo. No hago nada brusco. Solo lo dejo estar. Siento cómo su cuerpo reacciona, cómo su respiración se entrecorta, cómo sus abdominales se tensan bajo mis caricias. Presiono un poco, lo justo, sin invadir, solo explorando. Dándole el control con mi calma.

Su miembro se pone aún más duro en mi mano. Lo noto caliente, palpitante. Y yo no puedo evitar prenderme por dentro. Un fuego lento que me sube desde el pecho hasta el vientre.

—Vale… no pares, Gia —me dice casi sin voz, como pidiendo permiso para rendirse por completo.

Y entonces ahí sé que es mío. Y que no pienso detenerme hasta que se libere temblando.

No digo nada. Solo sonrío con los labios rozando su piel, y vuelvo a metérmelo en la boca. Profundo. Lento. Húmedo. Dejo que mi lengua lo abrace, que mi boca lo apriete, que mi garganta lo reciba.

Él suelta un quejido. Un sonido rasgado, puro, que me enciende todavía más. Su mano se enreda en mi pelo, sin apretar, solo aferrándose a algo, a mí. Comienza a moverse al ritmo de mi boca, al ritmo de mi dedo, al ritmo de mi dominio.

No paro hasta que lo siento temblar, hasta que su cuerpo se incorpora un poco y suelta un gruñido sordo, profundo y se derrama en mi garganta mirándome a los ojos.

Me lo trago todo. No me detengo. No rompo el ritmo. Sigo hasta que él cae de nuevo sobre la cama, jadeando, con el cuerpo completamente vencido.

Lo contemplo desde abajo, limpia, satisfecha y dominante.

—¿Y decías que no podía superarte? —susurro, relamiéndome los labios.

Cuando su respiración empieza a calmarse, yo retiro el dedo con suavidad. Xander reacciona rápido y me tumba en la cama como si algo dentro de él se hubiese encendido del todo.

—Se acabó tu jueguecito, Gia —anuncia con esa sonrisa pícara que me vuelve loca, justo antes de besarme con hambre.

Sus labios se funden con los míos, me besa como si necesitara volver a probarme para no olvidar cómo sabe mi boca. Después baja por mi cuello, por mis pechos, por mi vientre… hasta que llega a mi centro. Estoy empapada, y él lo sabe. Lo siento sonreír contra mi piel antes de abrirme las piernas y hundirse entre ellas. Gimo al primer contacto.

Xander me come con unas ganas casi desesperadas; parece que hubieran transcurrido meses desde que lo hizo por última vez. Su lengua lo da todo. Círculos, presión, succión, ritmo. No me da tregua. Sabe perfectamente cómo jugar con mi cuerpo, cómo hacer que pierda la cabeza sin necesidad de palabras. Sabe dónde apretar, dónde detenerse un segundo y dónde volver con más fuerza.

Arqueo la espalda y mis caderas se mueven solas. Lo agarro del pelo, sin pensar. Me recorre una ola caliente por dentro, imposible de contener.

—Xander…, me corro —susurro, jadeando.

Él no se detiene. No se detiene en absoluto. Solo acelera.

Y entonces me rompo. Me corro en su boca, con un gemido ahogado, intenso, y tiemblo entera bajo su lengua.

Pero no ha terminado.

Me da la vuelta sin sentir mi peso y me pone bocabajo, alzando mis caderas. Siento su mano en mi culo, firme, y con mi cuerpo todavía vibrando de placer, me da un azote suave.

—Mírate, preciosa… así, con el culo así, como si fuera una ofrenda —gruñe detrás de mí.

Lo oigo abrir el cajón de la mesita. Saca el bote de lubricante. Y se lo restriega por toda su longitud, sin apartar la mirada de mí. Y lo siento detrás, duro, hambriento, apuntando justo ahí.

—No… no, Xander… —susurro, girando la cabeza—. Es muy grande… no va a caber. Ahí no.

Pero él no se detiene.

—Shhh… —dice con voz baja y segura, acercándose más a mí—. Sé buena, Gia…

Siento su mano acariciarme la espalda despacio, calmándome, mientras que con la otra guía su polla, ya resbaladiza hacia mi entrada. Mi cuerpo se tensa. Todo mi interior grita que no puede ser, que no va a entrar, que es demasiado. La punta apenas roza esa zona estrecha y sensible, y ya me hace gimotear.

—Xander… —jadeo, con los dedos aferrados a las sábanas—. No sé si…

—Sí que sabes —me interrumpe, acercándose aún más, hasta pegar su torso a mi espalda—. Solo relájate. Déjame hacerlo bien.

Presiona con suavidad. Solo la punta. Va despacio, tan despacio que casi no sé si lo imagino…, pero ahí está. Entrando un poco. Dejando que mi cuerpo se adapte a su tamaño.

Siento cómo me estiro, cómo quema un poco al principio. La sensación es completamente distinta. Es intensa. Rara. Pero no es mala. Es como si algo prohibido se abriera paso dentro de mí lento,

húmedo, caliente… su polla es tan gruesa que cada centímetro me obliga a respirar hondo y a concentrarme solo en permitirle entrar.

No va a caber, pienso. *Es demasiado. Me va a partir.*

Pero también… me gusta. Me pone. Me enciende sentirlo así. Noto mi pulso en la garganta. En los muslos. En el pecho. En mi sexo, que late sin que lo toque.

—Xander… —pronuncio su nombre, entre placer y asombro.

Él se echa más sobre mí y me cubre con su cuerpo cálido. Me muerde el lóbulo de la oreja y me susurra, ronco, pegado a mi piel.

—Eso es, nena…

Y mi cuerpo, contra todo pronóstico, cede un poco más. Lo deja pasar. Lo acepta. Lo quiere.

Xander me sostiene por las caderas con firmeza mientras se desliza dentro de mí. Lo noto entrar poco a poco, despacio, con una intención casi reverente, y lo siento todo, cada centímetro. El estiramiento es intenso, delicioso, y contengo el aliento cuando me llena por completo. Espera así, dentro de mí, inmóvil un momento, porque parece saber que necesito acostumbrarme a su tamaño, a esa presión íntima y profunda.

Su mano sube por mi espalda desnuda, suave pero decidida, dibujando mi curva, acariciando cada vértebra. Mi piel se estremece.

—¿Ves cómo sí cabe? —me susurra bajo—. La tienes toda dentro, Gia. Entera.

Cuando empieza a moverse, lo hace con lentitud. Sale muy despacio, dejándome vacía, solo para volver a llenarme igual de lento. El contraste me vuelve loca. Y cuando acelera, aunque sea solo un poco, un sollozo se escapa de mi garganta, sin poder evitarlo. Mis uñas se clavan en la cama. Me derrito. Me entrego.

—Joder, Gia… —susurra con esa voz baja que me enciende como nada—. Es tan jodidamente bueno…

Me agarra con más firmeza. Me marca. Me reclama. Y yo no puedo hacer otra cosa que dejarme llevar, que me tome como quiere, con esa mezcla de deseo bruto y devoción que solo él tiene.

Su ritmo se intensifica, me posee de verdad, y yo me muerdo el labio cuando una oleada de placer me recorre. Me encanta sentirlo

así, dentro de mí. Me encanta esta sensación de ser completamente suya.

Su cuerpo es fuego. Cada embestida de Xander me hace arquear la espalda, como si mi cuerpo no pudiera contener todo lo que estoy sintiendo. Me sostiene firme por las caderas, y sus palabras me acarician la piel, roncas, profundas y cargadas de deseo.

—¿Sientes cómo te llenas de mí? —susurra, con la voz rota de lujuria. Asiento, pero no puedo hablar. Apenas respiro. Mis labios entreabiertos solo sueltan un quejido, uno que me delata por completo—. Así me gusta… —añade—. Tan receptiva, tan sumisa, tan mía…

Me arden los músculos y las mejillas también, pero no por vergüenza, sino por lo mucho que me gusta escucharlo.

Mis manos se aferran a las sábanas, temblorosas, mientras él marca el ritmo con sus caderas. Me derrito. Me pierdo. Me tiemblan los muslos, mis sentidos están rendidos a él. Y entonces, sin pensarlo, le respondo en voz baja, jadeando.

—Hazme tuya…, toda. No pares.

Nuestros cuerpos se entienden, se buscan, se necesitan. Y en ese instante no existe nada más. Solo él. Solo esto. Solo nosotros.

Xander sigue embistiéndome con fuerza, haciéndome sentir cada centímetro de su deseo. Cada vez que entra, me rompe un poco más por dentro… y al mismo tiempo, me recompone de una manera nueva.

Tiemblo de la cabeza a los pies, al borde del precipicio. Ya no puedo pensar, solo sentir.

—Xander… —susurro, casi sin voz—. Me voy a correr…

Pero no se detiene. Al contrario, sus movimientos se intensifican y sus manos acarician mis caderas con firmeza, como si quisiera mantenerme anclada a este momento.

—Dilo —me ordena con voz ronca, jadeante—. Dime que eres mía.

—Soy tuya… —gimoteo, sin poder evitarlo.

—Otra vez.

—Tuya… —digo, quebrándome entre jadeos.

—Una más.

—Soy tuya, Xander… ¡Joder…! —grito justo cuando la ola me arrasa por dentro, llevándome al límite.

El orgasmo me estalla en el cuerpo y me sacude desde dentro como un relámpago. Me tiemblan las piernas y me aferro a todo lo que encuentro; arqueo la espalda y mi mente se apaga durante unos segundos de pura rendición.

Xander gruñe con fuerza, da un par de embestidas más y se corre dentro de mí, hundiéndose hasta el fondo con la respiración entrecortada.

Se echa sobre mí, sin salir todavía, y me envuelve entre sus brazos, con su pecho pegado a mi espalda. Me besa el hombro, luego el cuello y finalmente se acerca a mi oído.

—Yo también soy tuyo, Gia —susurra, con voz baja, cargada de verdad—. Siempre.

Y en ese instante, me siento más suya que nunca…, pero también más viva. Porque él también es mío. Porque lo quiero con esa parte del corazón que nunca había usado. Con esa que da vértigo, pero que se lanza al vacío igual.



20

XANDER

Han pasado un par de horas desde que Gia y yo nos hemos devorado sin medida. Ahora estamos sentados en el sofá, más relajados, con Cronos dormido a nuestros pies y la hora del partido acercándose. Ella apoya la cabeza en mi pecho, y yo paso los dedos por su espalda desnuda, siguiendo la línea de su columna.

Es un silencio cómodo. De esos que no necesitan explicación. Entonces, se le ocurre una idea.

—¿Y si le preguntamos a Savannah si quiere ver el partido aquí con nosotros?

Asiento sin pensarlo.

—Claro, invítala. Será divertido.

Gia coge el móvil y marca. La conversación es corta, entre risas y planes improvisados. Savannah dice que sí, que le apetece, que se pasa en un rato con algo para picar. Gia cuelga y esboza esa sonrisa suya, aún más radiante de lo normal.

—Va a venir, pero ha dicho que de las cervezas te encargues tú. Confía en tu criterio.

—Pues va a tener suerte —respondo, levantándome para ponerme unos pantalones—. Tengo unas IPA frías que están de muerte.

Ella se queda ahí, en el sofá, enrollada en la manta, observándome mientras voy a la cocina. Siento sus ojos clavados en mí y me giro

para echarle una ojeada rápida, de esas que dicen más que mil palabras.

—¿Qué miras, Gia?

—A mi chico feliz —dice, simplemente.

Y sí, joder. Lo estoy.

Aunque me cueste admitirlo incluso en voz baja, con ella cerca todo me parece más ligero. Incluso hoy, que hay partido y no voy a estar con mis compañeros… y no me importa. Porque estar con ella es más que suficiente.

Gia corre por el pasillo con Cronos persiguiéndola entre risas y patitas veloces. Se nota feliz, viva, radiante. Y yo… estoy en el sofá, con la camiseta a medio poner, sonriendo como un jodido bobo mientras mi cabeza se va a otra parte.

A lo que ha pasado hace apenas un rato. A lo que me ha hecho sentir.

Si alguien me hubiera dicho hace un mes que iba a permitir que una chica me metiera un dedo por ahí…, me habría reído en su cara. Porque no, por ahí no. Nunca. Ese era el límite. El único. Intocable. Innegociable.

Pero Gia tiene esa manera de hacer las cosas, de hablar, de tocar… Y cuando se ha puesto encima de mí, cuando ha empezado a acariciarme, a comerme, a tomar el control con esa calma arrolladora suya… Joder, ni siquiera sé en qué momento exacto he perdido la batalla.

Al principio ha sido raro. Extraño. Invasivo. No lo voy a negar. Pero no dolía. Y lo más jodido: no me disgustaba. Al contrario, me he sorprendido reaccionando, con todo mi cuerpo encendiéndose porque ella acababa de apretar un interruptor secreto.

He sentido algo nuevo. No sé cómo describirlo. Era como… estar lleno, por dentro, de una manera distinta. Una presión cálida e intensa. Y mientras su boca seguía trabajando abajo, y su dedo dentro se movía apenas, suave, atento, como si conociera un código que yo mismo desconocía… mi polla se ha puesto más dura que nunca. Más sensible. Más viva.

Y cuando he estallado con su nombre entre dientes y el cuerpo tenso, ha sido como soltar un nudo que llevaba años dentro.

El placer ha sido tan profundo que me ha dejado sin aire, sin orgullo, sin prejuicios. Solo con ella. Conmigo. Con esa parte de mí que no conocía hasta ahora.

Gia no solo tiene mi corazón, la cama y la cabeza. También me tiene entero. Y, a veces, ni siquiera se da cuenta.

Cuando Gia me ha sacado el dedo he notado el vacío. Literalmente. Una parte de mí lo ha agradecido, por el pudor, por ese instinto masculino tan idiota que nos grita que eso no es para nosotros.

Pero otra parte… Joder, otra parte lo ha echado de menos. Nunca había sentido algo así. Tan vulnerable y a la vez tan excitante. Ella me ha llevado ahí. A ese lugar donde nunca le había permitido entrar a nadie.

Y tal vez por eso, o por el fuego que me ha encendido por dentro, necesitaba demostrarle algo.

No solo lo mucho que me había gustado. No solo que confiaba en ella. También quería devolvérselo. Dárselo todo.

Así que la he tumbado, la he besado en la boca con toda el alma y he bajado hasta donde ella se derrite. Me la he comido con hambre, con entrega, como si me fuera la vida en ello. Porque me iba. Siempre me va. Y cuando he sentido su orgasmo en mi lengua, su cuerpo tenso bajo mis manos, su voz rompiéndose por mi nombre… he sabido que no quería parar ahí.

Su cuerpo, el mío, el sudor, la respiración entrecortada… Todo vibraba.

Y cuando he visto su culo alzado, su espalda arqueada, su piel brillando de deseo, he sabido que quería más. Ni por posesión ni por dominación: por entrega. Por esa confianza que ella me ha dado primero.

He cogido el lubricante con manos torpes, me lo he extendido sin dejar de mirarla, y me he acercado. Lentamente. Con el corazón latiéndome en la garganta. Ella me decía que no, que era demasiado grande. Pero yo sentía su cuerpo preparado, sus gemidos temblando al borde del sí.

He ido despacio. Dejando que se adaptara. Que me sintiera. Y cuando he entrado de todo, cuando su cuerpo me ha recibido entero, con esa calidez apretada que casi me ha hecho perder el control, he sabido que era una locura, pero también que era perfecto. Verla así, oírla gemir mi nombre, romperse en las mil sensaciones que yo le estaba dando…

Ha sido salvaje, sí. Pero también íntimo. Casi sagrado.

Y cuando nos hemos corrido —al borde del delirio, entre susurros, empujes y confesiones—, he sentido que habíamos cruzado juntos el umbral. Uno del que ya no hay marcha atrás.

Porque Gia no es solo la mujer con la que follo. También es la mujer con la que lo siento todo. La que me lleva más allá del cuerpo. La que me atraviesa el alma.

Suena el timbre y me saca de golpe de mis pensamientos. Me recoloco la polla en los pantalones —dura por todo lo que se me ha venido a la cabeza— y me pongo una camiseta ancha para disimular. Respiro hondo. Vale. Ya estoy en modo civilizado otra vez.

Gia me dedica una sonrisa de esas que me desarman y va hacia la puerta. Yo me quedo un par de segundos más respirando profundo. Dios, cómo la quiero.

Cuando abre, Savannah entra como un torbellino de energía.

—¡Heyyy! —saluda, alegre, con una sonrisa de oreja a oreja y una bolsa de patatas en la mano—. ¿Preparados para ver ganar a los Titans?

—Eso espero… —murmuro, alzando una ceja con una sonrisilla; ella se acerca como si estuviera en su casa de toda la vida.

Pero lo primero que hace es agacharse a saludar a Cronos, que corre directo a sus piernas para demostrarle que es su fan número uno.

—¡Pero mírate! ¡Cada día estás más gordo!

Gia cruzamos la vista con la misma cara: una mezcla de celos y traición.

—Ese gato es un vendido —susurro, y Gia se ríe por lo bajo, negando con la cabeza.

Savannah lo achucha un poco más y Cronos ronronea como si no acabara de ver lo que su madre y yo hemos hecho.

Finalmente, nos acomodamos en el sofá. Gia a mi lado, con las piernas dobladas bajo su cuerpo, y Savannah en el otro extremo, soltando comentarios de todo lo que se le pasa por la cabeza: los uniformes nuevos, las estadísticas del equipo contrario, y alguna que otra indirecta sobre cierto jugador del equipo que, según ella, está «bastante decente».

Me levanto para coger unas cervezas y algo de picar. Al volver, Gia ya está riéndose con Savannah de algo que no alcanzo a oír, y me siento entre las dos a modo de campo de seguridad.

La pantalla se ilumina con los colores del equipo. El sonido del estadio nos envuelve.

Empieza el partido. Pero mi mente, aunque atenta a cada jugada, sigue un poco atrás…

En la habitación. En ella. En lo que acabamos de compartir.

Y mientras todos gritan por un *touchdown,* yo solo pienso en cómo Gia ha cambiado todo lo que creía saber sobre el placer y sobre mí mismo.

Todo va bien. Demasiado bien.

El equipo se ve fuerte, confiado. Marcan dos *touchdowns* casi seguidos y el estadio ruge; parece que jugáramos en casa. Me siento orgulloso. Por fin parecemos un puto equipo. Por fin jugamos con ganas.

Gia me aprieta la mano, emocionada, y yo solo puedo sonreír.

Hasta que pasa. Un mal giro, una caída fea. Y el número 57, nuestro defensa más sólido, queda tendido en el campo. No se mueve.

—Joder… —murmuro, incorporándome en el sofá, con la mandíbula tensa.

El silencio del estadio es inmediato. El equipo se queda quieto, paralizado. Yo también.

Lo sacan en camilla. No tenemos noticias. Solo vemos cómo se lo llevan y cómo, en cuestión de minutos, todo cambia.

Y lo sé. Lo noto. La energía del equipo se hunde. Las jugadas se vuelven torpes, desconectadas. Es como ver un castillo derrumbarse a cámara lenta. Y no hay nada que hacer. Nada que gritar. Nada que salve esto.

Volvemos a perder.

Y aunque no estoy en el campo, siento como si me hubieran pegado un puñetazo en el pecho.

Es por mi culpa. Yo soy el capitán. Yo soy quien debería levantar al equipo. Pero no pude. No supe.

Me paso la mano por la cara, respirando hondo mientras el sonido de los comentaristas se vuelve un zumbido lejano. A mi lado, Gia no dice nada, pero la noto. Sé que me mira. Sé que le hace daño verme así.

Y entonces finjo.

Trago saliva, estiro un poco el cuello, me acomodo en el sofá tan tranquilo. Esbozo una sonrisa suave. Forzada.

—Bueno… otro partido más —digo, intentando que no se me note la amargura.

Pero sé que no la engaño. Ella me conoce.

Aun así, no quiero preocuparla y menos después de lo mucho que hace por mí. De lo mucho que trata de mantenerme a flote.

Así que asiento, respiro, y disimulo. Aunque por dentro me esté ahogando.

Los días pasan. Uno tras otro. Todos iguales.

Entreno como un puto poseso. Como si mi vida dependiera de ello. Porque, de alguna forma, así es.

Si no entreno, pienso. Y si pienso, me hundo.

Gia hace todo lo posible por mantenerme de pie. Se inventa cualquier excusa para hacerme reír, me provoca, me consuela, me aguanta.

Y joder…, también me folla como si el mundo fuera a acabarse mañana.

La verdad, estos días estamos follando más que nunca.

En cada rincón de la casa. A cualquier hora. Como si los dos necesitáramos esa válvula de escape. Como si, en medio de todo este caos, el único lugar donde aún tengo el control fuese dentro de ella. Y sí, cuando la tengo debajo, encima, contra la pared o con su

culo en pompa… por un rato todo se apaga. No pienso. No sufro. Solo estoy ahí, con ella.

Pero al terminar, cuando su respiración vuelve a calmarse y se enrosca contra mi pecho con ese murmullo dulce que me rompe y me repara al mismo tiempo… la realidad regresa.

Sigo esperando. Sigo sin noticias.

La reincorporación no llega. Nadie me dice nada. No hay mensajes, no hay llamadas, no hay una puta señal de que esto vaya a cambiar.

Y eso me está comiendo vivo por dentro.

Porque por más que ella me bese, me toque y me mire para demostrarme que lo valgo todo… yo siento que no valgo nada.

Al menos hasta que vuelva a jugar.

Acabamos de terminar otro entrenamiento agotador. Estoy sudado, con los músculos aún tensos y la cabeza hecha un lío. Chase se acerca con una botella de agua y me da un golpecito en el hombro.

—¿Has visto el último partido? —pregunta, echándose hacia atrás en el banco del vestuario—. Una mierda lo que pasó con Ryan.

—Sí… Cuando se lesionó, el equipo se vino abajo. Fue como si se nos apagaran las luces. —Lanzo la toalla al suelo y me paso las manos por la cara—. Y me siento responsable, tío. Si no estuviera castigado…

—Venga ya, no te machaques más con eso —me corta—. ¿Tú sabes lo que has estado entrenando? Lo estás dando todo. Y en cuanto vuelvas al campo, lo vas a reventar, lo sabes.

Justo cuando va a decir algo más, vibra mi móvil. Lo saco del bolsillo de la sudadera. Un correo de la directiva.

«Seattle Titans Football - Dirección Deportiva.
Asunto: Notificación oficial - Reincorporación Inmediata.
Fecha: 07 de Noviembre de 2025
Para: Xander Cole (#8)
De: Dirección Técnica y Departamento de Disciplina.

Estimado Cole:

Tras la revisión de su conducta, compromiso y evolución durante las últimas semanas, el Comité Técnico ha considerado levantar la sanción disciplinaria que le mantenía fuera de la alineación principal.
Nos complace informarle de que a partir de la fecha queda oficialmente reincorporado al equipo titular, con plena disponibilidad para participar en el próximo encuentro frente a San Diego Reapers.
Reconocemos el esfuerzo, la actitud y la madurez demostrada desde la aplicación del castigo. Esperamos que aproveche al máximo esta segunda oportunidad y continúe su desarrollo como jugador y como pilar fundamental del equipo.
Bienvenido de nuevo al juego, Cole.
Nos vemos en el campo.

Dirección Técnica, Seattle Titans.

Me quedo en silencio unos segundos mientras leo.

—¿Qué pasa? —pregunta Chase, echándose hacia mí.

Levanto la vista con una sonrisa que me sube desde el estómago.

—Se acabó el castigo. Me reincorporo. Juego el próximo partido.

—¡No jodas! ¡Vamos! —grita Chase, dándome un golpe fuerte en la espalda—. ¡Eso hay que celebrarlo, colega!

—Estoy flipando, tío. Por fin —me río, con esa mezcla de alivio y adrenalina—. Me sentía inútil.

—Pues ya no. Esta noche montamos algo. Una buena fiesta, nada de mierdas. Lo celebramos como Dios manda. Te lo mereces, hermano.

—Lo primero que voy a hacer es contárselo a Gia.

—Y dile que venga también, que la fiesta no es fiesta si no está la jefa del equipo —dice con una sonrisa burlona.

Me río, pero ya estoy marcando su número.

—¿Gia? —saludo en cuanto descuelga—. Tengo algo que decirte.

—¿Qué pasa? ¿Ha ocurrido algo? ¿Estás bien?

—Mejor que bien. Me han levantado el castigo. Estoy de vuelta, nena. Juego el próximo partido.

Hay un segundo de silencio y luego la escucho gritar al otro lado del teléfono.

—¡¿Qué?! ¡Joder, Xander, qué alegría! ¡Sabía que no tardaría!

—No sabes lo que significa para mí…, de verdad. Gracias por estar ahí y no dejar que me hunda.

—Siempre —responde, con esa voz suave que me pone el corazón en pausa—. Oye, no comas nada, ¿vale?

—¿Por?

—Confía en mí. Te espero en casa.

Y cuelga.

Cuando llego, el olor a comida me recibe desde la puerta. Entro y la veo en la cocina, con su moño deshecho y ese delantal que me hace pensar en todo menos en cenar.

—¿Has hecho…? —Me asomo y veo la pasta carbonara que tanto me gusta—. ¿Mi cena favorita?

—Te he dicho que confiases en mí. —Se gira con una sonrisa satisfecha—. Esta noche se celebra por todo lo alto.

Me acerco, la abrazo por la cintura y apoyo la frente en su sien.

—Te amo.

Lo digo sin pensar. Porque lo siento. Porque me sale solo.

—Yo también te amo, tonto. —Me da un beso en el cuello—. Ahora siéntate, que te vas a poner las botas.

Nos sentamos en el sofá con los platos calientes sobre las piernas. Cronos se acurruca a nuestros pies, como si supiera que hoy toca celebrar. Gia me mira con esa chispa en los ojos que tanto me gusta y yo no dejo de sonreír como un gilipollas enamorado.

—Vale —empieza ella, tras dar el primer bocado—. ¿Contra quién tocaba el siguiente partido?

—San Diego. Jugamos fuera —respondo, y pruebo la pasta—. El viaje será largo, pero merecerá la pena.

—¿Y juegas de titular?

—Eso parece. Me han confirmado que entro en la alineación. —Me doy cuenta de que me tiembla un poco la voz de la emoción—. Por fin voy a volver a tocar el puto césped —termino diciendo.

Gia sonríe, con los labios manchados de salsa, y me hace un gesto con el tenedor.

—Vas a volver a lo grande. Ya lo verás. Y yo estaré ahí para grabarlo todo.

—Eso es que te vienes al viaje, ¿no?

—Claro. No me perdería tu gran regreso ni loca. Además, tengo que gritarte obscenidades desde la grada para que te motives.

Me echo a reír, negando con la cabeza.

—Te juro que eres lo mejor que me ha pasado.

—Lo sé —responde, guiñándome un ojo—. Pero ahora hablemos de lo importante… ¿Qué me pongo para la fiesta?

—Mmm… Algo corto. O nada. —Levanto las cejas con una sonrisa pícara.

—Idiota —se ríe, dándome un codazo—. Hablo en serio. Tiene que ser algo especial. No todos los días tu chico vuelve al juego.

—Entonces, ponte eso negro que llevaste en el primer evento del equipo. Casi me da un infarto cuando te vi entrar con él.

—Ese lo reservo para cuando ganes la final —replica con tono travieso.

—Trato hecho. —Le doy un beso rápido en la mejilla—. Chase quiere organizar una buena. Dice que me lo merezco.

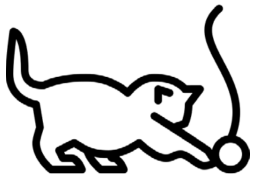
—Y tiene razón. Pero no dejes que él escoja la música. El otro día puso *reggaeton* y casi me sangran los oídos.

—Prometo intervenir antes del desastre.

Seguimos hablando mientras comemos, entre risas, ideas tontas y planes que no sabemos si se cumplirán. Pero da igual. Porque lo verdaderamente importante está aquí. Ahora.

Ella. Yo. Lo nuestro.

Y ahora, a celebrar mi gran regreso.



21

GIA

No es una fiesta cualquiera. No es un cumpleaños, ni una cena con amigos. Es su noche. La primera desde que volvió a sentirse parte del equipo, desde que recuperó lo que más ama. Y, aunque sé que para él lo más importante es que estemos juntos… yo quiero que se sienta imparable, intocable.

Abro el armario y paso las manos por la ropa, intentando encontrar algo que esté a la altura. No solo porque irán sus compañeros de equipo, el míster y gente del *staff*…, sino también porque sé que va a ser una de esas noches que él recordará durante años.

Mientras elijo el vestido, lo escucho tararear en el baño. El sonido del agua y su voz me sacan una sonrisa. Está feliz. Aunque nervioso también. Pero esta vez no es por un partido.

Pienso en lo mucho que ha entrenado estos días, en lo duro que ha sido para él esperar esa notificación de reincorporación. Y me emociona saber que, cuando entre en esa fiesta va a hacerlo como alguien que sabe que tiene a toda esa gente apoyándolo.

Va a ser una pasada verle tan arropado.

Me decido por un vestido color perla satinado, ceñido a la cintura y con un escote en pico que insinúa, pero no regala nada. La tela se mueve, suave, con cada paso, rozándome los muslos. Me pongo unos tacones finos del mismo color, lo bastante altos para estilizarme sin llegar a incomodarme.

En el tocador, me aplico un poco de corrector ligero y un toque de máscara que hace que mis pestañas casi rocen las cejas. El pintalabios es rojo profundo, de esos que transmiten «sé exactamente lo que quiero». Me recojo el pelo dejando unos mechones sueltos que enmarcan mi cara y unas ondas que me llegan hasta los hombros.

Y entonces, lo escucho. La puerta del baño se abre y una nube de vapor caliente sale detrás de él.

Xander aparece con el pelo húmedo; las gotas le resbalan por el cuello y se pierden entre las líneas marcadas de sus abdominales. Sujeta con una mano la toalla que lleva a las caderas mientras se seca el pelo con la otra. Sus hombros anchos y su espalda en forma de V siguen fascinándome como el primer día que lo vi. Es todo músculo, fuerza y control.

—Si sigues mirándome así, Gia, no salimos de casa —dice con una media sonrisa, pillándome *in fraganti.*

Se viste despacio, intencionadamente. Camisa blanca ceñida, que resalta el moreno de su piel; pantalones negros que no le pueden quedar mejor; un reloj plateado en la muñeca, y unas botas negras pulidas.

Cuando se abrocha el último botón de la muñeca, me echa un vistazo de arriba abajo, sin pudor.

—Joder… —murmura; se acerca y atrapa mi barbilla entre sus dedos—. Esta noche no voy a poder concentrarme en otra cosa que no seas tú.

Sus palabras me dejan con una sonrisa que no puedo ocultar. Él me suelta despacio, como si le costara apartarse, y coge las llaves del coche.

—Vámonos antes de que me arrepienta —dice, con esa voz grave que hace que todo mi cuerpo se ponga en alerta.

Bajamos por el ascensor y, aunque hemos salido juntos cientos de veces, esta noche siento que es diferente. Quizá porque sé lo mucho que significa para él. No es solo una fiesta: también es la primera vez que, después de todo lo que ha pasado, va a estar rodeado de su equipo, del *staff,* de gente que lo ha apoyado en lo bueno y en lo malo.

Cuando vamos en el coche, la ciudad está viva. Las luces de los edificios parpadean y el asfalto refleja el brillo de los semáforos. Él conduce con una mano en el volante y la otra sobre mi muslo.

—Va a ser increíble verte ahí —le digo, mirando la carretera.

—Lo que va a ser increíble es verte a ti, ahí —responde, y puedo sentir su sonrisa incluso sin volverme hacia él.

Llegamos al lugar. Desde fuera ya se escuchan la música y las risas. Hay coches caros aparcados, flashes de cámaras y gente entrando con trajes y vestidos que parecen sacados de una alfombra roja.

Me bajo del coche y él lo rodea para ofrecerme la mano. En cuanto nuestros dedos se entrelazan, siento esa conexión eléctrica de siempre. Caminamos juntos hacia la entrada, y aunque sé que esta noche todos los ojos van a estar puestos en Xander… por cómo aprieta mi mano, sé que para él solo existo yo.

El salón está lleno de luz, música y un murmullo constante de conversaciones y risas. Nada más cruzar la puerta, Xander es absorbido por una ola de aplausos y palmadas en la espalda. Los chicos del equipo lo rodean, lo abrazan, le dicen cosas que no alcanzo a escuchar entre tanto jaleo. Él sonríe, choca las manos, se deja zarandear un poco, y aunque intenta disimular, veo que esto le toca más de lo que admite.

Aprovecho para echar un vistazo a mi alrededor. Reconozco a varios miembros del *staff,* todos con copas en la mano y caras satisfechas, como si ellos también hubieran ganado algo esta temporada. Más allá, el míster me dedica una sonrisa amplia y cálida, de esas que te hacen pensar en un padre orgulloso.

Me sorprende lo mucho que me transmite con un simple gesto.

Y entonces, la veo. Hannah. Está cerca de la barra, con un vestido ajustado que no sé si le sienta bien o demasiado bien, y una copa a medio beber. Nuestros ojos se cruzan por un segundo. Su expresión no es hostil…, pero tampoco amistosa. Algo en sus ojos me estudia, me mide.

Sostenemos un pequeño pulso silencioso y no voy a ser la primera en apartarme.

Por un momento, me pregunto si esta será la ocasión para ir a preguntarle directamente qué demonios le pasa conmigo. Quizá no sea el mejor lugar… O quizá sí.

Xander vuelve a mi lado con una copa en la mano y esa sonrisa que siempre consigue que olvide dónde estamos. Pasa un brazo por mi cintura; parece saber que necesito sentirlo cerca.

—Todo el mundo está contento por ti —le digo, y no miento.

El ambiente está cargado de energía, de orgullo, de esa alegría que provoca saber que un jugador clave vuelve al campo.

—No es para menos —responde, guiñándome un ojo—. Pero yo solo quiero celebrarlo contigo.

Suena sincero, pero mi atención se desvía inevitablemente hacia el otro lado de la sala. Hannah está hablando con alguien del *staff,* pero no me quita ojo de encima.

—¿Todo bien? —me pregunta Xander, siguiendo la dirección de mi mirada.

—Sí… —respondo despacio, aunque la pregunta hierve en mi cabeza—. Quizá debería ir a hablar con ella.

Xander frunce el ceño.

—¿Ahora?

—Si voy a hacerlo, mejor que sea en un momento en el que todo el mundo está de buen humor —le explico, intentando sonar indiferente, aunque sé que no lo consigo.

Él aprieta un poco más mi cintura, como si estuviera evaluando si dejarme ir o no.

—Está bien, pero si noto que algo no me gusta, me acerco.

Le sonrío de medio lado.

—Tranquilo, no pienso empezar una pelea en tu fiesta.

—Eso espero, Gia… —dice en voz baja, pero con un toque divertido, para suavizar la tensión que de pronto se ha instalado entre nosotros.

Tomo aire. Es hora de descubrir qué demonios pasa con Hannah. Antes de que pueda dar un paso hacia Hannah, Chase se sube a una pequeña tarima improvisada y golpea su copa con una cuchara para llamar la atención.

—Bueno, bueno… —Su voz resuena por encima de las conversaciones y risas—. Sé que todos estamos aquí para celebrar que nuestro querido Cole ha vuelto a ser oficialmente parte de este equipo, pero yo tengo algo que decir. —La sala se va quedando en silencio y todos se vuelven hacia él, expectantes. Chase sonríe, claramente disfrutando el momento—. Xander, todos sabemos que eres un dolor de cabeza…, pero también eres un hermano para nosotros. Y aunque a veces hables demasiado, tengas un ego más grande que tu polla, que ya es decir, y que siempre robes el último trozo de pizza… —la sala estalla en carcajadas—, también das la cara por todos, y eso es de agradecer. Bienvenido de nuevo, cabrón.

Entre aplausos, gritos y silbidos, Chase levanta su copa. Yo río, contagiada por el ambiente, y aplaudo con fuerza. Xander, que está a un par de metros más allá, se ríe y le hace un gesto obsceno a modo de respuesta, pero se nota que le ha emocionado.

Es entonces cuando noto que alguien se sitúa a mi lado. Giro la cabeza y me encuentro con Hannah, copa en mano, mirando hacia la tarima como si no me hubiera visto. O como si sí me hubiera visto y quisiera fingir que no.

—Me alegra verte aquí, apoyando a mi novio —le digo, rompiendo el silencio antes de que pueda cambiar de idea.

Ella gira levemente el rostro hacia mí, con una media sonrisa que no termina de llegar a los ojos.

—Claro… Pero espero que no engañe su labia. Xander no siempre es como parece.

Intento descifrar qué demonios quiere decir con eso.

—Sé cuidarme sola —respondo, con un tono tranquilo pero firme.

Ella da un sorbo a su copa y asiente dando a entender que con eso la conversación está cerrada.

—Eso está bien. Te va a hacer falta.

Y sin más, se aleja entre la gente; me quedo ahí, con una mezcla de incomodidad y curiosidad. No me cuesta mucho suponer por qué está así. Quizá, después de todo, solo es una historia más de algo que tuvo con Xander y ya no tiene. Celos disfrazados de advertencia.

La fiesta sigue con música, risas y el tintinear constante de copas chocando. Me uno a un grupo de compañeros del *staff,* hablamos sobre la temporada y contamos anécdotas del viaje a Arizona. Las bromas van y vienen, y me dejo llevar por el ambiente.

En un momento, al alzar la mirada, lo veo. A Xander, apoyado contra la barra junto a un par de sus amigos, riendo por algo que uno de ellos ha dicho. Cuando nuestros ojos se cruzan, me dedica esa sonrisa suya que parece decir más de lo que debería. Yo correspondo con otra pequeña, pero me contengo. Sé que este momento es suyo con ellos, y no quiero interrumpirlo.

—Así que tú eres la famosa Gia —dice una voz a mi lado. Giro y me encuentro con Chase, con esa expresión traviesa que parece permanente en su cara.

—No sabía que ahora soy famosa —contesto, divertida.

—Si hasta el mismísimo Cole para de hablar de fútbol para hablar de alguien… esa persona debe de ser interesante. —Me guiña un ojo, y yo suelto una carcajada.

—¿Siempre eres así de descarado o solo es después de unas copas, Chase?

—Diría que siempre, sí —responde al final, sin dudar—. Pero tranquila, soy inofensivo… la mayor parte del tiempo.

Seguimos charlando un momento, pero de pronto siento que necesito un respiro. El calor, la música y la cantidad de gente me empiezan a agobiar un poco.

—Voy a salir a tomar un poco el aire —digo, más para mí misma que para él.

Chase asiente y levanta su copa.

—Que no te roben el sitio, Gia.

Sonrío, me abro paso entre la gente y salgo. El aire fresco de la noche me envuelve y alivia de inmediato la sensación de calor. Inspiro profundamente, disfrutando de ese breve silencio después del bullicio de dentro.

Me apoyo en la barandilla, observando las luces que titilan en el jardín y escuchando de fondo la música amortiguada por las paredes. Respiro hondo, intentando despejarme.

—¿Qué haces aquí fuera? —La voz grave y familiar de Xander me saca de mis pensamientos.

Me giro y lo veo acercarse, todavía con esa sonrisa ladeada que me provoca una mezcla de ternura y ganas de golpearlo por ser así de encantador sin esfuerzo. Lleva el pelo algo revuelto, seguramente de tantas palmadas y abrazos que ha recibido, y su camisa blanca se amolda a sus hombros anchos como si hubiera sido hecha para él.

—Necesitaba un poco de aire —respondo, encogiéndome de hombros.

Él da un paso más, reduciendo la distancia, y su mirada recorre mi rostro con un gesto que no sé si es preocupación o simple curiosidad. Me pasa un brazo por encima y me da un beso en la sien.

—Todos ahí dentro se alegran por mí…, pero lo que no saben es lo mucho que me alegro yo por que tú estés aquí. Conmigo.

—Yo también me alegro. Por todo —sonrío. Y es verdad.

—Daría todo lo que tengo por estar contigo siempre.

Trago saliva ante sus palabras, que me derriten por dentro, pero no quiero demostrarlo.

—Estás muy pasteloso últimamente, Cole —digo; me echo a reír y le doy un codazo para quitarle peso a la conversación.

Xander suelta una carcajada y a mí me vuelve loca verlo así.

—No estés sola aquí fuera, te necesito.

—Estoy bien —le aseguro, intentando sonreírle con suavidad—. Solo… Dame un par de minutos más.

Parece que va a decir algo más, pero finalmente asiente, aunque no sin antes darme un beso rápido en el hombro que me calienta la piel.

—No tardes —murmura; vuelve dentro y se pierde entre la multitud.

Después de un rato intentando procesar las palabras de Hannah, decido que no merece la pena seguir dándole vueltas. No voy a permitir que me eche a perder la noche. Me quedo apoyada en el marco de la puerta, observando el ambiente de la sala.

En una esquina, los chicos ocupan los sofás, algunos sentados frente a frente, otros recostados de forma despreocupada. Hannah

está apoyada en el brazo de uno de los sillones, con esa sonrisa que nunca sé si es amistosa o calculadora.

Y Xander está de espaldas a mí, riendo junto a los demás.

Están hablando de sus tonterías, de piques en los entrenamientos, de anécdotas de viajes. Yo me dejo llevar por las voces y las risas hasta que, de pronto, alguien saca el tema sobre una apuesta. Frunzo el ceño. No pillo bien a qué se refieren, pero el tono es distinto; parece que hay algo más detrás.

Escucho el nombre de Xander. Luego, el mío. Mi corazón da un salto.

—Déjalo ya —interviene Chase, disimulando, y le da un sorbo a su copa para cortar el tema antes de que vaya demasiado lejos.

Pero Hannah en ese momento me ve. Y sonríe.

—No, no, ahora quiero saberlo —dice con falsa inocencia—. Venga, Xand, explícanos a todos de qué iba esa famosa apuesta.

El silencio que sigue es espeso. Xander resopla, se niega a contar nada, pero un corrillo de chicos del equipo insisten. Y entonces Nate, empieza a hablar.

No me muevo, ni siquiera respiro, escuchando cada palabra: desde el momento en que lo rechacé en la piscina, la proposición de la apuesta, cuando su orgullo hizo que la aceptase, cuando la ganó y que luego no aceptó el dinero…, pero en ese momento yo ya no estoy oyéndolo. Mi mente va a mil por hora recordando momentos de esos días. Las piezas empiezan a encajar en mi cabeza, pero la sensación es peor de lo que había imaginado.

En ese instante, se me frena el mundo en seco. Es una sensación física. Un golpe frío en el pecho, me pesan los párpados y se me llenan los ojos de lágrimas que no me permito derramar. No hay ruido —o todo suena a distancia—; las voces siguen, como si vinieran de otra habitación, amortiguadas por una pared gruesa.

Yo estoy aquí, pegada al marco de la puerta y a la vez en un túnel donde las palabras se repiten en bucle, sin sentido, clavándose como astillas. «Apuesta…». «Demostrar…». «La única que no le hacía caso…».

No sé moverme. Mis piernas son de gelatina. Podría llorar, reírme como una idiota, pero no me sale nada más que escuchar un latido

que retumba en los oídos y me recuerda que estoy viva, que esto me está pasando de verdad.

No puede ser. Me lo repito como un mantra y suena a consuelo que se deshilacha.

Me vienen imágenes rápidas, como fotogramas que no puedo escoger. Su risa en el sofá, la forma en que me abrazó la noche que me contó cómo había perdido a sus padres, aquel beso en el portal que me dejó temblando, sus manos en mi pelo mientras nos besábamos. Todo tan real, todo tan nuestro… ¿Y ahora quién me asegura que no fueron piezas de un juego al que yo jugué sin querer? ¿Cómo acepto que lo que pensé que era reciprocidad haya sido, en algún momento, entretenimiento para otros?

Hay una voz en mi cabeza que no para de gritar acusaciones. *«¿Te lo creíste? ¿Tan fácil? ¿Era mentira todo?».* Y otra, más oscura, que susurra aquello que conozco demasiado bien y que me enerva: *«No te fíes, nadie se queda; tu madre tampoco se quedó; tu padre se fue»*. Esas heridas, que había tratado con cuidado y paciencia, hoy se abren con la misma crudeza que entonces. Cada gesto íntimo —las noches que le regalé mi miedo, las rendiciones que creía seguras— de pronto parece moneda de cambio en una broma de vestuario.

Me falta el aire. Siento el oxígeno golpeándome la nuca como un recordatorio: *«Respira»*. Intento juntar pensamientos coherentes, pero mi mente es un mapa quemado y no encuentro la ruta de salida.

Pienso en lo que le dije la semana pasada, en cómo le prometí confiar. Pienso en sus ojos cuando me dijo «No me sueltes» y en la seguridad que me dio su mano sobre mi cintura. ¿Eso también fue parte del teatro? ¿Sus caricias eran medallas que se colgó para impresionar a alguien?

Me imagino la conversación, la apuesta —esa palabra repugnante — convertida en una verdad innombrable. Y me veo, ridícula, entregada. Me arrepiento de haber sentido. Me pregunto si fui un reto que él aceptó o una victoria que celebró a mi costa. ¿Cómo no vi las señales? ¿Cómo pude estar tan ciega, tan dispuesta?

La rabia asoma, caliente, pero viene mezclada con un dolor tan grande que la ira se vuelve solamente un ruido más. Quiero arrancarme la piel para comprobar si debajo de mi carne hay una versión de mí que no se enamora tan profundamente, que no deja tanto espacio vacío para que otros lo llenen. Quiero volver atrás y pedirle explicaciones. Quiero no saber nada. Quiero gritar. Quiero desaparecer.

Las pareces del salón parecen acercarse; escucho una carcajada y el tintineo de una copa y, por un segundo, todo me parece una farsa cinematográfica donde yo he sido la protagonista ingenua. La gente sigue hablando y nadie, aparentemente, ve la grieta que se ha abierto debajo de mí.

Me pregunto si mis límites son papel mojado, si cualquiera con un par de palabras bonitas pueden desarmarme y tirarme por la ventana.

Chase levanta la vista y me ve. Y lo entiendo todo en su expresión. Él sabe que lo acabo de escuchar. Todo.

Xander se gira, quizá para buscar la reacción de los demás, pero sus ojos se clavan en los míos. Lo veo, y es como si la luz se enfocara en su cara: sorpresa, reconocimiento, miedo. Se da cuenta que lo he oído. Eso hace que todo sea más cruel. No hay misterio que deshacer. No hay triángulo de sombras. Hay un hecho que me destruye en vivo.

Me arde el pecho. Se me cae la piel a trozos. Las lágrimas, cuando llegan, no son ruidosas ni limpias. Son saladas y amargas y vienen con una sensación de traición, de vacío que me tensa cada músculo. Me siento idiota, utilizada, pero, sobre todo, huérfana de nuevo. De confianza, de seguridad. Aquello que construí con esfuerzo, la creencia de que alguien podía conocerme sin pasar cuentas, se desploma como un edifico con cimientos podridos.

Me gustaría detener el tiempo y tener el valor de preguntar *«¿Por qué?, ¿cómo pudiste?»,* pero la voz se me queda en la garganta, rota por la incredulidad. Y cuando por fin las palabras amenazan con salir, me asusta cuál podría ser la respuesta. Porque incluso si él dice que lo siente, ¿cómo reconstruir con piezas que alguien más lanzo al suelo por pura diversión?

Me hundo y me vuelvo pequeña. En ese rincón de la puerta, rodeada de risas ajenas, la noche termina en un ruido sordo dentro de mi cabeza. Eco tras eco de confianza rota. No sé aún si salir corriendo, si plantarme y enfrentarlo, o si me voy y dejo que el silencio haga su trabajo. Solo sé que, en este momento exacto, mi mundo se ha caído a pedazos y cada fragmento me corta por dentro.

Siento cómo la sangre me abandona la cara; me tiemblan las manos y mi respiración se vuelve pesada. Me aferro a la única idea que podría salvarme: tiene que ser un malentendido.

Pero entonces otra voz en mi cabeza, fría y cruel, susurra: *«¿Y si no lo es? ¿Y si todo ha sido un juego?».*

Un juego… Yo confié en él. Confié hasta el último rincón de mí. Y ahora… Ahora no sé si alguna vez me dijo la verdad.

Las inseguridades que creía enterradas regresan todas a la vez, como un mar embravecido dispuesto a arrasarme. Las mismas que me hacían dudar de si era suficiente, de si alguien como él podría amarme de verdad. Y en este momento, todo lo que teníamos se me antoja… arrasado. Irreparable.

No me doy cuenta de que Xander ya se ha levantado hasta que lo tengo frente a mí. Se mueve tan rápido que ni lo proceso. Doy un paso atrás por puro instinto. No puedo mirarlo. Ahora no. Las lágrimas se me escapan sin permiso y me arden en las mejillas.

Él está pálido. Sus labios se abren para decir algo, pero parece tan perdido, tan… asustado, que por un segundo me hace aún más daño. No sé cómo arreglarlo. Pero no hay nada que arreglar.

Xander da otro paso más hacia mí.

—No —logro decir, aunque mi voz tiembla tanto que casi no me reconozco.

Su desesperación choca contra mi rechazo, pero no cedo. No puedo.

Chase se levanta y lo agarra del brazo antes de que pueda seguir acercándose.

—Dale tiempo, no la agobies —le dice, lo bastante alto como para que yo también lo escuche.

Y me voy sin echar la vista atrás.

Porque si lo miro, sé que no voy a ser capaz de marcharme, y ahora mismo, necesito alejarme antes de romperme por completo.

Camino sin saber adónde voy. Solo sé que tengo que poner la mayor distancia posible entre él y yo.

Mis pasos son rápidos, casi torpes, y noto cómo la garganta se me cierra más y más.

El aire me quema al entrar en los pulmones. No puedo respirar bien, cada bocanada es un recordatorio de lo que acabo de escuchar.

No quiero pensar. No quiero sentir. Pero mi mente no me da tregua.

¿Todo ha sido mentira? Cada mirada. Cada beso. Cada promesa susurrada a oscuras. ¿Estaba riéndose de mí todo este tiempo?

Recuerdo el brillo en sus ojos cuando me decía que yo era diferente, cuando me acariciaba como si tuviera miedo de romperme. Y ahora me pregunto si, mientras lo hacía, ya sabía que me estaba destrozando.

Me detengo en una calle vacía y me apoyo contra la pared. Siento que el suelo bajo mis pies ya no es firme, que todo en lo que creía se ha convertido en arenas movedizas.

No sé en quién confiar. Ni siquiera sé si puedo confiar en mí misma por haber caído tan fácilmente.

Sigo derramando lágrimas, una tras otra, y no las detengo. Duele demasiado.

Xander, el hombre que pensé que nunca iba a hacerme daño, acaba de arrancarme el corazón sin tocarme siquiera. Y lo peor es que una parte de mí quiere creer que no fue así, que hay una explicación.

Pero la otra sabe que, si me quedo para escucharla, corro el riesgo de perdonarlo. Y ahora mismo, perdonarlo sería traicionarme a mí misma.

Me limpio la cara con el dorso de la mano, aunque sé que tengo los ojos hinchados y rojos. Necesito irme. Necesito más aire.

Necesito olvidar por un momento cómo es que alguien te rompa desde dentro.

Y mientras sigo caminando, me repito una y otra vez que todo se ha acabado. Porque si no lo hago, temo que mi corazón, idiota y terco, siga buscándolo.

—¡Gia! —Su voz me golpea la espalda.

No me detengo. Aprieto el paso. En un segundo, su mano roza mi brazo y me giro bruscamente, apartándolo como si me quemara.

—¡No! —grito.

Está jadeando, con el rostro desencajado; no parece saber qué decir para evitar que me vaya.

—Déjame explicarte. —Su tono suena roto.

—¿Explicarme qué? —Me tiembla la voz, pero no de tristeza, sino de rabia—. ¿Que todo esto era una broma? ¿Que yo era una puta apuesta?

—No es lo que piensas… —Da un paso hacia mí.

Retrocedo de inmediato.

—No te atrevas a acercarte más.

Alza las manos como si temiera asustarme más. Pero sus ojos suplican.

—Por favor…, escúchame.

—No puedo. —Me arde la garganta y siento cómo se desliza otra lágrima, aunque me odio por dejar que la vea—. No quiero escucharte. Ahora no.

—Gia…

—No. —Retrocedo un paso—. Déjame en paz.

En ese momento, Chase llega corriendo. Le pone una mano firme en el hombro.

—Basta, hermano. Dale un poco de espacio.

Xander no lo aparta, pero tampoco me quita los ojos de encima. Como si con solo mirarme pudiera detenerme. Y no lo consigue.

Me doy la vuelta y echo a andar sin mirar atrás. Se me desgarra el pecho con cada paso, pero sigo avanzando.

Porque si me detengo, sé que me voy a romper delante de él.



22

XANDER

La veo marcharse y siento que me arrancan algo de cuajo dentro de mí. No corro detrás de ella esta vez. No porque no quiera… , sino porque sé que ya no hay nada que pueda decir que no suene a excusa. Me quedo ahí, de pie, viendo cómo se pierde entre la gente. Impotente. Roto.

—Joder… —murmuro, llevándome las manos a la cara para intentar contener la rabia que me quema por dentro.

Una mano firme se apoya en mi hombro. Chase. No dice nada al principio. Solo está ahí. Y ese silencio pesa más que cualquier palabra.

—Tendrías que habérselo dicho desde el principio —suelta finalmente, sin rodeos.

—Lo sé. —Se me quiebra la voz y me hace daño tragar—. Debí haberte hecho caso, haberle dicho la verdad. Pero… no lo hice. Y ahora es demasiado tarde.

—¿Por qué no lo hiciste? —pregunta, sin juzgarme, queriendo entender.

Me paso las manos por el pelo, como si así pudiera aliviar la presión en mi cabeza.

—Porque soy un jodido cobarde. Porque pensé que, si le decía la verdad, me mandaría a la mierda antes de conocerme. Y, joder,

Chase…, me gustaba demasiado como para arriesgarme a perderla antes de tiempo.

Chase suspira, mirándome como quien ve a un amigo hundirse.

—No creo que seas un cobarde, Xander. Simplemente no has sabido gestionar tus emociones. La has cagado, sí. Pero no fue por maldad. Fue miedo.

—Miedo que ha terminado llevándome al mismo puto sitio —le corto, con un amargo intento de risa—. La he perdido igual. Y ahora… ahora todo lo que vivimos es mentira para ella. ¿Y sabes qué? No puedo culparla.

Chase asiente despacio.

—No te voy a mentir, va a costar. Y probablemente tengas que comerte tu orgullo y hacer más de lo que nunca has hecho para que te escuche. Pero si la amas de verdad…, no puedes dejar que se acabe aquí.

—¿Y si no quiere escucharme? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Entonces al menos sabrás que lo has intentado. Pero si te quedas quieto, te vas a arrepentir el resto de tu vida.

Sus palabras me atraviesan porque tiene razón. Pero ahora mismo… no tengo fuerzas. La imagen de Gia alejándose, sin volver la vista atrás ha quedado grabada en mi cabeza como una maldita fotografía que no puedo romper. Y mientras la noche cae sobre nosotros, siento que algo dentro de mí se ha apagado, y tengo miedo de que no vuelva a encenderse.

—Me voy a casa —anuncio, con la voz ronca, sin apartar la vista del camino por donde Gia ha desaparecido.

Chase parece a punto de convencerme de que me quede, pero no lo hace.

—Xander…

—Lo siento —lo interrumpo—. Gracias por la fiesta, en serio…, pero ahora no puedo.

Me pasa una mano por el hombro, un gesto rápido, como si supiera que cualquier palabra de más me rompería más de lo que ya estoy.

—Te entiendo. Yo me encargo de despedirme por ti —responde.

Asiento, aunque en realidad no sé si le estoy agradeciendo eso o simplemente su silencio.

Echo a andar hacia el coche, sintiendo el peso de toneladas de culpa con cada paso. No tengo fuerzas para dar explicaciones ni para fingir una sonrisa ni para quedarme un minuto más rodeado de gente que no tiene ni idea de que mi mundo acaba de desmoronarse.

No sé si es la vergüenza, el miedo o la certeza de que quizá la he perdido para siempre…, pero cada vez que respiro, me hace daño.

Conduzco sin rumbo fijo, aunque sé que voy de camino a casa. Las luces de la ciudad pasan rápidas a los lados, pero yo apenas las veo. Solo veo su cara cuando me ha mirado por última vez… Esa mezcla de decepción y dolor que me atraviesa como un cuchillo.

Tenía que habérselo dicho. Joder, desde el principio. Cuando todavía no sentía tanto, cuando todavía podía haberme jugado la carta de la verdad y esperar que me perdonara. Pero no: fui un cobarde. Me escondí detrás de la excusa de que «no era el momento», cuando en realidad lo que no quería era enfrentarme a la posibilidad de perderla.

Y lo peor es que… llegué a un punto en el que lo olvidé. Lo olvidé de verdad. Lo que vivimos fue tan jodidamente real que la apuesta ya no existía en mi cabeza. Ella no era una conquista más, no era un reto. Lo era todo. Y eso no cambia el hecho de que la haya cagado.

Aprieto el volante hasta que los nudillos se me ponen blancos.

La he perdido… y es culpa mía. Pero no pienso rendirme. No me imagino un futuro en el que no esté ella, no me imagino mis días sin su risa, mis noches sin su piel, mi vida sin su maldito carácter que me vuelve loco. Voy a recuperarla. Cueste lo que cueste. Aunque tenga que dejarlo todo en el campo, aunque tenga que romperme en mil pedazos.

Porque Gia Clarke es mía. Y esta vez… no voy a permitir que se me escape.

Llego a casa y cierro la puerta con más fuerza de la necesaria. El eco me retumba por el pasillo vacío, y de repente, el silencio me aplasta.

Camino hasta el sofá con las piernas de plomo y me hundo en el cuero frío. Apoyo los codos en las rodillas y me tapo la cara con las manos, intentando no ver…, pero la imagen vuelve una y otra vez.

Ella, en medio de aquel salón lleno de gente, con los ojos vidriosos y el cuerpo rígido, conteniendo las ganas de romperse. Y yo… yo sin poder moverme. Sin poder acercarme. Sin poder tocarla. Hasta que he reaccionado.

Pero ese momento en el que se ha dado la vuelta… Joder. Ha sido como si alguien me arrancara el corazón con las manos. La forma en que me ha mirado… no era solo dolor. Era decepción, era traición, era todo lo que juré que nunca le haría. Y lo hice.

Contemplarla mientras se marchaba ha sido como ver a alguien ahogarse y no saber nadar. Tenía las manos atadas, y la única persona que podía salvarla… era la misma que la estaba hundiendo.

Me paso las manos por el pelo, tirando de él, buscando algo que me despierte de esta mierda. Pero no hay nada. Solo el vacío que queda tras ella. Y la certeza de que, si no la recupero, no sé quién coño voy a ser.

No pasan ni dos segundos antes de que sienta el peso ligero de Cronos subiéndose a mi lado. El cabrón se acurruca contra mi pierna y empieza a ronronear como si supiera exactamente lo que necesito. Le paso la mano por el lomo y la suavidad de su pelo me desarma. Él me mira con esos ojos enormes y parece decirme que todo va a ir bien.

—No, pequeño… Esta vez no sé si va a ir bien —susurro, sintiendo cómo la voz se me quiebra—. La he jodido, ¿sabes? Y no un poco… A lo grande.

Cronos me roza con la cabeza, insistente, y yo suelto una risa amarga.

—Tú no entiendes de apuestas ni de orgullo, ¿verdad? Te limitas a estar ahí… y ojalá fuera tan fácil.

Me echo hacia delante, apartando a Cronos con cuidado. Él protesta con un maullido bajo, pero vuelve a enroscarse en un rincón del sofá.

Cojo el móvil de la mesa y lo desbloqueo sin pensar demasiado, como si de alguna forma torturarme con su recuerdo fuera lo único

que me mantiene cerca de ella.

Abro nuestra conversación. No he tenido el valor de escribirle desde que la he visto irse, pero ahí siguen todos nuestros mensajes. Paso el dedo hacia arriba, repasando los primeros días, cuando apenas éramos dos desconocidos lanzándose pullas. Sus respuestas sarcásticas. Las mías, intentando picarla para que reaccionara.

Sigo bajando y llego a la noches en las que hablábamos hasta que amanecía. Mensajes llenos de tonterías, memes que solo entendíamos nosotros, confesiones que nunca le había hecho a nadie.

Recuerdo cómo me quedaba mirando el móvil esperando su respuesta, sintiendo esa jodida electricidad en el pecho cuando aparecía la notificación con su nombre.

Me detengo en una foto que me mandó una mañana, recién levantada, con el pelo revuelto y esa sonrisa medio adormilada que me volvió loco. Cierro los ojos. No puedo creer que haya pasado de eso… a que ahora no quiera ni verme.

La tentación de escribirle es como una presión en los dedos. Un «lo siento» no bastaría. Un «te echo de menos» sería quedarse corto.

Bloqueo la pantalla y dejo el teléfono boca abajo sobre la mesa. Me paso las dos manos por la cara para borrar su imagen de mi cabeza. Pero la verdad es que no quiero borrarla. No puedo.

Porque incluso ahora, con todo roto, sigue siendo ella.

Cojo el móvil de nuevo, pero no lo miro. Lo aprieto en la mano y me levanto del sofá. El apartamento está silencioso, tan silencioso que hasta el tic-tac del reloj parece un reproche.

—Vamos, chico —le digo a Cronos, que me sigue sin hacer ruido, con esa cara felina que parece saberlo todo—. Dudo mucho que pasemos más noches tú y yo juntos.

Él ladea la cabeza como si me entendiera y en parte creo que lo hace. Si todo esto sigue así, Gia acabará llevándoselo con ella… y no puedo culparla.

En la habitación, la cama se siente enorme y fría. Me dejo caer de espaldas, con el móvil aún en la mano. La oscuridad me envuelve,

pero no me calma; lo único que consigue es que mi cabeza se llene más de su voz, de su risa, de su manera de pronunciar mi nombre.

Respiro hondo. No quiero soltarle un discurso por mensaje, no sería justo…, pero tampoco quiero que pase una sola noche sin saber que lo que siento es real.

Desbloqueo la pantalla, abro nuestra conversación y escribo.

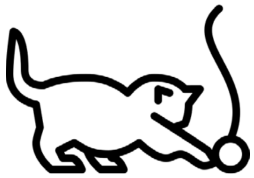
> ***Xander:*** *Siento haberte hecho daño. No voy a intentar justificarme por aquí, solo quiero que sepas que, cuando estés dispuesta a escucharme, yo estaré aquí para ti. Te amo, y siempre lo haré.*

Lo leo dos veces, dudando. No es suficiente para explicarlo todo, pero tampoco es el momento. Pulso enviar antes de arrepentirme.

Guardo el móvil con el peso de lo que acabo de escribir. No importa si me ignora o me odia ahora, porque lo que siento es más fuerte que cualquier orgullo.

Es el lugar al que siempre quiero volver, aunque yo mismo haya construido muros para mantenerla lejos. El silencio llena la habitación. Un silencio cargado de palabras que espero que algún día ella quiera escuchar.

Cronos salta a la cama y se acurruca a mi costado. Le paso una mano por el lomo, intentando encontrar algo de paz en ese calor. Pero por dentro, sé que hasta que no la recupere, ninguna noche volverá a parecerme un hogar.



23

GIA

Estoy en mi apartamento, metida en mi cama, pero no siento el calor de nada ni de nadie.

El silencio pesa más que cualquier ruido, más que cualquier compañía ausente.

No están Xander ni Cronos. No hay un abrazo que me rescate ni un ronroneo que calme el vacío. Solo esta soledad que se enreda en mis huesos y me quiebra por dentro. Cierro los ojos y me pregunto cómo el mundo puede seguir girando cuando yo me siento detenida, atrapada en un espacio donde nada tiene sentido.

El sueño me vence entre lágrimas, con el cuerpo pesado y el corazón encogido. Pero una pesadilla me arranca del sueño.

La pesadilla se despliega como un humo espeso en mi mente. Estoy en un lugar oscuro, donde las sombras susurran mi nombre y cada paso que doy se hunde en un suelo que se quiebra bajo mis pies. Veo a Xander, pero su rostro está distorsionado, como un reflejo roto en un espejo. Me habla, pero sus palabras son cuchillos invisibles que se clavan en mi pecho. Intento acercarme, pero él se aleja, se esfuma entre mis dedos, dejándome atrapada en esa oscuridad que crece y crece, hasta que siento que me ahogo. El miedo y la tristeza me envuelven y no puedo gritar, no puedo moverme, solo puedo llorar en silencio mientras la oscuridad se cierra a mi alrededor.

Sudorosa, abro los ojos y busco la hora en mi móvil. 4:21.

Un mensaje de él ilumina la pantalla. Lo leo.

Xander: *Siento haberte hecho daño.*

No es un sueño. Lo que he sentido no era miedo, sino la amarga realidad. Xander dice que me ha hecho daño. Y yo, sin querer, me hago pequeña, deseando desaparecer dentro de mí misma para evitar el dolor.

La noche se estira, interminable, y no consigo pegar ojo ni un segundo más. Para mí el tiempo se ha detenido en un instante infinito.

El mensaje de Xander sigue ahí, y es como un faro doloroso en medio de la oscuridad que me envuelve.

Lo leo una y otra vez; quizá, si repito sus palabras, pueda entenderlas mejor, o convencerme de que todo esto no es real. Pero lo es.

Siento ese nudo en la garganta que se aprieta con fuerza, y una parte de mí se hace invisible, tratando de refugiarse de un dolor que no sabe cómo manejar.

Pero no puedo quedarme aquí, atrapada en esta noche sin fin, en esta mezcla de miedo y tristeza que me consume.

Las sombras de mi habitación parecen moverse con la misma inquietud que siento en el pecho. Pienso en el trabajo. En la agenda que tengo que preparar para la próxima semana, en los compromisos que no puedo posponer, en las llamadas que debo hacer, en los informes que he de revisar. Todo sigue adelante, aunque yo me sienta rota.

Y entonces llega la realidad que pesa más que cualquier sueño o pesadilla. Verlo, enfrentarlo, me va a hacer daño. Cada palabra, cada gesto, cada silencio compartido será un recordatorio de todo lo que hemos perdido y de lo que aún no entiendo del todo.

Pero tengo que seguir. Tengo que mantenerme firme, aunque por dentro sienta que me deshago.

Sé que no puedo responder a su mensaje ahora. No quiero fingir que estoy bien ni quiero abrir una puerta que aún no estoy lista para

cruzar.

Porque escuchar sus palabras, oír su voz explicando lo que hizo, puede que añada más peso a este dolor que me estrangula.

Pero también sé que, en algún momento, cuando las heridas estén un poco menos frescas, cuando el fuego en mi pecho haya bajado un poco, podré abrir esa puerta. Podré escucharlo sin que me lastime tanto, sin que mi corazón se rompa en mil pedazos. Pero aún no es el momento.

Así que bloqueo el móvil y lo dejo a un lado, como si así pudiera alejar también ese dolor. Me abrazo a mí misma en la oscuridad, buscando un poco de consuelo en mi propio cuerpo, en mi propia piel.

Y aunque sé que en unas horas tendré que levantarme y seguir adelante, ahora mismo, vivo a mi manera esta madrugada interminable. Con el corazón hecho trizas y la esperanza de que, algún día, todo esto pueda tener sentido.

El reloj avanza implacable y, aunque la noche ha sido un tormento sin descanso, sé que ha llegado la hora de levantarme.

El sol comienza a filtrarse por las rendijas de la ventana, un recordatorio de que la vida no se detiene, aunque yo quisiera quedarme atrapada en el vacío de mi tristeza.

Me obligo a centrarme. Necesito recuperar el control, retomar las riendas de mi vida antes de que esta oscuridad me consuma por completo.

Con manos temblorosas, le escribo un mensaje a Savannah.

Gia: *¿Puedes pasarte por casa de Xander después para recoger algunas de mis cosas? Y, por supuesto, a Cronos. Luego te explico. Gracias.*

La respuesta llega rápido, con esa calidez que me reconforta en medio del caos.

Savannah: *Sí, claro. Me paso después del trabajo. Te quiero.*

Respiro hondo y me siento en la cocina para desayunar, intentando que mi cuerpo reciba algo de energía.

El té caliente quema un poco, pero es un alivio pequeño y necesario. Me visto con cuidado, eligiendo ropa que me haga sentir fuerte, aunque por dentro esté temblando.

Frente al espejo, me esfuerzo por poner mi mejor cara, esa que oculta el torbellino de emociones que llevo dentro.

Hoy es un día para afrontar, para seguir adelante, para no dejar que el dolor me paralice.

Porque aunque todo se haya desmoronado, sé que aún queda camino por recorrer.

Me sumerjo en el día con una determinación férrea.

Nada más llegar al despacho, cierro la puerta y me instalo, dejando atrás las distracciones y la incertidumbre que me acechan desde anoche.

La mañana pasa volando entre papeles, correos electrónicos y llamadas que deben coordinarse para tenerlo todo listo antes del próximo partido.

La agenda se llena de detalles. Reuniones con el equipo médico, planificación de entrenamientos, revisiones logísticas.

Reviso y ajusto cada punto, consciente de que, aunque el partido esté a la vuelta de la esquina, debo estar preparada para cualquier eventualidad.

En un momento, levanto la vista y veo pasar al míster. Me levanto corriendo y lo llamo.

—Necesito hablar contigo un momento —le digo. Él entra sin hacer preguntas, acostumbrado a que yo maneje cada situación con profesionalidad y claridad—. En los próximos viajes —empiezo, con voz firme—, no podré acompañaros. —Hay un silencio breve, pero comprensivo—. Me encargaré de dejarlo todo preparado —prosigo—. Tendré el móvil activo en todo momento. Si me necesitáis, estaré disponible.

El míster asiente lentamente, sin cuestionarme.

—Entiendo, Gia. Sabes que confío en ti. Haz lo que necesites.

No hace falta decir más. Ambos sabemos que, a veces, la vida fuera del campo exige una cuota de sacrificio, y yo necesito ese tiempo para recomponerme, para encontrar la fuerza que me mantenga firme cuando vuelva a estar con el equipo.

Así que, durante toda la mañana, me concentro al máximo, metiendo cada dato, cada planificación, cada contacto en el sistema.

Es mi forma de seguir adelante, de demostrar, primero a mí misma, que aún tengo el control, aunque me duela el corazón.

Cuando el reloj marca las 14:00, me permito un breve respiro, consciente de que este día, por duro que sea, solo es un paso más en el camino hacia la reconstrucción.

Salgo de la oficina y lo único en lo que pienso es en volver a casa sin hablar con nadie.

Pero lo veo antes de que él me vea a mí, y en ese instante, todo el ruido del lugar parece desaparecer. Intento mantener la concentración y evitar que mi mirada se cruce con la de Xander, pero es imposible.

Sus ojos buscan los míos con una mezcla de dolor y arrepentimiento que me atraviesa.

En el aire flota todo lo que no se ha dicho, todo lo que quedó roto entre nosotros.

Veo su lucha interna, el peso de la culpa que lleva en sus hombros, pero también una vulnerabilidad que no había notado antes.

Mi pecho se aprieta y un nudo se forma en mi garganta. Quiero gritarle, preguntarle, sacarlo todo, pero el miedo y la tristeza me paralizan. Sé que no estoy preparada para eso.

Antes de que él pueda decir algo, giro lentamente sobre mis talones y me alejo; Xander se queda allí, congelado en ese momento suspendido. No necesito palabras ni explicaciones ahora mismo.

Me voy, con el corazón hecho pedazos, sin echar la vista atrás.

Salgo por la puerta con la intención de dejar pasar ese momento con él, de alejar ese peso que me aplasta el pecho.

Los pasillos del edificio están casi vacíos, y el eco de mis pasos me acompaña mientras voy hacia la salida.

Entonces, una voz familiar me llama desde atrás.

—Gia. —Me giro y veo a Chase acercándose, solo, con esa expresión que dice que sabe que algo no está bien. No puedo evitar sentir una mezcla de alivio y recelo—. ¿Puedo acompañarte un momento? —me pregunta con suavidad. Asiento sin decir palabra, y echamos a andar juntos hacia el aparcamiento. Chase rompe el silencio con cuidado, consciente de que no hay prisa—. Sé que esto es difícil para ti. Para los dos. —Sus palabras abren una puerta que me obliga a escuchar, a enfrentar lo que he estado evitando—. Xander no es el hombre perfecto que intenta aparentar y que todos creen que es —continúa—. Pero lo que siente por ti es real. Más real de lo que imaginas. —Lo miro a los ojos, buscando en ellos esa verdad que tanto anhelo, pero también temiendo lo que pueda descubrir—. Sé lo que pasó con la apuesta —dice Chase, con una mezcla de tristeza y firmeza—. Él nunca aceptó ese dinero, solo quería que lo supieras. Sabía que estaba mal desde el principio. No quería hacerte daño, aunque terminó haciéndotelo.

Siento un nudo en la garganta. Las piezas comienzan a encajar, pero el dolor no desaparece.

—No es excusa —respondo, con la voz quebrada—. Me mintió, me traicionó… Me ha tenido engañada todo este tiempo.

Chase asiente, entendiendo mi lucha interna.

—Tienes toda la razón. Te falló. Y eso hace daño, Gia. Pero también te puedo asegurar que a él lo lastimó más de lo que imaginas. Que luchó con sus sentimientos, con lo que quería ser y lo que hizo.

Por un momento, siento un brillo tenue de esperanza, como un rayo de sol atravesando la tormenta.

—Quizá no lo hizo a propósito —murmuro—. Pero sigue siendo el culpable de mi angustia. —Me detengo y lo miro fijamente, con lágrimas que amenazan con salir, mezcla de rabia y tristeza—. Gracias, Chase —digo finalmente—. Por estar aquí. Por no dejarme sola en esto. —Chase me abraza con suavidad, un gesto que me reconforta más de lo que puedo expresar—. Tampoco lo dejes solo a él. Cuídalo, Chase —le digo, y me alejo hacia mi coche.

Sé que el camino será largo y que, aunque Chase me haya dado algo de luz, la herida sigue abierta.

Y que, por ahora, tengo que aprender a vivir con ese dolor.

La tarde cae suave a través de las cortinas mientras estoy sentada en el sofá, envuelta en una manta, tratando de mantener mi mente ocupada, pero las horas se arrastran, pesadas.

El sonido repentino del timbre rompe el silencio y, al abrir la puerta, veo a Savannah con una pequeña bolsa y a Cronos junto a ella, tranquilo, sin transportín, con su arnés y su correa.

—Aquí está —dice Sav con una sonrisa cálida—. El señorito no quiso ni oír hablar del transportín.

Cronos se lanza directo a mis brazos, como si supiera que necesita consuelo, que aquí está su lugar seguro.

Lo abrazo fuerte, cierro los ojos y asoman las lágrimas. Recuerdo los días felices, cuando Xander y yo reíamos juntos en este mismo sofá, cuando Cronos corría entre nosotros, y todo parecía encajar sin fisuras.

Pero ahora, el eco de esos momentos me golpea con fuerza. La casa está llena de recuerdos y de ausencias, y aunque Cronos este aquí, el vacío que ha dejado Xander sigue presente.

Cronos me mira con esos ojos llenos de confianza y amor incondicional.

Él no sabe de traiciones ni promesas rotas, pero sabe estar aquí, conmigo.

Suspiro profundamente y me tiro de nuevo en el sofá, con Cronos acurrucado a mi lado, intentando encontrar en su compañía la calma que el día me ha robado.

Savannah se sienta a mi lado en el sofá, con esa expresión de cariño y preocupación que siempre tiene cuando sabe que algo me ha hecho daño de verdad.

—Gia, ¿quieres hablar de ello? —pregunta con suavidad, sin presionarme, abriéndome una puerta.

Respiro hondo, sintiendo el nudo en la garganta.

—No sé ni por dónde empezar —confieso.

Le cuento todo lo que viví en la fiesta, lo que escuché sobre la apuesta y todo lo que yo creo que ha sido una mentira.

—Me duele tanto porque no es solo lo que hizo Xander, sino cómo me hizo sentir. Como si todo lo que tuvimos no significara nada para él.

Savannah asiente, sin interrumpir.

—Entiendo —dice—. La traición duele más cuando viene de alguien en quien confías, de alguien a quién amas.

—Exacto —suspiro—. Yo confié ciegamente, Savannah. Le abrí mi corazón sin reservas, y ahora siento que jugó con él y lo rompió en pedazos.

—Y lastima —continúa ella, apretando mi mano—. Porque él era tu mundo, tu seguridad. Cuando esa base se quiebra, todo parece tambalearse.

—Y lo peor —añado, con voz temblorosa— es que no sé si alguna vez podré volver a confiar en él. O en alguien.

Savannah me mira con ternura, sus ojos brillan con lágrimas contenidas.

—Eso también es normal, Gia. El tiempo y tu voluntad serán los que te ayuden a sanar esa herida. No hay prisa, ni fórmulas mágicas. Tú decides cuándo dar ese paso.

Me invade una mezcla de tristeza y alivio por tener a alguien que me entiende sin juzgar.

—Gracias por estar aquí —digo, con la voz rota—. A veces siento que nadie me comprende.

—No vas a estar sola en esto —responde ella, acercándose para abrazarme—. Cuando quieras hablar, llorar o simplemente estar en silencio, yo estaré ahí.

Dejo que me envuelva en un abrazo y, aunque el dolor sigue ahí, por primera vez desde aconche siento que puedo respirar un poco mejor.

Cuando Savannah finalmente se despide y cierra la puerta tras de sí, el silencio vuelve a inundar el apartamento, más pesado que antes.

El calor de su presencia y la comprensión en sus ojos se esfuman y, de repente, me siento más sola que nunca.

El vacío que había intentado llenar con palabras y compañía regresa con fuerza, recordándome lo mucho que echo de menos lo que he perdido.

Voy lentamente hacia la mesa del recibidor, donde están mis cosas junto con algunas que Savannah ha traído de casa de Xander. Entre ellas, sobresale un sobre con mi nombre escrito, con la letra inconfundible de él.

Lo tomo con manos temblorosas y me siento en el sofá, con el corazón latiendo rápido y con miedo a lo que pueda encontrar en su interior.

Despego la solapa con cuidado y despliego la hoja escrita a mano; y cada palabra parece tocar directamente el lugar donde más duele.

«Gia:

Sé que las palabras no son suficientes para reparar el daño que te he causado, pero necesito que sepas cuánto lo siento. No hay excusa que justifique haberte fallado ni ninguna disculpa que pueda borrar el dolor que te he provocado.

He cometido errores terribles, errores que me han alejado de ti y que me han hecho cuestionar todo lo que siento. Pero una cosa tengo clara: te amo, y ese amor es lo único que no ha cambiado.

Entiendo que ahora necesites espacio, que el tiempo sea lo único capaz de curar las heridas que te he infligido. Por eso, te prometo que respetaré cada segundo que necesites, sin presiones, sin prisas.

Estaré aquí, siempre, esperándote con el corazón abierto, dispuesto a demostrarte que puedo ser mejor, por ti y por lo que hemos construido juntos.

Tómate todo el tiempo que necesites, Gia. Yo estaré aquí, para cuando estés lista.

Con todo mi amor,
Xander».

Dejo caer la carta sobre mis piernas, con las lágrimas brotando de nuevo, pero esta vez con una leve esperanza.

Quizá, solo quizá, este tiempo separados sea el comienzo para encontrar un camino de regreso.

Tengo el papel todavía tibio entres mis manos, pero el peso que siento en el pecho parece un poco más liviano, como si esas

palabras hubieran abierto una pequeña ventana en medio de la tormenta que me rodea.

Siento una mezcla extraña. La punzada del dolor por todo lo que pasó y la calma tímida de saber que Xander no me va a olvidar, que no ha renunciado, aunque ahora parezca imposible.

Mis ojos se llenan de lágrimas de nuevo, pero esta vez no son solo son de tristeza: son lágrimas que llevan un destello de esperanza, la esperanza de que el tiempo, ese enemigo y aliado a la vez, pueda sanar lo que está roto.

Me apoyo contra el respaldo del sofá, dejando que el silencio me envuelva, intentando ordenar mis pensamientos y sentimientos desbocados.

Pienso en todo lo que hemos vivido, en los momentos buenos y en los errores que nos han separado. Y aunque la traición es como un puñal clavado, algo en mi interior susurra que aún puede haber un camino, una oportunidad para reconstruirlo todo.

Pero también sé que ese camino será largo y que antes necesito sanar, necesito reencontrarme conmigo misma sin la sombra de su ausencia.

Por ahora, dejo que la carta repose en mi regazo, una promesa escrita que me acompaña en esta noche en vela, recordándome que, a pesar de todo, no estoy tan sola como me siento.

Han pasado varios días desde aquella noche en que leí la carta de Xander.

El trabajo se ha convertido en mi refugio y a la vez en una carga pesada que llevo cada día. Paso horas en la oficina preparando la agenda para el equipo, organizando cada detalle para el próximo partido. Me esfuerzo por mantener la concentración, pero a veces la mente me traiciona y los recuerdos irrumpen en medio de la rutina.

Evito deliberadamente cruzarme con Xander, aunque sé que es imposible no verlo. Intento que la distancia física me ayude a sanar la emocional, pero la realidad es que me hace daño. Mucho. Me he apoyado en Savannah más que nunca, y sus mensajes y llamadas son un ancla que me sostiene en los momentos de más debilidad.

Las noches siguen siendo difíciles. Duermo poco y mal, pero cada mañana me levanto y me obligo a ponerme en marcha, a fingir que

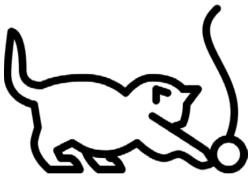
todo está bien, aunque por dentro haya un huracán.

Y hoy, mientras la ciudad se prepara para el partido más importante desde la suspensión de Xander, estoy en mi casa, con Cronos a mi lado. La televisión ilumina la habitación con la imagen del estadio y, al verlo aparecer a él en la pantalla, siento un batiburrillo de nervios, miedo y algo parecido a la esperanza.

El partido comienza y Xander juega con esa intensidad que conozco bien, esa pasión que lo define. A medida que avanzan los minutos, el equipo va tomando ventaja y la tensión en mi pecho se va suavizando.

Cuando suena el pitido final y celebran la victoria, una sonrisa se dibuja en mi rostro, pequeña pero sincera.

Aún me cuesta, aún lastima, pero, por un instante, permito que la alegría se asome.



24

GIA

Han pasado ya varias semanas desde que Xander y yo dejamos de estar juntos. El tiempo no ha sido amable conmigo, pero tampoco me ha destrozado del todo.

Al principio, cada día parecía un recordatorio cruel de lo que habíamos tenido y de lo rápido que se había perdido. Ahora, el dolor sigue ahí, aunque más silencioso…, como una herida que empieza a cicatrizar, pero que aún escuece si la tocas.

Las mañanas ya no suenan igual. Antes, cuando despertaba, casi podía sentir la presencia de Xander en la habitación, el roce de su piel, el sonido sordo de su respiración acompasada.

Ahora, el silencio es tan pesado que parece llenar cada rincón, como si el eco de su ausencia se hubiese instalado aquí para quedarse.

Salgo de la cama y me sorprendo a mí misma esperando, aunque sea un instante, que me diga algo desde la cocina o que aparezca detrás de mí para robarme un beso rápido. Pero no. Solo está Cronos, que con suerte consigue arrancarme una sonrisa.

Paseo por el apartamento, y todo me recuerda a él. La camiseta que dejó colgada en el respaldo de la silla, la taza de café que ya no uso, el rincón donde solíamos planear las próximas semanas juntos, ahora vacío y frío. Cada pequeña rutina que antes compartíamos se ha convertido en un fantasma que ronda en mi día a día.

El sonido del móvil, que antes era motivo de alegría porque significaba que él llamaba o enviaba un mensaje, ahora se ha vuelto una fuente de ansiedad. Me sorprendo más de una vez mirando la pantalla, esperando algo que no llega. Y cuando el silencio vuelve a imponerse, una sombra se extiende por mi pecho.

Intento llenar esos huecos con trabajo, con libros, con planes, con cualquier cosa que me distraiga, pero cuando la noche cae la soledad se vuelve insoportable. Me siento como una pieza incompleta, como un reflejo roto en mil pedazos que no encajan.

Sé que Xander ha estado ocupado con los partidos. No he buscado muchas noticias de él, pero es imposible no ver los titulares o escuchar a la gente.

Desde su regreso, no han perdido ni un encuentro. Lo veo en fotos con esa determinación grabada en el rostro, liderando al equipo como siempre, y aunque no nos hablemos, no puedo evitar sentirme orgullosa. Me alegra que esté encontrando su camino, incluso si ya no estoy con él.

Yo, por mi parte, he seguido en el trabajo como de costumbre. Mi rutina es mi escudo. Cada mañana llego puntual, preparo el día para los Titans y me sumerjo en listas, agendas y llamadas. Todo ha ido sobre ruedas, sin contratiempos, como si mi vida profesional hubiera decidido compensar el desastre emocional.

A veces, en los silencios entre reuniones, mi mente se pregunta si él piensa en mí. Pero enseguida me obligo a volver a la realidad. La distancia ha sido mi decisión, y por mucho que me duela, sé que era lo correcto… O al menos, eso quiero creer.

Últimamente, me descubro teniendo conversaciones enteras con él en mi cabeza.

Pienso en lo que le diría si lo tuviera delante… Si me atrevería a preguntarle cómo está, si está durmiendo bien, si sigue desayunando lo mismo antes de cada partido. Pero luego me topo con alguna entrevista suya o con una foto de él entrenando, serio, enfocado, y me convenzo de que está mejor así.

No sé si es orgullo o miedo, pero me paraliza la idea de irrumpir en su vida justo ahora, cuando todo parece que le va bien. No han perdido ni un partido desde… desde lo nuestro, y me gusta pensar

que eso es porque tiene la cabeza despejada, sin distracciones. No quiero ser yo quién altere ese equilibrio.

A veces, por las noches, mi dedo se queda suspendido sobre su nombre en el móvil. Sería tan fácil escribir «Hola» y enviarlo. Tan fácil… y tan imposible a la vez. Porque si él ya ha pasado página, si para él lo nuestro ya ha quedado atrás, entonces ¿qué sentido tendría removerlo?

Tal vez, cuando termine la temporada. Tal vez, si el último partido va bien. Tal vez, si todavía me queda algo de valor para decirle lo que de verdad siento.

Antes de que pudiera asimilarlo, llegó Acción de Gracias. Fue raro no pasarlo con Xander, no escuchar sus bromas o ver cómo terminaba robándome el último trozo de pastel. En su lugar, pasé el día con Savannah. Preparó una cena sencilla, pero perfecta: pavo, puré de patatas y ese pastel de calabaza que siempre dice que «no le sale tan bien como a su abuela» aunque está delicioso.

Cronos estuvo revoloteando por la casa, feliz de recibir trozo de pavo cada vez que una de las dos cedía a sus ojitos suplicantes. Después de cenar, arrastramos mantas hasta el sofá y pusimos maratón de películas de Harry Potter, una tras otra, como si volviéramos a ser adolescentes sin nada más que hacer. Entre risas y frases que nos sabemos de memoria, me di cuenta de que hacía tiempo que no me sentía así de cómoda, aunque en el fondo… siempre me faltaba algo.

Savannah me contó que las cosas con Chase iban cada vez mejor. Le brillaban los ojos cuando hablaba de él, y no pude evitar sonreír. Es feliz, y eso me alegra más de lo que puedo explicar. Se lo merece. Savannah y Chase parecen caminar en otra dimensión, una que todavía está fuera de mi alcance.

Me contó cómo Chase ha aprendido a cocinar, cómo intenta sorprenderla con platos que le salen más o menos, pero que siempre terminan siendo perfectos porque los hacen juntos. Cómo, entre risas, ella lo corrige y él acepta la broma, sin perder la paciencia.

Son detalles simples, cotidianos, pero llenos de vida y de una complicidad que todavía no sé si podré recuperar algún día.

Mientras Sav hablaba, yo me di cuenta de lo lejos que estoy de ese lugar. Mi mundo está lleno de ausencias, de silencios, de recuerdos que pesan más que las promesas rotas. Pero también me alegra por ella. Verla feliz, verlos a los dos avanzar, me recuerda que el tiempo puede curarlo todo, que las heridas se pueden cerrar, y que hay esperanza, aunque ahora no la sienta.

Es un contraste extraño: la vida de Savannah y Chase avanzando con paso firme, mientras que yo me siento atrapada en un limbo, donde cada día es una lucha para no naufragar en la nostalgia. Pero no puedo negar que su felicidad me reconforta, que me da ganas de creer que, a pesar del dolor, también yo puedo salir adelante.

Los días se han ido deslizando como hojas que caen en silencio, una detrás de otra. El otoño se ha convertido en invierno y este ha traído un frío cortante y la cuenta regresiva para el último partido. En el trabajo, todo ha ido como siempre; Marcus ha estado demasiado ocupado con reuniones y viajes como para molestarme, y yo me he mantenido concentrada, evitando cualquier distracción que me saque del carril. Ahora faltan pocos días para la final. La ciudad entera parece vibrar con esa expectativa, y yo me debato entre la emoción y la incertidumbre. No sé si este partido traerá respuestas, o si será simplemente un nuevo capítulo que viviré como espectadora.

Será el último encuentro, en el que se decide todo. Cada vez que pienso en ello, siento un nudo extraño en el estómago. No sé si debería ir. Parte de mí quiere estar allí, aunque sea como una más entre la multitud, pero la otra parte teme que mi presencia signifique algo que él ya no quiere. Tal vez aparecer sería invadir un lugar del que me aparté por decisión propia.

Y así vacilo entre la tentación de verlo una última vez y el miedo de que, para él, ya no signifique nada.

¡Ah! Y a eso hay que añadir el día de Navidad, que se asoma en el calendario como una fecha extraña este año. No tengo planes… y tampoco ganas de hacerlos. Tal vez sea porque cualquier cosa

parece distinta sin él, aunque intente no pensar en Xander. Me repito que voy a pasarla tranquila, sin complicaciones, solo Cronitos y yo.

Ya lo veo: cenaremos los dos —él con su platito especial y yo con algo que no requiera mucho esfuerzo— y luego nos acurrucaremos en el sofá a ver películas navideñas con una manta encima y chocolate caliente. Nada de grandes fiestas, nada de ruido. Solo calma.

El aroma a algo recién horneado y a café tostado llena el pequeño local cuando Savannah y yo nos acomodamos en una mesa junto a la ventana. Fuera, el cielo gris amenaza con soltar una llovizna en cualquier momento, y las luces cálidas del interior hacen que todo parezca más acogedor. Pedimos unos sándwiches y unas sopas calientes, perfectos para combatir el frío.

—Dios, esto huele increíble —murmura Savannah; se quita el abrigo y lo deja en el respaldo de la silla. Yo asiento, removiendo distraída la sopa que tengo delante. No puedo evitar que mi mirada se pierda unos segundos hacia la calle para ver a la gente pasar, cada uno con su mundo, con su rumbo claro. Ojalá yo tuviera el mío tan definido—. Te noto pensativa —dice ella, con ese tono suave que siempre usa cuando quiere sacarme algo.

—No es nada… —miento, aunque sé que no va a tragarse la excusa.

—¿Seguro? Porque… —sonríe con picardía— la final es este fin de semana.

Ahí es donde sé que ya no hay escapatoria para la conversación que estaba evitando.

—¿Entonces, lo has pensado ya? —Savannah me observa por encima de su taza de café, con esa mezcla de insistencia y paciencia que solo ella sabe manejar.

—¿El qué? —finjo despiste, aunque las dos sabemos que no estoy hablando de otra cosa que no sea ese partido.

—Gia… —suspira, apoyando el codo en la mesa—. Vas a ir, ¿verdad?

Me muerdo el labio, jugando con la cucharilla.

—No lo sé. No quiero… No sé…, no quiero incomodar.

—Por favor, ¿tú crees que él se sentiría incómodo si estuvieras allí? —Enarca una ceja—. Además tú no irías por él, irías porque es tu equipo, y porque sé que en el fondo quieres verlo jugar.

Por más que intente negarlo, tiene razón. Siento cómo algo en mi pecho se agita solo de pensarlo.

—Vale. —Respiro hondo—. Iré. Pero quiero pasar desapercibida. Nada de palco ni zonas especiales. Gradas normales, como una fan cualquiera.

Savannah sonríe, satisfecha.

—Perfecto. Nos sentamos juntas y gritamos como si nos fuera la vida en ello.

Asiento, aunque hay algo que todavía me hace dudar.

—No sé si ponerme la camiseta…

—¿La del número 8? —me interrumpe, con esa sonrisita de «no puedes engañarme».

Me encojo de hombros.

—Es la única que tengo del equipo… No sé si sería una buena idea.

—O tal vez sea la mejor idea —sentencia ella.

No respondo, pero ya me imagino de pie frente al armario, sosteniendo esa camiseta en las manos, sintiendo todo el peso de lo que significa.

Al final, mientras le doy el último sorbo al té, ya no puedo negarlo ni ante mí misma: voy a ir. No sé cómo me voy a sentir, ni qué pasará si lo veo, pero sé que necesito estar ahí. No por él… o quizá un poco, pero sobre todo por el equipo. Han trabajado toda la temporada para llegar a ese momento y no quiero esconderme más.

Pienso en la grada, en el rugido de la gente, en la tensión del último cuarto. Me imagino mordiéndome las uñas, con Savannah a mi lado, intentando pasar desapercibida pero sintiendo cada jugada como si fuera la última. Y, aunque no lo quiera admitir, hay una parte de mí que está… ilusionada. Más de lo que pensaba.

Los días que quedan hasta el partido se siente como una cuenta atrás. Por primera vez en semanas, tengo algo que esperar con un cosquilleo en el estómago.

Mañana es la gran noche. Estoy en casa y me acomodo en el sofá con una manta. Cronos salta encima de mí, se acurruca contra mi pecho y ronronea tan fuerte que parece un motorcito. Lo acaricio detrás de las orejas y sonrío.

—Vamos a ir al partido, peque —susurro, como si él entendiera algo—. Pero no se lo digas a nadie.

Cronos me mira con esos ojos dorados que parecen saberlo todo, y yo cierro los míos, dejando que el ronroneo me arrolle.



25

XANDER

El día de la final amanece como cualquier otro, pero a mí el peso en el pecho me delata. La rutina es la misma: desayuno ligero, entrenamiento suave, revisión con el fisioterapeuta…, pero todo tiene un sabor distinto. En las últimas semanas, el fútbol ha sido mi único refugio. La única forma de silenciar la voz que cada noche me recuerda a Gia.

Desde que ella se fue, me sumergí en los entrenamientos como si el próximo partido fuera cuestión de vida o muerte.

Me levantaba, entrenaba, revisaba jugadas, comía, volvía a entrenar y luego dormía… O al menos lo intentaba. Porque las noches han sido lo peor. Ahí no había cascos ni balones que me protegieran de los recuerdos.

Me he acostumbrado a ver el apartamento como un simple lugar donde aparcar el cuerpo. La cama me parecía más grande, el sofá más vacío, la cocina más silenciosa. Las tazas de café que antes dejaba a medias con Gia ahora quedaban intactas sobre la encimera, y el eco del lugar me recordaba que nadie iba a aparecer para decirme que estaba siendo un gruñón.

No me permití buscarla ni escribirle. No porque no quisiera, sino porque me prometí darle el espacio que me pidió. Y porque me he convencido de que ella ya ha pasado página y no me necesita en su vida.

En el campo, en cambio, no había dudas. Ahí sabía quién era, qué hacer y cómo ganar. Y eso me mantuvo a flote. El equipo no ha perdido ni un solo partido desde que Gia me dejó, y aunque todos lo celebraban como un logro, para mí no era más que una prueba de que todavía quedaba algo que podía controlar.

No hubo días libres, no hubo risas fáciles. Mis compañeros notaron el cambio, pero nadie dijo nada; quizás porque, en el campo, estaba más letal que nunca.

Cada pase, cada jugada, cada *touchdown*… eran una manera de no pensar en el vacío que sentía cuando volvía a casa. Y aun así, en los momentos más tranquilos, cuando me quedaba solo en el vestuario o bajo la ducha, la realidad volvía a golpearme: la quiero y la he perdido.

A veces la veía por los pasillos, de camino a alguna reunión o saliendo del comedor. Y en esos segundos, lo único que quería era acortar la distancia, tomarla entre mis brazos y besarla hasta que todo volviera a ser como antes. Pero nunca lo hice. Porque si ella quisiera hablar conmigo, ya lo habría hecho.

Siempre he estado esperando un mensaje suyo. Revisaba el móvil más veces de las que estoy dispuesto a admitir, buscando su nombre en la pantalla. Y cada vez que no aparecía, esa pequeña esperanza se apagaba un poco más.

Y por eso decidí aferrarme al fútbol. Me dije que, si no podía arreglar lo de Gia, al menos podría terminar la temporada con el equipo en lo más alto. Y ahora, en el día de la final, todo ese esfuerzo, todas esas horas, todo ese dolor contenido, tienen que transformarse en una sola cosa: ganar.

Por más que he intentado no pensarlo, ya he aceptado que Gia no va a estar en las gradas esta noche. No la culpo; después de todo, yo mismo he destrozado cualquier motivo que pudiera tener para apoyarme. Y aunque una parte de mí sigue esperando verla aparecer entre la multitud, sé que lo más sano es no alimentar esa esperanza. Una vez pase el partido, me centraré en cerrar esta etapa, en dejarla tranquila y en desearle que encuentre la felicidad, aunque no sea conmigo.

Y cómo no, Chase ha sido un pilar fundamental todo este tiempo. No lo digo en voz alta, pero le debo mucho.

Cuando me veía demasiado callado en el vestuario, aparecía con dos cafés y un *«Vamos a practicar unas jugadas»* como excusa para sacar todo lo malo de mi cabeza.

Cuando me encerraba en casa, él se presentaba con una pizza y la Play en la mano, diciendo que necesitaba un «entrenamiento ocular» en forma de videojuegos. Incluso me ha acompañado a entrenar en días libres para que no estuviera solo.

Si no fuera por él, quizá habría terminado hundido de verdad.

El timbre suena y tengo claro quién es.

Chase aparece en mi puerta a media mañana, sin avisar, como siempre. No necesita hacerlo; a estas alturas ya sabe que no me molesta. Lleva dos cafés en una mano y una bolsa de papel en la otra.

—Nuestro ritual —dice con una sonrisa amplia, como si no tuviéramos encima el peso de todo el año.

Lo dejo pasar y cierra la puerta con el pie. El olor del café se mezcla con el del ambientador a madera que siempre pongo en casa. Deja las cosas sobre la mesa y se sienta, como en su propio salón.

—Barritas energéticas —anuncia; las saca de la bolsa y empuja una hacia mí. Esto lo hemos hecho tantas veces que casi es automático: comer la misma barrita, beber café y hablar de cualquier tontería antes de que el día se vuelva un caos. Me gusta que sea así, porque me recuerda que no todo cambia, incluso cuando parece que el mundo se está derrumbando—. Listo para ganar, ¿no? —me pregunta, dándome un empujón en el hombro.

—Siempre —respondo, y le choco el puño.

Nos quedamos un rato hablando de jugadas, de cómo Los Angeles Thunderhawks está fuerte, pero no tanto como creen, y de cómo el vestuario está más unido que nunca. Chase tiene esa forma de contagiar energía que no sé de dónde la saca.

Entonces, de pronto, lo suelta.

—Savannah va a venir esta noche. —Lo dice como quien anuncia que ha salido el sol después de semanas de lluvia. Le brillan los ojos —. Y… después del partido, voy a pedirle que se venga a vivir conmigo.

Me río, genuinamente contento por él.

—Te va a decir que sí —le aseguro—. Y si no lo hace, ya me encargo yo de convencerla.

Se ríe, pero yo me quedo en silencio un momento más de lo necesario. Si Savannah va a ir… puede que Gia también. No digo nada, pero la idea se clava en mi cabeza como una aguja fina. Una pequeña chispa de esperanza se instala en mi pecho, traicionera. No quiero alimentarla. No puedo.

Porque si la veo ahí, en las gradas, y resulta que ya ha pasado página… me va a hacer más daño que cualquier golpe en el campo. Más que cualquier derrota.

Chase sigue hablando de que lo tiene todo planeado, de que va a preparar la cena perfecta y de que incluso ha buscado pisos más grandes «por si acaso». Yo lo escucho, lo animo, pero en el fondo estoy luchando contra esa imagen que me acaba de saltar: Gia, con su melena suelta, mirándome desde las gradas, no sé si con odio… o con algo más.

Cuando por fin estamos listos y hemos repasado mentalmente todo lo que necesitamos para el día, Chase y yo salimos juntos rumbo al centro de entrenamiento del equipo.

El ambiente ya es distinto. No hablamos demasiado, como si ambos supiéramos que cualquier palabra de más podría romper la concentración que hemos construido desde esta mañana.

En cuanto llegamos a nuestras oficinas, el bullicio del resto de los compañeros nos envuelve. Técnicos, preparadores y jugadores se mueven con prisa, pero también con un orden extraño, el que solo aparece en los días grandes. Allí nos reunimos todos, esperando a que llegue el autobús que nos llevará directamente al estadio. Fuera ya se han congregado algunos fans, agitando banderas y carteles,

gritando nuestros nombres para que los oigamos a través de las paredes.

Cuando el autobús llega por fin, subimos en silencio. El trayecto no es largo, pero se me hace eterno. Miro por la ventanilla y las calles se deslizan ante mis ojos; en pocas horas todo lo que hemos trabajado esta temporada se decidirá en sesenta minutos de juego. Nadie dice demasiado, solo se escuchan algunos cascos de música y el golpeteo nervioso de pies contra el suelo.

Al bajar, el ambiente del estadio nos golpea con fuerza. El sonido de los fans, el olor a césped recién cortado… Vamos directos al vestuario, y una vez allí, me quito la sudadera y me planto en el centro de la sala. Todos me prestan atención. Como capitán, este es mi momento.

—Escuchadme —empiezo, con la voz firme y grave—. Hoy no jugamos un partido cualquiera. Hoy jugamos por todo lo que hemos sacrificado. Por cada madrugada de entrenamientos, por cada golpe que nos dejó sin aliento, por cada vez que dudamos de si valía la pena… y decidimos seguir. —Me paseo frente a ellos despacio, mirándolos uno por uno a los ojos—. Ahí fuera, Los Angeles va a venir con todo. Van a intentar rompernos, física y mentalmente. Pero no pueden ganar algo que no les pertenece. Esta final es nuestra. No porque tengamos más talento, sino porque somos como una familia. Y nadie… —hago una pausa para que el silencio pese— nadie rompe una familia. —Se iluminan los rostros, se aprietan los puños—. Esta noche salimos a ganar. No para las cámaras, no para los periódicos. Ni siquiera para la gente de ahí fuera. Ganamos para nosotros. Para el hermano que tienes al lado. Para que, cuando el reloj llegue al final de la cuenta atrás decir con orgullo que lo dimos todo y lo conseguimos.

Un rugido colectivo estalla en el vestuario. Chase grita mi nombre, otros golpean las taquillas, y el eco retumba como un latido que nos une a todos.

Es nuestra noche.

Estamos en el vestuario, ajustando protecciones, revisando cascos, ultimando cualquier detalle antes de salir. El murmullo del equipo es

bajo, pero está cargado de energía. Algunos se colocan las cintas en las muñecas, otros repasan jugadas en voz baja.

Mis ojos se desvían a la televisión que hay en la esquina, la que transmite en directo la previa del partido. El ambiente en el estadio es una locura. La gente entra en masa, con camisetas de los Titans, pintados de azul y blanco, agitando banderas como si ya hubiéramos ganado. Los comentaristas hablan con entusiasmo y la cámara recorre las gradas, captando sonrisas, abrazos, vasos de cerveza levantándose en el aire.

De pronto, la imagen la muestra.

Gia.

Está ahí, junto a Savannah, en una zona privilegiada de la grada. Las dos están hablando, y aunque la cámara apenas se queda unos segundos en ellas, para mí el tiempo se detiene. El sonido de las voces en el vestuario se apaga, y lo único que siento es cómo se me descompone el cuerpo. El estómago se me encoge, el corazón me da un golpe seco en el pecho.

No esperaba verla. No estaba preparado para verla. Y, sin embargo, que esté ahí, tan cerca, tan real… me golpea como un casco directo a las costillas. Sé que la voy a tener delante de mis ojos todo el partido, y aun así no ha sido capaz de decirme una palabra en todas estas semanas. La herida sigue abierta, y duele más de lo que puedo aguantar.

Chase se da cuenta al instante. Observa mi rostro, ve esa tensión que intento ocultar y se acerca sin decir nada al principio, apoyándome una mano en el hombro. Puedo notar que me lee como un libro abierto.

—¿Qué pasa, tío? —me pregunta en voz baja. Le confieso, sin poder ocultar lo mal que me siento, que no tengo ganas de salir al campo. Que me comen las dudas, que no sé si tengo fuerzas para jugar. Que esta situación me está consumiendo y que me cuesta respirar solo de pensar en tener que enfrentarlo con ella ahí, mirándome sin dirigirme ni una palabra. Chase no tarda en tomar el mando. Sabe que soy un cabezota, que necesito que me saquen del agujero en el que estoy metido, y no pierde tiempo—. Tienes que salir —me dice, firme—. Eso es lo que vamos a hacer, ¿vale? No

puedes dejar que esto te paralice. Juegas por el equipo, por ti, por todo lo que has luchado. Y voy a estar contigo todo el partido, no te voy a soltar ni un segundo.

Me muestra esa confianza inquebrantable que solo él sabe dar, y aunque una parte de mí quiere hundirse, otra se aferra a esa fuerza que me transmite.

Entonces saca el móvil y marca el número de Savannah. Le explica con rapidez la situación, sin entrar en detalles, pero dejando claro que no voy a jugar si Gia no se enfrenta a mí para hablar y cerrar todo lo pendiente. Que necesito esa conversación para poder estar ahí de verdad, para poder darlo todo en el campo sin esa carga encima.

Después de unos minutos de tensión, la llamada termina con una noticia que me sacude por dentro: Gia ha aceptado hablar conmigo.

Un amasijo de alivio y nervios se instala en mi pecho. Sé que ese momento va a ser decisivo, que marcará un antes y un después, pero también sé que sin esa charla no puedo seguir adelante.

Chase sonríe con complicidad y me aprieta el hombro.

—Tranquilo, tío. Lo vas a hacer bien. Vamos a salir de esto juntos.

Respiro hondo y me preparo para enfrentar lo que venga.

Voy a los pasillos del vestuario, justo antes de salir al campo, y la veo. Está ahí, a unos pasos, y me quedo paralizado por un instante. Nos miramos, y en sus ojos encuentro esa chispa que hizo que me enamorara, esa luz que nunca se apagó del todo, aunque yo haya intentado negarlo.

Se ha puesto la camiseta de los Titans que le di, con el número ocho y mi apellido en la espalda. Le está un poco grande, como si la hubiera envuelto en un abrazo invisible. La combina con unos vaqueros anchos que le quedan perfectos, que marcan sus curvas y me vuelven a dejar sin aliento.

Lleva el pelo suelto y se desliza en ondas suaves sobre sus hombros, libre. Hay algo en esa manera tan natural de peinarse que me atrapa, como si todo lo que necesitamos decir estuviera en ese simple gesto.

Nos contemplamos con cariño, sin prisa, y el tiempo parece detenerse para nosotros en este pasillo lleno de nervios y

expectación. Ahora mismo, no hay rencores ni dudas, lo único que existe es ese silencio cálido que habla de lo que aún queda por sanar.

No digo nada, me limito a disfrutar viéndola así, tan cerca, y me guardo en el pecho este momento, esperando que sea el primero de muchos.

Decido romper el silencio con la voz apagada, intentando contener el nudo que me aprieta la garganta.

—Gia… lo siento de verdad. —Respiro hondo—. Todo esto… todo lo que pasó con la apuesta, cómo lo viví… fue un infierno para mí. No sabía cómo decírtelo. Tenía miedo, vergüenza, y sobre todo, ese temor a perderte si lo hacía. —Las lágrimas me queman en los ojos y no puedo evitar que se escapen—. Lo hice todo mal, y lo sé.

Tiene los ojos vidriosos, como si mis palabras también le hicieran daño.

—Xander…, yo también lo siento —me dice con voz quebrada—. No supe cómo explicarte que yo tampoco estaba bien. Y cuando por fin llegué a un punto en que podría haber hablado contigo, tenía miedo… Miedo de que ya no quisieras nada conmigo. Porque te veía tan bien, tan fuerte sin mí… Pensaba que me habías olvidado, que habías seguido adelante.

Suspiro como queriendo sacar todo el peso que llevo dentro, y empiezo a hablar con la voz un poco más firme, tratando de que entienda mi verdad.

—Gia, quiero que sepas que yo no he estado bien desde que todo esto terminó. —Mis ojos buscan los suyos, intentando que capte cada palabra—. Siempre, cada día, he esperado ese mensaje tuyo. Lo que escribí en la carta… no fue solo un impulso del momento. Es lo que sentía en lo más profundo y lo que sigo sintiendo hoy. —Hago una pausa, y siento cómo la emoción vuelve a nublarme la vista, pero continúo—: No te he olvidado ni un segundo. Pero necesito que tú zanjes todo esto, que me digas claramente si quieres estar conmigo o no. Porque eso es lo que me hace falta para poder seguir con mi vida, para no quedarme atrapado en esta incertidumbre que me consume. —Me tiembla la voz—. No puedo vivir así, con la esperanza y el miedo a la vez. Si decides que no hay nada para

nosotros, lo entenderé, y cerraré esa puerta. Pero tienes que ser tú quien me lo diga. —Escudriño su rostro, buscando alguna señal, cualquier cosa que me diga si me entiende o no, mientras el silencio se hace pesado entre nosotros. La veo negar con la cabeza—. Gia… —interrumpo sus pensamientos, con la voz un poco más firme—, nunca he dejado de esperarte. Cada día que pasaba pensaba en algún mensaje tuyo, en escuchar tu voz, en saber que podíamos arreglarlo. Pero también entendí que si no venías a buscarme, quizás ya habías cerrado esa puerta. —Me detengo un instante—. No te culpo por estar asustada, yo también lo estoy, aunque mi miedo es que nos dejemos ir para siempre.

Ella baja la cabeza y creo que intenta esconder el dolor que siente.

—Me costó confiar, Xander. —Levanta la vista y me enfrenta con valentía—. En ti confié ciegamente, y que todo empezara con una mentira me rompió por dentro. No fue la apuesta, fue todo lo que vino después. Sentí que jugaste con esos miedos que un día te conté, con lo que yo había construido para protegerme. —Gia me observa, y solo veo dudas en su expresión—. No sé si puedo… No sé si puedo volver a creer en ti después de todo esto —suspira, y susurra—: Tengo pánico de que me hagas daño otra vez.

—Gia, yo sigo queriendo una vida contigo. —Mis palabras salen con fuerza, como si al decirlo pudiera hacer que fuera verdad para los dos—. No la cambiaría por nada ni por nadie. No puedo imaginar un futuro sin ti, porque te necesito. Más de lo que crees.

Veo en sus ojos dolor, pero también comprensión. Entonces toma aire y me dice con voz temblorosa:

—Xander, yo siento lo mismo, de verdad. —Sus palabras llegan como un murmullo—. Te he echado mucho de menos…, pero no puedo evitar tener miedo. Miedo a no saber si voy a poder confiar en ti. De no saber si de verdad puedo creerte. — Hago una mueca, porque sé que tiene razón. Pero sigue hablando—. Sabes por todo lo que he pasado, lo que he vivido y lo que no me he atrevido a sentir nunca, y aun así tú jugaste con todo eso. Me costó mucho involucrarme en lo nuestro, volver a tener fe en alguien, y tú eras mi luz. Eras ese alguien por quién lo daría todo. —La veo luchar contra

sus lágrimas—. Y ahora resulta que nuestra relación no empezó como siempre he creído. Empezó como un juego en el que nunca quise ser partícipe.

Su confesión pesa en el aire, y siento que esta conversación, aunque es dura, es lo que ambos necesitábamos para empezar a entendernos de verdad.

—Gia, haría lo que fuera para que esa confianza vuelva —le digo, mirándola a los ojos, con sinceridad y un nudo en la garganta—. Sé que fue un error enorme, y te pido que confíes en mí de nuevo. Porque te amo, muchísimo. —Ella duda, como si estuviera tratando de decidirse en apenas unos segundos. Lo veo en su rostro: quiere creerme, pero el miedo la frena. Entonces le digo, con toda la convicción de la que soy capaz—: Estoy dispuesto a todo por ti. A cambiar, a luchar, a esperar… lo que haga falta. Eres lo único que me importa, Gia.

Me mira fijamente, con una mezcla de inquietud y desafío. Entonces me responde, casi para sí misma.

—De acuerdo. Si de verdad me amas, pierde este partido.

Me quedo en *shock*. No sé si es una broma, un reto, o qué espera que haga. Pero entonces recuerdo lo que acabo de decirle: que ella es lo único que me importa. Que todo lo que he hecho y he pensado esta temporada, aunque me haya centrado en el fútbol, no tiene sentido sin ella.

Así que asiento, con firmeza, sin pensarlo demasiado.

—Vale. Por ti, lo haré.

Aunque no tengo muy claro cómo.

El silbato suena y empieza el partido.

El ruido de la multitud retumba en mis oídos, pero mi mente está en otra parte. Juego, corro, bloqueo, pero no puedo encontrar esa chispa, esa motivación que me empuja a darlo todo. Con cada movimiento me parece que tengo el cuerpo lleno de plomo.

Intento hacer lo que puedo para que el equipo no note nada raro, pero Chase, que está a mi lado, me lanza miradas desconcertadas. En un momento, me hace una seña clara: «¿Qué estás haciendo, Xander?». Le respondo encogiéndome de hombros, sin poder articular palabra. No puedo fingir más.

Cada pase que intento no es tan preciso como siempre. Cuando tengo la oportunidad de avanzar, dejo que la defensa me corte el paso con facilidad. Cuando podría buscar el *touchdown,* simplemente me detengo y dejo que corra el tiempo. No quiero ganar hoy. No puedo.

Los rostros de mis compañeros reflejan confusión y frustración. Algunos murmuran entre ellos, preguntándose qué pasa conmigo. Siento la presión, el peso de sus expectativas, pero también la mía propia. Porque aunque quiera perder, no quiero decepcionarlos del todo. Por eso hago lo posible por jugar sin ser un desastre total, solo lo suficiente para que el juego siga.

Chase se acerca en un tiempo muerto, pone su mano en mi brazo y me habla en voz baja.

—Tienes que centrarte, hermano. Solo un poco más.

Asiento, sin fuerzas para contestar.

El silbato suena y el partido se detiene para el descanso. Nos dirigimos al vestuario con el sabor amargo de la derrota clavado en la boca. Vamos perdiendo, y no es un marcador ajustado. El ambiente está tenso, las miradas en mi dirección son acusadoras. El míster se acerca, la frustración en sus ojos es evidente.

—¿Qué cojones está pasando, Cole? —me suelta, con voz firme pero cargada de decepción—. Te necesitamos al cien por cien, así no.

Los compañeros empiezan a rodearme, lanzándome preguntas y reproches sin demasiada paciencia. Siento que me acorralan, que esperan respuestas que yo no sé cómo dar.

En medio del caos, Chase se acerca, con el ceño fruncido, y me pregunta en voz baja pero con urgencia.

—¿Qué coño te pasa, tío? Este no eres tú. —Respiro hondo y decido abrirme, contarle lo que Gia me ha dicho antes del partido, aquella locura de que si la amo, pierda el partido. Le confieso que no puedo ignorarla, que hacer esto es la única forma de demostrarle que ella es lo más importante para mí. Chase se echa a reír con una mezcla de nerviosismo y frustración, y casi con tono burlón dice—:

Joder, las mujeres… Hacen lo que quieren con nosotros, ¿eh? Tío, no te ofendas, y yo a Gia la quiero, pero ahora mándala a la mierda. En serio. —Luego baja un poco más el tono, más serio, aunque sin dejar de bromear— : No te digo que no la quieras, porque sé que la adoras, pero no dejes que te joda el partido así, ¿vale? Esto es más grande que cualquier movida.

Veo en sus ojos que está nervioso y preocupado por mí, no solo por el partido. Hago un gesto de aceptación, pero por dentro me quiebro. Chase tiene razón en parte, pero no puedo olvidarme sin más de lo que siento ni de lo que ella me ha pedido.

—Voy a intentar darlo todo en la segunda mitad —miento—
. Pero no va a ser fácil.

Chase asiente, me da una palmada fuerte en la espalda, y me dice que cuenta conmigo.

El míster vuelve a llamarnos, y el equipo se reagrupa. Sé que la segunda mitad va a ser un infierno, para ellos y para mí.

Salimos del vestuario, el ruido del público ya se escucha al otro lado de las puertas. Se nota la tensión en el ambiente, como si el peso de la derrota nos aplastara a todos. Ando con la cabeza baja, intentando juntar fuerzas para la segunda mitad.

De repente, siento un tirón en mi brazo. Giro la cabeza y ahí está ella. Gia. Su mano firme me detiene, me aparta suavemente del grupo que va delante, pero sin soltarme del todo. Su expresión es intensa, casi desafiante.

No dice nada más que lo necesario, su voz baja y casi un susurro me llega directo al pecho.

—Si de verdad me amas…

No me da tiempo a reaccionar porque la interrumpo de inmediato, con un tono duro pero sincero.

—¿No lo estás viendo? —Señalo la cancha y el marcador—. Estamos perdiendo. No sé qué esperas que haga.

Ella sonríe, una media sonrisa que me hace daño porque lleva toda la ironía del mundo, y me responde con un gesto que parece jugar con mis sentimientos.

—Xander, si de verdad me amas, tienes que ganar este partido.

Siento un nudo en la garganta y me debato entre emociones contradictorias: un poco de rabia, tristeza, y un amor tan profundo que hace que me duela el pecho.

Ella es el fuego que quema y a la vez la única llama que me mantiene vivo.

A lo lejos, los gritos de mis compañeros me llaman con energía.

—Vamos, Xander, ya es hora —me dice Chase, tocándome el hombro.

La última mirada que le lanzo a Gia es un mensaje silencioso. No sé si es una promesa o una despedida, pero sé que no puedo quedarme más tiempo aquí.

—Voy —le digo con voz firme, soltando su brazo con cuidado.

Corro hacia el equipo, dejando atrás esa mezcla de sentimientos que me carcome por dentro, y sé que nunca podré olvidar su expresión.

Salimos al campo y el aire frío me golpea la cara; el ruido de la multitud me envuelve como un tsunami. Busco entre la gente, y ahí está: Gia. Justo donde Chase me ha dicho, en la grada, con mi camiseta y tan guapa como siempre. Me atraviesa el corazón.

Mujeres…, pienso con una sonrisa amarga, porque nunca entenderé cómo pueden ser tan fuertes y tan frágiles al mismo tiempo. Cómo con solo una mirada pueden hacerte sentir poderoso o roto al mismo tiempo.

El silbato suena y siento el fuego arder dentro de mí. Esta vez no es por el equipo, es por algo más, algo que aún no sé definir. Empiezo a correr con una fuerza que ni yo creía tener. Hago cortes rápidos, pases precisos, esquivo a los rivales con una agilidad que sorprende a todos.

El equipo lo nota. Mis compañeros vuelven a tener esa energía que se había apagado antes. Poco a poco, la tensión se convierte en motivación. Mi mejor jugada del partido termina con un pase perfecto que deja a nuestro receptor libre para avanzar hacia la zona

de anotación. La grada ruge, y siento que por primera vez en semanas, no estoy solo.

Sigo concentrado, dominando cada jugada, liderando con toda la intensidad que llevo dentro. La camiseta del ocho en las gradas parece darme una fuerza extra, como si ella estuviera aquí, empujándome a darlo todo.

El partido sigue en marcha y todo en el campo va bien. Demasiado bien. Estoy jugando con todo lo que tengo, pero de repente, algo cambia.

Chase, justo a mi lado, recibe el balón y corre con una velocidad que corta el aliento. Un defensa rival se lanza en plancha para frenarlo y… el impacto es brutal. Veo cómo chocan con fuerza, y Chase queda en el suelo, inmóvil.

El tiempo se detiene.

—¡Chase! —grito, corriendo hacia él.

El corazón golpea con tanta fuerza en mi pecho que siento que me va a estallar. Me arrodillo a su lado, pero Chase no se mueve, no responde a nada. Sus ojos están cerrados, su respiración es superficial. El murmullo del público es inquietante.

Los médicos llegan corriendo y me apartan con cuidado pero con urgencia. Uno de ellos me dice que retroceda, que necesitan espacio. Me levanto, pero mis pies se sienten anclados al suelo. Veo cómo le revisan el cuello, cómo le colocan una mascarilla de oxígeno, cómo uno de ellos levanta la mano y hace una señal: hay que sacarlo de inmediato.

El sonido de la camilla al desplegarse me perfora el cerebro. Lo colocan encima con movimientos rápidos pero precisos. Siento un nudo en la garganta tan fuerte que apenas puedo tragar.

Mientras lo llevan hacia la salida, corro unos metros al lado, queriendo seguirlo, pero un médico me detiene.

—No puedes venir. Lo tenemos estable. Sigue con el partido —me dice, como si eso fuera tan simple.

Mis compañeros empiezan a murmurar, el miedo se adueña del vestuario improvisado en la banda. Siento que el suelo se abre bajo mis pies. ¿Cómo puede estar pasando esto?

A los pocos minutos, el míster se acerca con paso firme y con una voz que intenta calmar los ánimos.

—Está estable. Vamos a seguir. Esto es un partido, y sabemos que estos accidentes pueden pasar. Hay que ganar por Chase.

Pero nadie se siente convencido. Los rostros de mis compañeros reflejan preocupación, incertidumbre, miedo. Pero también determinación.

Quedan pocos minutos. Podemos hacerlo.

—Vamos a hacerlo —digo en voz baja, con la garganta tensa, intentando infundirles fuerza—. Por él. Porque ahora, más que nunca, tenemos que ser fuertes. Por Chase, por nosotros, por el equipo.

El peso del partido ya no es solo ganar. Es hacerlo por quien no puede estar aquí con nosotros ahora.

El reloj avanza y cada segundo es una eternidad. La herida que ha dejado la caída de Chase aún arde en nuestro pecho, pero en lugar de derrumbarnos, hemos tomado esa tristeza y la hemos convertido en fuego.

La remontada comienza. Cada pase, cada bloqueo, cada jugada parece más intensa que nunca. El equipo está unido, más fuerte, como si tuviéramos a Chase con nosotros en cada movimiento. Yo siento esa fuerza en el corazón, y juego como nunca.

El público ruge, la adrenalina sube a niveles imposibles. Hacemos puntos, vamos recortando la diferencia poco a poco, y entonces, el pitido del silbato que señala el final nos frena en seco. Miramos el marcador y estamos arriba por un solo punto.

El estadio explota. El griterío es ensordecedor, las luces brillan como mil estrellas, el confeti cae como una lluvia sobre nosotros.

Los compañeros me rodean, me levantan en el aire como a un rey. Sus voces se entremezclan con los vítores de la multitud. En ese momento, siento que todo el dolor, la incertidumbre y las dudas se desvanecen.

Nos acercamos a la copa, la tomamos entre todos con manos temblorosas pero seguras. La alzamos en alto, y el mundo entero se detiene por este instante.

Es, sin duda, el mejor momento de mi carrera.

Estoy rodeado por los micrófonos y las cámaras. La voz del entrevistador suena cerca de mí, preguntándome cómo me siento después de esta victoria. Respondo con sinceridad, hablando del esfuerzo del equipo, de la fuerza que nos ha unido, de lo mucho que significa tener esta copa. Pero mis ojos están en otra parte, vagando inconscientemente hacia el césped.

Y entonces la veo. Está ahí, justo al borde del campo, con esa camiseta que me vuelve loco como le queda. El corazón me late con fuerza, la tensión en mi cuerpo se dispara.

Sin pensarlo, interrumpo la entrevista. Me disculpo con un breve gesto de mano, concentrado solo en ella.

Nos acercamos despacio, sin palabras. Ella sonríe y de repente salta sobre mí. La atrapo sin vacilar y la sostengo con fuerza; no quiero dejarla ir nunca más.

Y, entre el ruido del estadio, el latido de mi corazón y la emoción contenida, nos besamos. Un beso que lo dice todo, que cierra heridas y abre un futuro que quiero construir a su lado.

Cuando finalmente rompemos el beso, Savannah se acerca con el ceño fruncido.

—Chase… lo han llevado al hospital —dice con urgencia.

Por un instante, todo a mi alrededor se vuelve difuso. El ruido del estadio, la euforia, el cansancio… todo se desvanece y solo queda ese nombre: Chase. La realidad me golpea de nuevo y vuelvo en mí.

—¿Qué? —pregunto, con la voz tensa.

Sin perder tiempo, los tres nos dirigimos hacia el hospital. De camino, Gia va apretándome la mano con fuerza, como si transmitiéramos calma el uno al otro en medio del caos. Savannah va delante, nerviosa y preocupada.

Al llegar, preguntamos rápido y nos enseñan el box donde está Chase. No nos permiten entrar, la zona está restringida, y nos quedamos en el pasillo, esperando en un silencio pesado.

Nos apoyamos mutuamente; Gia y yo entrelazamos nuestras manos, buscando fuerza. Savannah no para de mover los pies,

mordiéndose el labio, incapaz de contener la ansiedad que nos envuelve.

El tiempo se estira y parece que el mundo se detiene mientras esperamos noticias de nuestro amigo.

El silencio en el pasillo es casi insoportable, solo roto por los pasos apresurados del personal médico entrando y saliendo. Savannah no deja de moverse, como si intentara controlar algo imposible, mientras que Gia y yo seguimos aferrados el uno al otro, buscando alguna señal de esperanza.

De repente, un murmullo tenso se cuela desde el interior del box. Escucho voces que suben de tono, un sonido urgente que me hiela la sangre.

—¡Parada cardiorrespiratoria! —grita alguien con autoridad.

En segundos, una avalancha de médicos corre hacia la puerta, con equipos y desfibriladores en mano. Desde aquí fuera podemos escuchar el ruido desesperado de los intentos por reanimar al paciente. Los pitidos rápidos del monitor, las órdenes cortantes, el sonido seco de las descargas eléctricas.

—Carga otra vez… Vamos, vamos… —Es lo único alcanzo a oír.

No necesito ver para saber que algo va mal. El aire se vuelve casi irrespirable.

Mi cabeza se llena de imágenes que no he pedido. Chase, riéndose en el vestuario cuando nos conocimos. Chase, sujetándome por el cuello después de mi primer *touchdown* con los Titans, gritando que era el puto amo. Chase, sentado en el suelo de mi salón, comiendo pizza fría mientras hablábamos de lo jodida que puede ser la vida.

No. No puede ser. Él no puede irse.

El golpe del defensa me vuelve a la mente. Cómo ha caído, que no se ha levantado. Cómo he corrido hacia él y he sentido un vacío helado en el pecho.

—Vamos, Chase… —susurro, apenas consciente de que lo estoy diciendo en voz alta.

Gia aprieta mi mano fuerte, pero no puedo mirarla. No puedo mirar a nadie. Si lo hago, si veo el miedo en sus ojos, entonces sabré que lo que temo es real.

Nos quedamos paralizados. Yo siento que el corazón se me rompe en mil pedazos. Rezo para que esto no sea de verdad, para que ocurra el milagro que todos necesitamos.

Después de unos minutos que parecen una eternidad, el ruido cesa. Un silencio aterrador llena el pasillo. Nadie sale, nadie habla.

Y entonces escucho las palabras que me destrozan.

—Hora de la muerte, 22:47.

Por fin, la puerta se abre despacio y un médico sale con el rostro serio, casi sombrío. Se detiene un instante y se vuelve hacia nosotros. Sin palabras, la verdad golpea más fuerte que cualquier grito.

El mundo se queda mudo. El pasillo, el hospital, la gente… todo se apaga. Solo queda un zumbido en mis oídos y la certeza cruel de que mi mejor amigo ya no está.

No me muevo. No lloro. No sé cómo hacerlo. Savannah se derrumba contra la pared y estalla en lágrimas, dejando salir su dolor de forma desgarradora. Gia se tapa la cara y solloza. Y yo sigo sentado, rígido, como si cualquier movimiento fuera a hacer que todo se desplomara de verdad.

—No… —susurro—. El míster dijo que estaba controlado…
, que estaba estable… No puede ser.

Pero la realidad no negocia. Y yo me quedo ahí, abrazando a Gia, sintiendo que acabo de perder algo que nunca voy a recuperar.

No podemos movernos, atrapados en esta mezcla de incredulidad y dolor. El tiempo se diluye y los minutos que pasan son horas infinitas.

El ambiente es denso, pesado, como si el mundo supiera de esta terrible noticia. Gia y Savannah sollozan casi en silencio. Y yo sigo sin soltar la mano de Gia, aferrado porque ella es la única ancla que me queda en medio de este océano profundo.

De repente, detrás de mí, una voz rompe el silencio de forma inesperada, clara, familiar. Una voz que reconozco al instante, aunque no quiero creer que sea auténtica.

—¿Por qué lloráis? ¿Qué pasa? ¿Quién se ha muerto? —pregunta con esa combinación de burla y picardía que solo él tiene.

Nos giramos los tres, y el pasillo parece explotar de incredulidad. Mis ojos no pueden creer lo que ven, y sé que los de ellas tampoco.

—¡TÚ! —gritamos al unísono, sorprendidos, confundidos, sin saber si reír o llorar.

—¿Qué yo estoy muerto? —dice Chase, que está en una silla de ruedas, tan desconcertado como nosotros.

—¿No estabas tú en ese box? —pregunto sorprendido.

Él responde encogiéndose de hombros con esa sonrisa traviesa que nunca pierde.

—Sí, bueno, pero he salido hace rato. —Señala con la cabeza hacia el pasillo—. He visto esta silla de ruedas y he dicho «¿Por qué no?».

Mi cuerpo se queda paralizado un segundo, luego suelto una risa nerviosa y algo amarga.

—Eres un fantasma, Chase. Vienes a torturarme cuando menos lo necesito, tío.

Todos nos reímos por la tensión acumulada, y Savannah, sin dudarlo, se lanza hacia él, como para asegurarse de que no es un sueño ni una broma pesada. Él la atrapa al vuelo, divertido y cariñoso, sin perder la sonrisa.

Chase la sostiene entre sus brazos, todavía con esa sonrisa medio nerviosa, medio aliviada; parece que el susto lo ha hecho valorar más cada instante. Contempla a Savannah con una ternura que pocos han visto en él, y le susurra con calma, pero firme.

—Después de todo esto… ¿quieres que nos vayamos a vivir juntos? No quiero perder ni un segundo más sin tenerte cerca.

Savannah lo mira sorprendida, con los ojos brillando por la emoción y las lágrimas que aún quedan por secar. Su voz se quiebra un poco, pero sonríe con amor.

—Yo también quiero eso, Chase. Más que nada.

Él la abraza con más fuerza para sellar esa promesa en el aire, y entre el ruido lejano del hospital, por un instante, todo parece detenerse solo para ellos dos. Un refugio pequeño y cálido en medio de la tormenta.

Salimos del hospital como si hubiéramos estado allí años.

La noche está fresca, pero no muy fría, con esa brisa que parece limpiar el alma después de la tempestad. Chase está vivo, jodidamente vivo… y aún no sé cómo asimilarlo.

Gia va a mi lado, en silencio, pero no ese silencio incómodo de hace unas semanas. Es tranquilo, sereno. Sus dedos están entrelazados con los míos y los aprieta a cada rato, como para recordarme que sigue aquí.

Decidimos ir a su apartamento y, cuando llegamos, Cronos es el primero en recibirnos. Salta del sofá y corre directo hacia ella, pero en cuanto me ve, también viene hacia mí. Lo recojo y me lame la barbilla como si no me hubiera visto en meses.

—Alguien me ha echado de menos —murmuro, y Gia sonríe.

—No ha sido el único —dice, guiñándome un ojo.

Nos dejamos caer en el sofá, con Cronos hecho un ovillo entre nosotros. El silencio de su casa me envuelve, tan diferente al ruido del estadio, a los gritos, al caos… Aquí solo está ella. Y eso me basta.

El pelo suelto le acaricia los hombros, sus ojos oscuros brillan bajo la luz tenue. Y pienso que, después de todo, la vida me acaba de devolver algo que estaba seguro de haber perdido.

—No tengo ni idea de cómo agradecerte que no te hayas rendido conmigo —le digo en voz baja—. Tenías motivos para hacerlo…

—Lo sé. Y también sé que podría haber elegido el miedo, pero, Xander, yo elijo confiar en ti. Elijo jugármelo todo por nosotros. Podemos empezar de nuevo, desde aquí.

La estrecho contra mi cuerpo.

—No sé si el destino existe, pero si lo hace… estoy seguro de que el mío siempre ha sido encontrarte. Te amo, Gia.

—Yo también te amo, Xander. Muchísimo.

Y así lo decimos todo.

Aquí, en su sofá, con Cronos entre los dos, con la certeza de que aunque nos hayamos roto, hemos decidido quedarnos para reconstruirnos.

Hago que levante la cabeza y la beso despacio, queriendo grabar en mi memoria cada segundo. No hay prisa. Ya no hay miedo. Solo

estamos nosotros, y un futuro que por fin parece posible.

Cuando nos separamos, me mira con esa media sonrisa que me mata.

—¿Sabes que todavía tienes que enseñarme a lanzar un balón decente?

—Y tú a mí a cocinar algo que no acabe en llamas —respondo, y los dos reímos.

Cierro los ojos un segundo, sintiendo su mano en mi pecho, su respiración tranquila. Y me prometo, sin decirlo en voz alta, que nunca más voy a dejarla ir. Que ella es la última apuesta.



Epílogo

Tres años después

Xander

Todavía me sorprendo a veces cuando despierto aquí, como si en cualquier momento fuera a abrir los ojos y a volver a ese apartamento donde todo era incertidumbre. Pero no… Ahora estoy en nuestra casa.

Es una casa enorme, con más espacio del que jamás imaginé que podría llamar mío. El jardín se extiende como un mar verde bajo mis pies y termina en una piscina infinita que refleja los últimos tonos del día. El cielo está pintado de naranjas, rosados y violetas que se derraman hasta el horizonte.

Estoy sentado en la hamaca, el aire huele a césped recién cortado y a la calma que nunca creí que me ganaría.

El sol se esconde poco a poco, y en ese instante entiendo lo que es sentirse en paz.

Puedo oír a Cronos correteando por el jardín, cazando sombras que se mueven entre las flores. A lo lejos, risas. Las de Gia. Siempre he dicho que es el sonido más perfecto que existe, y en este momento, con el viento suave y el calor del día desapareciendo, siento que no hay nada que me falte.

Esta casa no es solo ladrillos y paredes. También es el símbolo de todo a lo que hemos sobrevivido. Las apuestas perdidas, las

ganadas… y sobre todo, la única que importó. La que ella hizo por mí.

Yo sigo dándolo todo en el fútbol. Cada partido, cada entrenamiento, cada jugada… lo vivo con la misma pasión de siempre, pero ya no es mi todo.

Antes era mi única razón, mi refugio y mi armadura. Ahora solo es una parte de mí, una que disfruto, pero que ya no carga con el peso de definirme. Mis prioridades han cambiado y lo han hecho para mejor.

El año pasado, gracias a Gia, di un paso que jamás me había atrevido a dar. Ella fue mi empuje, mi inspiración y la voz que me recordó que podía usar mi historia para hacer algo más grande que yo. Fundé una asociación para niños sin hogar, un lugar donde puedan encontrar lo que a mí me faltó durante tanto tiempo: estabilidad, apoyo, un hogar, aunque sea temporal, y alguien que crea en ellos. Cada vez que veo a esos críos sonreír, me doy cuenta de que vale la pena cada hora invertida.

Y también he madurado con respecto a mis sentimientos. Antes me escondía detrás de un muro de sarcasmo, de indiferencia, de frases cortas para no dejar que nadie se acercara demasiado. Tenía miedo de hablar de lo que sentía, de mostrar lo que de verdad pasaba dentro. Ahora no. Ahora sé que abrirme no me hace débil. Me hace humano. Me hace libre. Porque ya no camino solo.

Por otro lado, Gia… Como ya no tenía que hacer de niñera conmigo —aunque seguro que aún cree que de vez en cuando lo necesito— decidió dejar el trabajo. Aunque era muy buena organizando y manteniendo todo en pie para gente que, en su mayoría, no le importaba lo más mínimo, aquello no la llenaba. Su sueño siempre había sido escribir y un día decidió que era hora de apostar por ello.

La vi lanzarse de lleno, pasar horas frente a su portátil con el ceño fruncido, mordiéndose el labio mientras sus dedos volaban sobre las teclas. A veces me quedaba observándola desde lejos, sin decir nada, admirando cómo brillaba cuando hacía lo que amaba. Y lo consiguió. Publicó su primera novela, y no es que fuera bien: fue un éxito. Recuerdo su cara cuando llegaron las primeras reseñas,

esa mezcla de sorpresa y orgullo, que me hizo sentir como si yo también hubiera ganado algo.

Y ahora… Ahora sé que ya no duda de mí. Me lo demuestra sin palabras, en cosas que quizá nadie más notaría: en cómo se apoya contra mí cuando estamos sentados en silencio, en cómo me busca con la mirada en cualquier lugar, o en cómo sonríe cuando me ve llegar. Gia confía en mí, y esa es una apuesta que pienso ganar todos los días de mi vida.

Chase y Savannah… Esos dos son otra historia. Desde aquel susto en el hospital, no se han separado ni un solo día. Viven juntos desde entonces y, sinceramente, creo que no hay pareja que se entienda mejor que ellos. Se apoyan, se pican, se cuidan… y el mes que viene se casan. Sí, Chase se casa. Aún no me lo creo.

Me lo dijo con esa sonrisa suya, como si fuera lo más obvio del mundo: «Cuando casi pierdes algo, no vuelves a dejarlo escapar». Y lo entiendo mejor que nadie. Los miro y veo lo que es hacer de todo por la persona que quieres, sin guardarte nada. Y, aunque me cueste admitirlo, me alegra más de lo que podría expresar.

Ah, bueno, y no me olvido de Cronos… Ese maldito gato sigue creyendo que la casa entera es su reino y nosotros somos sus sirvientes. A veces, parece que juzga todas mis decisiones, pero luego, cuando menos me lo espero, se acurruca en mi regazo y empieza a ronronear porque cree que yo soy su lugar seguro.

Me gusta pensar que es un poco como yo: desconfiado al principio, gruñón cuando algo no le gusta, pero que, cuando por fin se siente en casa, no hay nada que lo saque de ahí. Y sí, sé que si le preguntas, jamás lo admitiría, pero estoy convencido de que me quiere.

El sol cada vez está más bajo, y yo estoy recostado en la hamaca, con los brazos apoyados detrás de la cabeza, cuando veo a Gia salir al jardín y parece que el atardecer se hubiera vestido de persona. Lleva ese vestido amarillo —que me trae unos recuerdos muy bonitos— que se mueve con cada paso. Su pelo se desliza en ondas suaves sobre los hombros. Sus pies descalzos rozan la hierba y lleva dos vasos de limonada en las manos. Se acerca despacio, con esa mezcla de elegancia y despreocupación que me encanta.

—No me digas que no lo necesitabas —dice, dándome uno de los vasos con una sonrisa—. ¿En qué piensas?

—Nada, estaba… recordando —le digo; acepto el vaso y le doy un sorbo—. Recordando cómo nos conocimos por primera vez.

Ella arquea una ceja y su sonrisa se ensancha.

—Ah, ¿sí? Te chocaste conmigo, ¿verdad? —me pregunta, juguetona.

—No, no —corrijo con una sonrisa ladeada—. Tú te chocaste conmigo.

Ella finge indignación, se ríe y me da un pequeño golpe con la mano en el hombro.

—Bueno, puede ser…, pero por lo menos yo fui la amable y tú, el gruñón.

Me río, recordando la escena como si fuera ayer.

—Sí, lo era. Muy maleducado —admito entre risas—. No quería tener a nadie detrás de mí. Hasta que llegaste tú.

Su sonrisa se suaviza y hay un brillo travieso en sus ojos.

—Ah, ¿y cuándo cambió eso? —pregunta, y se acerca un poco hacia mí, jugueteando con el borde del vaso.

—Cuando te vi llegar a la primera reunión que tuvimos, con este mismo vestido —digo, y no puedo evitar que mi voz baje un poco—. Corto, brillante… Y llevabas esa sonrisa que no se me iba de la cabeza. Ahí pensé: «Estoy perdido, que me siga si quiere. Me postro a sus pies si es necesario».

Gia suelta una carcajada que me hace sonreír más.

—¡Vaya! —dice, aún riéndose—. Y más de una vez lo has hecho, sí.

—Y las que me quedan —admito—. Pero la verdad que contigo… algo cambió. Me gustó. Mucho. Desde ese primer choque.

Ella se recuesta en la tumbona junto a mí, tomando un sorbo de su limonada, y veo que también piensa en ese momento. Sus ojos brillan con un recuerdo dulce, y puedo imaginar lo que estaba sintiendo ella: la primera impresión, que le dejó una marca, igual que la mía.

—Pues… —dice con una sonrisa traviesa—, a mí también me gustó esa primera toma de contacto. Aunque fueses un completo

capullo, no pude parar de sonreír después.

Río bajo; el sonido del viento y los colores del atardecer nos envuelven mientras recordamos cómo empezó todo. Y por un momento, todo parece simple, perfecto… Como si siempre hubiésemos estado conectados.

Tengo a Cronos estirado a mi lado, como nuestro pequeño guardián de momentos perfectos, vigilando cada detalle con sus ojos curiosos.

—No sé cómo hemos llegado hasta aquí —digo, rompiendo el silencio, y le acaricio la mano—. Parecía imposible, ¿no? Desde ese primer choque en el pasillo, pasando por… todo.

Ella sonríe suavemente, apoyando la cabeza en mi hombro.

—Sí… y mira dónde estamos ahora —responde, con una sonrisa que ilumina su cara.

El corazón me late más rápido.

—Gia, has cambiado mi vida. Cada día, cada recuerdo… tú eres mi mayor suerte. Y no quiero que pase ni un solo día sin que lo sepas. —Ella se sorprende un poco, sus ojos se agrandan y busca mis labios con la vista, adivinando lo que viene—. Gia… —Tomo aire, sintiendo cómo detenemos el mundo por un instante—. Quiero… quiero pasar el resto de mi vida contigo. Quiero despertarme a tu lado, reír contigo, discutir contigo, abrazarte en los días difíciles y celebrar los felices. —Me separo lo suficiente para poder arrodillarme, sacar una cajita aterciopelada y abrirla ante ella—. ¿Quieres casarte conmigo? —suelto por fin.

Ella se queda en silencio un momento, y siento que el corazón me va a estallar. Luego, sus labios se curvan en una sonrisa radiante.

—Sí, Xander… ¡Sí, quiero!

Le pongo el anillo en el dedo, me echo hacia ella y nos besamos, con el sol cayendo detrás, pintando todo de oro, y Cronos observando desde su lugar como si aprobara cada segundo. Siento que no podría ser más perfecto, más nosotros.

Cuando nos separamos un poco, ella apoya su frente contra la mía y susurra:

—Siempre supe que terminarías hincando rodilla, Xander.

—Y siempre supe que tú harías que valiera la pena —respondo, riendo suavemente.

Nos levantamos y vamos hacia la mesa que he preparado en el jardín. La comida huele deliciosa; no es un festín de restaurante, pero lo que hay en cada plato tiene el mismo cuidado y amor que puse en cada detalle de nuestra vida juntos. Nos sentamos, con Cronos entre nosotros, y mientras el cielo se oscurece lentamente, empezamos a cenar. Conversamos, nos reímos y brindamos por todo lo vivido y por todo lo que nos queda por vivir.

La cena ha sido un hilo perfecto de miradas y palabras susurradas, de risas que parecen bailar entre nosotros y una complicidad, que pesa en el aire como un perfume. Cuando terminamos, la luz tenue de las velas cae sobre su piel, y nos quedamos en silencio unos segundos, y yo no puedo contenerme.

—Estaba muy rica la cena, para haberla hecho tú —dice con picardía.

—¿Sabes? Puedo hacerte algo mucho mejor si lo prefieres, señora Cole —le digo, con mi voz cargada de intención.

Gia se muerde el labio y noto cómo su respiración se acelera.

—¿Sí? ¿Cómo qué?

Me acerco a ella, y el mundo se reduce a la curva de sus caderas, a la suavidad de su piel, a la promesa que emana de cada movimiento suyo.

Me agacho ante ella, y sus piernas abiertas me llaman con urgencia silenciosa. Aparto con delicadeza el tanga que la separa de mí y la encuentro húmeda y cálida, un paraíso que me pertenece por completo. Mi lengua acaricia su centro y un estremecimiento recorre mi cuerpo al sentirla temblar bajo mi tacto. Cada gemido suyo es una confirmación de lo que ya sé. Es mía, completamente mía, y cada fibra de su ser está entregada a mí en este instante.

Su mano se enreda en mi pelo, y el anillo brilla como un faro bajo la luz de la luna. Siento el calor de su cuerpo, su perfume, la manera en que su deseo me llama y me reclama. Cada sacudida, cada vez que se arquea, cada suspiro suyo es un ritmo que no necesito dirigir.

Me dejo llevar por la corriente de su entrega, por la certeza de que este momento, este lugar, solo estamos nosotros.

El gemido que escapa de sus labios me hace acercarme más a ella, y mi nombre, pronunciado entre jadeos, retumba como una melodía que solo yo puedo escuchar. Cada estremecimiento suyo me guía, noto cómo la marea de su placer se acerca al límite. Paro un instante, y la miro a los ojos, viendo la humedad de su deseo reflejada en sus pupilas dilatadas.

—Me encanta tenerte así —susurro, con voz ronca y baja, casi como un secreto—, abrirte de piernas y arrodillarme como si fuera a rezarte… y que seas tú la que acabe gritando mi nombre.

Ella me observa desde arriba, con la boca entreabierta y la respiración entrecortada, y una sonrisa traviesa curva sus labios. No hace falta más, la tensión entre nosotros es eléctrica, palpable, está lista para desbordarse. Me incorporo, la apoyo suavemente contra la mesa, y con un movimiento decidido levanto el vestido que la cubre, dejando su piel suave al desnudo.

Sus ojos se encuentran con los míos, llenos de promesas y de fuego, y sé que lo que vendrá no conoce límites. Cada caricia, cada empujón, cada gemido será un poema escrito con nuestros cuerpos, un canto que solo nosotros podemos entender.

Y ahí nos quedamos, suspendidos en ese instante, con la anticipación ardiente de lo que está por venir, sabiendo que la noche será nuestra, que el deseo nos guiará y que nada nos detendrá jamás.

Agradecimientos

Gracias por estar aquí, leyendo estas palabras. Gracias por darle una oportunidad a mi historia y dejar que Gia y Xander también formen parte de la tuya.

En primer lugar, quiero darme las gracias a mí misma. Por no rendirme. Por haber seguido escribiendo incluso en los días en los que sentía que no saldría nada. Por haber confiado en mis palabras, en mis personajes y en mí. Porque este libro existe gracias a mí, a mi constancia y a esa vocecita interior que me decía *«Sigue, que lo lograrás»*.

A mi compañero de vida: gracias por estar, incluso cuando no entiendes del todo qué significa perderse en un mundo ficticio con *spicy*, pero aun así me has ayudado a inspirarme en muchas escenas. Por tu apoyo, por simplemente preguntar cómo iba el libro y por haber confiado en que lo terminaría, gracias.

A los lectores: gracias por haber llegado hasta el final de esta historia y por dejar que Gia y Xander se crucen también en vuestro camino. Ojalá os hayáis enamorado, hayáis reído, hayáis sufrido y hayáis suspirado con ellos tanto como yo lo hice mientras los creaba.

A mis gatos, Newt y Cronos: gracias por acompañarme en cada página, en cada desvelo, en cada rato frente al teclado. Newt, mi gruñón tranquilo, y Cronos, la mención especial es para ti, porque eres el bicho de la casa, el que siempre se las ingenia para aparecer justo cuando no debe y obligarme a parar de escribir para dejarte tu sitio encima del portátil. Siempre eres capaz de sacarme una sonrisa hasta en los días más difíciles.

A mis personajes: sí, también a vosotros. Gia, por recordarme que la fuerza no está en no caer, sino en levantarse siempre con más carácter. Xander, por enseñarme que hasta los corazones más rotos merecen amar y ser amados. Y a Chase y Savannah, porque más allá de ser secundarios, su amistad y complicidad fueron un pilar en

esta historia. Ellos son la prueba de que, en medio de los tropiezos, siempre habrá personas dispuestas a tenderte la mano y a recordarte quién eres. Gracias por llenar estas páginas de lealtad, risas y apoyo incondicional, y por demostrar que la verdadera amistad puede ser tan poderosa y necesaria como el amor.

Y, por último, este libro es mi manera de recordar que en la vida, como en el amor, siempre hay riesgos, pero también hay recompensas. Gracias por acompañarme en esta aventura, porque sin ti, este libro sería solo un archivo guardado en mi ordenador. Tú lo has hecho real.

Gracias por apostar conmigo, y espero que no sea la última vez.